JUAN CARLOS MONEDERO

Disfraces del Leviatán

El papel del Estado en la globalización neoliberal

En el siglo XVII, Hobbes escogió la imagen del Leviatán, un bíblico dragón marino, para representar a los Estados absolutistas. Hoy, tras el paréntesis del capitalismo organizado, convivimos con un nuevo monstruo, el neoliberalismo, escondido bajo el disfraz del mercado omnipotente y el mito del consumismo. Como un nuevo sentido común, se alimentó de la falta de credibilidad de las alternativas. Un Estado al servicio del beneficio privado fue su celador. Bajo ropajes democráticos, regresó la violencia y la exclusión de otras épocas. Pero el Estado sólo es un reflejo de los conflictos sociales. Una sociedad diferente termina expresándose en un Estado diferente. La América Latina en transformación es un ejemplo de avance. La Europa estancada, su elocuente negativo. Si el neoliberalismo utilizó la palanca del Estado para hacer jirones sus ropajes sociales, se trata ahora de recuperar el control estatal para que el pueblo, consciente y empoderado, se haga con las riendas de su camino político, sin olvidar que debajo de los disfraces del Leviatán siempre está, en cualquier caso, la realidad del poder.

Juan Carlos Monedero

Disfraces del Leviatán

El papel del Estado en la globalización neoliberal

ePub r1.1
Titivillus 28.01.17

Título original: *Disfraces del Leviatán*
Juan Carlos Monedero, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ÍNDICE

Introducción: “Mire vuesa merced que en verdad son gigantes y no molinos de viento…”.

1. La memoria de los pueblos contra la memoria del Estado

2. Globalizaciones para un mundo en transición

3. Mensajes poco amables desde el frente de batalla

4. La impaciencia de un concepto

5. Sin espacio entre las ruedas dentadas… La falacia tecnológica de la globalización

6. Sentarnos a dialogar… El acuerdo mínimo sobre la globalización

7. Vaivenes del Estado entre la complejidad y la mundialización

8. Novedad y recurrencia de los procesos de globalización

9. Definir la globalización realmente existente: necesidad económica, voluntad política, capacidad tecnológica y desarrollo neoimperialista

10. Imperialismo, capitalismo, neoliberalismo

11. El camino hacia el Consenso de Washington: la condición ideológica de la globalización neoliberal

12. Otra “gran transformación”: la venganza de la economía

13. El Estado como poder destituyente: el cansancio democrático del Leviatán

14. Tras el 11 de septiembre de 2001: la militarización de la globalización

15. Reglobalización o barbarie: la respuesta contrahegemónica del Sur

Anexo: Construyamos con nuestros pueblos una verdadera comunidad sudamericana de naciones para “vivir bien”

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

“MIRE VUESA MERCED QUE EN VERDAD SON GIGANTES Y NO MOLINOS DE VIENTO…”

“En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ¿ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer?; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

—Aquéllos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos; que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y, si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla”.

Miguel de Cervantes,
Don Quijote de la Mancha.

Si en el siglo pasado el desastre del fascismo obligó al pensamiento social honesto a repensarse, confrontamos ahora un desafío similar que pone a prueba el nervio moral de la reflexión política. Hoy tenemos *nuestro propio monstruo*: se llama neoliberalismo. Sus leyes raciales son las que separan con muros visibles o invisibles a los que tienen de los que no tienen. Sus Congresos de Nüremberg son las reuniones del G8 y de la OMC, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, las Cumbres de Davos y de la Trilateral. Su rechazo irracional al saber y a la cultura, los programas televisivos y el negocio del entretenimiento. Sus campos de concentración, los guetos, a veces del tamaño de un continente, donde están encerrados los que tienen la estrella del fracaso cosida en el rostro. Su *guerra relámpago*, la *Blitzkrieg* de la globalización. Sus financieros son muy parecidos a los de entonces. Su *Führer* —y ése es uno de los problemas que confunde la imagen del monstruo—, está multiplicado, tiene mil caras y habita mil lugares.

El rigor de la capacidad de exclusión del neoliberalismo (100.000 personas mueren al día por causas relacionadas con el hambre), su amenaza cumplida contra el medio ambiente (apenas quedan diez años para tomar medidas radicales), el peligro en que ha puesto a la convivencia humana (con guerra y violencia entre los países y también dentro de cada ciudad), su énfasis en el desentendimiento ciudadano (la apatía política y el refugio en el consumismo) y el adoctrinamiento mediático, son las cabezas de esta hidra multiplicada. Esta recuperación de rasgos profundos del fascismo, ahora como *fascismo* social y bajo un disfraz formalmente democrático, obliga a la ciencia social a enfrentarse con honestidad a su tarea de cumplir con el amejoramiento de la sociedad, y alertar sobre este regreso a la barbarie[1]. Una vez más, como ocurriera en los años treinta del siglo pasado, las necesidades del capitalismo demuestran su incompatibilidad con la democracia. Una vela a Dios y otra al diablo terminan prendiendo fuego a la mesa. Cuando el Estado se emancipa de la sociedad como un todo y se pone al servicio de intereses particulares, recupera su condición de Leviatán, de monstruo bíblico que adelanta pesadillas de Apocalipsis. La lámpara mágica en manos de irresponsables.

No es posible un buen análisis del neoliberalismo sin entender la globalización, y no es posible un buen análisis de la globalización sin una buena conceptualización del Estado. La autoridad del Estado moderno procede de su promesa de servir a los intereses generales, de representar las promesas lanzadas por la Ilustración de *libertad, igualdad y fraternidad*. Esa autoridad de quien atiende el bien común, a lo colectivo, es la fuente de su poder legítimo. El aparato estatal, esa constelación de instituciones, burocracia, Gobierno, Parlamentos, ejércitos, judicaturas, leyes y discursos entrelazados con cada sociedad, es el encargado de aplicar ese poder al servicio de los intereses generales. En la autoridad para cumplir con el interés común se encuentra la base de la obligación política. Por eso, principalmente, se obedece al Estado (la coacción se encargaría del resto). Pero aparte de esa suma de bien común que es el interés general, cada ser humano tiene intereses propios, expectativas sobre su vida individual, sobre el futuro de los más allegados y la marcha de la sociedad. Estas expectativas e intereses van desde los más egoístas —el exclusivo amor propio— a los más desprendidos —al amor a la humanidad—, pasando por diferentes grados, donde ese lugar cercano y generalizado que es la familia representa el núcleo central del interés humano —el amor a los propios—. Todos tenemos expectativas. Pero unos las cumplen y otros no. Las instituciones políticas, por esa autoridad que portan de quien atiende al bien común, debieran actuar y educar generando cohesión social. Pero las instituciones, cuando son desatendidas por la sociedad, terminan desatendiendo a su creadora y devorándola. No basta la institucionalidad para que el interés general se alcance. Las instituciones por sí solas no son virtuosas. La guerra de Irak, y el interés radicalmente particular que busca lo demuestra sin necesidad de mayor discusión. E igual ocurre con la incapacidad estatal de extirpar el hambre, frenar el cambio climático, acabar con enfermedades medievales o ayudar a encontrar sentido frente al hecho incontrovertible de la muerte.

¿Es mejor una fuerte institucionalidad que su ausencia? ¿Qué ocurre cuando una perfecta maquinaria estatal se pone al servicio fabril y febril de producir el mal en serie, como ocurrió con el Holocausto? Instituciones independientes de la sociedad terminan siendo el peor enemigo de la

sociedad. Sin embargo, ésa es la petición de principio del neoliberalismo: la devolución a un mercado autorregulado de los ámbitos desmercantilizados durante el keynesianismo y el desarrollismo, la recreación de un Estado que privatice los espacios de la estatalidad, el triunfo de una lógica guiada por el integrismo de la oferta y la demanda (el *populismo* del mercado), la apuesta por unas instituciones que se alejen del control ciudadano y las exigencias electorales, la conversión de la política en una gestión técnica entre *managers* y clientes y no una tensión política entre el poder y los ciudadanos. El Estado se convierte en un todopoderoso ferrocarril sin maquinista y sin vías que arrasa todo a su paso. El viaje no puede ser largo (o el tren acaba con la vida, o la vida devuelve el tren a los raíles), pero el destrozo, como vemos, es inmenso[2].

Decía Aristóteles en su *Política* que detrás de la democracia venía su forma degenerada, esto es, la demagogia, el supuesto gobierno de las mayorías impulsado por pasiones alejadas del interés general. Los modos en que la democracia degenera en demagogia tienen que ver con la perdida real del control de la producción de conocimiento por parte de las personas. Cuando uno no es dueño de sus ideas, las ideas se convierten en cárceles. La interpretación de las palabras y del sentido por parte de minorías usurpa el diálogo y lo convierten en monólogo donde se termina presentando intereses particulares como intereses de la mayoría. Las mayorías pueden tener cierta conciencia del engaño, pero no las herramientas para salir de él. Demasiados ángulos permanecen en la oscuridad. Hay una vaga sospecha, pero no termina de traducirse en una transformación.

Las revoluciones y cualquier cambio social profundo, como bien entendió Gramsci, operan en la conciencia o son experimentos costosos y dañinos. Pese a que se asume que la televisión ofrece mayormente basura no se reduce el consumo de *telebasura*, sino al contrario. De la misma manera, la asunción de la baja densidad de la democracia no parece generar hoy un malestar estructural que interrogue a las razones últimas que roban la calidad a la democracia. Las protestas, no canalizadas políticamente, se disuelven en peticiones de corto plazo que se llevan el malestar cuando desaparece de las pantallas de televisión. Las manifestaciones contra la guerra de Irak, las más nutridas en el mundo desde mayo del 68 y capaces

de articular la primera manifestación globalizada de la historia —la de 15 de febrero de 2003— fueron incapaces, pese a convocar en todo el mundo a más de 200 millones de personas, de frenar una guerra tan evidentemente causada por el control del petróleo. Además, no dejó ningún rédito de organización política o social en los países donde tuvo lugar.

Esa confusión, mezclada con el miedo a la libertad, apareció en América Latina con motivo del triunfo de Gobiernos de izquierda. Jóvenes estudiantes de universidad, vinculados a la oposición, salían en 2007 en Venezuela a protestar por la no renovación de la licencia a un canal de televisión implicado en el golpe de 2003 y caracterizado por equiparar vivir con estar *entretenido* o consumir banalidades signadas por la lógica mundial de las marcas. Similares jóvenes, con parecidas preocupaciones, se manifiestan en Europa y Estados Unidos de manera masiva sólo para celebrar el día del orgullo gay o la victoria de un equipo de fútbol, espectáculos legítimos de fiesta, pero en donde ha desaparecido cualquier compromiso que no sea el del hedonismo o el de una identidad débil. Y cuando aparecen reivindicaciones —por lo general en ámbitos educativos— el grueso de los motivos está vinculado al miedo abstracto a un futuro endurecido pero igualmente nebuloso. Jóvenes franceses pobres de la periferia parisina queman en su protesta coches por la simple razón de que les habían dicho en los medios de comunicación que poseer un automóvil es la señal de que no se es un perdedor. Si los ludditas quemaban en el siglo XIX los telares que les robaban el puesto de trabajo, ahora se quema el vehículo que se desea pero no se alcanza. Para estos muchachos, el Estado no es mucho más que la policía entrando en la *banlieu*, esos barrios pobres de las afueras de las grandes ciudades, buscando presuntos delincuentes. Protestas con mayor contenido de clase —por ejemplo, las movilizaciones contra el Gobierno de Evo Morales en Bolivia— igualmente se "espectacularizan" y se presentan como "revoluciones de colores", en un concepto muy cercano a esa guerra televisiva que fue la primera invasión de Iraq, contemplada como un videojuego. No parece que esté abonado el terreno para sutilezas. Mirado desde arriba o desde abajo, en un mundo dual, con ricos muy ricos y pobres muy pobres, el relato sólo puede ser un cuento en blanco y negro. El resto es, parece, demasiado complicado. La

televisión expulsó el relato nocturno de los ancianos, incapaces de competir con los sueños infinitos de la pequeña e inmensa pantalla. Ver la televisión es más entretenido que escuchar a los abuelos. Tras la oferta vertiginosa de las imágenes, escuchar, leer o mascar un silencio compartido se torna más difícil. La multiplicación de la geografía, la posibilidad más real que nunca de un viaje —como turista, como viajero, como inmigrante, como desplazado—, las noticias permanentes de otras latitudes, aleja las raíces y extraña del mundo. La globalización, esa difuminación de fronteras, ha roto la homogeneidad social y, al tiempo, ha sido capaz de expulsar las responsabilidades políticas a un limbo impreciso y mal resuelto. Lo que no se termina de ver no puede ser culpable.

Quizá vivamos el momento de la historia en el que el Estado parece más velado y oculto por mil ropajes. Nunca fue tan difícil verlo y entenderlo. Gobierno, administración, Estado se confunden y la idea de nación como lo que es de todos se reduce a una identidad cultural a la que no se le pueden reclamar otro tipo de derechos. La parte más identificable de esa constelación, el Gobierno, al que se le pone el rostro de Presidentes y Ministros, sigue igualmente un curso fugaz, ligado a cada elección o remodelación, o debido a su "pérdida de responsabilidad" ante los determinantes de fuerzas globales frente a las que no se podría hacer nada. El francés Burdeau se quejaba de que el Estado pese a ser omnipresente no se dejaba ver. Entrado el siglo XXI podríamos afirmar que no solamente no se deja ver sino que no se deja tampoco pensar, pese a que no puede señalarse un rincón del planeta en donde la responsabilidad del Estado no pueda imputarse. Si el Dios que habla en latín impide el diálogo y se torna autoritario, el Estado actual, presente pero sordo a los ciudadanos, necesariamente camina hacia formas déspotas, se escora hacia la derecha del espectro político, consensúa menos e impone más, al tiempo que nadie le pide cuentas por esa involución democrática. Lo que decía Jesús Ibáñez de Dios lo podríamos cambiar para afirmar que "El Estado es más peligroso muerto que vivo, pues vivo por lo menos se le ve venir". Pueden cuestionarse los Gobiernos, las personas, los partidos, pero el papel de los Estados se ha desvanecido como humo en la botella abierta de las nuevas fronteras porosas.

Esa extensión del Estado por encima de las fronteras ha contribuido a la disolución de la responsabilidad en una suerte de *falsa tierra de nadie* y le ha quitado esa corporeidad con la que se le había identificado en las últimas centurias. No menor culpa porta en esta trama de personajes sin autor el neoliberalismo como ideología capaz de poner a los Estados a su servicio y, al tiempo, mantener un discurso crítico con el papel intervencionista del Estado propio de los diferentes matices del socialismo. Si alguien tiene la certeza de que los Estados intervendrán en caso de caer en problemas es el sector bancario, disfraz principal del neoliberalismo y fracción de clase privilegiada en la restauración capitalista posterior a la crisis del sistema de Bretton Woods en 1973. El tesoro norteamericano emitió en abril de 2008 un billón de dólares para salvar el sector financiero, al tiempo que auguraba el hundimiento de la Seguridad Social en 40 años a causa de un déficit de, precisamente, un billón de dólares. La doble vara de medir, en su pérdida del sentido de la vergüenza, clarifica los escenarios[3].

Sin embargo, traer negro sobre blanco estas supuestas paradojas implica recibir de inmediato la descalificación como sostenedor de teorías conspirativas del capitalismo. Es momento de decir: “bienvenidas sean”. Va siendo hora de resucitar esas teorías, es decir, las que incorporan análisis de clase, atienden a la dinámica del capitalismo y, por tanto, presuponen la construcción de escenarios que buscan mantener el privilegio dentro de un esquema de confrontación social. No se trata de replicar análisis envejecidos o volver a hacer de Marx un bálsamo de Fierabrás que cure todos los males (actualizar a Marx o, como dijo Fernández Buey, entender que “ni Marx ni menos”). Se trata de reasumir acervos intelectuales ninguneados por el pensamiento liberal y neoliberal en una *amnesia teórica* interesada. Recuperarlo y traerlos al siglo XXI, salvando sus cuellos de botella cuando sea posible y cerrando las puertas que llevan a ninguna parte. E incorporando nuevos aportes teóricos y, sobre todo, adaptando ese pensamiento crítico acumulado a la actual complejidad social y al papel del Estado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945) y la caída de la Unión Soviética en 1991 (por citar los dos hitos más relevantes). Va siendo hora igualmente de acabar con el análisis eurocentrista sobre el Estado y la democracia, saliendo del debate anglosajón repetido que parece no ir más

allá del eje Europa-Estados Unidos-Rusia-Oriente Medio, e incluir a América Latina como un espacio de experimentación política radicalmente novedoso. Europa nunca hubiera sido lo que es al margen de América Latina. No puede sin abuso pensarse el Norte al margen de la colonización del Sur. Si hace veinte años, en el "gran tablero mundial" diseñado desde Estados Unidos no aparecía el continente latinoamericano al entenderse como "asunto doméstico", los pueblos del continente sudamericano han pateado hoy la mesa y reclaman no ser más los peones de una partida dirigida desde otra parte.[4]

La discusión sobre el Estado en la globalización sigue siendo un diálogo con las grandes tradiciones políticas. Aunque un diálogo irreverente. Sostener sin más en el siglo XXI que el Estado, como reza el Manifiesto Comunista, es el consejo de administración de los intereses generales de la burguesía es una simplificación. Pero decir, como ha venido sosteniendo buena parte de la teoría del Estado, mientras agitaba la bandera de la autonomía estatal, que el Estado no tiene nada que ver con los intereses generales de la burguesía es, de manera más contundente, una mentira. La ciencia social también forma parte de las relaciones sociales y se pone al servicio de las transformaciones o de las justificaciones que mitifican lo que existe. En tiempo de mudanza, los bandos se distinguen. Las crisis, por lo menos, sirven para clarificar debajo de los velos o las vendas.[5]

El Estado, como la más perfecta máquina de producir obediencia, ha sido siempre reo de amores y odios profundos por parte de sus analistas. Reverenciado y execrado, hijo del cielo y del infierno, considerado el lugar de la máxima eticidad o una fría máquina de triturar seres humanos, entendido como una caja de hierro sin alma, un castillo lejano y represivo o el mejor de los acompañantes desde la cuna a la tumba, el Estado ha recibido toda la gama de intenciones, tanto de los que le han visto su alma de Leviatán —alma horrible o cargada de promesas éticas— como de los que han asumido su existencia sin mayor interrogación. Todo tipo de ropajes que se convierten en pantallas que impiden entenderlo y que, por tanto, dificultan la relación con él. De ahí la referida invisibilidad y su recurrente presencia de la que habló el francés Burdeau:

> “Nadie ha visto nunca al Estado. Y sin embargo, ¿quién podría negar que sea una realidad? El lugar que ocupa en nuestra vida cotidiana es tal, que no podría desaparecer sin que, al mismo tiempo, quedaran comprometidas nuestras posibilidades de vida. Le concedemos todas las pasiones humanas: es generoso o egoísta, ingenioso o estúpido, cruel o bondadoso, discreto o entrometido. Y puesto que le hacemos sujeto de estas manifestaciones de la inteligencia o del corazón que son propias del hombre, lo tratamos con los sentimientos que normalmente nos inspiran los seres humanos: la confianza o el temor, la admiración o el desprecio; a menudo, el odio o, con frecuencia, un respeto timorato o una adoración atávica e inconsciente… Llegamos a maldecir, pero sentimos que, para bien, o para mal, estamos ligados a él”.[6]

Pero siempre es el Estado —no sus intérpretes— el que se disfraza con las ropas que le entrega cada sociedad. Por eso adquiere tantos contornos y tan diferentes que sólo con abuso podemos hablar del “Estado” en singular, en cualquier geografía y en cualquier momento de la historia, pretendiendo que siempre quiere decir lo mismo. En este trabajo nos estamos refiriendo al Estado moderno y, más en concreto, a la forma que ha adquirido en el ámbito de influencia occidental. Y aún así seguimos simplificando la capacidad estatal de esconderse bajo antifaces cambiantes. Precisamente esa capacidad de disfrazarse que posee el Estado es la que dificulta entender el proceso de globalización en curso. Quienes lo abrigan con ropajes hermosos, quieren su concurso para solventar los nuevos y viejos problemas; quienes lo visten con telas fantasmales y tétricas, quieren arrojarlo al basurero de la historia; quienes piensan en hacerlo suyo, sólo reparan en el traje que haga creer a los demás que en realidad está vestido para todos.

Tanto disfraz ha hecho que quede oculto por el atuendo. Lejos de estar desnudo —y, por tanto, sujeto a la vulnerabilidad de que hasta un niño lo denuncie—, el Emperador está *hiperengalanado* y sobre una plataforma lejana. Vivimos un momento de transición de paradigmas, y en este viaje el Estado se está reorganizando de manera funcional para la reproducción

capitalista. Ha sembrado la idea de que no le corresponde más a él la obligación de correr con la suerte de la ciudadanía, sino que esa tarea debe de ser compartida por mercados, empresas, asociaciones y organismos internacionales (lo que se llama *gobernanza*). La tentación de la inocencia llega a un Estado que quiere quitarse responsabilidades y seguir manteniendo la legitimidad en la que se basa la obediencia que recibe. Un Estado desentendido de la idea del bienestar como un derecho público y al que no se debe *recargar* con exigencias de redistribución. Un Estado mediático que convence a los nuevos súbditos con una apelación constante a los riesgos y al miedo. Un Estado que controla una parte importante del producto de cada país y que negocia constantemente las garantías mínimas de bienestar que son funcionales al sistema. Un Estado que ya no quema herejes en la plaza pública pero que ha sido capaz de conseguir o permitir que los perdedores carguen ellos mismos con la culpa de ser víctimas.

Como decíamos, la propia ciencia social ha cargado al Estado de máscaras y atavíos no siempre comprensibles. O ha puesto los ojos sobre otros sitios que explicaban mucho menos e invalidaba para encontrar a los verdaderos culpables. Es evidente que los Estados nación como los hemos conocido en el último medio siglo están cambiando, y que una suma compleja de transformaciones, donde el Estado era sujeto y objeto de los cambios, reclama nuevas teorías. En 1981, el primer gobierno europeo con presencia de comunistas se enfrentó a las nuevas reglas de la globalización cuando quiso aplicar medidas neokeynesianas. Apenas tres años después, el Gobierno de Mitterrand cambiaba radicalmente su política económica, al tiempo que salían del Gabinete los cuatro Ministros comunistas que habían acompañado la aventura. Algunas nacionalizaciones bancarias —aunque sólo afectó a un banco importante, Paribas—, así como de algunos grupos industriales, lanzó una señal de alerta a un capitalismo que ya era transnacional y que tenía la capacidad de doblar el brazo a los Estados nacionales. El Gobierno francés no pudo o no quiso resistir el embate. La presión de esa nueva invasión bárbara que son los mercados capitalistas, cedió todas las defensas, fueran éstas muchas o pocas. A partir de ese momento —aunque ya había sido adelantado por el Partido Socialista de Felipe González en España— se vio que el ajuste lo haría en Europa la

socialdemocracia. Hablar de clases sociales parecía de otra época. El "¡Es la economía, estúpido!" de James Carville, el jefe de campaña de Clinton en 1992, estaba ya elevado a máxima política. En la academia, Leo Panitch sostenía que la popularidad y el declive de la teoría de Estado, relegada en esa "venganza de la economía" al rincón de los viejos conceptos, estaba relacionada directamente con las vicisitudes de la lucha de clases y de las condiciones políticas. La hegemonía había pasado al mercado.[7]

Este libro que tiene entre manos se articula sobre una tesis fuerte: el Estado, como condensación de lo que ocurre en la sociedad, es un objeto de análisis central para entender la globalización. Tomando al Estado como objeto capital de análisis podemos ir más allá de si la globalización se trata de un proceso económico, político, militar, cultural, tecnológico, etc. Pues el Estado es todo eso y algo más. Observarlo de cerca es dar cuenta de todos estos asuntos. Suele ocurrir que los expertos exageran la importancia de su objeto de estudio, algo recurrente en las ciencias sociales (así, quien estudia lo militar se queja de los que insisten en el papel de los trabajadores; los que interrogan el papel de la acumulación económica reprochan debilidad a los que insisten en el discurso y los procesos culturales; los que estudian partidos políticos reclaman prioridad sobre los que estudian los movimientos sociales; los que estudian los avances de la tecnología afean la conducta a los que estudian el comercio internacional; los que se enfrentan al estudio de los medios de comunicación regañan epistemológicamente a los que andan dando vueltas teóricas al derecho o a los nuevos sujetos políticos; etc.). La globalización, mirada de una manera integradora desde el Estado, permite entender que se trata de un proceso marcado por los intereses militares occidentales en su confrontación con otros bloques o países; por las necesidades económicas de los países centrales frente a las resistencias de los países periféricos y semiperiféricos; por el desarrollo tecnológico ligado a la ampliación de mercados y los frenos de la devastación del medio ambiente; por el desarrollo de la individualidad vinculada a la vida urbana y las necesidades de crear relaciones más cálidas y espirituales; por el encuentro cultural de los pueblos y las fricciones de la inmigración; por los lazos de la comunidad científica y sus tensiones entre

la academia y la empresa; por las pugnas en el comercio internacional y los intentos de acordar marcos internacionales de entendimiento; etcétera…

Lo global es algo local que ha traspasado las fronteras en donde fue concebido —sean los *jeans*, los espagueti, la aspirina, la Reserva Federal norteamericana o el constitucionalismo—. También algo que se ha pensado para ir más allá del espacio comprendido dentro de unas fronteras con el fin de llegar a más personas y recursos —sean los trasatlánticos o el Airbus, las giras de los Beatles o el diseño de las Spice Girls—, los satélites que radicalizan la idea del panóptico –ver sin ser visto– o la CNN, la Organización Mundial del Comercio o el esperanto—. En todos estos asuntos aparece el Estado como una palanca principal, por su presencia o por su retirada, por su impulso o por su freno, por lo que posibilita y lo que impide. El Estado, **entendido como una relación social**, recupera buena parte de su capacidad explicativa.

La concepción del Estado como relación social rompe con la idea de que se trata de una **variable independiente** del resto del entramado social. De la misma manera, no le supone una realidad aparte como si fuera un ente con vida propia y autónoma, y tampoco lo supedita a la economía, como si lo económico estuviera "colgado del cielo" y no necesitara para existir del resto de articulaciones sociales. Esta mirada integradora ahonda en la idea de que resulta prácticamente imposible entender el Estado al margen de los otros dos grandes procesos en los que se ha desplegado el mundo occidental: **el desarrollo del capitalismo y el desarrollo de la modernidad**. Tanto la implantación del sistema de Estados nación, como la extensión del capitalismo y del pensamiento moderno que sustituyó a la teocracia medieval, nacen a finales del siglo XV, siguen caminos paralelos aunque diferenciados, y, sólo por razones históricas —¡no por ningún tipo de determinismo!— terminan por converger en los dos últimos siglos. El capitalismo triunfará a la hora de trasladar su lógica a casi todos los rincones de la vida social, haciendo del trabajo una mercancía más y convirtiendo al mercado no en un lugar de intercambio sino en el espacio del beneficio. El Estado le ayudará, y en su pelea histórica contra el Imperio papal, las ciudades libres y otras formas de organización política, encontrarán sinergias, simbiosis, cuya expresión más obvia quizá sean los

procesos de saqueo a otros territorios o países. Igualmente el pensamiento moderno, articulado en torno a la ciencia occidental y abanderado por la Ilustración, prestará sus ideas a ambos desarrollos, transformando la ciencia en una mercancía, haciendo del Estado el garante de su idea de *Progreso* y legitimando la colonización de otros pueblos. Al tiempo, el capitalismo financiará la concepción occidental de la ciencia y el Estado legalizará o ilegalizará un tipo u otro de pensamiento científico. Todos estos complejos procesos sirven para entender que no caben explicaciones simplistas a los procesos sociales. Una vez más repetimos con Lippman que para los problemas complejos siempre hay una explicación simple, pero equivocada. [8]

Una mirada atenta a la globalización, pues, se logra a través de una mirada atenta al Estado entendido como el ámbito donde coinciden todos los siguientes elementos: un conjunto de instituciones y personas; un lugar con pretensiones de centralidad; una demarcación territorial, a la que se defiende, convertida en identidad cultural y jurídica que tiene el propósito de representación del conjunto; un ámbito con pretensiones de autoridad y de obediencia, acompañado de la promoción del interés público y del mantenimiento de la cohesión social; en suma, una condensación política de las relaciones sociales nacionales y también internacionales.[9]

Durante un descanso de las mil reuniones del Foro Social Mundial de Caracas, en enero de 2007, uno de los participantes, con acento que transparentaba mil tránsitos por todo el continente latinoamericano, dejaba caer una teoría arriesgada pero que pronto consiguió la atención de los que lo rodeaban. En su relato, narraba una venganza que vendría de lejos. En ella, el autor de la, quizá más famosa novela del mundo, habría adelantado en cuatro siglos la lucha contra las transnacionales, contra ese quehacer allende las fronteras que convertía al mundo en un botín de aventureros, corsarios, piratas, emperadores y prestamistas. El famoso escritor, iniciador sin saberlo del movimiento por otra globalización, sí entendía sin embargo de qué hablaba. En su intensa vida había sido encarcelado por ambas trincheras en las luchas imperiales, había sufrido persecución por el ánimo recaudador del incipiente Estado nación, supo de las conspiraciones de la corte y de las respiraciones densas del plagio; por último, había sido

despreciado por su condición de inmigrante y su estigma de sospechoso de raza.

La primera crítica moderna contra la globalización —concluía el contertulio— tenía que ver con un loco que se creía un caballero andante y que, en su locura, desenmascaraba el mundo mercantilista que entraba por Castilla, haciendo inútiles los valores del honor, la fraternidad y la palabra dada de los caballeros andantes. El viento del cambio, impulsado por el saqueo de América Latina, mecía unos molinos que, en el fondo, no eran sino renovados gigantes. En el siglo XVI —explicó sometiendo a mejor conocedor la interpretación—, los comerciantes y banqueros alemanes de la familia Fugger, famosos, entre otras causas, por haber financiado la coronación de Carlos I, serían los dueños de no sólo imponentes palacios castellanos como el de Almagro, sino también de una parte importante de los molinos de viento de la Mancha. El control de los molinos —como hoy ocurre con los silos para el grano o las cámaras frigoríficas—, se transformaba en onerosos alquileres para su uso, lo que encarecía el precio del pan y castigaba a los más débiles. En definitiva, cuando Don Quijote arremetió contra los molinos, en verdad estaba queriendo golpear a los representantes de un incipiente capitalismo global que golpeaba con su voluntad anónima siempre a los más humildes. Don Quijote fue, cargado de solidaridad con los de abajo, el primer militante del movimiento por otra globalización. No eran molinos, sino gigantes bien peligrosos. Como en tantas otras ocasiones, no se puede sino exclamar: *Se non é vero, é ben trovatto…*

El ánimo de este trabajo, que entiende que la teoría crítica es la que cree que lo que existe no agota las posibilidades de la existencia, está orientado por la certeza de que en la construcción de otra globalización, en este caso no capitalista, se juega el futuro de la humanidad. Un futuro que no es fácil de prever y tampoco de acercar a posiciones alternativas. Tal es el grado de ramificaciones y de complejidades en donde está enredado el capitalismo mundial tras siglos de imposición, desviaciones y enderezados. Magras, por el contrario, son las referencias reales atractivas —que no estuvieron en el bloque soviético— que permitan identificar nuevos caminos, apuntados ahora desde el Sur y guiados por el “inventamos o erramos”, esa

voluntariosa invitación del venezolano Simón Rodríguez. Teoría y práctica necesitan volver a acompañarse. Por tanto, sabiendo que no enfrentamos molinos sino verdaderos gigantes, hora es, desocupado lector, de convertirnos en gramáticos de una distinta mirada. En este *galeano* mundo al revés, no se trata de un viaje de locos por el país de los cuerdos, sino de buscadores de cordura en el imperio de la locura. Cambiada está aquí la lanza por argumentos, el yelmo por la teoría y el escudo por la evidencia empírica y el ánimo del rigor lógico (a veces, cierto será, con algunas cesiones a miradas más apasionadas). Todo a la busca de explicaciones que sirvan para aunar fuerzas en este viaje desesperado ante la rapidez del deterioro del mundo.

Karl Polanyi, quien alimenta muchas de estas reflexiones, se refirió al mercado capitalista autorregulado como el “molino satánico”. Salir de esa rueda trituradora es un mandato de la razón. Los Sancho Panza de la economía, la política o la academia claman que algún tipo de locura ha reblandecido el entendimiento de los que andan a la búsqueda de alternativas porque no creen ni en fines de la historia ni en pensamientos únicos. A ese pensamiento estancado y estamental, junto al caballero de la Mancha decimos con el ánimo despierto: “Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes amigo Sancho?”

1. LA MEMORIA DE LOS PUEBLOS CONTRA LA MEMORIA DEL ESTADO

> “La pobreza de nuestro siglo es incomparable con ninguna otra. No es, como lo fuera alguna vez, el resultado natural de la escasez, sino de un conjunto de prioridades impuestas por los ricos al resto del mundo”.
>
> John Berger,
> *Cada vez que decimos adiós.*

> “En las favelas del norte de Brasil, sucede que las madres, por la noche, colocan agua en la olla y agregan piedras. A sus niños, que lloran de hambre, les explican que ‘pronto estará lista la comida…’, en la esperanza de que mientras tanto se queden dormidos (…)”.
>
> Jean Ziegler,
> *El imperio de la vergüenza.*

Ha sido un lugar común en la reflexión sobre el Estado contemporáneo hablar de crisis *orgánica* o *estructural* del Estado, como si éste fuera un cuerpo capaz de enfermar por sí mismo o un edificio cuyos cimientos se carcomieran por una termita hambrienta. Este modo de razonar, por lo general deja fuera de foco dos asuntos de enorme relevancia: por un lado, el hecho de que el Estado, lejos de ser una *cosa*, es una relación social y que, por tanto, no hace sino reflejar el resultado de los conflictos sociales (o de su ausencia). En segundo lugar, al atribuir una excesiva capacidad de causa a una explicación simplificada de lo económico, ni explica las implicaciones reales de las exigencias de reproducción económica ni acierta

a entender en su complejidad el entramado social. Hay que entender que no existe “la economía”, igual que no existe “la política” o “la cultura” fuera de su relación social.

Aún con más frecuencia se cae en el error de atribuir las dificultades de coordinación social de los Estados al proceso de globalización, cuando lo cierto es que los cambios en el tiempo y en el espacio, con su gran importancia, vinieron a añadirse a un cierto agotamiento histórico de los modernos Estados nacionales para dar respuesta a cambios que tenían lugar en todos los ámbitos de lo social. Es el Estado el que permite la globalización que luego debilita a los Estados. Estos desenfoques del análisis no han permitido ver con claridad que lo que se entiende por crisis del Estado a menudo no es sino la crisis del Estado social y democrático de derecho, una forma de organización que, partiendo de la reorganización del capitalismo al final de la Segunda Guerra Mundial, había entrado en un callejón sin salida a mediados de los años setenta y buscó superar sus límites hollando otros caminos menos exigentes con el conjunto de la ciudadanía, con el medio ambiente y con otros pueblos —momento en el que nos encontramos—. Los enemigos políticos del *Estado nacional keynesiano* empezaron a construir un discurso que pretendía convertir al Estado en una *categoría zombie*[10], mientras silenciaban que la ***estatalidad*** (las funciones que antaño desarrollaba el Estado) iban a reelaborarse o a trasladarse a otros lugares. Como afirma Bob Jessop, lejos de desaparecer, el Estado está siendo “reimaginado, rediseñado y reorientado”.

Esta crisis, que afectaría a la unidad y eficiencia del Estado territorial, se traduciría en incapacidad en tres grandes ámbitos. Por un lado, en incapacidad para conseguir obediencia, esto es, en una **crisis de legitimidad**. Ésta está vinculada a la desorientación del bloque histórico de poder —con sus élites fragmentadas al rearticularse el capitalismo favoreciendo a unos sectores y perjudicando a otros— y a la crisis de representación popular, alejada de los partidos políticos y con una creciente desconfianza hacia la política institucional. En incapacidad, en segundo lugar, para generar relaciones sociales de reciprocidad. Esto es, una **crisis de confianza**, con el debilitamiento de los lazos sociales y un creciente individualismo que mina la reproducción de los ámbitos colectivos que

forman lo social. Por último, la incapacidad de generar relaciones de producción estables y suficientes para la reproducción económica del sistema, tanto en lo que se refiere al capital privado como a la fuerza de trabajo. Es lo que se conoce como **crisis de acumulación**.

En el tortuoso viaje del siglo XX, el Estado habría perdido la capacidad de coerción centralizada que le había caracterizado desde sus comienzos, de manera que sus posibilidades de garantizar la seguridad —la paz interna y externa— habría descendido enormemente. Cuando pretende recuperar esa capacidad es exponiendo a los ciudadanos al riesgo de perder su libertad en forma de orwellianos *Estados vigilantes*. Como en una relación hidráulica, la mayor seguridad sólo se entendía como una menor capacidad de los individuos para autodeterminar sus destinos. *Yo te protejo, tú obedeces*. La protección estatal, como en los iniciales momentos de la construcción estatal, se convertía en una suerte de reproducción mafiosa donde las garantías de paz y tranquilidad estaban vinculadas a la pérdida individual de autonomía, libertad y tranquilidad respecto de quien ofrece la protección (profundamente agravada en las llamadas *zonas marrones*, donde la presencia del Estado se hace al margen del Estado de derecho, afectando a sectores marginales, desempleados, inmigrantes no regularizados, etc.)[11]. El Estado habría alcanzado metas audaces impensables cien años antes —por ejemplo, *quitar* los hijos a los padres para obligarlos a ir a la escuela o hacerse cargo de una porción de la riqueza de cada país que va entre el 20 y el 50% del total, principalmente recaudando cantidades que van mucho más allá del *diezmo* medieval. Pero, al mismo tiempo, perdía capacidades que lo habían señalado, en el análisis de Max Weber, como el poseedor único de la violencia y responsable de la gestión de lo público bajo el paraguas del interés colectivo.

Pero ese Estado, reflejo de posiciones sociales, no es inocente, porque no lo son las personas que lo han llevado a ese lugar. Es un error **atribuir a la globalización la crisis del Estado nacional de bienestar**. El modelo de Estado nación, que había ganado el adjetivo de bienestar durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estaba haciendo aguas por diferentes razones. Por un lado, los Estados nacionales estaban enfrentando la **desnacionalización de la *estatalidad*** (es decir, las funciones

que venía desarrollando el Estado ya no se ejercían en exclusiva en los entornos nacionales). Esto era así ya que resultaban demasiado grandes para solventar algunos asuntos —con un apremio fuerte desde abajo hacia la descentralización regional y municipal— y demasiado pequeños para solventar otros relacionados con el proceso de estrechamiento del tiempo y el espacio que hay detrás de la globalización —presionados en este caso desde arriba hacia formas de integración supranacional o la mera supeditación a esas "fuerzas superiores"—.

El éxito que había tenido desde la década de los cincuenta para solventar los fallos del mercado ahora se tornaba en fracaso. Nuevas redes de ciudades o de regiones saltaban fronteras y aduanas con mayor flexibilidad que los paquidermos estatales. La nueva economía del conocimiento y la multiplicación y particularización de la oferta de bienes (frente a la homogeneidad del primer momento del consumo de masas[12]) rompía el crecimiento de la productividad, al tiempo que las presiones sindicales empujaban al alza a los salarios. Los mercados de bienes duraderos estaban saturados, con la consiguiente caída de la tasa de beneficios, además de que la gestión económica, concebida para economías nacionales, mostraba debilidades con la apertura comercial y financiera. Las políticas de bienestar reclamaban crecientes partidas del gasto público, tanto por la propia presión de los afectados por la crisis como de la ciudadanía en general que asumía el suministro de bienestar como un derecho, sin olvidar la retroalimentación que generaban los mismos servicios públicos —departamentos, oficinas, ministerios, etc.— que reclamaban un crecimiento constante. En no menor grado, estaban las dificultades recaudatorias del Estado, reo de cambios demográficos —envejecimiento de la población—, de operaciones de contabilidad engañosas por parte de las grandes empresas, de la existencia de paraísos fiscales y del control que ejercen sobre la administración pública los entramados corporativos transnacionales (baste recordar el caso ya señalado de las fraudulentas Enron y Arthur Anderson y sus vinculaciones a la campaña de George W. Bush). Estos problemas de ingreso de las haciendas nacionales sobrevenían en forma de crisis fiscales que vaciaban tendencialmente al Estado de su condición redistribuidora. El modelo

económico keynesiano no sabía solventar los problemas crecientes de estanflación, al tiempo que tenía dificultades para conservar los empleos en sectores en declive. Como apunta Bob Jessop, "la globalización, incluso en sus propios términos, no es más que un vector entre otros, a través de los cuales se expresan en la actualidad las contradicciones y dilemas inherentes al capital como relación", es decir, al capital en su inserción social.[13]

Sin embargo, el Estado, como arena en donde convive una lógica estatal propia entrelazada en una relación profunda y compleja con la sociedad sobre la cual ejerce su dominación, lejos de desaparecer *mutaba* su forma para adaptarla a las nuevas exigencias, en este caso internacionales. En la arena en donde se están dilucidando buena parte de los conflictos sociales de acumulación económica. En definitiva, "lo seriamente amenazado no parece ser, pues, el Estado soberano, sino el Estado de derecho como complejo de instituciones orientadas a garantizar que los ciudadanos puedan gozar de los derechos fundamentales"[14]. Después de medio siglo en donde el *Manifiesto comunista* parecía haber envejecido mal debido a las políticas keynesianas, la apuesta del Estado por disciplinar al mundo del trabajo a favor del mundo empresarial y financiero, esto es, la recuperación de una condición más evidente de clase por parte del Estado en el proceso de globalización neoliberal, devolvía a la discusión la pertinencia de entender la organización estatal "la junta que administra los negocios comunes del conjunto de la clase burguesa". Pese a la dureza de la época —que amerita, como veíamos, atrever categorías como la de *fascismo social*— conviene tener cuidado, pues esa afirmación da por perdidas batallas que ni siquiera se han dado. Margaret Thatcher, paradigma neoliberal, fue más radical en el discurso que en la práctica a la hora de desmantelar la red social inglesa. Si hubiera podido, quizá habría llegado tan lejos como con frecuencia se le imputa. Pero lo cierto es que no lo hizo porque la presión social también hizo su parte para frenarlo[15].

La discusión acerca del carácter de clase del Estado ocupó buena parte de la discusión en la ciencia política durante décadas. Visto con distancia, ese debate no siempre estuvo entrado en razón, ocupado tanto por la influencia del pensamiento marxista —en un área donde Marx dejó demasiados cabos sueltos— como por la contaminación de la Guerra Fría y

los intentos constantes de desmantelar cualquier pensamiento que debilitase el *american way of life* y su correlato político de democracias parlamentarias. La conclusión, por lo general, era algún tipo de reduccionismo que no permitía entender esta forma de organización política, dotada de una extraordinaria capacidad para cambiar, de disfrazarse en virtud de las relaciones sociales. En otros términos, el análisis del Estado caía en una suerte de *ideología*, en una interpretación subjetiva que satisfacía análisis académicos parciales o intereses concretos de grupos o clases sociales. Esto es comprensible, pues según fuera una u otra la explicación de lo que fuera el Estado, así sería la posición política a la que invitaría cada respectivo análisis. No se trata igual a un héroe que a un villano; no recibe el mismo respeto un santo que un canalla; no genera las mismas simpatías Robin Hood que el *sheriff* de Sherwood.

Hoy podemos afirmar que si bien es cierto que todos los Estados deben poder compartir algunas características comunes —por eso caen todos bajo esa denominación— el Estado real es un producto histórico, fruto de la relación dialéctica entre la organización que pretende concentrar la violencia física y la sociedad civil a la que reclama obediencia. Por tanto, lejos de poderse solventar con categorías universales validas *urbi et orbi*, exige explicaciones bajadas a cada espacio y tiempo concretos. Siendo más claros: como no es posible solventar esa relación social condensada en el Estado de manera abstracta, corresponde a la hegemonía que exista en cada sociedad el decidir en qué lugar del *continuum* "intereses particulares-intereses universales" se decide la organización social. Y es bastante probable que ese resultado, *concreto* e *histórico*, se presente no como algo contingente, sino como *universal y absoluto*. Cuando alguien tiene un privilegio, nada mejor para mantenerlo que presentarlo como alguno natural e invariable. Ya Marx diferenció las categorías para pensar la realidad de la realidad misma, dejando claro que una no podía ahogar a la otra: "Las categorías (…) son *formas* del intelecto que tienen una verdad objetiva, en cuanto reflejan relaciones sociales reales; pero tales relaciones no pertenecen sino a una época *histórica determinada*".[16]

Aquí nos interesa analizar el Estado nacional o Estado moderno, en un largo viaje en el que ha estado acompañado, como veíamos, del desarrollo

paralelo del capitalismo y del pensamiento moderno. Estas tres grandes autopistas que nos acercan a una interpretación de nuestras sociedades contemporáneas, están hoy sujetas también a profundas transformaciones: el capitalismo, enredado en su actual fase de globalización neoliberal; los Estados nacionales, buscando su inserción en un mundo crecientemente global, por lo común a través de vinculaciones regionales que superan las fronteras nacionales; la modernidad, viendo como sus grandes discursos de linealidad, progreso, colonialismo, productivismo y machismo se ven desbordados por algo que, a falta de mejor nombre, se conoce como *posmodernidad* y que, por la contaminación derechista de este concepto, quizá haya que definir como *poscolonialismo*.[17]

A lo largo de ese periplo, el aparato de dominación, acompañado de la expansión del capitalismo y del pensamiento racionalista moderno, ha concentrado más fuerza y se ha especializado más que en ningún otro momento de la historia. Igual que el capitalismo ha incrementado el número de bienes que han sido sujetos a la ley del valor (y, por tanto, que han sido convertidos en mercancías); igual que el pensamiento moderno ha convertido al pensamiento racional, expresado en la ciencia occidental, en la medida de lo que es *científico* y lo que no lo es, el Estado se ha ido apropiando de los ámbitos autónomos de la sociedad civil hasta llegar a controlar cada rincón de la vida. Dependiendo de cómo sea la relación con la sociedad civil, ese poder enorme será utilizado para la emancipación social o para la regulación. Y con frecuencia, cuando ha servido para la emancipación ha terminado poniéndose al servicio de la regulación. La fuerza de lo económico sigue siendo profundamente determinante en cualquier sociedad donde las reglas de la supervivencia sigan estando marcadas por algún principio de escasez.

En la segunda mitad del siglo XX, el capitalismo ha podido desarrollar dentro de la sociedad civil un poder amplio con la capacidad de modelar al Estado según sus necesidades, de convertir el pensamiento en la principal de las mercancías y reducir al resto de la sociedad a meros acompañantes castigados por su vertiginoso ascenso. Es el cumplimiento de lo que Karl Polanyi estableció ya en 1944 como el destino necesario del capitalismo

que pretendía regularse a sí mismo: la transformación que operaba la economía de mercado creando una sociedad de mercado.[18]

En todas sus formas posibles, la máquina del Estado se ha multiplicado en la última centuria. Cuando aúna los demás poderes sociales —el militar al servicio de aventuras imperiales y el policial al servicio de la represión interna; el ideológico al servicio de la ocultación de alternativas, el entretenimiento popular y la apatía política; y el económico al servicio de la reproducción global del capital— la figura bestial del Leviatán aparece ante nuestros ojos con toda su fiereza animal, ahora bien, disfrazada bajo los mantos del consenso social y las instituciones respetadas desde la sociedad civil. Es esta realidad —insistimos, histórica y contingente— la que lleva a algunos autores a identificar al Estado, siempre y en todo lugar, con esa situación histórica capitalista, suponiéndole también en cualquier futuro una condición de objeto de dominación al servicio del capital. Como el Estado y el capitalismo han ido de la mano, entiende que son lo mismo, una afirmación que es buena para la agitación política pero que no se compadece con la realidad ni siquiera con la lucha de clases que se pretende defender (¿acaso las luchas obreras no han modificado al Estado?). La conclusión bajo esas premisas, es coherente: dentro del Estado no hay emancipación posible. Holloway lo plantea con nitidez:

> “El hecho de que el Estado se encuentre integrado al movimiento global del capital no sólo limita externamente lo que este Estado pueda hacer. Afecta a cada aspecto de su actividad y organización, de modo que podemos hablar del Estado como una forma del capital o una forma de las relaciones sociales capitalistas”.[19]

En términos históricos, la capacidad del Estado nunca ha sido, como planteamos, tan elevada. No nos referimos a la capacidad de obrar con total autonomía de la sociedad, de manera despótica y sin escuchar a nadie —usando la metáfora de Michael Mann, como si fuera la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas*, encaprichada en cortar tantas cabezas como le apetezca—, sino la capacidad de extender su poder de manera infraestructural (¿dónde puede hoy esconderse nadie del Estado?)[20]. Esta

capacidad se multiplica en aquellos países que han concentrado mayores recursos militares, económicos e ideológicos. Allí donde anteriormente el Estado no podía desarrollar su poder despótico sino en función del acceso, siempre limitado, a los recursos que permitieran el suministro a sus ejércitos, hoy vemos que una organización estatal —pensemos en los Estados Unidos de América— lleva la guerra a cualquier lugar del planeta —y hasta del espacio— con resultados devastadores.

Además de controlar los recursos militares, ese Estado poderoso controla también los recursos ideológicos, alimentados por unos medios de comunicación integrados en la misma lógica o por una regulación de la enseñanza que orienta o adoctrina a la ciudadanía. Y no menos ocurre con los recursos económicos obtenidos bajo premisas capitalistas, convertidos en la razón principal de su comportamiento. Sin embargo, este Estado caracterizado por su capacidad de concentrar territorialmente su poder, se ha visto sacudido por el proceso neoliberal, donde algunos sectores han visto reforzada su posición social dominante, mientras otros han visto perder los avances en la redistribución de la renta experimentados durante las décadas anteriores. Algunas preguntas se hacen pertinentes en este galimatías conceptual: ¿es cierto que el Estado ha perdido poder con la globalización neoliberal? ¿Se trata del Estado o de un tipo concreto de Estado cuando se habla del vaciado de contenidos? ¿Afectan por igual los cambios al Estado que organiza la invasión de un país que al que garantizaba sociedades de pleno empleo, sanidad y educación públicas o procesos de industrialización crecientes? ¿Podemos afirmar que con la globalización neoliberal ha alcanzado el capitalismo su utopía de un mercado mundial autorregulado?

La economía política, que fue durante dos siglos nacional, hoy no se entiende sino como global. Nunca menos que hoy la autarquía es una salida nacional posible. Como en el grabado clásico del Leviatán de Hobbes, cada país está integrado hoy dentro de ese cuerpo global, sea como cabeza, brazo o la última extremidad. Pretender salirse sin más es repetir la aventura del Barón de Münchnausen de salir del pantano con su caballo tirando hacia arriba de los propios pelos. Pero esa arena global está todavía al servicio del privilegio. Vemos cómo la Iglesia, las corporaciones económicas, los

poderes mediáticos o las fuerzas militares con capacidad de expansión, pretenden usar el Estado nacional para hacer valer su posición de poder. Pero si fracasan en ese intento, recurrirán a la arena global, un ámbito construido por ellos y para la reproducción de su lógica, para insistir en el mantenimiento de su privilegio. Se recurre a donde hay posibilidades de ser escuchado.

En medio de esta confusión, otros elementos vinieron a terminar de enturbiar el panorama. La capacidad multiplicada del Estado obligó a una pregunta al pensamiento crítico: ¿es posible la transformación social al margen del Estado? Movimientos autonomistas, propuestas anarquistas, recuperación de algunas formas de organización municipales, junto a algunas propuestas aisladas (donde la más conocida fue la de *Cambiar el mundo sin tomar el poder* de Holloway), no han servido para construir una alternativa al modelo estatal. Al contrario, la experiencia de comienzos del siglo XXI ha abierto nuevos caminos que están replanteando las respuestas y, también, algunas de las preguntas. Si la solución no está en el Estado, tampoco está fuera del Estado. Si la sociedad se ha complejizado, hay que complejizar la estatalidad.

El nuevo ciclo político en América Latina —lastrado por el inicio del neoliberalismo en Chile en 1973 tras el derrocamiento de Salvador Allende, anunciado por los zapatistas en 1994 y sancionado simbólicamente por la devolución del depuesto Presidente Chávez al Palacio de Miraflores gracias a un pueblo echado a la calle—, mostraba un panorama radicalmente diferente a inicios del siglo XXI. Mientras se hundía el Muro de Berlín, en las calles de Caracas tenía lugar una de las primeras respuestas populares al modelo neoliberal, que terminaría cuajando en una nueva Constitución y una transición determinada a enrumbar al país al socialismo. En Bolivia, la lucha contra la privatización del agua tumbó gobiernos y puso por primera vez en la historia a un indígena en la Presidencia del Gobierno. En Ecuador, una pregunta descarada —*¿quién jodió al país?*— condensaba la voluntad de cambio que acabaría con la supeditación a lógicas foráneas y sancionaba una constitución abrigada por ese mestizado socialismo del siglo XXI. En Argentina, el *que se vayan todos* trajo consigo de nuevo al peronismo, pero esta vez con algunos rasgos diferentes construidos en interacción con las

movilizaciones sociales. En Chile, un modelo de consenso dentro de las valoraciones de las élites mundiales, empezaban a saltar las costuras debido a las crecientes diferencias sociales. En México, la falta de cumplimiento de las promesas de cambio tras la pérdida de poder por parte del PRI se zanjó en unas elecciones donde el PAN se alzó con el poder pero bajo sólidas acusaciones de fraude lanzadas por el PRD, autoproclamado ganador. En Paraguay, un austero obispo acababa con siete décadas de Gobierno del Partido Colorado, algo similar a lo ocurrido unos años antes en Uruguay. Sólo en los países donde se mantenía algún tipo de violencia guerrillera la izquierda tenía dificultades para acceder al poder (Colombia, Perú y México). Ante este panorama, ¿no recupera el Estado su capacidad de ser palanca de la emancipación? Es aquí donde la pregunta de la *memoria* del Estado y la memoria de los pueblos cobra toda su dimensión.

Frente a los reduccionismos señalados, podemos afirmar que tanto el Estado como la sociedad se transforman y constituyen mutuamente[21]. Esto no implica que no sea cierto que el Estado, aún de manera más clara en el Estado moderno, se ha configurado como una estructura funcional a la dominación de clase de la burguesía. No necesariamente tuvo que ser así —como demuestra el diferente desarrollo de China y de Europa desde el siglo XII—, pero empíricamente así ha sido. El Estado es una estructura centralizada, dotada de normas que permiten certidumbre y previsibilidad, y que está crecientemente especializada. En conclusión, en un marco de competencia —como ha sido el desarrollo de la humanidad— es funcionalmente superior a otras formas de organización que no se doten de estos rasgos. Es por eso que las formas estatales se hicieron hegemónicas. Ahora bien, en cada momento histórico, esa estructura heredada siempre tendrá que acompasar la *memoria* que porta el Estado —y que descansa en sus leyes, constituciones, reglamentos, universidades, burócratas, legados intelectuales, edificios, tradiciones, mitos, organizaciones militares, etc.—, con los requerimientos sociales. Es cierto que el aparato estatal tendrá muchas posibilidades, como tal aparato de coerción y construcción ideológica de obediencia, de acallar los nuevos requerimientos y adaptar las demandas a su estructura. Pero no es menos cierto que el Estado ha venido adaptándose a esas presiones sociales, de manera tal que cuando han tenido

la fuerza suficiente han sido capaces incluso de cambiar la faz del aparato estatal.

La *memoria* del Estado, en esos casos, se enfrenta a la *memoria* de los pueblos, aunque también a la *memoria* de los grupos sociales con capacidad de ejercer poder sobre el resto de la sociedad y sobre el mismo Estado (el control judío de Hollywood hace más por los intereses de Israel que todas sus embajadas en Europa y América). Del resultado de ese conflicto resultará una organización política que trabaje para la emancipación o que mantenga las diferencias entre los grupos sociales. Los escenarios son inciertos. Por un lado, un aparato estatal rearticulado para dar respuesta a las presiones sociales, tanto de las nuevas élites económicas como de los damnificados por los nuevos procesos de beneficio económico. Por otro, grupos de poder económico e ideológico que pretenden deshacerse de la estatalidad nacional y buscan la garantía jurídica a sus intereses en la arena internacional. Más acá, sectores populares, más o menos organizados, que reclaman, desde el aparato del Estado o desde la sociedad, nuevas formas de relación social y económica. Más allá, otros Estados o instancias internacionales con capacidad de influir en las agendas de Estados que sólo formalmente son soberanos…

En cualquiera de los casos, el Estado ha regresado como una categoría central de la reflexión política. Bien lejos de los cantos de sirena de sus sepultureros teóricos, el Estado se presenta de nuevo como un actor de enorme relevancia que quiere hacer valer de nuevo las fronteras —que ya no tienen por qué ser las fronteras geográficas, pero que tienen que entenderse como límites de la jurisdicción que le corresponde— que le permiten hacer *su parte* en el reordenamiento social. Y decimos su parte porque no es menos real que el Estado ya no agota lo político. Hay un creciente sector público no estatal que quiere hacer la suya, en relación con un Estado que debe comportarse como *maternal* —supervisor— pero no *paternal* —castrador—. La complejidad apunta a que el gobierno de lo público va a ser una tarea compartida.

2. GLOBALIZACIONES PARA UN MUNDO EN TRANSICIÓN

> “Parto de la presuposición de que lo que llamamos globalización consiste en series de relaciones sociales; conforme estas series de relaciones sociales cambian, también lo hace la globalización. En sentido estricto, no existe una entidad aislada llamada globalización; hay, más bien, globalizaciones, y deberíamos usar el término únicamente en plural. Por otra parte, si las globalizaciones son paquetes de relaciones sociales, éstos tienden a implicar conflictos; de ahí la idea de los vencedores y los derrotados. Con más frecuencia de lo que parece, el discurso de la globalización es el recuento de los vencedores en su propia versión. En ésta, su victoria es aparentemente tan absoluta que los vencidos terminan desapareciendo del cuadro por completo”.
>
> Boaventura de Sousa Santos,
> *El fin de los descubrimientos imperiales.*

Como recordó Gramsci, una época de crisis es aquella en donde lo viejo no termina de marcharse y lo nuevo no termina de llegar. Ya Platón, en el siglo V antes de Cristo, se quejaba de la pérdida de respeto por los valores que mostraban los jóvenes. La idea de que el pasado siempre es mejor viene de lejos, pero a menudo es engañosa. Siguiendo esa definición de Gramsci podríamos vernos tentados a afirmar que todas las sociedades y en todo momento histórico están en crisis, algo que no está muy lejos de la realidad. Es el *panta rei* —el *todo fluye*— de los griegos. Pero no menos cierto es que el cauce cambia lentamente, hasta que un día, que no puede predeterminarse, la lenta fuerza del agua crea un nuevo rumbo igualmente

muy difícil de prever. He aquí una de las claves de la época: como no se sabe a dónde vamos, conviene extremar las cautelas bajo un principio de *responsabilidad*.[22]

En el siglo XXI la prudencia, contraparte del crecimiento exponencial de los riesgos en nuestras sociedades, se convierte en una categoría social de gran relevancia. Malos análisis pueden romper muchas cosas o dejar de hacerse otras. ¡Recordemos la decisión de unos analistas en la banca inglesa *Baring* y en la francesa *Societé Generale* llevaron a las instituciones financieras históricas a la bancarrota —en el caso de la inglesa— o a una profunda crisis! La confusión de la época está alimentada por la falta de modelos. La oscuridad nos lleva a mirar atrás pensando que nada ha cambiado, a recuperar el recurso a lo sobrenatural, a construir historias de extremos donde la verdad, que reposa siempre en los matices, se nos escapa entre los dedos. Si la globalización es un proceso que afecta a todos los rincones de la sociedad, hablar de la misma debe ser un ejercicio desde y para la prudencia.

Pese a que la vida sea puro movimiento, no deja de ser cierto que la fluidez social se hace más evidente en unos momentos que en otros. Hablamos de *crisis* cuando entendemos que los viejos cauces parecen a punto de quebrarse. Para llegar a esa conclusión utilizamos la información de que disponemos, ordenamos las causalidades que podemos exponer, construimos conexiones con las tendencias que hemos objetivado. Que estamos sobre terrenos movedizos es un análisis que tiene crecientes adeptos. Son muchos los autores que parten de una comprensión del momento actual como **época de transición**, atravesada de dilemas que paralizan, de urgencias que angustian, de tecnologías con implicaciones económicas y morales que desbordan, de pequeñas variaciones que generan consecuencias enormes e imprevisibles, de paradigmas que se despiden y de otros que se anuncian. En definitiva, como sostiene el sociólogo polaco Zigmunt Baumann, hablamos de una fugacidad *líquida*, propia de una sociedad que ya no “tolera nada que dure” (como escribió el poeta Paul Valery) y que desparrama los análisis por las grietas del suelo. Cuando la pieza se mueve con tanta rapidez es difícil abatirla. A lo que hay que añadir el problema de que, al no haber tampoco acuerdo sobre cómo era la época

que se marcha, tenemos aún menos noticia de los rasgos de la que se avecina. No estamos muy seguros de dónde venimos y mucho menos de a dónde vamos. Seguramente que de forma parecida a otros muchos momentos de la historia, si bien ahora, por la vertiginosidad y la acumulación, nos lo hemos planteado como un problema embarazoso[23]. Recordaba Marx que nos planteamos los dilemas solamente cuando pueden solucionarse. Quizá era demasiado optimista y la linealidad del pensamiento lo atrapaba. No tenemos alternativas totales, pero se hace urgente repensar el desarrollo del capitalismo, de la Modernidad y del estatocentrismo que han desembocado en este mundo actual que miramos como amenaza. Como lógica de hierro, la aceleración tecnológica, carente de gobierno moral e impulsada desde la sala de fogones del capitalismo, nos arrastra hacia delante sin permitirnos voltear a ver hacia dónde nos arroja. Alertó de los riesgos Walter Benjamin en 1940: era necesario activar los *frenos de emergencia*. Mucho se ha empeorado desde entonces y el pedal del freno cada vez está más rígido. Por eso, el riesgo de querer regresar a la seguridad metafísica de la Edad Media, a la tutela de algo que pensamos más grande que nosotros mismos, es muy grande. Dios, hoy, explica menos cosas; a cambio, a los seres humanos, más libres y con mayores responsabilidades, les duele más la cabeza.

No es nada extraño, pues, que vivamos en un péndulo que oscila entre definiciones contundentes sobre la radical novedad del presente y su perpetua estabilidad y eterno retorno al punto de partida; entre la recuperación conservadora de conceptos y la invención libre y alegre de otros; entre afirmaciones que sostienen que no hay nada nuevo bajo el sol, que hemos regresado en un viaje circular al origen, y convicciones de que estamos alumbrando una nueva época. En este contexto tan fugaz, la tentación de pensar que lo que existe siempre ha estado ahí es muy grande. Si la Modernidad inauguró una era en donde el ser humano se hacía cargo de su propia historia, antaño escrita por dioses, reyes y tribunos, la crisis de la Modernidad recuerda demasiado la orfandad de la humanidad e invita a ponernos de nuevo en manos de los mercaderes del más allá, de reyes todopoderosos, de adivinos, de interpretaciones rígidas de la Biblia o El Corán ancladas hace 2000 años, o a pensarnos parte de una realidad

inmutable que nos lleva del pasado al futuro y nos rebaja el miedo que nos da ser nuestros propios responsables. Es el caldo de cultivo de naciones *eternas*, de religiones exigentes, de sectas autoritarias, astrólogos videntes, de cínicos hedonistas o de esa nueva creencia que dice que se puede encontrar el sentido de la vida en los templos del consumo. En vez de pensar hacia delante con los datos del pasado, la oferta es pensar hacia atrás con los datos del futuro. Igualmente, el alejamiento ciudadano de las grandes religiones institucionales, especialmente en Europa y América, ha dejado un hueco en la necesaria trascendencia consustancial al mortal y temeroso ser humano. No es gratuito el éxito de películas futuristas que regresan al pasado, de novelas esotéricas que buscan misterios banales con lecturas simples de la religión o el incremento del consumo de productos que ofrecen soluciones esotéricas e irracionales que la Razón moderna desechó.

La mundialización, como un caballo desbocado, ha obligado a las personas a buscar asideros para salvarse de su trote violento[24]. En el pasado están las preguntas, pero es más difícil que puedan estar las respuestas. Una vez más, fue Marx quien recordó que al molino de viento le correspondía la sociedad feudal, de la misma manera que al molino impulsado a vapor le correspondía la sociedad industrial. En otras palabras: no es factible ningún regreso al pasado. Mirar atrás nos convierte en estatuas de sal. No se puede luchar contra cohetes con lanzas. Igualmente, nada más lejos de la realidad que pensar que los países en los que vivimos —España, Venezuela, México, Alemania, Estados Unidos, Mozambique o Japón— siempre han existido y han sido vividos y pensados por su población con la misma identidad con que hoy se habitan. Aunque las palabras permanecen, los conceptos cambian con las sociedades. *Nación, estado, democracia, poder* encierran, bajo la misma palabra, realidades muy diferentes en cada lugar y momento histórico. Todos estos conceptos, como todas las realidades sociales, son fruto del consenso y del conflicto social de cada época. Su significado varía según resulten esos conflictos. Los que mandan sobre las palabras serán los que definan el concepto, lo que hay que entender con ellos (Un poder popular puede entender la democracia como participación y la globalización como un riesgo; una perspectiva liberal

entenderá la democracia como mera representación y la globalización en curso como la meta a seguir para una exitosa inserción en la economía mundial).

En momentos de cambio, cambian también palabras y conceptos. Comienza un lento declinar de las palabras antiguas y empieza un nuevo bautizo de las cosas. Como las palabras *res publica* o *polis* no le servían para hablar de la novedosa organización política, Maquiavelo empezó a hablar del *Stato*. Denominar al socialismo en construcción como "*del siglo XXI*", tiene más alcance que el de un simple cambio de fechas. Significa que hay que definir cómo serán sus contenidos, en pos de que la ciudadanía incorpore ese nuevo significado. Un proceso muy lento. Lo nuevo no termina de llegar ni lo viejo de marcharse. Un buen análisis obliga a mirar al pasado para encontrar tendencias, problemas y esfuerzos a imitar. Pero el buen análisis que lleve a la buena terapia no hace del pasado una arcadia feliz, sino que lo convierte en un recurso para la emancipación presente y futura. Es este compromiso de contar con el pasado para mirar firmemente hacia delante lo que orienta esta reflexión sobre el proceso globalizador.[25]

Una idea aproximada del éxito de uno de esos conceptos novedosos, el de *globalización*, son los 31 millones de páginas recogidas para su acepción inglesa precisamente en esa herramienta de la globalización que se llama *Google*. La misma búsqueda para la palabra española arroja el resultado de 6.5 millones de páginas. La librería electrónica Amazon.com tiene en su catálogo 36.600 productos con esta entrada. Hay al menos 4000 libros publicados sobre el tema (todos son datos de julio de 2008). Como se ha afirmado repetidas veces, si hay algo que ha aumentado con la globalización ha sido precisamente la inflación del uso del concepto a lo largo y ancho del planeta, convertido, a través de un bucle *mágico* y autoalimentado, en uno de los rasgos más evidentes del proceso de globalización. Existe la globalización, entre otras cosas, porque hablamos de la globalización. Añadiríamos, siguiendo a Aníbal Quijano, que *decimos* el concepto importando una mirada del Norte, rasgo igualmente de la capacidad colonial de los conceptos occidentales para permear el análisis del mundo.[26] Globalización es un concepto que vino del Norte. De ahí que

no debiera extrañar que su comprensión hegemónica ayude principalmente a los intereses del Norte. Por un principio de supervivencia, nadie llama ni convoca a aquello que puede dañarle.

Esa aceptación *dominadora* del vocablo no ha servido para dotarlo de un significado unitario. Estamos ante un concepto que, más allá de la condición polémica propia de todo el léxico político, está atravesada por un sinfín de controversias y debates, tanto entre académicos como en el campo de la política partidista y de los movimientos sociales de todo el mundo. Todo concepto político está, por definición, atravesado de *conflicto* (si despolitizar es desconflictuar, politizar es conflictuar). Ahora bien, existen conceptos que, desde su nacimiento, son mero instrumento de invasión ideológica y, por tanto, instrumento de confrontación y dominación política por sí mismos. *Occidente, civilizado, cultura, Orientalismo, modernización, gobernabilidad* son algunos de ellos. Precisamente por eso los conceptos *políticos*, pueden caer del lado de la emancipación o del lado de la regulación dependiendo de las fuerzas sociales en conflicto. Baste pensar en las diferentes interpretaciones aún hoy de lo que puede ser la democracia, los derechos de la mujer, la participación o la soberanía.

Difícilmente nunca otro concepto —fuera del de *democracia* y quizá el de *modernización*—, ha recibido tanto refuerzo mediático, académico y político en la historia reciente de la humanidad como el de *globalización*. Y, sin embargo, no ha podido evitar la polémica propia del análisis politológico. Dicho de otra manera: debido a que el término *globalización* vino cargado desde un principio con el armamento ideológico de la propuesta neoliberal, encontró pronto respuestas que ofrecían otros análisis al servicio de otros desarrollos políticos. Al lado de la **globalización hegemónica** pronto se presentaron análisis que criticaban el concepto como una cortina de humo que relegaba el uso tradicional y compartido de **imperialismo**[27]. Otros hacían análisis al servicio de una **globalización contrahegemónica**. Al tiempo que se asumía la realidad de las relaciones transnacionales, del acortamiento del tiempo y del espacio que brinda la tecnología, del aumento de las transacciones entre los países o de la diferente significación que tenían las fronteras nacionales, seguía reclamando un orden social más justo en esas nuevas coordenadas. La

globalización debía ser una suerte de adaptación del internacionalismo a las nuevas coordenadas del mundo. Como escribe Boaventura de Sousa Santos:

> "La globalización neoliberal es hoy un factor explicativo importante de los procesos económicos, sociales, políticos y culturales de las sociedades nacionales. Con todo, a pesar de ser la más importante y hegemónica, esta globalización no es única. A la par que ella y en gran medida como reacción a ella está emergiendo otra globalización, constituida por las redes y alianzas transfronterizas entre movimientos, luchas y organizaciones locales o nacionales que se movilizan en los diferentes lugares del globo para luchar contra la exclusión social, la precarización del trabajo, el declive de las políticas públicas, la destrucción del medio ambiente y de la biodiversidad, el desempleo, las violaciones de los derechos humanos, las pandemias, los odios interétnicos producidos directa o indirectamente por la globalización neoliberal. Hay, por tanto, una globalización alternativa, contra-hegemónica, organizada desde la base hacia la cumbre de las sociedades".[28]

Esto trae gruesas consecuencias para el análisis politológico: la globalización, pese a ser un proceso inmanente al capitalismo —nace de su seno y sigue su lógica—, no está necesariamente determinado. No está escrito en su código genético un rumbo obligatorio que fuerce al resto de la sociedad a asumir como propia la prioridad del capital. Ya vimos que la burguesía, de triunfar, sometería toda la sociedad a la reproducción del beneficio, aunque sería al precio de cavar su propia tumba (la "destrucción creadora" del capitalismo, en la expresión de Schumpeter, que dinamita todo el cemento social sobre el que se sostiene la propia economía. El "todos contra todos" de la competición capitalista termina en una forma de suicidio colectivo).

La *globalización realmente existente* no es solamente una tendencia del capitalismo —que lo es—, sino que también es el resultado de la crisis del modelo keynesiano, del resultado de las luchas entre los grupos sociales, de las trayectorias previas de cada país, de las estructuras de cada Estado (que,

como veíamos, tienen *memoria* para insistir más en una dirección o en otra —la memoria *rentista* del Estado venezolano es bien diferente de la memoria *sintoísta* del Estado japonés o la memoria *imperialista* del Estado norteamericano—). El resultado final del proceso de globalización dependerá, por tanto, del resultado de estos conflictos y estas interacciones. Demasiado complejo como para solventarlo con dos brochazos sobre la maldad intrínseca del imperialismo —mejor expresada, de cualquier modo, como un imperativo de comportamiento ligado al rigor económico con que el mercado capitalista mide la productividad— o sobre la bondad intrínseca del mercado capitalista —mejor expresado, igualmente, como las ventajas para el capital de apostar por el abandono de criterios sociales y obrar sin trabas tras escuchar exclusivamente la información que otorgan los precios —.

Otra reflexión no menor nos lleva a otro sitio: hay problemas en las sociedades de los países pobres que no son achacables a la globalización, sino a problemas institucionales mal resueltos, al poder perseverante de élites atentas a su estricto privilegio (con la capacidad de contaminar con sus prácticas corruptas a sectores de la nueva dirigencia), y a la incapacidad popular para consolidar nuevas formas de poder brindando nuevos cuadros y reinventando nuevas formas de estatalidad. Estas debilidades convierten a los países en franquicias de clase, preñados de insuficiencias estructurales en aspectos básicos como trabajo, educación, salud y seguridad, a lo que hay que añadir todos aquellos conflictos —guerras, violencia en las grandes urbes, impunidad de las fuerzas policiales— que frenan el desarrollo. Un análisis certero sobre lo que es y no es imputable a la globalización ayudaría a poner en marcha políticas públicas adecuadas para impulsar el desarrollo. Pero la apuesta no es sencilla. No es que ya no existan modelos claros (algo cierto desde el hundimiento de la URSS). Es que faltan las bases compartidas mínimas para realizar ese análisis. Por eso es importante hacer un retrato crudo de los efectos de la globalización.

3. MENSAJES POCO AMABLES DESDE EL FRENTE DE BATALLA

> “En el imperio de la vergüenza, gobernado por la penuria organizada, la guerra ya no es episódica, es permanente. Ya no constituye una crisis, una patología, sino la normalidad. Ya no equivale a un eclipse de la razón —como decía Horkheimer—, es la razón de ser misma del imperio. Los señores de la guerra económica no olvidan nada en su control del planeta. Atacan el poder normativo de los Estados, disputan la soberanía popular, subvierten la democracia, asolan la naturaleza, destruyen a los hombres y sus libertades. La liberalización de la economía, la “mano invisible” del mercado forman su cosmogonía; la potenciación al máximo de los beneficios, es su práctica. Llamo violencia estructural a esta práctica y a esta cosmogonía (…) El orden del mundo actual no es sólo asesino, es igualmente absurdo. Mata, destruye, masacra, pero lo hace sin otra necesidad que la busca del máximo beneficio para algunos cosmócratas movidos por una obsesión del poder, una avidez ilimitada”.
>
> Entrevista a Jean Ziegler,
> *Vamos hacia una refeudalización del mundo.*[29]

El año 2008 tuvo que enfrentar la resurrección de hambrunas al tiempo que una parte de los alimentos que estaban “mal que nutriendo” a poblaciones pobres de Sudamérica, África y Asia se destinaban a los depósitos de gasolina de los autos del Norte rico. La subida de los precios de los alimentos se achacaba a la mayor demanda de China e India. Poco se

hablaba de los agrocombustibles (enmascarados como “biocombustibles”); aún menos de la responsabilidad del cambio climático en las menores disponibilidades de alimentos; prácticamente nada de la responsabilidad de los mercados de futuros, en donde se habían refugiado los capitales tras el descalabro de las empresas punto-com y el sector inmobiliario, y que negociaban con petróleo, alimentos e, incluso, con los silos donde se guardará el grano. Su responsabilidad en la subida de los precios de los alimentos se calculó entre el 30 y el 40%. Países productores de alimentos sometidos a hambrunas. Algunos autores, como Amartya Sen, llevaban advirtiendo varias décadas de este riesgo. 100.000 personas mueven al día, según datos de la FAO, la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura, por causas relacionadas con el hambre. Pero la solución no era ni es sencilla: en esta ocasión es difícil echar la culpa a la servidumbre pues el asesinado, en esta historia, es el mayordomo (además de la criada y el chofer y el jardinero… todos junto a sus hijos); el asesino, el dueño de la casa. Sherlock Holmes, por tanto, ni aparece. La responsabilidad, resulta evidente, le corresponde al modelo, no a una mala gestión del mismo. La solución implica asumir la incapacidad del modelo para evitar tanta muerte. Aquí radica la dificultad extrema de la solución y la virulencia de los ataques a las alternativas.

Si bien la globalización es un proceso con múltiples ángulos, su balance en términos de igualdad, paz, prosperidad, sostenibilidad y solidaridad, tanto *globales* como dentro de cada país, son realmente escasos. Basta observar los Informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) o los avances logrados en las llamadas *Metas del milenio* para entender que no hay mucho margen para miradas complacientes. El PNUD mide los avances en los llamados *Índices de desarrollo humano*, que contemplan algunas de las siguientes variables según el grado de desarrollo de cada país: esperanza de vida, tasa de alfabetización, personas que viven bajo el umbral de pobreza, acceso a agua potable, peso corporal de los niños, tasa de desempleo, PIB per cápita y participación de hombres y mujeres en puestos de relevancia social y política. Los Objetivos del Milenio fueron un acuerdo suscrito en 2000 por 189 Jefes de Estado y de Gobierno con ocho grandes apartados: reducir a la mitad en 2015 la pobreza

extrema (personas que viven con menos de 1 dólar al día); conseguir la escolarización primaria de todos los niños y niñas; promover la igualdad de género en el acceso a la educación y el logro de autonomía; reducir la mortalidad infantil (aún en torno a 30.000 niños cada día); reducir la mortalidad materna; combatir enfermedades como el SIDA y las de tipo tropical como la malaria; garantizar la sostenibilidad medio-ambiental y reducir a la mitad las personas que no tienen acceso a agua potable; fomentar una asociación mundial para el desarrollo que incluya un sistema comercial y financiero abierto, así como medidas para solucionar el problema de la deuda externa.

Los avances son realmente magros. El informe de 2005 de las Metas del Milenio ofrecía un buen resumen de los principales lugares repetidos en estos informes: *los pobres son cada vez más pobres, los retrocesos casi superan a los avances en la lucha contra el hambre y más de una cuarta parte de los niños en los países en desarrollo padecen malnutrición, decrece el ritmo de reducción del hambre y más de 1000 millones de seres humanos malviven con menos de un dólar diario*[30]. Las cifras para América Latina no dejaban tampoco mucho espacio para el optimismo: cerca de 220 millones de latinoamericanos, el 40% de la población del continente, viven por debajo de la línea de pobreza.

Informes del PNUD 2005-2007

> "Es mucho lo que se ha logrado desde la publicación del primer *Informe sobre Desarrollo Humano* (1990). En promedio, la gente de los países en desarrollo no sólo cuenta con mejor salud y educación y está menos empobrecida, sino que tiene también mayores probabilidades de vivir en una democracia pluripartidista. Desde 1990, la esperanza de vida en estos países aumentó en dos años, mueren tres millones de niños menos al año, 30 millones más de niños va a la escuela y más de 130 millones de personas han salido de la pobreza extrema. No se deben subestimar todos los progresos que ha experimentado el desarrollo humano. Pero tampoco deben exagerarse. En 2003 (año en el que se referencia) y

en lo que constituye un retroceso sin precedentes, 18 países con una población total de 460 millones de personas bajaron su puntuación en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) respecto de 1990. En medio de una economía mundial cada vez más próspera, 10,7 millones de niños no viven para celebrar su quinto cumpleaños y más de 1.000 millones de personas sobreviven en condiciones de abyecta pobreza con menos de un dólar al día. Por su parte, la epidemia del VIH/SIDA ha causado el retroceso más grande en la historia del desarrollo humano y en 2003 cobró la vida de tres millones de personas e infectó a otros cinco millones. Como resultado, millones de niños han quedado huérfanos.

La integración mundial está dando lugar a una interconexión cada vez más profunda (…) En términos del desarrollo humano, sin embargo, el espacio entre los países se ha caracterizado por profundas y, en algunos casos, incluso crecientes desigualdades en el ingreso y las oportunidades de vida. Una quinta parte de la humanidad vive en países donde a muchos no les preocupa gastar dos dólares al día en un café y otra quinta parte de la humanidad sobrevive con menos de un dólar al día en países donde los niños mueren por falta de un simple mosquitero (…) La brecha en la esperanza de vida es una de las desigualdades más fundamentales. Hoy, alguien que vive en Zambia tiene menos probabilidades de llegar a los 30 años que un individuo que nacía en Inglaterra en 1840, y la brecha sigue aumentando (…) La participación de África Subsahariana en la mortalidad infantil mundial está aumentando: la región representa el 20% de los nacimientos mundiales y el 44% de las muertes infantiles. Pero el ritmo del progreso no sólo está disminuyendo en África Subsahariana, puesto que algunos de los más notorios exponentes del éxito de la globalización —entre éstos China e India— no están logrando transformar la creación de riquezas y el aumento de ingresos en una reducción más rápida de la mortalidad infantil. El problema radica en las arraigadas desigualdades que afectan al desarrollo humano (…).

El ingreso total de los 500 individuos más ricos del mundo es superior al ingreso de los 416 millones más pobres. Más allá de estos extremos, los 2.500 millones de personas que viven con menos de dos dólares al día —y que representan el 40% de la población mundial— obtienen sólo el 5% del ingreso mundial. El 10% más rico, casi todos ellos habitantes de los países de ingresos altos, consigue el 54%".

En 2007 el balance no era mucho más optimista:

- 854 millones de personas del mundo pasan hambre, de los cuales 7 de 10 son mujeres y niñas.
- Cada año mueren seis millones de niños por malnutrición antes de cumplir cinco años.
- 1 de 16 mujeres del África subsahariana morirán durante el embarazo o el parto, comparado a 1 de 3.800 mujeres en el mundo desarrollado.
- Cada día el VIH/SIDA mata a 6.000 personas y otras 8.200 contraen el virus.
- La mitad de la población del mundo en desarrollo carece de saneamiento básico.
- Los ingresos per cápita en los 10 países más ricos fueron 21 veces superiores a los de los 10 países más pobres en 1950, pero en 2005 esta cifra pasó a 50, más del doble.

En términos de porcentajes, América Latina estaba en 2005 en el mismo lugar respecto de la pobreza que 25 años atrás. La *década perdida* se había convertido en un cuarto de siglo. En términos de población, a comienzo de los años 80 había 135 millones de latinoamericanos pobres. En 2005, el continente soportaba 85 millones más de personas en esa situación, un total de 220 millones.

Todo esto sin olvidar algunos cálculos estremecedores que ofrecen comparaciones difícilmente comprensibles desde el discurso emancipador que nos legó la Ilustración: mientras que cada año seguirán muriendo casi

cinco millones de niños por beber agua en mal estado; mientras que la ayuda al desarrollo apenas llega a la quinta parte de lo que se gasta en armamento o la mitad de los subsidios agrícolas; mientras 33 millones de personas mueren al año de SIDA; mientras 1600 millones de seres humanos no tienen acceso a electricidad; al mismo tiempo que todo esto tenía lugar, la cantidad de dinero necesaria para que 1000 millones de seres humanos superaran el umbral de pobreza extrema que supone vivir por debajo de un dólar al día apenas es el 1,6% del ingreso del 10% más rico del planeta. Existen 500 seres humanos en el mundo que poseen, cada uno de ellos, lo mismo que un millón de personas pobres. Los ricos de Estados Unidos tienen más renta que los PIB juntos de Europa, China y América Latina.

La globalización desde las ONG[31]

El balance que se presenta desde las ONG de desarrollo, construye un espectáculo que sería dantesco de no ser estrictamente real (con cifras más altas que las que presenta el PNUD):

50 millones de personas infectados por el HIV son proscritos por la sociedad.

Casi 900 millones de personas no tienen acceso a una buena alimentación.

1.100 millones de personas sobreviven con menos de 1 dólar diario.

2.800 millones de seres humanos sobreviven con menos de 2 dólares diarios.

1.200 millones de personas no tienen acceso al agua potable.

771 millones son analfabetas.

El 70% de los pobres del planeta son mujeres.

10 millones de niños y niñas mueren antes de cumplir los 5 años.

507 millones de personas mueren antes de cumplir los 40 años.

El 75% de los pobres son trabajadores del campo.

El 55% de la población mundial vive en condiciones de insalubridad.

Cada minuto muere un niño por SIDA.

Cada 5 minutos muere un niño por enfermedad.

Cada 8 segundos muere un niño por agua contaminada.

Cada 3 segundos muere un niño por hambre y desnutrición.

Cada segundo muere un bebé recién nacido por falta de atención médica.

Cada minuto muere una mujer embarazada por falta de atención médica.

Cada 10 segundos muere una persona en manos del hampa marginal.

100 millones de niños son explotados en la prostitución infantil.

El 55% de las mujeres son madres solteras y un 50% viven en pobreza.

Un 32% de las niñas menores de 15 años son embarazadas.

177 millones de niños sufren retraso en su crecimiento por desnutrición.

2 de cada 7 niños sufren retardo mental por desnutrición.

250 millones de menores de 15 años no estudian y trabajan.

El 80% de la sangre para transfusiones son vendidas por los pobres.

El 70% de los órganos para trasplantes son vendidos por los pobres.

De cada 100 muertes en el planeta 99 son de gente pobre.

12,3 millones de personas están esclavizadas en el mundo.

Entre el 40 y el 50% son menores de 18 años.

Incremento del precio del trigo en 2007: 92%

Incremento del precio del maíz en 2007: 44%

Incremento del precio de la soja en 2007: 33%

Personas para las que el trigo es el alimento básico: 2.500 millones.

Producción de trigo en 2007: disminución de un 15%.

Disminución en 2007 de los cultivos de trigo en EEUU: 18%

Razón: aumento del cultivo de maíz para agrocombustible.

Producción de trigo de los próximos diez años que ha sido ya comprada por las agencias financieras a futuro: alrededor del 30%.

Cantidad destinada por el Banco Mundial y el BID a financiar la producción de agrocombustibles: 2.000 millones de dólares.

En conclusión, el balance que presenta la globalización no es muy halagüeño[32]. Aunque se repita un recurso cuasi metafísico recurrente, que consiste en achacar estos problemas a la falta de *globalización*. La ciencia económica hegemónica insiste en las ventajas de la eliminación de fronteras y la asunción del libre comercio, utilizando como argumento grandes cifras que ocultan más que clarifican (véase el primer párrafo con que comienza el informe del PNUD arriba reseñado). Sin pudor se repite que la globalización no ha generado sino ventajas. Si a los que negaban el Holocausto se les devolvía la responsabilidad preguntándoles "entonces ¿dónde está mi abuelo?", a los negacionistas de los problemas que ha acarreado la globalización neoliberal habría que preguntarles "entonces ¿dónde están los 30.000 niños que mueren de hambre cada día? ¿Dónde están los ríos limpios, el aire puro, el suelo fértil? ¿Dónde está la alfabetización de millones que nunca tuvieron un libro? ¿Dónde el saqueo del Sur por el Norte? ¿Dónde está la violencia con la que los países ricos empobrecen a otros a través del pago de la deuda, de imposiciones financieras, de intervenciones militares, de colonizaciones culturales? La respuesta de estas élites globalizadas será invariablemente: sin globalización sería peor. Al igual que una derrota en la guerra religiosa puede siempre achacarse a un defecto de fe, las políticas neoliberales siempre parecen escasas a sus promotores. Y como recordaba Jean Ziegler, siempre terminarán añadiendo que el combate de boxeo entre los ricos y los pobres que supone la globalización es justo y legal, pues "los guantes de ambos están homologados".

El neoliberalismo no da respuesta ni a los fallos del mercado ni a los fallos del Estado, y mucho menos solventa las contradicciones inherentes al sistema capitalista (principalmente, la producción social de la riqueza y su distribución privada). De hecho, ni siquiera ha servido para garantizar los procesos de acumulación generales, sirviendo en exclusiva a los sectores

que se beneficiaban de manera particular con la desregulación, la privatización, la liberalización, el apoyo y subsidio estatal al sector privado y el entronamiento de la mercantilización de todos los ámbitos sociales (en especial, del mundo del trabajo). En conclusión, podemos decir que, en escenarios electorales competitivos, el neoliberalismo subsiste principalmente porque es una ideología y por eso una de sus principales batallas tendrá lugar en los medios de comunicación.[33]

Paradójicamente, esa falta de disposición del neoliberalismo a establecer verdaderos consensos ha tenido como uno de sus principales logros el impulsar una respuesta social a su modelo extendida por todo el planeta, superando la melancolía que en el pensamiento crítico causó la caída del Muro de Berlín y el posterior hundimiento de la URSS. Una rearticulación intelectual, política y social que manifiesta haber aprendido de los errores de la emancipación del pasado, permitiendo ahora superar el *impass* en que se sumió el pensamiento crítico durante los veinticinco años de hegemonía de lo que inicialmente se pensó que era tan sólo una *década conservadora*.

La gran carga ideológica que hay detrás del término *globalización* ha enconado, pues, el debate. Por un lado, las explicaciones que legitiman el mundo creado por el neoliberalismo, coincidiendo en señalar la inevitabilidad del proceso de globalización, su determinismo tecnológico, la necesaria y sobrevenida debilidad de un Estado al que se le han achacado todos los males, y la oportunidad económica que brinda la apertura de fronteras. Por el otro, recuperando posiciones críticas, se insiste en las desigualdades que ha generado este proceso, el deterioro ecológico incrementado, el aumento de los conflictos, la necesidad de recuperar la soberanía para pagar la deuda social acumulada, la apertura de nuevas oportunidades políticas y el nuevo papel que corresponde a los Estados nacionales desde el momento en que reconsideran la relevancia de establecer límites/fronteras a la voracidad del capitalismo, especialmente en su fase global.

Ese papel del Estado, como venimos señalando, es uno de los puntos esenciales que debe clarificarse para no repetir presupuestos ideológicos. Como ha enseñado el marxismo, tiene que existir una correspondencia entre

la base económica y la articulación política de una sociedad, lo que no hay que confundir, como alertó Gramsci, con ninguna suerte de determinismo entre base y superestructura. El papel del Estado está en franca discusión, oscilando el péndulo entre quienes reclaman su *regreso* —que es una forma eufemística de decir que se recuperen los intereses colectivos— y los que quieren disolverlo en formas de **gobernanza** donde las formas estatales se equiparan a los demás actores del escenario global —incluidas las empresas transnacionales—. Cabría volver a señalar una tercera vía, de matriz marxista y libertaria, que entiende que el Estado es siempre un instrumento de opresión y que, por tanto, de lo que se trata es de *cambiar el mundo sin tomar el poder*, contando con la desaparición paulatina del aparato estatal. [34]

Pero el Estado en modo alguno está *desapareciendo*, sino que, debido principalmente a la debilidad de las clases populares —o, desde su reverso, a causa de la hegemonía clara y consciente de las élites globalizadas—, se están superando elementos de la forma *Estado nacional keynesiano* para adaptarlo a la necesidad de una estatalidad funcional al capitalismo globalizado. Esa multiplicidad que llamamos *Estado*, que se vistió como *nacional* y de *derecho* para construir una legitimidad que superase su fase absolutista, que se hizo social para evitar el embate del modelo soviético, ahora está debatiéndose en múltiples frentes para despojarse de esas vestimentas autóctonas y vestir trajes globales. Una vez más, una niebla se cierne en torno al Estado, vestido con disfraces diferentes que dificultan identificarlo, al tiempo que su *creador*, la sociedad civil, hace otro tanto camino de saber qué lugar le corresponde en esta transición paradigmática con la que se ha iniciado el siglo[35].

Surgen así formas políticas de gestión global de lo social que algunos autores llaman *Estado transnacional* (Robinson), otros *Imperio* (Hardt y Negri), otros *Estado imperial* (Panitch), otros *cosmopolitismo* (Held), otros *sociedad del riesgo global* (Beck), hay quien *Estado global occidental* (Shaw), alguno simplemente *sociedad global* (Giddens). Si el Estado es, en gran medida, la organización política de una sociedad, es evidente, resaltarán todos estos autores, que a una sociedad que le van afectando

aspectos globales, tenga que encontrar referencias políticas, normativas y culturales acordes con esa *supranacionalización*.

Uno de los aspectos más relevantes del proceso de globalización hace referencia a los actores y no a las estructuras. Tiene que ver con la existencia, en el interior de cada país, de unas élites referenciadas —principalmente de manera económica— en ámbitos que superan los Estados nacionales y que a través de diversas vías, principalmente en forma de *lobbies*, desmantelan la condición nacional de algún bien o servicio y lo globalizan. Puede ser importando algo que antes se producía dentro —alimentos—, exportando algo que se movía dentro del circuito nacional —las pensiones—, vendiendo parte del patrimonio nacional, etc. Dentro de estos procesos, uno de los más relevantes tiene que ver con la presión dentro de los Estados nacionales para hacer hegemónica la lógica del capitalismo global a través de los medios y los centros de producción de conocimiento. En todo el entorno occidental (no solamente europeo), paulatinamente la derecha democristiana, liberal, fue haciéndose neoliberal, dejando el espacio nacionalista a una extrema derecha que concentró su espacio electoral en el ataque a una inmigración impulsada, curiosamente, por la globalización (lo que explica por qué hay una extrema derecha antiglobalización).

Las contradicciones del Estado de bienestar capitalista fueron empujando a los antiguos democristianos a una radicalización de sus requisitos económicos. En última instancia, **las necesidades de acumulación económica fueron más relevantes que los aspectos de legitimación**. Si el Estado social había conciliado la tensión entre capitalismo y democracia, ahora se rompía ese contrato en el único rincón del mundo donde había funcionado gracias a circunstancias muy concretas. El paternalismo social, cuando la economía lo reclamó, se convirtió en paternalismo autoritario. La derecha cristiana, de matriz autocrática —no en vano los seres humanos seríamos en ese discurso *ángeles caídos* y *pecadores contumaces*— no encontró muchas dificultades para construir posteriormente relatos fáciles de enemigos terribles que ponían en peligro su orden social. Comunistas, antipatrias, ateos, agentes extranjeros, librepensadores, libertinos, terroristas, y, finalmente, también sindicatos,

partidos de izquierda, cristianos de base, medios de comunicación no alineados, intelectuales y pobres. La *cruzada* anticomunista emprendida por Juan Pablo II ayudó mucho en esa dirección. La nueva mayoría social se construiría con el recurso a la interiorización del miedo. Precisamente el mismo mecanismo en la construcción de los fascismos en los años treinta. En América Latina la senda fue más expeditiva: el golpe de Estado de Pinochet, auspiciado y apoyado por los Estados Unidos, inauguraría en 1973, con la dictadura, la era neoliberal, antecedente de una gestión de lo público que terminarían asumiendo, bajo diferentes formatos, todos los políticos de izquierda y derecha que gobernaron el continente hasta el fin del siglo.[36]

El bumerán neoliberal

Joseph Stiglitz — *Clarín*, 9 de julio de 2008

El mundo no ha sido piadoso con el neoliberalismo, ese revoltijo de ideas basadas en la concepción fundamentalista de que los mercados se corrigen a sí mismos, asignan los recursos eficientemente y sirven bien al interés público. Ese fundamentalismo del mercado era subyacente al thatcherismo, a la reaganomía y al llamado 'Consenso de Washington' en pro de la privatización y la liberalización y de que los bancos centrales independientes se centraran exclusivamente en la inflación.

Durante un cuarto de siglo ha habido una pugna entre los países en desarrollo y está claro quiénes han sido los perdedores: los países que aplicaron políticas neoliberales no sólo perdieron la apuesta del crecimiento sino que, además, cuando sí crecieron, los beneficios fueron a parar desproporcionadamente a quienes se encuentran en la cumbre de la sociedad.

Aunque los neoliberales no quieren reconocerlo, su ideología salió reprobada también en otro examen. Nadie puede afirmar que la labor de asignación de recursos por parte de los mercados financieros a finales del decenio de 1990 fuera estelar, en vista de que el 97% de los inversores en fibra óptica tardaron años en ver la

salida del túnel; pero al menos ese error tuvo un beneficio no buscado: como se redujeron los costos de la comunicación, la India y China pasaron a estar más integradas en la economía mundial.

Pero resulta difícil ver beneficios semejantes en la errónea asignación en masa de recursos a la vivienda. Las casas recién construidas para familias que no podían pagarlas se deterioran y se destruyen, a medida que millones de familias se ven obligadas a abandonar sus hogares en algunas comunidades y el gobierno ha tenido que intervenir por fin… para retirar las ruinas.

En otras, se extiende la plaga. De modo que incluso los que han sido ciudadanos modélicos, han contraído préstamos prudenciales y han mantenido sus hogares, ahora se encuentran con que los mercados han disminuido el valor de sus hogares más de lo que habrían podido temer en sus peores pesadillas. Desde luego, hubo algunos beneficios a corto plazo del exceso de inversión en el sector inmobiliario: algunos americanos (tal vez sólo durante algunos meses) gozaron de los placeres de la propiedad de una vivienda y de la vida en una casa mayor de aquella a la que, de lo contrario, habrían podido aspirar, pero ¡con qué costo para sí mismos y para la economía mundial!

Millones de personas van a perder sus ahorros de toda la vida, al perder sus hogares, y las ejecuciones de las hipotecas han precipitado una desaceleración mundial. Existe un consenso cada vez mayor sobre el pronóstico: la contracción será prolongada y generalizada.

Tampoco los mercados nos prepararon bien para unos precios desorbitados del petróleo y de los alimentos. Naturalmente, ninguno de esos dos sectores es un ejemplo de economía de libre mercado, pero de eso se trata en parte: se ha utilizado selectivamente la retórica sobre el libre mercado… aceptada cuando servía a intereses especiales y desechada cuando no.

Tal vez una de las pocas virtudes del gobierno de George W. Bush es la de que el desfase entre la retórica y la realidad es menor de lo que fue durante la presidencia de Ronald Reagan. Pese a su

retórica sobre el libre comercio, Reagan impuso restricciones comerciales, incluidas las tristemente famosas restricciones ‘voluntarias’ a la exportación de automóviles.

Las políticas de Bush han sido peores, pero el grado en que ha servido abiertamente al complejo militar-industrial de los Estados Unidos ha estado más a la vista. La única vez en que el gobierno de Bush se volvió verde fue cuando recurrió a las subvenciones del etanol, cuyos beneficios medioambientales son dudosos. Las distorsiones del mercado de la energía (en particular mediante el sistema tributario) continúan y, si Bush hubiera podido salirse con la suya, la situación habría sido peor.

Esa mezcla de retórica sobre el libre comercio e intervención estatal ha funcionado particularmente mal para los países en desarrollo. Se les dijo que dejaran de intervenir en la agricultura, con lo que expusieron a sus agricultores a una competencia devastadora de los Estados Unidos y Europa. Sus agricultores habrían podido competir con sus colegas americanos y europeos, pero no podían hacerlo con las subvenciones de los EE. UU. y de la Unión Europea.

Como no era de extrañar, las inversiones en la agricultura en los países en desarrollo fueron disminuyendo y el desfase en materia de alimentos aumentó. Quienes propagaron ese consejo equivocado no tienen que preocuparse por las consecuencias de su negligencia profesional. Los costos habrán de sufragarlos los de los países en desarrollo, en particular los pobres.

Este año vamos a ver un gran aumento de la pobreza, en particular si la calibramos correctamente. Dicho de forma sencilla, en un mundo de abundancia, millones de personas del mundo en desarrollo siguen sin poder satisfacer las necesidades nutricionales mínimas.

En muchos países, los aumentos de los precios de los alimentos y de la energía tendrán un efecto particularmente devastador para los pobres, porque esos artículos constituyen una mayor proporción de sus gastos. La indignación en todo el mundo es palpable. No es de

extrañar que los especuladores hayan sido en gran medida objeto de esa ira. Los especuladores afirman no ser los causantes del problema, sino que se limitan a practicar el ‘descubrimiento de precios’ o, dicho de otro modo, el descubrimiento —un poco tarde para poder hacer gran cosa sobre ese problema este año— de que hay escasez.

Pero esa respuesta es falsa. Las perspectivas de precios en aumento y volátiles animan a centenares de millones de agricultores a adoptar precauciones. Podrían ganar más dinero, si acaparan un poco de su grano hoy y lo venden más adelante y, si no lo hacen, no podrán sufragarlo, en caso de que la cosecha del año siguiente sea menor de lo esperado.

Un poco de grano retirado del mercado por centenares de millones de agricultores en todo el mundo contribuye a formar grandes cantidades. Los defensores del fundamentalismo del mercado quieren atribuir la culpa del fracaso del mercado a un fracaso del gobierno. Se ha citado a un alto funcionario chino, quien ha dicho que el problema radicaba en que el gobierno de los EE. UU. debería haber hecho más para ayudar a los americanos de pocos ingresos con su problema de la vivienda.

Estoy de acuerdo, pero eso no cambia los datos: la mala gestión del riesgo por parte de los bancos de los EE. UU. fue de proporciones colosales y con consecuencias mundiales, mientras que los que gestionaban esas entidades se han marchado con miles de millones de dólares de indemnización. Hoy hay una desigualdad entre los rendimientos privados y los sociales.

Si no están bien a la par, el sistema de mercado no puede funcionar bien. El fundamentalismo neoliberal del mercado ha sido siempre una doctrina política al servicio de ciertos intereses. Nunca ha recibido una corroboración de la teoría económica, como tampoco —ahora ha de quedar claro— de la experiencia histórica. Aprender esta lección puede ser el lado bueno de la nube que ahora se cierne sobre la economía mundial.

Pero la acumulación global tiene también requisitos superestructurales para poder desarrollarse. En primer lugar, se buscó la garantía para esa nueva propiedad privada global, es decir, la supremacía del derecho internacional sobre el nacional (el caso de las patentes o de los organismos de resolución de conflictos globales es emblemático al respecto). Como los Estados operan sobre bases electorales, que son las que otorgan legitimidad, necesitaban también construir una hegemonía diferente a la nacional, sirviéndose para ello de la supuesta inexistencia de alternativa. Aquí es donde se encuentran las secuelas del llamado *pensamiento único*. Como hemos señalado, el miedo (al terrorista, al desempleo, al inmigrante, al *antisocial*, a otros países, a caer en la escala social, a las enfermedades, a la marginación, a la violencia…) se convirtió en un gran disciplinador interiorizado. Por último, se articuló la garantía política, esto es, formas de democracia de baja intensidad que difícilmente, se pensaba, podían dar la vuelta al sistema. En último caso, se pusieron en marcha intervenciones militares globales —directas o encubiertas— cuando la colonización cultural y las amenazas no bastaran. Las empresas transnacionales, las instituciones financieras globalizadas, las empresas globales *punitivas* (agencias de calificación de riesgo-país, aseguradoras), los medios de comunicación mundializados y los ejércitos globales (ONU, OTAN) aparecen como los actores que sustentan esta nueva lógica institucional que se pretende hacer hegemónica con ese poderoso *bloque histórico* que goza de la fuerza de la concentración mediática y de la producción cultural. A la globalización capitalista, en definitiva, ya no le bastan los encuentros privados (Club Bilderberg, Foro de Davos, Trilateral, G-7), sino que necesita un Estado transnacional que sea garante político último de la nueva rearticulación socio-económica. Los últimos treinta años dan cuenta de los intentos, logros y fracasos en el intento de construir este espacio.[37]

Un día de la globalización en la prensa

Unas cuantas noticias, escogidas al azar en un mismo día, nos dan cuenta de la complejidad y condición ideológica del proceso de

globalización, obligando a una reconceptualización de la territorialización y geografía política.

Con motivo de la postulación de Venezuela al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, los Estados Unidos empezaron una fuerte campaña para evitar que este país, al cual habían ubicado en un naciente *eje del mal*, gozara de la visibilidad que otorga ese espacio de la legitimidad internacional. Con el antecedente de la Guerra Fría, quedaba claro, sobre todo a partir de la crisis del keynesianismo a mediados de los años 70, que la competición interimperialista y la consecuente lucha por influencia geopolítica, mercados y materias primas, iba a marcar la política tanto del siglo XX como del siglo XXI. Pero también quedaba claro para cualquier país que la supervivencia de un modelo alternativo no era posible fuera de un entorno regional.

Como ya ocurriera en otros momentos con Cuba —visto como un mal ejemplo para un continente conceptualizado como *patio trasero*—, de nuevo Estados Unidos, utilizando un gobierno *títere* como el de Guatemala, concentraba buena parte de los esfuerzos que le restaban de la aventura sangrienta iraquí para intentar frenar el reconocimiento de Venezuela. John Bolton, Embajador estadounidense ante la ONU —y reconocido *halcón* en política internacional— comenzó una fuerte presión para evitar que un país que estaba representando una *globalización contrahegemónica* pudiera tener el altavoz de Naciones Unidas tanto para la protesta como para la propuesta. El mundo rico y su ámbito de influencia extrema se posicionaron a favor del candidato norteamericano. Los países del mundo que estaban apostando por el multilateralismo apoyaron a Venezuela, con la novedad de que América Latina, tradicional feudo del Norte desde que Monroe lanzara su “América para los americanos”, mostraba ahora una escisión que ya no respondía a las exigencias estadounidenses.

El mismo día que se anunciaba un receso en la votación debido al estancamiento en las posiciones y la imposibilidad manifiesta de alcanzar los dos tercios necesarios (al final se pactaría un tercero,

Panamá), el Presidente Georg W. Bush daba el visto bueno a un plan para controlar *las galaxias*. Se inauguraba la llamada *Política Nacional del Espacio*, que planteaba la prohibición del acceso al espacio a quien ellos señalaran como "hostil para los intereses" norteamericanos. El espacio, algo que nunca se había conceptualizado entre los elementos tradicionales del Estado —población, territorio y administración—, pasaba a ser un lugar esencial a través del control de la información y de las potenciales capacidades bélicas que encierran los satélites. Desde la perspectiva estadounidense, ya no es válido lo que sí lo fue en la conquista del Oeste —el primero que llega, mata a los indios y cerca el terreno, es el dueño del territorio—, pues Estados Unidos, pretende negar que ya nadie pueda llegar al espacio e incidir desde él.

En ese mismo momento, la prensa daba una gran importancia —y el Gobierno evitaba siquiera mencionarlo— al nacimiento en los Estados Unidos del "bebé 300 millones". A escasos días de unas elecciones intermedias (que ganarían los demócratas), y más allá de la competencia entre diferentes hospitales para protagonizar los quince minutos de gloria televisiva, lo realmente relevante era que el grueso de los candidatos a ese *honor* eran descendientes de inmigrantes. Más aún, había bastantes probabilidades de que ese niño que contabilizaba los 300 millones en la primera potencia del mundo era probablemente la hija o el hijo de un espalda mojada que atravesó ilegalmente la frontera del Río Grande. En una línea similar, el Gobierno británico lanzaba una crítica al uso del velo por parte de jóvenes en el país europeo, al igual que el Partido Popular español, en la oposición al Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, reclamaba medidas fuertes contra la inmigración y defendía la existencia de Muros que frenasen la *oleada* de personas en busca de una oportunidad. Por último, estas noticias arrastraban aún el eco de la supuestamente primera prueba nuclear norcoreana, decisión que dejaba de ser local —como históricamente había ocurrido con las pruebas nucleares de las potencias en posesión de armamento atómico—, para pasar a ser un asunto *global* sobre el

que se posicionaban todos los países del mundo y el organismo de Naciones Unidas, y otro tanto ocurría con el goteo permanente de muertes en la Iraq ocupada por los Estados Unidos, que, según informaciones de la revista del colegio de médicos británicos, *The Lancet*, alcanzaba la cifra de 600.000 personas.

Todos estos elementos inciden en la idea de transterritorialización de los flujos sociales: la política nacional ya no es comprensible fuera del entorno internacional. El desarrollo del capitalismo y su fortaleza tecnológica; la influencia en el desarrollo científico del pensamiento moderno; la falta de fuerza social para defender la articulación en todo el mundo de los Estados nacionales como Estados sociales y democráticos de derecho; la hegemonía norteamericana tras la caída de la Unión Soviética, son todos aspectos que dan cuenta de la realidad del cambio de paradigma que enfrenta el mundo. Cambio de paradigma que nos sitúa en un momento de crisis, ese tiempo en el que, según las palabras de Antonio Gramsci con que abríamos este capítulo, "lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer". Un tiempo en donde los espacios tradicionales se muestran fragmentados —no totalmente rotos—, poniendo encima de la mesa una renovada discusión acerca del cielo —el espacio, con los satélites como nuevos ángeles con espadas flamígeras— y el infierno —las inmensas zonas del planeta que sólo ven esperanza en la inmigración a los países ricos—. Y, como en una suerte de tensión dialéctica, frente a la universalización comercial de aspectos que antaño fueron meras realidades locales —sean los *jeans*, Hollywood, la hamburguesa, el BBVA o la Coca Cola —, aparece una tensión social contrahegemónica que se devuelve a identidades locales y que plantea que otro mundo es posible frente a la homogeneización cultural macdonaldizadora del mercado global.

4. LA IMPACIENCIA DE UN CONCEPTO

> “La idea de que una economía que va mal puede curarse por sí misma forma parte de la ideología hostil al mundo del trabajo del FMI y de la propaganda de la Escuela de Chicago. Para sostener ese tipo de cosas se dan los Premios Nobel, se lo garantizo. Pero es teoría económica basura”.
>
> Michael Hudson
>
> “El fondo político de la actual crisis económica”.

Como venimos planteando, la información contradictoria que otorga la realidad reclama a la teoría **marcos de clarificación que orienten la acción**. Sin embargo, la ciencia social crítica fue perdiendo posiciones en las últimas dos décadas, convirtiéndose la corriente principal de la disciplina en una justificadora del avance de la globalización neoliberal, ahora enmascarada bajo una *cuantitativización* del saber social y politológico que reinventaba el positivismo, es decir, la racionalidad meramente instrumental al servicio de lo existente. Los principales conceptos con los que explicamos lo político, hegemonizados a través de los recursos públicos y privados de la investigación, son hoy meros instrumentos de legitimación del modelo económico bajo la pátina de la objetividad académica (desde capital social a gobernanza, pasando por transparencia, gobernabilidad, estados canallas, guerras justas o *marketing* social). Y por supuesto, esa ciencia social hegemónica está afectada de una profunda “amnesia teórica” respecto de los conceptos acuñados por la sociología y la politología críticas, de manera que resulta prácticamente

imposible encontrar determinadas líneas de pensamiento, que acumularon teoría útil, citadas en los trabajos de esa academia *oficializada*.

A comienzos del siglo XXI, libros y artículos sobre la globalización han penetrado todos los rincones del planeta, no coincidiendo, ni mucho menos, en la valoración del proceso. No es anecdótico que una parte sustancial de los catálogos de libros de ciencias sociales incorporen fotos de manifestaciones contra la globalización para ilustrar las novedades editoriales (fue una constante durante los primeros años del siglo XXI). Instituciones a las que se imputa cierta responsabilidad en el proceso de mundialización, tales como el FMI o el Banco Mundial insisten en sus últimos informes en los problemas generados por un proceso que, sin embargo, siguen defendiendo. Incluso, como ocurrió con el Informe del PNUD del año 2008 sobre cambio climático, aún viéndose las consecuencias no se vinculaba ese escenario apocalíptico con un modelo que supedita la vida a la reproducción de la ganancia empresarial.

Pero el desenfado parecía no tener límites. Georg Soros, responsable de la salida de la libra del Sistema Monetario Europeo en 1992 (al igual que de las varias devaluaciones de la entonces peseta española) era condenado en diciembre de 2002 por uso privilegiado de información, lo que convertía su enriquecimiento en ilícito. Al tiempo, publicaba un libro, *Globalización*, alertando de los peligros que un individuo como él podía generar en un sistema como el actual. Otros académicos, como el Nobel Joseph Stiglitz, descabalgado de su fe en el mercado autorregulado y en las recetas del llamado *pensamiento único*, han cobrado la relevancia de los que se cambian de filas si bien sólo después de meter sus propios dedos en las llagas generadas por la *miopía cortoplacista* de la que había sido responsable como Vicepresidente del Banco Mundial. Otro de los referentes de la sociología mundial, Manuel Castells, publicaba un libro en 2005 sobre la inserción de América Latina —con el caso concreto de Chile— en la economía global, donde volvía a sus tesis sobre la sociedad red. Alertaba de la "conexión perversa" que se producía cuando amplios sectores marginados de la población, junto a regiones enteras, caían en las garras de las redes criminales por causa de la dinámica de la globalización. Pero hay que entender las motivaciones de estas simbólicas opiniones. Detrás de sus

planteamientos, sólo estaba una inquietud que ya había asaltado a Keynes en el periodo de entreguerras: el capitalismo, dejado a su propia lógica, genera su propia destrucción en medio de una amplia socialización del dolor. Sin embargo, los tres autores dejan sin explicar cómo se teje esa suma de adaptaciones a la competencia. Se menciona al Estado, pero un Estado que, como una nueva Santa Teresa que ha cambiado el brazo incorrupto por la mano invisible ensamblaría todas las partes con más magia que ciencia[38]. Lo cierto es, como venimos planteando, que el problema es de modelo, no de prácticas. La capacidad de la economía capitalista reside en su condición compleja, flexible, descentralizada, basada en un mercado anárquico y con la capacidad dual de, a través de los precios, estimular un aprendizaje a los golpes y asignar de manera inclemente capital a la actividad económica.[39] La actividad que genera más dinero no es siempre la más eficiente en términos sociales (como demuestra todo el capitalismo financiero o la especulación vinculada a alimentos y petróleo que explotó en 2008 agravada por la crisis inmobiliaria norteamericana).

Dos casos, separados por un lustro, ejemplifican todo esto. En diciembre de 2002, la ausencia de regulación real en el comercio marítimo creaba, al naufragar en las costas de Galicia (España) el buque petrolero *Prestige*, la más relevante catástrofe ecológica en Europa en los últimos cincuenta años. La obsesión por el déficit cero y el equilibrio presupuestario se cebaban en el desastre al no existir medios disponibles para paliar este tipo de accidentes. Al tiempo, la campaña preelectoral del partido en el Gobierno rezaba “Menos impuestos, más seguridad”. Lógica auto-castradora impulsada desde el Estado que adoctrinaba a la ciudadanía en una dirección que, se vería, era contraria a sus intereses. Cinco años después, en 2006, se repetía la escena en Costa de Marfil, y lo público volvía a parecer impotente ante los entresijos de las multinacionales. Las dificultades que los países ricos establecen a las empresas que operan en su territorio, llevan a estos conglomerados económicos a buscar salidas en países con menos recursos y menos capacidad política. Los recursos jurídicos de las transnacionales son superiores a los de cualquier país africano (al igual que ocurre con los ejércitos de mercenarios contratados).

En 2008, los incendios —profundamente ligados al cambio climático— que asolaron partes importantes de Norteamérica postraban en la impotencia al Estado más importante del mundo. Los servicios de bomberos, afectados por los recortes presupuestarios, eran ineficaces, carentes de personal y medios. Por el contrario, los "neociudadanos" que habían suscrito seguros particulares contaban con la asistencia de compañías privadas de rescate y lucha contra incendios formada por antiguos miembros del ejército (bomberos mercenarizados) que, ante el peligro de incendiarse la casa, obraban como en una operación en un escenario bélico. Como escribió Naomi Klein, la situación se transforma en un *Apocalipsis bíblico* donde los elegidos se salvan y los impuros —los que no han pagado— se queman en el infierno, mientras Dios, invisible como la conocida mano, permanece impasible.[40] Como conclusión, los bosques calcinados en el Norte o en el Sur, el mar contaminado en el Sur o en el Norte, recuerdan que *Gaia*, la madre tierra, es una y su comportamiento es el propio de un ecosistema único. Aunque se insista en representar que sólo duele lo que es cercano porque se ve. Pero la lógica cortoplacista del capital no repara ni en empatías ni en futuros.[41]

Todos estos comportamientos ¿son paradojas o forman parte de unas circunstancias más lógicas que lo que estas confusas señales nos permiten imaginar? Cuando hablamos de globalización ¿estamos ante un espejismo, ante una impostura o ante una tozuda realidad? Intentando avanzar algo, volvemos a afirmar que es cada vez menos cuestionable que estamos en un momento de replanteamiento de la mirada (de *cambio de paradigma* para muchos autores). De ahí que, de una manera u otra, uno de los rasgos más evidentes de la globalización, como hemos señalado, sea la cantidad ingente de libros publicados sobre el tema. Aunque sea para decir que la mundialización no existe. Como se suele señalar, McLuhan tuvo que escribir 15 libros para *demostrar* que los libros estaban *muertos*.

Sin embargo, las secuelas de la lucha contra el discurso ideológico de la Guerra Fría tenían engrasados algunos sectores críticos. Las sospechas sobre el discurso de la mundialización aparecieron pronto, ligadas a la sorpresa que causaba la vertiginosidad con la que ese concepto se había convertido en referencia generalizada. La duda, inicio de toda reflexión

científica, se abrió paso e invitó a mirar con escepticismo, extrañeza y en no pocos casos con indignación al vocablo en boga. ¿Cómo había alcanzado la globalización ese generoso hueco en las explicaciones académicas y, de manera más relevante, en los medios de comunicación? Basta observar el conservadurismo con el que la ciencia incorpora paradigmas y categorías (lentamente, después de mucho contraste y tras honda discusión) para interrogarnos obligatoriamente por las razones que han liberado a este concepto de la humildad a la que se obligó a otras explicaciones. ¿Hacía falta realmente un nuevo nombre para lo que estaba ocurriendo en el mundo? ¿Se habían gastado definitivamente los viejos sustantivos? ¿O estábamos, quizá, ante algún oscuro interés en que ese vocablo, que venía a inaugurar toda una época, barriera con su poderosa escoba mediática los antiguos paradigmas politológicos, sociológicos, jurídicos, filosóficos y económicos?

Continuando con las preguntas, cabía interrogar qué sectores incrementaban sus posibilidades bajo el impulso globalizador. ¿A quién pertenece la *globalización*? ¿Nos hemos encadenado acaso a algún mástil para poder escuchar el canto de sirena embriagador de ese concepto que oculta las relaciones sociales? ¿Ha venido la *globalización* a preparar el caballo de Troya con el que se penetre en la *ciudad científica* y se saqueen sus riquezas? ¿Qué suerte le depara al último medio siglo de producción científica, supuestamente obsoleta ante la imperiosa acometida de la mundialización?

Martin Wolf, antiguo economista del Banco Mundial y editorialista del *Financial Times* reconocía indirectamente la importancia del *discurso* sobre la mundialización en su imposición hegemónica. Se trataría, en su análisis, de un proceso *natural*, que habría operado en el *pensamiento* (de las personas respetables), y que tendría la enorme fuerza de lo que se observa a simple vista:

> “Lo que ha cambiado desde los años 80 ha sido que las soluciones alternativas al modelo de mercado, para la organización de las economías modernas, han perdido prácticamente toda su credibilidad entre las personas serias del primer, segundo y tercer

> mundo. De ella arrancó un vasto movimiento hacia la economía de mercado y —contrapartida inevitable— un movimiento hacia una integración económica mundial, a su vez consecuencia natural de la economía de mercado. Esta deriva de perspectiva intelectual no es fruto de alguna teoría complicada, sino que nace de la observación de lo que ha funcionado y lo que no ha funcionado (…) Con una economía de mercado semejante, hay lo que muchos denominan globalización y que yo, por mi parte, prefiero llamar integración económica internacional".

Los conceptos *nuevos* adquieren tintes de combate pues eliminan de la agenda explicaciones que habían tomado cuerpo en la doctrina y, al tiempo, alumbraban la acción. Fue el caso paradigmático de los conceptos *modernización*, *autoritarismo* o *transición a la democracia*, conceptos todos ellos indisociables de la Guerra Fría y que se pusieron al servicio de la desactivación del conflicto social. Pero la ciencia social suele pactar el lugar exacto entre el ayer y el hoy. Ese pacto entre el pasado y el presente es el que alumbró, con el recurso a los prefijos y a los adjetivos, conceptos como postmodernidad, *post*fordismo, neoliberalismo, *post*estructuralismo, *post*marxismo, neokeynesianos, *post*materialismo, tardo-capitalismo, *segunda* modernidad, etc. De esta forma, el análisis de la realidad incorporaba, a modo de transacción, las orientaciones que desde la ciencia social se daban respecto de la marcha del mundo. No debe llamar la atención, por tanto, la sospecha que levantó la rápida aceptación de este concepto, popularizado en los medios mucho antes de que la academia lo hubiera digerido. Y en la misma dirección hay que entender las posteriores denuncias de ser *mera ideología*, de estar al servicio de intereses espurios, las acusaciones de instrumento del "imperialismo" y del "poder transnacional" bajo expresión del "ecumenismo cultural", de la "fatalidad económica" y de una "necesidad neutral"[42]. Tampoco era tan extraña esa recuperación crítica, pues todo lo que ha acompañado el discurso ideológico entusiasta sobre la globalización se ha asentado en una recuperación de principios neoclásicos de equilibrio general donde, una vez más, la sempiterna mano invisible del mercado articularía el punto estable de oferta

y demanda bajo la ética universal de los vicios privados y las virtudes públicas.

Como conclusión, **despensar** el concepto de globalización hegemónico se convierte, pues, en el primer paso para reconstruir una globalización alternativa. Frente al gobierno de las palabras sólo resta poner en funcionamiento un desgobierno de los discursos, donde se activen ángulos inéditos del proceso que permitan acertar en las corrientes de fondo. Por ejemplo, qué hay de nuevo en la globalización con la que hemos entrado en el siglo XXI.

5. SIN ESPACIO ENTRE LAS RUEDAS DENTADAS… LA FALACIA TECNOLÓGICA DE LA GLOBALIZACIÓN

> "El hombre, supremo creador, es también el mayor impostor. Puede falsificar casi cualquier cosa, desde billetes de un dólar hasta el amor y el arte. Puede, incluso, falsificar la ciencia y, por cierto, en más formas que cualquier otra cosa: por medio del plagio, tergiversando datos y repartiendo mitos arropados en vestiduras aparentemente científicas".
>
> Mario Bunge
> *Crisis y reconstrucción de la filosofía.*

El reloj de arena, con su metáfora, grano a grano, de la caducidad del poder. El reloj de sol, referencia de un poder natural y símbolo de una autoridad por encima de la cual no cabe nada. Las horas dadas por un campanario cuyo tañer abarca el poblado y el campo donde laboran los campesinos, vinculando la ordenación económica y social de la comunidad con los ritmos marcados por los metales de la Iglesia. El reloj mecánico, señal inequívoca del poder absoluto del monarca, a quien le corresponde dar cuerda al artilugio. Todas estas señales del tiempo han dado paso a una medición del tiempo que se aleja, al menos metafóricamente, del control de los hombres: la frecuencia medida por el espectro de un átomo de cesio 133. Es, en expresión de Castells, el "tiempo atemporal que sustituye al tiempo de reloj de la era industrial". Curiosamente, ese tiempo *etéreo* sería a la vez un **unificador del globo**, al establecerse entre 1875 y 1925 las franjas horarias mundiales, el calendario gregoriano (la URSS no lo asumirá

hasta 1918), la semana de siete días, y la puesta en funcionamiento de códigos internacionales de señalización y de telégrafos.

La virtualidad a la que se ve sometido el espacio (con fronteras que no terminan de poder ejercer como tales), hace que también el *espacio cívico*, esto es, el lugar donde todos los ciudadanos compartan solidaridad y confianza con los demás, también se haga virtual. No es extraño, pues, que para muchos autores nos encontremos ante un ***mundo desbocado*** (Giddens), una ***segunda modernidad*** (Beck), una **transformación de las bases filosóficas del mundo** (Altvater), un ***mundo sin sentido*** (Laïdi), un ***cambio de paradigma tecnológico*** (Piore y Sabel), una ***crisis sistémica*** (Wallerstein), una ***modernidad líquida*** (Baumann), una ***transición paradigmática*** (Santos), un ***cambio ontológico profundo*** (Rosenau) o, incluso, un ***cambio de civilización*** (Morin).

Si Einstein pudo afirmar hace medio siglo que lo que caracterizaba a nuestra época era la confusión de los fines y la perfección de los medios, hoy habría que asumir que ambas características han aumentado exponencialmente. Basta para entenderlo considerar el acortamiento del periodo de vida comercial de cada generación de microprocesadores, que ha discurrido por una secuencia de décadas entre las primeras a semanas en la actualidad. Frente a ese desbordado y desbordante crecimiento tecnológico, que obliga a nuevas pautas de organización que se acompasen a las posibilidades y necesidades del campo, otros ruedos de la vida humana permanecen casi inamovibles. La democracia representativa recogida en el *Discurso a los electores de Bristol* de Edmund Burke de 1774 aún pertenece hoy a la práctica totalidad de los corpus constitucionales del mundo (con la prohibición del mandato imperativo, esto es, que los electores no pueden revocar a los elegidos, y la ficción según la cual el Parlamento representa a la nación). Las revoluciones no son tales hasta que no se asientan en la cotidianeidad de los pueblos. Se trata, por tanto, de definir correctamente lo que ha desaparecido, lo que no ha cambiado, lo novedoso y, aspecto de gran relevancia, lo que se ha transformado, evitándonos proposiciones sin ningún fundamente como la que postula el *fin de los Estados nacionales*, el *fin de lo político* o el surgimiento de una *sociedad de discursos sin hombres* (como plantearía Luhmann).

El estrechamiento/ensanchamiento del tiempo y del espacio, esas categorías con las que pretendemos ordenar los humanos el mundo, llevan hasta el estrabismo nuestra mirada pero no pueden, más allá de la ciencia ficción, superar el límite físico de nuestra existencia. Un día es el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre sí misma; un año, el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta completa alrededor del sol. La palabra inglesa *World* es una mezcla de los términos germánicos *verr* —hombre— y *öld* —tiempo— de manera que el mundo es el "tiempo de los hombres"[43]. El límite físico del ser humano y la conciencia que a ello le acompaña es, hoy por hoy, incuestionable, por más que la supeditación de la vida social al desarrollo económico/tecnológico pretendan equipararlo a una "vida-máquina". La cotidianeidad, aunque desaparezca de los discursos o de los análisis sociales, permanece socialmente. Es el *mundo de la vida* amenazado constantemente por su mercantilización, pero que es donde radica el sentido de la vida del *homo sapiens*. De lo contrario, como es obvio, desaparecería la propia sociedad. De ahí que la organización política no pueda perder de vista este aspecto. Al igual que las *tradiciones acorraladas* se transforman en *fundamentalismos* (Giddens, Castells), la organización política acorralada puede caer en *teologías antimodernas* o en una exaltación del Estado nacional que pecaría por defecto al ser incapaz de conceptualizar los cambios actuales que abarcan todos los ámbitos de lo social, así como sus potencialidades. Nada más torpe para los intereses colectivos de un pueblo que encerrarse en las propias fronteras negando el impulso de integración mundial en marcha. Esconder la cabeza debajo del ala no conjura el peligro de ser comido por el león. A la fuerza globalizan. [44]

Ahora bien, el incuestionable desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones no puede hacer perder de vista la voluntad política que hay detrás de cualquier proceso social. El determinismo tecnológico de la mundialización —es decir, la ocultación de la importancia de los actores en el desarrollo de este proceso y el establecimiento de una dirección social necesaria marcada por una capacidad técnica autodirigida— afecta, pese a ser un pensamiento profundamente conservador, a todo el espectro ideológico. Incluso el pensamiento de matriz marxista, marcado

históricamente por el desvelamiento de los actores que están detrás de los desarrollos sociales, ha caído en el error de pensar que la tecnología es neutral tanto en su origen como en sus desarrollos. Por parte del pensamiento neoconservador —como hemos visto, reciclado en un neoliberalismo autoritario— la interpretación es clara. Thomas Friedman, columnista del *New York Times*, afirma que la globalización es una novedad tecnológica y socioeconómica basada en el desarrollo de los microchips y que, en vez de por Estados o instituciones, se rige por un *rebaño electrónico* de grupos económicos de interés regidos por su propia lógica. ¿Para qué seres humanos en esta lógica?

Este determinismo llama más la atención en el pensamiento emancipador. En las primeras páginas de *Imperio*, el discutido libro de Hardt y Negri, se afirma que "hemos asistido a una globalización *irreversible e implacable* de los intercambios económicos y culturales" (las cursivas son nuestras). Si bien de manera más matizada, encontramos deslizamientos por esa pendiente en la obra de Ulrich Beck o de Manuel Castells (por citar sólo dos de los más conocidos estudiosos del tema). La nómina es extensa. Pese a ser un mal análisis, es comprensible ese entusiasmo que participa de la fascinación por el carácter resolutivo del capitalismo que narraron Marx y Engels en *El Manifiesto comunista* (ese sistema capaz de hacer que *todo lo estamental y permanente se evapore*)[45]. La fuerza de la tecnología en el último tramo del siglo XX ha sido tal que no debe extrañar el hechizo. ¿No resulta ridículo, a ojos de hoy, que el responsable de la oficina de patentes de Nueva York presentase a finales del siglo XIX su dimisión alegando que sería inmoral permanecer en el cargo "cuando ya se ha inventado todo lo posible"?

Analizando las dictaduras del Cono Sur en los setenta, Guillermo O'Donnell planteó lo que después iba a formar parte del arsenal ideológico del llamado *pensamiento único*:

> "En una sociedad en la que se ha prohibido 'la política', impresiona la cuota de poder efectivo que esto deja a los tecnócratas"[46].

Atentos a esta idea podemos preguntarnos ¿Dónde queda la voluntad política en la mundialización? ¿O es que realmente estamos gobernados por las cadenas causales inevitables de un desarrollo tecnológico que marca la pauta de nuestras vidas? ¿Ha quedado al margen del análisis la influencia en las transformaciones económicas y políticas del conflicto social?

Buscando otras entradas para entender este asunto, encontramos que el ángulo cinematográfico nos ayuda a *aclarar* estas preguntas. En los años sesenta y setenta, el mundo del cine se interrogó sobre el peligro que suponía que las máquinas sustituyeran a los seres humanos y tomaran por ellos las decisiones importantes. Después de Hiroshima y Nagasaki, la ciencia ficción —en realidad, todo el arte— incorporó la política a sus reflexiones y aportó su contribución a clarificar el mundo que se avecinaba. La proliferación posterior de ese tópico terminaría por ocultar la alerta inicial con que nació. Muy al contrario, el cine actual confía más en la máquina que en el ser humano. Las guerras *limpias* e *inteligentes* reproducen el tópico hollywoodiense y una tecnología mágica se encargará de todos los problemas humanos.

Quizá la película más emblemática de ese género crítico fue *2001: una odisea en el espacio* (1968), una de las obras cumbre de Stanley Kubrick, con guión de Arthur C. Clark. En la primera escena, se traza de manera memorable el camino, mecido por un vals, que va desde el primer instrumento que construye un artesano ocasional (un hueso que es usado como arma para asesinar a un semejante desarmado) hasta la más sofisticada herramienta concebible (una nave espacial a la búsqueda de las verdades últimas). Un viaje, la carrera tecnológica, que es simbolizado con la aparición de un monolito que quiere representar el surgimiento del *homo sapiens*. La inteligencia humana y el desarrollo tecnológico, como han demostrado recientes descubrimientos antropológicos, es un viaje paralelo (hay una relación entre el uso de instrumentos y comportamientos solidarios). Y un viaje, en la proposición de Kubrick y Clark, terrible, pues empieza con un asesinato y termina con una amenaza permanente. Ese peligro ya lo había analizado el autor con motivo de la bomba atómica en su película satírica de 1964 *Dr. Strangelove: teléfono rojo, volamos hacia Moscú* (versión española del original inglés *Dr. Strangelove, o de cómo*

aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba). Las máquinas, reza el mensaje, encierran peligros nada despreciables. Era una época donde la coacción nuclear teñía el ánimo de la inteligencia. Sin embargo, en 2001, los humanos terminan poniendo *en su sitio* al ordenador Hal 9000, empeñado en saber mejor que sus creadores cuáles son sus intereses. En *Teléfono rojo*, la falta de control deviene en catástrofe, pues la bomba nuclear es lanzada. En el extremo opuesto, *Inteligencia artificial*, de Steven Spielberg (estrenada en 2001 como homenaje a Kubrick), se da la vuelta total al argumento. Las máquinas son perfectas —como si no salieran de la voluntad humana y fueran las verdaderas criaturas de un dios bondadoso— mientras que las personas son el verdadero peligro. Esas máquinas inteligentes serán después las responsables de las *guerras inteligentes*. ¿Y quién en su sano juicio puede estar en contra de la inteligencia?

Muy lejos de ese pulso vigoroso de los años sesenta, hoy no se cuestiona la fiabilidad de las máquinas que detectan las amenazas y toman decisiones al respecto. La guerra ya no pertenece al circuito democrático, al igual que tampoco se votan en las elecciones, entre otros muchos aspectos, las decisiones de política monetaria, la regulación del mercado de valores, la consideración del riesgo de cada país, los problemas medioambientales o los métodos para enfrentar el reto —no el *problema*— de la inmigración. Las determinantes tecnológicas, presentadas como realidades *naturales* frente a las cuales no se puede actuar, se entienden a su vez como las determinantes del proceso de mundialización, que denominan a su vez el arcaísmo de aquellas formas colectivas de organización que se resisten a ser arrumbadas en el basurero de la historia[47]. El buque-factoría hace arcaica a la barquichuela que no puede alejarse mucho de la costa. Pero la garantía de limpieza de los mares, de reproducción de los caladeros, de alimentación de las poblaciones costeras no está en la factoría sino en la rudimentaria embarcación. La guerra, tecnologizada, es un escenario que sucede en la pantalla de un ordenador. Tras instaurarse un escenario orwelliano de *guerra global permanente*, se deja al supuesto cuidado de las máquinas las decisiones que determinan la vida y la muerte. Los muertos no pueden, así, ser sino *daños colaterales*. La tecnología, en ese discurso enmascarador,

ocurre como la lluvia. Y la ciudadanía, a lo más que se les deja espacio, es a abrir el paraguas. El que se moja, parece decir, es porque quiere.

6. SENTARNOS A DIALOGAR… EL ACUERDO MÍNIMO SOBRE LA GLOBALIZACIÓN

> "(…) si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo —esto comienza a saberse— y también a nivel del saber. El poder, lejos de estorbar el saber, lo produce".
>
> Michel Foucault
> *Microfísica del poder.*

A la dificultad de carecer de un léxico propio inequívoco como el que poseen otras ciencias (no hay discusiones acerca de lo que es el ADN, cómo funciona un riñón o cuál es el grado de resistencia de un material), la ciencia social añade al menos tres dificultades más: la complicación de la falta de acuerdo en aspectos evidentes de la vida social y del comportamiento de los individuos; la confusión que produce que sus conceptos sean constantemente usados —o malbaratados— por los medios de comunicación y, de ahí, por el conjunto de la ciudadanía; y —quizá lo más relevante— la existencia de un *gobierno de las palabras* que, desde un poder privatizado, crea un sentido común opresor ligado a una interpretación concreta del mundo que se propaga desde el corazón semántico de las sociedades. Decir *mujer* es decir sometimiento al hombre; decir *indígena* es decir *premodernidad*, decir *tierra* es decir recurso económico; decir *libertad* es decir falta de regulación… Le preguntaron en

una ocasión al escritor y filósofo español: “¿Cree usted que existe Dios?”. A lo que con profundidad contestó: “Dígame qué entiende por creer, por existir y por Dios y le podré contestar”. Es momento, pues de aclarar las ideas ¿De qué hablamos cuando hablamos de *globalización*?

El consenso mínimo entre los estudiosos de la globalización es que se trata de un **proceso que se caracteriza por el incremento cuantitativo de los intercambios transnacionales**. Held y McGrew aportan una definición que se aproxima a este común denominador guiado por consideraciones espaciales (aunque terminan haciendo una referencia política que ya no tendría tanto acuerdo):

> “La globalización se refiere a un proceso histórico que transforma la organización espacial de las relaciones y transacciones sociales, generando redes interregionales y transcontinentales de interacción y de ejercicio del poder”.[48]

Podemos decir que con este reconocimiento del aumento de las transacciones acaba el consenso. Dando un paso más allá, cabe la posibilidad de afirmar que este proceso sólo es posible, dadas las condiciones del capitalismo, por el bajo coste de los transportes y las posibilidades tecnológicas abiertas por las comunicaciones. Y es indudable que si las fronteras no se hubieran vuelto porosas, los nuevos —o renovados — actores de este proceso no podrían mostrar su operatividad. Siguiendo con la mera descripción, vemos también que cualquier análisis de la política actual debe incorporar, al lado de los Estado nacionales que siguen operando dentro de sus propias fronteras, a las empresas globales, a la opinión pública mundial, a los organismos financieros y políticos internacionales, a los mercados mundiales, a otros Estados nacionales —algunos especialmente preparados para operar en el *eter* de la mundialización— así como al embrión de un Estado ***transnacionalizado***. Esta estatalidad global —señalada en la definición de Held y McGrew— está dirigida por élites igualmente transnacionales y se encarga de representar la centralidad de donde emanan los lineamientos coactivos que deben cumplirse en ese ámbito supranacional (casos emblemáticos de las

agencias de resolución de conflictos o de la OMC, señal a su vez de esa **privatización de la estatalidad**). De la misma forma, observamos que parte de la responsabilidad de los procesos de dominación se ha trasladado desde los ámbitos nacionales y locales a espacios mundiales (por ejemplo, buena parte de los precios de mercancías y salarios, incluso de aquellos productos que se consumen localmente, se fijan en los mercados internacionales).

De esta manera, los flujos sociales —económicos, normativos, políticos y culturales—, que no hace mucho se realizaban principalmente dentro de las fronteras nacionales, ahora forman parte de un entorno más amplio que ha afectado profundamente a las estructuras políticas que hemos conocido en, al menos, el último siglo. Allí donde ayer los Estados nacionales regulaban la organización política y económica, garantizaban el orden jurídico y la propiedad, construían la homogeneidad social y monopolizaban las identidades, una nueva lógica espacial y social está abriéndose paso, con otras realidades, otra economía, otro sistema normativo, otra cultura, otra política, otras interacciones y grupos de poder y contrapoder. Hay que hacer notar que estas transformaciones —recuérdese que se trata de un **proceso** y, por tanto, de algo que aún no está cerrado ni predeterminado— actúan con especial fuerza en los países de la periferia y la semiperiferia, mientras que las élites de los países ricos han tenido la fuerza para pautar la dirección que iba a tomar ese proceso de globalización.

La soberanía que ceden los países de la periferia y la semiperiferia la asume esa nueva lógica transnacional, donde los países del Norte tienen las llaves del cofre (el caso más emblemático en la economía es el FMI, donde los Estados Unidos tienen la minoría de bloqueo de las decisiones. En lo político, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, frenado o impulsado por las potencias con capacidad nuclear —de donde extraen su capacidad de veto— desde finales de la Segunda Guerra Mundial). La soberanía que ceden los países del centro la siguen manteniendo a través de los grupos que controlan los organismos que rigen la globalización (los que controlan el FMI, el Banco Mundial, la OMC, las empresas de calificación de riesgos, los

monopolios, las empresas transnacionales, los ejércitos supranacionales como la OTAN, etc.).

Esta crisálida de Estado transnacional, que no responde siquiera a los intereses económicos globales del capitalismo, sino de una fracción de clase global crecientemente hegemónica, recoge las competencias que ceden los Estados nacionales y crea una nueva relación de clase entre el capitalismo global y el mundo global del trabajo[49]. Concreciones de este emergente Estado transnacional se ven cuando las fracciones de clase fuerzan a alguna agencia global para asegurar un proceso de acumulación a escala supranacional, por ejemplo, cuando transforman al FMI y al Banco Mundial en agencias particulares al servicio del cobro de la deuda, cuando hacen de la OMC un instrumento para asegurar la tasa de acumulación de los países exportadores, o cuando logran que la ONU, de una forma u otra, permita acciones bélicas como la invasión de Irak o hacen de la OTAN una organización ofensiva y no defensiva[50].

En esa nueva lógica, al tiempo que se globalizaban algunos ámbitos, se ***localizaban*** otros, en una relación dialéctica donde se repetían o reconstruían las asimetrías propias del sistema capitalista. Lo que abandonaba un territorio y se hacía global, transformaba, para una opinión pública que pretendía tener validez global, en étnico, local o particular ese ámbito que no había trascendido un espacio físico concreto. La hamburguesa del medio Oeste hace local la hallaca venezolana; los *jeans* hacen étnica la guayabera; el rock y el pop hacen exótica la música del llano colombiano o el flamenco andaluz; la democracia liberal hace *autóctona* la democracia asamblearia de Bolivia; el Banco Mundial o el Banco Central Europeo hacen provinciano al Banco Nacional de cualquier país, incluidos los europeos.

Esta suerte de *dialéctica* descompensada entre lo global y lo local es válida para una forma de vestir, de alimentarse, de organizarse políticamente, de valorar el tiempo o de organizar las relaciones sociales. Un Evo Morales que no viste traje occidental en su visita al Rey de España es insultado por el escritor Vargas Llosa quien denuncia el arcaísmo de la chompa del indígena aymara. El estilo directo de comunicación con su pueblo del Presidente Chávez es descalificado como populista y poco

formal. Una protesta de pobres se presenta como un problema de gobernabilidad; una protesta de ricos o clases medias como una revolución de colores. Como la globalización tenía lugar bajo la hegemonía occidental, especialmente norteamericana, todo lo que se globalizaba tenía el sello de *calidad* y era homologado por los centros irradiadores de doctrina. Por el contrario, lo que no era *global*, pasaba a ser *local* y, por tanto, atrasado, arcaico, contrario al progreso, en definitiva un freno para la *modernización* de los países. Es en la respuesta a esta lógica donde nace la propuesta de una *globalización contrahegemónica*. Una globalización impulsada por los de abajo y al servicio de *los de abajo* que, con las herramientas del presente y los recursos de su pasado, quiere reescribir el presente garantizando la promesa de emancipación que pertenece a cualquier ser humano desde la Ilustración.[51]

En aras de clarificar estos ángulos del proceso, Ulrich Beck ha propuesto diferenciar entre el proceso de **mundialización económica** neoliberal (al que llama *globalismo*), la existencia de una sociedad global que se referencia en términos mundiales (definida como *globalidad*) y el proceso de **transnacionalización social** (la superación de los territorios, nominado como *globalización*)[52]. En el ámbito de lengua francesa se insiste en una diferenciación similar al separar *mondialisation* (el proceso social) de *globalisation* (el proceso económico). Sin embargo, la indivisibilidad de lo social hace esas diferenciaciones complicadas y escasamente operativas, pues pretenden diferenciar normativamente uno y otro concepto cuando, en realidad, son reversos de la misma moneda. La mundialización económica no puede analizarse al margen de las decisiones políticas que la posibilitaron, ni el desarrollo tecnológico puede comprenderse al margen de las formas culturales o jurídicas que forman parte de la estructura social de una sociedad. La sociedad es un todo que aunque se puede separar analíticamente no debe luego dejarse desmontada. El reloj sólo da la hora cuando las piezas están en su sitio. Un ejemplo puede ayudarnos a entenderlo con claridad. La llamada *Marcha 2000* en defensa de las mujeres fue organizada por parte de Naciones Unidas para concienciar sobre la igualdad de género. La llamada de atención incluía protestas en varios continentes. Una de las manifestaciones tuvo lugar en Rabat (Marruecos),

bajo el lema “Las mujeres contra la pobreza”, encabezada por la entonces Secretaria de Estado norteamericana Madeleine Albright y la mujer del entonces Presidente, Hillary Clinton, junto a feministas que pertenecía a la burguesía marroquí. El mismo día que esa manifestación *occidentalizadora* exigía el fin de la *mudawana* (el estatuto islámico de la mujer), muchas organizaciones de mujeres islamistas protestaban contra las feministas de Rabat, aunque compartían su oposición al discriminatorio y vejatorio estatuto. El argumento de los movimientos sociales marroquíes era sutil: el problema, desde su perspectiva, no era la falta de derechos de las mujeres en lo que concierne al reparto de la pobreza, sino “la pobreza en sí”. ¿Desfilarían —se preguntaban— las mujeres burguesas de Marruecos en una protesta contra el Rey de Marruecos, cuya fortuna duplica el PNB de todo el país? ¿Irían en esa protesta la Secretaria de Estado o la primera dama norteamericana? ¿Desfilaría Madeleine Albright o Hillary Clinton en Washington contra las políticas del FMI o del Banco Mundial? ¿Qué derecho tenían a hablar del “crimen” que suponía el Estatuto islámico cuando se refiere a la ablación del clítoris alguien como Albright que ordenó el bombardeo de Irak? Diferenciar entre una globalización buena —la cultural— y otra mala —la económica— invalida estos análisis.[53]

Es importante entender que uno de los principales errores analíticos de la mundialización proviene de su análisis netamente económico, pues con frecuencia olvida que una de sus principales conclusiones, el *fin de los Estados nacionales*, invalidaría, de ser cierta, la propia posibilidad de existencia de las sociedades y la propia continuidad de la economía. En otros términos, el supuesto clásico de la microeconomía del *ceteris paribus* (se observa el hipotético comportamiento de un elemento suponiendo que todos los demás no cambian), no es aplicable si el elemento que varía es el Estado nacional. La unicidad social hace imposible que cambios en uno de los subsistemas sociales —en este caso el político— deje invariable al resto. De manera que, si fuera verdad la crisis del Estado nacional entendida como parálisis reguladora y abandono de los fines colectivos, debe considerarse que los sistemas nacionales (y por tanto, el sistema internacional) entrarían en un periodo de inestabilidad y potencial desestructuración, donde el Estado ya estaría en una fase de incremento radical de la represión o bien la

sociedad incurriría en formas explícitas o larvadas de guerra civil a lo largo de todo el planeta. Esta visión apocalíptica **es cierta como tendencia, pero darla ya como real es conceder a los partidarios de la desaparición de los Estados nacionales una victoria que aún no poseen y que difícilmente alcanzarán**. Es falso que presentar la situación con tintes más sombríos que los que realmente tiene ayude a la emancipación.

Eso no quita para que los cambios tengan, por fuerza, que afectar a la forma por excelencia de organizarnos políticamente, esto es, a los Estados y, por extensión, a los que han sido su músculo, esto es, a los partidos políticos. Pero una vez más nos encontramos con análisis que presentan como datos lo que no son sino deseos. Pese a los cantos de sirena acerca del fin de las organizaciones estatales, nunca en la historia ha habido tantos Estados como a inicios del siglo XXI. Si en 1980 había 157 países miembros de Naciones Unidas, en 1998 ascendían a 184 y a 192 en 2006. 277 entidades tenían reconocimiento como países (nótese, sin embargo, que las nuevas incorporaciones en modo alguno suponen una transformación sustancial en la relación de fuerzas internacional: son en casi todos los casos pequeños Estados). Pero esta sintonía en la forma de la organización no equipara los contenidos que incluyen. Cuando en el verano de 2006 miles de personas intentaron llegar a través del Sur de España al Dorado europeo, junto al drama del rechazo tuvieron que padecer la fatalidad de que ningún Estado se hizo cargo de esas personas devueltas a Marruecos y dejadas a su suerte, sin dinero, comida, agua o refugio. Centenares de ellos perecieron abandonados en el desierto porque ningún Estado reconocía derechos de ciudadanía a esos seres humanos. Y, obviamente, tampoco funcionaba ahí ese Estado transnacional que pudiera haberse hecho cargo de esas personas (sin ápice alguno de ironía, podemos afirmar que no habría ocurrido lo mismo de ser bancos con problemas, líneas aéreas deficitarias o ejecutivos de multinacionales). Como los niños de la calle de Colombia —de toda América Latina, de toda África, de buena parte de Asia—, son *desechables* cuya ausencia de capacidad de compra los invalida como seres humanos.[54]

Las nuevas realidades que trae consigo la globalización, una de cuyas expresiones es la emigración, lleva a la obligatoriedad de incorporar la

variable global en los análisis nacionales. Siendo cierto que nunca los Estados nacionales han podido ser comprendidos sin la relación con el sistema internacional, es hoy aún más veraz que:

> “La asunción de que uno puede comprender la naturaleza y las posibilidades de una comunidad política con la simple referencia a las estructuras nacionales y con los mecanismos del poder político es claramente anacrónica”.[55]

La teoría liberal clásica del Estado (Jellinek, Heller, Weber), asentada sobre la base del territorio, la población y la soberanía es hoy claramente insuficiente. El sistema internacional nacido en 1648 tras la Paz de Westfalia (y que se basaba en el reconocimiento mutuo de las fronteras y de la jurisdicción sobre ellas) se está reconfigurando hasta cambiar su fisonomía, mecido por los vientos de los intereses particulares y también por las presiones igualitarias de los pueblos, empujado por un desarrollo tecnológico que parece poderlo todo y también por la pequeñez del ser humano que se manifiesta contundentemente en las catástrofes climáticas y en la fragilidad cotidiana de la vida, oscilando entre el optimismo de la idea de progreso y el pesimismo de los desastres acumulados. Entre esos huracanes y maremotos, vientos favorables y galernas peligrosas, y en ausencia de una carta de navegación fiable, se mecen los Estados en el mar encrespado de comienzos del siglo XXI.

7. VAIVENES DEL ESTADO ENTRE LA COMPLEJIDAD Y LA GLOBALIZACIÓN

> "Yan Chu, llorando en la encrucijada decía: "¿No es aquí donde das medio paso en falso y te despiertas a mil millas de distancia?"
>
> Proverbio tradicional chino.

Si los Estados han sido las organizaciones políticas por excelencia en los últimos dos siglos, la globalización, como proceso que supera las fronteras, es un diálogo —con frecuencia devenido en *monologo*— con estas instituciones. Más rotundamente: no puede entenderse la globalización, como venimos analizando, sin entenderse qué ocurre con los Estados nacionales. Adelantemos que el enemigo inicial de la globalización, como ocurrió anteriormente con la construcción estatal, eran las fronteras. Cada divisoria es una aduana que dificulta el mercado; también es una jurisdicción propia que frena la concentración de poder político. Los actores del proceso de globalización incapacitaron al Estado como regulador socialdemócrata (el Estado nacional keynesiano) sólo después de hacerse con sus mandos, a veces con la fuerza (Chile en 1973) otras veces, las más, en las urnas[56]. Esta interrelación dificulta aún más la comprensión de estos fenómenos cuya movilidad desenfoca constantemente el objetivo.

Por *complicar* más las cosas, las sociedades se han vuelto más **complejas**, es decir, lo que antes se entendía como un conjunto de personas encuadrables en grandes relatos —la condición laboral, la nacionalidad, la ideología, la religión— ahora se ha disgregado en fragmentos especializados que pugnan por convertirse en estructuras autorreferenciadas con una lógica propia y difícilmente comunicables entre sí: identidades

étnicas, preferencias sexuales, especialización profesional, opciones religiosas particularizadas, grupos reducidos de acción política o social, niveles narcisistas de consumo que buscan enaltecer la diferencia, grupos cerrados autoidentificados, desagregación de las opiniones políticas, seguidores agrupados en torno a figuras del ocio, el deporte o la cultura, consumidores de productos audiovisuales y, como discurso general, una exaltación del individualismo. **Esta fragmentación compleja *complica* la gestión administrativa**, que tiene que dar respuesta particular allí donde antes le servían soluciones más generales. De ahí que con frecuencia se confundan ambos conceptos que, sin embargo, refieren realidades bien diferentes. Donde antes bastaba una ventanilla administrativa para gestionar cada asunto público, ahora son necesarias tantas ventanillas como ciudadanos reclaman su gestión particular.

Es igualmente importante reseñar las transformaciones motivadas por los fenómenos de globalización distinguiéndolos de aquellos referidos al desarrollo de la complejidad, de este incremento de la diferenciación y especialización social e institucional. Es de gran utilidad distinguir entre estos conceptos, pues importantes desarrollos sociales como el feminismo, la descentralización administrativa o el surgimiento de los nuevos movimientos sociales a menudo quedan enmascarados o relegados en el discurso de la globalización, mientras que cobrarían preeminencia desde un análisis de la complejidad. La globalización no puede convertirse en una palabra comodín que lo explique todo, a riesgo de vaciarse de contenido analítico (si *todo* es globalización, no podemos saber qué es la globalización).

La evolución de los valores hacia el individualismo neoliberal

Los valores de la derecha durante el capitalismo keynesiano eran valores consistentes con bases sociales que mantenían la estructura social. Frente a esto, la izquierda sostuvo valores colectivistas, alentada por el faro soviético y mucho menos por la teoría marxista.

Los valores neoliberales hay que entenderlos dentro de una compleja gama de causas:

- Las necesidades de acumulación capitalista, donde el Estado nacional se había convertido en un corsé que había que superar. Por eso, la tarea fundamental le va a corresponder a dos instancias que no necesitan patria: las multinacionales y el sector financiero (de hecho, los prestamistas siempre fueron "internacionales").
- La profundización en los valores individualistas propios del capitalismo (al igual que la realidad socialista llevó a la radicalización de los valores colectivistas inscritos en su ánimo social), que exacerbaron la figura del individuo, del triunfo personal, de la recompensa al esfuerzo particular.
- La respuesta a la presión del socialismo realmente existente y al credo emanado del marxismo-leninismo soviético, que radicalizó y justificó el individualismo (Ayn Rand, Hayek, Von Mises).
- Todo esto posibilitado por un desarrollo tecnológico y una oferta productiva y comunicativa que ahonda en el fragmento:

—Los medios de comunicación, encargados de ofertar pan y circo en un momento de debilitamiento de la labor de control de la Iglesia y de los mecanismos tradicionales de la escuela y el ejército como factores de socialización.

—El crecimiento de la economía de servicios, que disuelve la fábrica como espacio de creación de contrapoder y fragmenta las luchas (crisis del sindicalismo).

—La enorme producción de bienes, con la promesa universal de que cualquiera puede ser un rey o una reina, expresada en un supuesto acceso a bienes que antaño sólo podían consumir las clases más privilegiadas. La constante oferta de novedades para el consumo, que exacerba el consumismo y encadena a la rueda del endeudamiento y del deseo libidinal por la posesión de bienes.

—La ruptura de una idea de la satisfacción incremental, es decir, la asunción de que es necesario un esfuerzo inicial para tener un bienestar posterior. Esto se rompe debido al bombardeo de la publicidad y al debilitamiento de los procesos de socialización. Los concursos que invitan a enriquecerse en una hora, el dar un "pelotazo", el enriquecimiento especulativo, la ruptura de las tasas "justas" de beneficio y su sustitución por la oferta de enriquecimiento inmediato (conseguido a través de capitalismo financiero y de un cortoplacismo extremo).

—El incremento del consumo de drogas, en parte como frustración por no alcanzar el paraíso prometido, en parte por el negocio que implican.

—El incremento de las zonas *marrones* en la periferia de las grandes ciudades.

—El surgimiento de categorías contradictorias: los pobres obesos —el colesterol alto como causa principal de muerte de los pobres en Brasil—; *meninos de la rua* que roban a niños de clase media zapatillas de marca; la figura de los "niños pobres" para identificar a ese niño de clase media que no tiene el último modelo de celular y es despreciado por sus compañeros; etc.

Frente a esta fragmentación, las nuevas formas de democracia enfrentan un reto descomunal. El hombre nuevo sólo puede ser el hombre viejo en nuevas circunstancias. Sólo cambiando las condiciones sociales, cambia el comportamiento de la persona. Eso es lo que reconocemos como un "cambio de la persona". Las estructuras neoliberales devastaron las últimas redes sociales que, además, coinciden con un éxodo del campo a la ciudad, con la correspondiente proletarización del desarraigo. Por eso, para la construcción de las alternativas es necesario identificar los nuevos valores:

Capitalismo liberal	Socialismo	Neoliberalismo	Socialismo del Siglo XXI
Patria (identificada con propietarios)	Internacionalismo	Apertura de fronteras y noción "portátil" de la patria.	Patria identificada con las mayorías y enfrentada a los imperios.
Bandera nacional	Bandera roja	Bandera de conveniencia.	Bandera nacional como antiimperialismo.
Familia patriarcal (mujer como madre).	Derechos de la mujer (mujer con iguales derechos que los hombres).	Libertad sexual/ derecho a la intimidad (mujer liberada por su inserción laboral).	Familia igualitaria (mujer con derecho a la diferencia y a la igualdad en una sociedad no patriarcal).
Honor	Dignidad proletaria	Éxito	Reconocimiento social
Trabajo	Salario digno y derechos sociales	Enriquecimiento	Trabajo compatible con el ocio
Trabajador como consumidor	Trabajador como héroe	Trabajador como coste de producción	Trabajador como creador libre de valor de uso
Comunidad y familia (dividida en clases).	Partido y sindicato	Ámbito afectivo inmediato. Falta de compromiso colectivo	Comunidad (organizada en movimientos)
Persona	Colectivismo	Individualismo; autonomía individual	Multitud

Frugalidad	Suficiencia	Exceso	Sustentabilidad
Función social de la propiedad privada (responsabilidad social de la empresa)	Socialismo (como solidaridad y abolición de la propiedad privada)	Egoísmo como virtud (descalificación de la solidaridad y empobrecedora.)	Autonomía colectiva
Productivismo. Ocio como creador de redes familiares y comunitarias.	Productivismo. Ocio como creador de conciencia de clase.	Productivismo. Ocio como consumo.	Ecologismo. Ocio como crecimiento personal en un marco de corresponsabilidad colectiva.
Estatista y autoritario para garantizar la tasa de ganancia	Estatista y autoritario para la acumulación socialista	Mercantilista (libertario de derechas y autoritario llegado el caso).	Pluralidad ideológica y articulación pública no estatal (libertario de izquierdas).
Orientación mítica hacia el futuro	Orientación mítica hacia el pasado	Orientación mítica hacia el presente (fin de la historia)	Orientación mítica hacia una recuperación crítica del pasado y una reconstrucción utópica (Bloch) del futuro, actualizados ambos en el presente.

Como apuntábamos más arriba, entender el Estado ha sido un reto mal resuelto en las ciencias sociales. Por un lado, por su condición múltiple y cambiante, dotado de mil esquinas que adquieren formas diferentes según el lugar y el momento histórico. Se mantiene la palabra pero el contenido —el fenómeno— es tan variable como la realidad histórica que hay detrás. Por otro, debido a que la propia tarea de comprensión ha estado llena de defectos y errores de partida que terminan por embrollar la imagen de la realidad. Si los conceptos debieran servir para ordenar la realidad, vemos aquí que, como haría un calamar constantemente amenazado, la tinta y el emborronamiento son parte inherente a sus análisis. En términos generales, en esa confusión encontramos al **liberalismo** atribuyendo al Estado una pluralidad que sólo ha estado en sus discursos; por su parte, vemos a la **derecha** justificando el papel del Estado como aparato de clase —proponiendo un Estado que premie la competencia, castigue el fracaso y reprima la queja—, al tiempo que lo cosifica y niega su condición de instrumento de dominación; tenemos a la **izquierda**, especialmente la

marxista, zanjando la discusión sobre el Estado decretando la necesidad de darle el empujón definitivo que adelante su ruina para que empiece una fase luminosa de la humanidad (aunque se deja en la oscuridad qué pasaría el día después); en otro lado, la **socialdemocracia** convencida de su capacidad para domar el monstruo salido del fondo del mar, aunque tomándose con calma la represión del Leviatán y engrasando mientras tanto los engranajes de su reconversión neoliberal y su función de *Estado al servicio de la competitividad internacional*. Y sin olvidar al **anarquismo**, de uno u otro signo que, por diferentes razones y con diferentes métodos sólo quieren *dinamitar esa casa del mal*.

Por eso, y al igual que con tantos conceptos de la ciencia social, en los inicios del siglo XXI, convenimos en que para poder empezar a pensar una realidad hay que empezar por *despensar* las palabras[57]. Entre los muchos errores, quizá el principal ha sido olvidar que la realidad es un todo trabado que sólo se separa por razones *analíticas* (de hecho, *ana-lisis* significa *des-anudar*). *Estado, sociedad, individuo, clase, intelectual, centro* o *periferia* son categorías que, con demasiada frecuencia, nos hacen olvidar que la realidad que quieren referir en ningún caso existe aisladamente. Todas influyen en todas, y la pregunta acerca de quién *determina* a quién suele escaparse por los mismos derroteros que la pregunta histórica acerca del huevo y la gallina o el sexo de los ángeles: debates para ociosos que no merecerían la pena si no fuera porque en su nombre, y tras aislar alguno de ellos, se toman luego decisiones políticas que, al no encajar con lo real, fuerzan al cuerpo social (sea absolutizando al Estado o al individuo, ignorando que no hay centro sin periferia, creyendo que una parte puede representar al todo o cualquier otra locura sancionada por intelectuales colgados de una nube o pensadores paniaguados).

Los Estados reflejan sociedades y las sociedades se dejan influir por los Estados. No existe ninguna sociedad sin política (desde hace dos siglos y para el ámbito occidental, podemos decir sin Estado) y, obviamente, no puede existir un Estado sin sociedad (más allá de esos mundos virtuales que son los paraísos fiscales, Estados sólo desde un punto de vista jurídico). De la misma manera, tampoco los intelectuales están suspendidos del cielo ni los empresarios, más allá de metáforas, son entes etéreos; tampoco los

individuos pueden pensarse al margen de su biografía concreta, su tiempo y su lugar. Y no es posible entender las clases sociales fuera ni de sus contextos históricos ni del contexto de quien usa esa categoría para intentar explicar algo.

Pero el pensamiento moderno burgués ha sido ***fragmentador*** y, al igual que con otras ficciones —por ejemplo, afirmar, como se hizo en los orígenes del parlamentarismo, que los varones propietarios representaban a toda la *nación*—, tomaron recurrentemente la parte por el todo en las ciencias y construyeron una razón que, al tiempo que podaba partes importantes de la realidad, se presentaba como el paradigma por excelencia de la ciencia y de la razón. Sólo desde sus laboratorios se podía decir lo que era razón y lo que era irracionalismo, lo que merecía el adjetivo de científico o de acientífico, lo que eran conceptos explicativos y lo que era mera ideología. Un eurocentrismo de varones, blancos, cristianos y ricos que, en expresión de Santos, se impuso en los últimos siglos por todo el globo a fuerza de crear ***epistemicidios***.[58]

Al igual que en demasiados manuales aparece escrito que Maquiavelo inventó el Estado moderno —cuando lo único que hizo fue recoger el uso que se le daba en la Florencia de su época— existen conceptos en la ciencia política que, con excesiva frecuencia, no tienen más referencia de la realidad que la ensoñación de quien los usa. Cuando se define al Estado, la honestidad intelectual debiera buscar que ese entramado de instituciones, personas, roles, etc. que centra el poder político en un territorio concreto pueda aprehenderse en la definición de Estado recogida en el concepto. Pero un somero repaso nos aleja de esta idea. Nos encontramos con analistas poco cuidadosos que entienden el Estado solamente como una estructura o una institución encadenada a sus propios mecanismos burocráticos; otros, por su parte, lo explican como un actor con entidad propia que obedece tan solo a su voluntad e intereses (un *agente* político según la terminología social); aquellos otros lo ven como un reflejo mecánico de los conflictos sociales; estos de aquí como la articulación plural de los intereses colectivos; los de más allá equiparando Estado con Gobierno; los de más acá afirmando que el Estado es pura violencia; otros

diferentes defendiendo que es la eticidad pura donde se solventan los conflictos sociales…

Pero la realidad suele ser más compleja que los conceptos. Por eso recordaba Marx que las categorías eran también históricas. Por eso Weber se acercó a esto mismo llamando a las categorías *tipos ideales*, aunque alejándolos de esa vinculación real que se pretendía en el marxismo. El Estado puede ser todo eso, aunque también más y también menos, tomando su forma concreta de aspectos temporales difícilmente predecibles. Aquí entra la teoría como una necesidad. La información que lanza el *Estado* es contradictoria: el Estado de bienestar sueco, con altas prestaciones y altas tasas impositivas financiadas con tributos universales; el Estado norteamericano, que al tiempo que carece de seguridad social para todos sus ciudadanos puede organizar en semanas la invasión de Iraq; los Estados subsaharianos, que no reconocen a sus ciudadanos que emigran a Europa; el Estado venezolano, que igual puede recuperar la riqueza petrolera y redistribuirla a través de políticas públicas participativas —las misiones— o que en tiempos de la IV República la repartía entre unos miles de familias; el Estado argentino, que malvendió bajo Menem el país a las multinacionales; el Estado de Liechtenstein, que funciona como un paraíso fiscal; el Estado alemán, organizado sobre el acuerdo corporativo entre el Gobierno, los trabajadores y los empresarios… De ahí que sea necesario contar con una teoría que nos permita ordenarlo. Hablar de globalización, insistimos una vez más, exige una teoría del Estado en la globalización.

Una teoría que, necesariamente, nos podrá señalar tendencias generales, pero que tendrá que afirmar que el resultado final depende de demasiadas variables, muchas de ellas impredecibles, y que, por tanto, renunciará a afirmaciones deterministas. Se podrá defender un análisis según el cual la burguesía, necesariamente, intentará hacerse con el Estado como un recurso al servicio de su proceso de acumulación; se podrá argumentar que en esa búsqueda, la burguesía puede fraccionarse en diferentes grupos con intereses incluso contrapuestos; se podrá entender que la población movilizada sea capaz de derribar Gobierno tras Gobierno porque el control del Estado no sirve para responder a sus peticiones; se podrá defender que cuando cesan las movilizaciones sociales la probabilidad de que regresen

grupos políticos y comportamientos anteriores es muy alta, y así hasta el infinito. En definitiva, pueden hacerse afirmaciones acordes con las lógicas de poder que se definan, con tendencias ancladas en la observación del comportamiento de cada país y en el acumulado teórico disponible, pero cualquier predicción **no podrá tener más valor que el probabilístico**. El futuro, hay que insistir en ello, no está escrito. Una reivindicación de la política en la globalización implica asumir que será el conflicto social la variable —igualmente dependiente— que perfilará el tipo de sociedad en la que se viva.

La centralidad que en la ciencia política ha tenido el Estado se debe a que le corresponde a esta institución, como organismo centralizador, **intentar que todas las piezas de una sociedad dada encajen en última instancia según la lógica dominante**. Lo que no termine de solventar el autocontrol, las sanciones sociales, el mercado, la ideología, la socialización, el adoctrinamiento, la rutina, al final lo ajusta el Estado a través de las recompensas y castigos, de la aplicación de las leyes, de las sanciones económicas y la violencia legitimada. Si el Estado tiene la pretensión de ser el garante último del sistema, sea cual sea ese sistema (y nótese que hablamos de una pretensión, no de un hecho cierto), es porque se trata de una estructura que está concebida para mantener esa forma de dominación, esa estructura de obediencia social. El Estado, decíamos al comienzo, es una maquinaria de conseguir obediencia. De ahí que, en sociedades capitalistas, el Estado sea, como planteó Marx, el que, en última instancia, defienda los intereses conjuntos de la burguesía, pues es ésta la hegemónica socialmente, más allá incluso de las peleas entre los grupos de poder por conseguir mayores cuotas de mercado o por los conflictos internos que existan entre las diferentes fracciones de la clase dominante. Coca-Cola es la enemiga de la Pepsi Cola siempre y cuando no aparezca un enemigo mayor —por ejemplo, tensiones laborales que exijan la cogestión en las empresas—, momento en donde, si ellas mismas no se alían para luchar contra el mundo del trabajo, el Estado capitalista valorará qué decisión toma para garantizar el sistema para cuya lógica trabaja o para incorporar una nueva. Aunque, si damos una vuelta más, vemos que esto no es sino una tautología, un argumento casi circular. Si el Estado es un

decantado de la sociedad, a una sociedad capitalista le corresponderá un Estado capitalista. Auméntense en una sociedad los componentes socialistas —o democráticos o feministas o islamistas— y el Estado, pese a su trayectoria y la rutina anclada en sus estructuras, terminará por adaptarse a esa nueva sociedad y convertirse en un Estado socialista, democrático, feminista o islámico.

Leyes, ejércitos, policías, derechos de propiedad, escolarización, instituciones universitarias, presidios, contactos exteriores, iglesias, medios de comunicación, modelos de familia, partidos políticos, asociaciones intermedias, tipos de ocio, responsabilidades morales, son todos ladrillos que apuntalan el modelo de sociedad que refleja el Estado y que éste sostendrá, como institución que se alimenta de la lógica con la que la sociedad lo ha amamantado, cuando la noche caiga y los ciudadanos duerman.

8. NOVEDAD Y RECURRENCIA DE LOS PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN

> “Se necesita una educación pública que no regale todo el patrimonio emocional al demagogo”.
>
> Andrea Carandini

Una vez más en la historia de la humanidad, esta vez de manera real y completa, la Tierra ha dejado de ser plana.

Göran Therborn ha identificado cinco olas globalizadoras a lo largo de la historia[59]. Estas oleadas han sido seguidas en algunos casos de olas *desglobalizadoras*, si bien no puede presentarse ningún tipo de evidencia cíclica al respecto que permita establecer ninguna evidencia pendular. Sobre la base de esa tipología, podemos señalar las siguientes globalizaciones:

1. La difusión de las religiones mundiales (cristianismo, hinduismo e islamismo), con un momento crucial entre los siglos III y VII de nuestra era;
2. la conquista colonial europea iniciada en 1492, caracterizado por el comercio de especias, el saqueo, la extracción de metales preciosos y las plantaciones de esclavos, así como la desarticulación de los continentes americano y africano;
3. la generalización de la imprenta y las primeras guerras *globales* originadas en los conflictos de poder intraeuropeos, especialmente entre Francia e Inglaterra y sus respectivos aliados (fechadas entre los siglos XVII y XVIII);

4. el momento álgido del imperialismo europeo, que abarca desde la segunda mitad del XVIII a 1918, caracterizado por el incremento del comercio, las grandes migraciones transoceánicas, las nuevas posibilidades de transporte y comunicación, el poder de las cañoneras y el patrón oro;
5. las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la Guerra Fría, que globalizaron ideológicamente el mundo obligando a todos los países a posicionarse respecto de los dos grandes bloques también en lo económico y militar (algo que afectaba incluso a los No Alineados); a esto habría que añadir la generalización de un peligro *global* ligado al uso de la bomba atómica, así como la generalización del deterioro ecológico.
6. A partir de finales de los años 70, con la ruptura del sistema de Bretton Woods —fechada en 1973—, se da una globalización financiera y cultural —para justificar el nuevo modelo—, que coincide con el fracaso de los desarrollismos latinoamericanos, el hundimiento de la URSS y la hegemonía neoliberal (de ahí que sus rasgos sean la desregulación, la abolición de los controles estatales, las privatizaciones, la flexibilización laboral, etc.). Ahora se registra una migración diferente a la de la cuarta ola, llegando a Europa occidental y a los Estados Unidos población proveniente de África, Asia, Europa del Este y América Latina que transforman el panorama cultural existente hasta la fecha. Además se constata la existencia de unos medios de comunicación que tienen realmente un alcance global (en inglés o en traducciones del mismo discurso) y que transmiten en tiempo real vía satélite, al igual que el surgimiento desde el campo militar de un medio revolucionario, Internet, que todavía no ha desarrollado sus potencialidades y que será, con alta probabilidad, un lugar de conflicto de los derechos de ciudadanía.[60]

Al igual que en el siglo XVI aquella *globalización* acabó con el mito del *finis terrae*, el actual *mito* de la globalización, más todos los cambios reales coetáneos a esa transformación, se han lanzado, como hemos señalado, a la

desenfrenada desintegración del espacio y el tiempo. Del espacio al hacerlo todo uno, forzando a la eliminación real o simbólica de fronteras. Del tiempo, al acortarlo hasta permitir a una élite, como aprendices de dioses, a *vivir* simultáneamente en muchas partes a la vez, en un nuevo tiempo que desafía la realidad física de los seres humanos. Ahora bien, el salto a las justificaciones acerca del *fin de los Estados nacionales* es, como hemos apuntado, más ideológico que científico. Las justificaciones suelen configurar un discurso analítico que termina por transformarse en una excusa neoliberal para evidenciar el fin de la regulación *política* redistribuidora y su sustitución por la *regulación desreguladora mercantil*, según la utopía del viejo liberalismo de un mercado mundial autorregulado o atendido sólo estatalmente con motivo de sus fallos una vez que se hayan producido.

La globalización no puede zanjarse, como hacen algunas escuelas, planteando su existencia como un mero mito, donde no es posible identificar ninguna novedad, tratándose simplemente de un fantasma que enmascara una dominación secular. Más allá de las meridianas transformaciones económicas y tecnológicas, es obvio que una reflexión sobre el Estado a comienzos del siglo XXI no puede ignorar las transformaciones políticas *telúricas* de la última década del siglo: revolución informática y comunicacional; hundimiento de la URSS; aceleración de los procesos de transnacionalización y de creación de bloques regionales políticos y económicos; auge de los nacionalismos y de las identidades excluyentes; aumento de la descentralización administrativa; hegemonía económica del neoliberalismo; crisis de la deuda en los países del tercer mundo; incremento de las desigualdades económicas entre el Norte y el Sur; polarización de la riqueza en la práctica totalidad de las naciones tanto desarrolladas como en vías de desarrollo; y, como correlato de esto último, la transformación de los clásicos conflictos entre Estados en conflictos internos en forma de guerras civiles (“paz de los Estados y la guerra de las sociedades”, en expresión de Hassner).

Optimistas y pesimistas: antes y después del fin del mundo

“La naturaleza del capitalismo, señaló Marx en una ocasión, se hace visible en las crisis. Entonces es posible ver algunas cosas que antes permanecían ocultas. Una de ellas es que el sistema entero gira en torno a las ganancias y no a las necesidades humanas”.

Michael Lebowitz,

Construyámoslo ahora. El socialismo para el siglo XXI

Un rasgo repetido del discurso *oficializado* de la globalización se refiere a la impotencia de las transformaciones. A mediados del siglo pasado, y con esa mezcla de humor negro y ciencia ficción que caracteriza a su literatura, el escritor polaco Stanislaw Lem escribía: “no esperéis demasiado del fin del mundo”. La frase no hubiera desencajado como frontispicio del recién iniciado siglo XXI, pues éste se inauguró con interpretaciones contradictorias acerca de lo que se esperaba en el *nuevo milenio*. Para unos, el fin del mundo era una más de las supersticiones de la prehistoria de la humanidad. Ese escenario oscuro habría sido derrotado con la caída de la Unión Soviética, trayendo consigo el *fin de la historia* y la desaparición del conflicto social. Para otros, seguramente más cercanos a la intención sarcástica de Lem, ni siquiera en el fin del mundo se encontraría una solución a todos los problemas

Por un lado, optimistas creencias en que el impulso que atravesaba el planeta, la mundialización, era la clave para una suerte de “punto cero” de la humanidad, apoyada por un desarrollo tecnológico que pronosticaba grandes avances. Era el momento de la ciencia, que permitiría avances largamente soñados: la victoria definitiva sobre el tiempo y el espacio; la desaparición de las fronteras comerciales; el descubrimiento de nuevas medicinas y vacunas; posibilidades económicas revolucionarias y vírgenes, vinculadas a la telefonía y la informática; todo tipo de ingenios *inteligentes*; la generalización de los derechos humanos en todo el globo; y una información veraz y democrática ligada a las

posibilidades de conocer en tiempo real todo lo que sucede en cada rincón del planeta.

Por otro lado, quejas acerca de nuevas formas de desigualdad; miedos producidos por la indefensión ante la armada comercial de los países más desarrollados; precauciones debidas a la separación entre economía y política (e, incluso, entre economía y sociedad, al quedar grandes núcleos humanos al margen del consumo); sospechas de homogeneización cultural; constatación del incremento del militarismo; redoble de los tambores mediáticos unificando el pensamiento y silenciando a la oposición; resquemor ante el crecimiento de los integrismos; pánico ante la mercantilización de la salud y el bienestar; terror ante un nuevo reparto hegemónico del mundo ejecutado con *guerras inteligentes*.

Mientras que la premisa homogeneizadora de la visión optimista se podía resumir en la celebración del año 2000 como espectáculo *global* y tecnológico, disfrutado a través de las pantallas de televisión, la visión negativa, también convocada por la pequeña pantalla, se veía reflejada de manera *reticular*, en una red cuyos nódulos los configuraban: la confusa victoria republicana de Bush en las elecciones estadounidenses y el posterior estancamiento en la guerra de Iraq; la salida del PRI del Gobierno en 2000 tras 71 años de mandato ininterrumpido en México, así como el avance de las posiciones radicales, incrementadas por la denuncia de fraude realizada por Andrés Manuel López Obrador tras las elecciones presidenciales de 2006; las victorias de fuerzas de izquierda críticas con la globalización neoliberal por toda América Latina: de Hugo Chávez en Venezuela; de los Kirchner en Argentina; de Evo Morales en Bolivia; de Lula Da Silva en Brasil; de Tavaré Vásquez en Uruguay; de Michel Bachelet en Chile; de Daniel Ortega en Nicaragua; de Rafael Correa en Ecuador; de Fernando Lugo en Paraguay; las recurrentes crisis de las bolsas mundiales y la quiebra de grandes empresas fraudulentas norteamericanas; la era de vulnerabilidad abierta con los confusos atentados del 11 de septiembre; la posterior guerra contra Afganistán y la imposibilidad

de cerrarla; el estallido de hambrunas y epidemias en países donde se habían desterrado esos males; el incremento de catástrofes naturales o ecológicas a lo largo de todo el planeta; o el agravamiento del drama de la inmigración desde los países empobrecidos.

Si algo comparten optimistas y pesimistas, es que nos encontramos en un mundo en profunda transformación. Las diferencias surgen a la hora de entender la dirección de esos cambios. Las preguntas obligadas en tiempo de mudanza están servidas: ¿Sabemos cuál es realmente la salida? ¿Tenemos indicios para entender hacia dónde nos encaminamos? ¿Qué horizonte nos espera detrás de la última curva?

Pero las comparaciones con otras etapas de la historia del mundo carecen de rigor científico, pues se están comparando magnitudes que no son homogéneas, siquiera fuera porque el sustrato físico, el *planeta Tierra* no es el mismo y las diferencias cualitativas quedan enmascaradas en los porcentajes estadísticos. En 1900 había en el mundo 1650 millones de seres humanos; en la primera década del siglo XXI ya son 6.600 millones. Los incrementos en las cantidades de óxidos de nitrógeno y dióxido de carbono emitidos a la atmósfera se ha disparado en los últimos treinta años. ¿Sobre qué base, pues, hacer las comparaciones? Como en otros momentos de la historia del capitalismo, los incrementos cuantitativos terminan operando cambios cualitativos. Atendiendo a esta limitación del comparativismo, podemos afirmar que la novedad de la globalización se constata en los siguientes campos[61]:

1. **Comunicación**: transporte aéreo, telecomunicaciones, medios de masas electrónicos (Internet), publicaciones globales;
2. **Mercados**: productos globales, estrategias mundiales de venta; fijación global de precios; negociaciones financieras sobre producción global futura que condicionan a los mercados.
3. **Producción y distribución**: cadenas de producción de carácter mundial, búsqueda mundial de insumos; redes mundiales de

distribución; normas de calidad globales.

4. **Dinero**: monedas globales, tarjetas bancarias y de crédito conectadas a redes globales, liquidez digital.
5. **Finanzas**: mercados globales de intercambio, bancos globales, comercio mundial de bonos, acciones globales, mercados de derivados globales, negocios globales de seguros.
6. **Derecho**: incremento de la legislación internacional; aumento de la obligatoriedad nacional de cumplir con las leyes y reglas mundiales; incremento de la capacidad de sanción global ante incumplimientos en la adopción de las leyes internacionales.
7. **Organizaciones**: agencias globales de gobierno, compañías globales, alianzas estratégicas corporativas globales, asociaciones civiles globales; redes científicas mundiales; integraciones regionales referidas globalmente.
8. **Ecología social**: atmósfera global (cambio climático, agujero de ozono, lluvia ácida y peligro radiactivo), biósfera global (pérdida de diversidad biológica, deforestación), hidrosfera global (subida del nivel del mar, contaminación marina, reducción del agua dulce), geosfera global (desertificación, pérdida de superficie cultivable);
9. **Consciencia**: medios de comunicación globales; comercialización global de productos audiovisuales; concepción del mundo como un lugar único, símbolos globales, acontecimientos globales, solidaridad global, pensamiento particular referenciado en términos globales.
10. **Amenazas y retos**: construcción de un enemigo global (el terrorismo); alianzas militares supranacionales; invasiones militares legitimadas por organismos supranacionales; presencia de mafias y redes de delincuencia global. Proliferación de armamento nuclear; emigraciones masivas motivadas por la desesperación y la polarización económica, alentadas y posibilitadas tecnológicamente (mayor información y mejores medios de transporte).

Esta universalización cualitativa de espacios invalida, por tanto, la afirmación según la cual la globalización no supone nada nuevo, argumento

que se defiende apuntando que la internacionalización es un proceso consustancial con el sistema capitalista (el capitalismo siempre fue un sistema de vocación mundial), o comparando flujos de capital y mercancías con los de hace cien años. Si bien es cierto que la internacionalización (podemos decir: el imperialismo) está inscrita en el núcleo del sistema capitalista, la cantidad de los flujos sociales de intercambio y la cualidad de los cambios, que afectan directamente a cuestiones de soberanía y de identidad, hacen perfectamente **legítimo hablar de la globalización como una fase diferente dentro del desarrollo capitalista**, algo aún más obvio si se considera, como hemos apuntado, la formación internacional de precios o el progresivo desgaste medioambiental del planeta.[62]

La globalización como ilusión: teoría del capitalismo monopolista de Estado

Desde las teorías del capital monopolista, basadas en la idea de un Estado al servicio de un gran capital cada vez más concentrado (de ahí el adjetivo monopolista), la pérdida de soberanía en la actualidad no es sino una ilusión, un mito que distrae de lo importante: el incremento de la competencia entre los centros del capitalismo mundial. Lo único *real* del proceso de globalización sería: la competencia sin cuartel en la Triada —Japón, Estados Unidos y Europa—; la necesaria preocupación norteamericana ante el auge de China; y la agresividad estadounidense para mantener su hegemonía. Al respecto, afirma John Bellamy: “La soberanía de las naciones-estado y el imperialismo de los Estados Unidos no han desaparecido, sino que siguen existiendo en esta nueva fase de la globalización capitalista en una mezcla explosiva”. Todo camino de una *inminente* crisis definitiva. El problema no es que estas cosas no sean verdad, sino que, una vez más, se incurren en formas de *mecanicismo* (como ocurrió con el marxismo althusseriano en los años 60 y 70 del siglo pasado). Por un lado no se considera la capacidad del capitalismo para poner en marcha *factores compensatorios* de sus contradicciones (la *inminente crisis* del

capitalismo ahorra muchas explicaciones). Por otro, se ahorra igualmente un análisis más complejo que tiene que ir más allá de simplistas consideraciones de los Estados nacionales como desnudos aparatos de clase. Por último, la insistencia en la tendencia propia del capitalismo lleva a afirmar que no hay nada nuevo en la actual globalización, más allá de generar mayores contradicciones y crisis (éstas se universalizarían).

Las teorías del capitalismo monopolista ayudan a entender la condición neoimperial de la globalización y la recurrencia del militarismo y el racismo en esas aventuras imperiales, si bien adolecen de cierto trazo grueso que impide ver los matices que explican la hegemonía neoliberal.[63]

Equiparar sin más globalización y neoliberalismo lleva a perder mucha sutileza conceptual, si bien el hecho ya apuntado de que la internacionalización del capital financiero haya coincidido con un momento de repliegue de la izquierda política y ciudadana mundiales (con el momento álgido de la disolución del bloque soviético) ha situado al neoliberalismo en un lugar hegemónico en el pensamiento occidental y en el proceso de dirección de la globalización[64].

9. DEFINIR LA GLOBALIZACIÓN REALMENTE EXISTENTE: NECESIDAD ECONÓMICA, VOLUNTAD POLÍTICA, CAPACIDAD TECNOLÓGICA Y DESARROLLO NEOIMPERIALISTA

> "Una utopía, el neoliberalismo, convertido así en programa político, una utopía que se imagina como la descripción científica de lo real (…) pura ficción matemática basada en una abstracción formidable, que consiste en poner entre paréntesis las condiciones y las estructuras económicas y sociales que son la condición de su ejercicio".
>
> Pierre Bourdieu,
> *Contrafuegos.*

> "No estamos contemplando el "fin de la historia", sino el "fin de la geografía".
>
> Paul Virilio,
> *La bomba informativa.*

Hablar de globalización, como venimos sosteniendo, es interrogar acerca del papel de los Estados. No se nos escapa que generalizar el análisis político sobre la base de los Estados nacionales, y aún más, en su consideración de "Estado social y democrático de derecho" es un presupuesto con problemas. ¿Estamos ante un proyecto eurocéntrico o, al contrario, la generalización de esta forma de organización política lo valida como instrumento de análisis? ¿Hay espacio en ese marco para entender los

proyectos políticos de todos los pueblos sin Estado? ¿Cómo dar cuenta de los espacios públicos no estatales creados por los movimientos sociales? ¿No es un tipo de análisis que termina por *reificar* —cosificar, otorgarle un rango del que carece— al Estado y subsumir en él toda la política? Contando con esta limitación y riesgo, el trabajar con el tipo ideal "Estado social y democrático de derecho" otorga un marco para interrogar acerca de las transformaciones de los conceptos políticos clave durante los últimos dos siglos: el propio de Estado, pero también el de poder, soberanía, fronteras, partido político, democracia, movimientos sociales, derechos humanos, etc. No es tiempo para pensar, como ocurrió durante prácticamente todo el siglo XX, que política y Estado son sinónimos, pues hay un ámbito creciente de espacio político que se desarrolla en los márgenes del Estado e, incluso, contra el Estado y más allá del Estado. Pero podemos seguir afirmando que lo político, en su vertiente más institucional y en la más movimentista, en la más abstracta y en la más concreta, en la más transformadora y en la más conservadora, sigue siendo un diálogo, más o menos pacífico, con el Estado.

En nuestro caso, **llamamos globalización al proceso de transterritorialización de los flujos sociales (económicos, jurídicos, políticos y culturales) que mayoritariamente tenían lugar durante los siglos XIX y XX dentro de las fronteras del Estado nacional**. Esta movilidad de los flujos sociales ha afectado con mayor énfasis a los intercambios económicos, especialmente financieros, necesitados desde finales de los años sesenta de mercados más amplios para garantizar la reproducción del capital. Pero en modo alguno puede reducirse al campo económico. Aún más, en términos clarificadores debiéramos hablar de *mundializaciones* o *globalizaciones* (Appadurai, Santos) pues son múltiples los aspectos que ya no están limitados geográficamente[65]. Esta transterritorialización opera también cuando diferentes actores en diferentes lugares del mundo **coordinan** sus actividades de manera global (por ejemplo, cuando obtienen información en tiempo real o se buscan referencias de un producto que se va a vender sólo localmente con los precios mundiales o cuando se comparan desarrollos tecnológicos o científicos locales con los de otros lugares). Esta transformación social

cuantitativa y cualitativa está impulsada por las necesidades económicas de acumulación capitalista —estrangulada en el modelo keynesiano—, que es la que ha extendido su dominio por el resto de sistemas sociales *contaminando* con su lógica las demás lógicas (incluidas las que pertenecen al mundo de la vida y a la manera subjetiva con que los individuos se reconocen a sí mismos). Igualmente, la transterritorialización ha sido dirigida a través de decisiones políticas tanto en los países del Norte —impulsores— como en los países del Sur —receptores, pero con élites globalizadas que igualmente obtenían beneficio—; y detrás de estos cambios, posibilitándolos, está un fuerte desarrollo tecnológico, en concreto en los sectores de transportes y telecomunicaciones, sin los cuales su alcance sería otro bien diferente. Por último, no puede entenderse este proceso si no se incorpora el hecho de que ha tenido lugar en un momento de hegemonía de los Estados Unidos, lo que le ha permitido influir mundialmente en todo el proceso y moldear esa estatalidad superadora del Estado nacional en virtud a los intereses de sus élites.

Por todo esto, no puede afirmarse que la globalización sea ni *natural* ni *inevitable*, ya que hay detrás siempre decisiones políticas, objetivos económicos y nuevos discursos y maneras de entender la realidad que han transformado las realidades y sus representaciones[66]. Su desarrollo ha afectado desigualmente a los diferentes países del mundo en virtud de su capacidad de beneficiarse o de defenderse de la porosidad de las fronteras, e igualmente ha afectado de manera desigual a los diferentes grupos de población dentro de cada país. En este sentido, uno de los efectos de la globalización ha sido crear nuevas segmentaciones sociales que se habían superado con la intervención política de los mercados. Dentro de la clase dominante, la segmentación opera diferenciando entre una fracción de clase transnacionalizada (por lo general vinculada a las finanzas o a empresas transnacionales) y otra que sigue garantizando su acumulación en el ámbito nacional. En relación con el conjunto de la población, asentando sociedades en donde un cuarto de la población concentra grandes proporciones de la riqueza nacional al tiempo que una proporción relevante de la ciudadanía, que oscila entre un cuarto y tres cuartos del total vive en situaciones de pobreza.[67]

Esta hegemonía del pensamiento neoliberal y de los Estados Unidos en el proceso de globalización ha situado en la agenda politológica el estudio de las nuevas formas de poder global. Como plantea González Casanova, en una perspectiva crecientemente refrendada, "la globalización es un proceso de dominación y apropiación del mundo". La influencia norteamericana —esencial a la hora de trasladar las leyes y *modus operandi* financiero estadounidense a las instancias supranacionales— y por supuesto el calado de las industrias culturales de ese país han llevado incluso a muchos autores a considerar el proceso como una variante del imperialismo clásico, en este caso de impronta estadounidense. Incluso desde análisis menos críticos con el papel de ese país, se entiende que "la globalización significa la universalización de los valores norteamericanos"[68]. Una matización a esta idea la encontramos en el trabajo de Negri y Hardt *Imperio*, donde la globalización se presenta no como una forma nacional de dominio mundial ni como algo contingente, sino como:

> "Una globalización irreversible e implacable de los intercambios económicos y culturales. Junto al mercado global y los circuitos globales de producción surgieron un nuevo orden global, una lógica y una estructura de dominio nuevas: en suma, una nueva forma de soberanía. El imperio es el sujeto político que efectivamente regula estos intercambios globales, el poder soberano que gobierna el mundo".[69]

Sin embargo, y especialmente tras las decisiones tomadas después del 11 de septiembre, muchos trabajos cuestionarían ese análisis donde el papel primordial estadounidense quedaba relegado. La tesis de Negri y Hardt es congruente con su análisis de la pérdida de sustrato territorial de la dominación capitalista, que ya no tendría asiento, se planteaba, en el Estado nación. *Imperio* —diferente del imperialismo ejercido por una potencia única— es una construcción donde cada país, grupo de capitalistas, organismos multilaterales, ejércitos supranacionales, empresas que operan en los mercados mundiales, productos energéticos que atraviesan países y océanos, esto es, el conjunto de actores que operan en el capitalismo, trazan

una tupida red de relaciones cuyo resultado final es responsabilidad de todos. Pero, entonces, repárese, lo que es responsabilidad de todos también lo es de *nadie*.

Es válido en el análisis de Negri y Hardt llamar la atención sobre las responsabilidades autóctonas del capitalismo en cada país. El *sistema mundo* del que habla Wallerstein tiene una lógica mundialmente compartida y el recurso a las imputaciones exógenas exime de responsabilidades, pero también dificulta encontrar soluciones. Pero no parece que pueda sostenerse, especialmente desde una mirada latinoamericana, la ausencia de un "centro" imperial, la afirmación de que sólo hay una mera diferencia "de grado" entre países como Brasil, India o Gran Bretaña, o que "Estados Unidos no constituye —y, en realidad, ningún Estado nacional puede hoy constituir— el centro de un proyecto imperialista"[70]. Aunque queda sin responder una pregunta ¿qué necesidad hay de territorializar la dominación cuando los patrones tecnológicos, reglas comerciales, arbitrios jurídicos y protocolos de comportamiento globales son prácticamente idénticos a los de los Estados Unidos convertidos, en su desarrollo, en el *modus operandi* de las élites financieras de todo el mundo?

Hay un consenso *sobre* Washington anterior al Consenso de Washington, y tiene que ver con la influencia, devenida finalmente en consenso por parte del mundo occidental, de los parámetros norteamericanos durante la segunda mitad del siglo XX. Es ahí donde se configura finalmente un *bloque occidental* internacionalizado, que si bien es pautado por los Estados Unidos, opera con arreglos internos que no son simplemente dictados por los Estados Unidos[71]. Dicho de otro modo, si bien las reglas provienen de las necesidades iniciales del capitalismo norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial, hay una competencia mundial en donde se dirime qué fracción de la élite —que estará localizada en un país, será una alianza o carecerá de referencia territorial, como ocurre de manera creciente con el capital financiero— alcanza el éxito y se apunta el tanto dentro de esas reglas compartidas. Dependiendo del lugar de poder que se ocupe, las élites tendrán una mayor o menor posibilidad de aprovechar la palanca del Estado nacional para usarlo en su favor eliminando o debilitando la competencia de otras élites.

La fracción capitalista dominante en Estados Unidos está totalmente integrada en el Gobierno desde hace varias administraciones, si bien es con George W. Bush donde más claramente se ha visto esta relación, hasta niveles obscenos, valga decir, como ocurre en el caso del Vicepresidente de Bush, Dick Cheney, ex-Presidente de la empresa Halliburton, a la que apoyaría desde su cargo político para que fuera el principal abastecedor mundial y primer beneficiario de la invasión a Irak.

Estas diferentes capacidades para poner el aparato estatal al servicio de intereses concretos es lo que explica las diferencias en torno al desmantelamiento del bienestar, al desarrollo de la corrupción, al cumplimiento del Protocolo de Kyoto, la asunción del Tribunal Penal Internacional, el desarrollo de la OMC o la intervención en Iraq. En los países europeos, las élites globalizadas, cuyo consenso entre ellas termina donde termina la definición de las grandes reglas del negocio y las políticas frente al mundo del trabajo, tienen que negociar con una sociedad con mayores anticuerpos frente a los intereses del capital. Por otro lado, **en el mundo de la globalización neoliberal y el paso de los Estados de *Wellfare* (que proporcionan bienestar) a los de *Workfare* (que ponen al mundo del trabajo a los pies del capital), los gobiernos de cualquier parte del mundo saben que frenar a sus élites económicas supone reforzar las élites de otros países**. Esa lógica, inscrita en la forma en que el capitalismo se reconstituyó a partir de mediados de los años setenta, es la que ha ayudado a desmantelar los regímenes del bienestar. Por un lado, las vinculaciones de las economías nacionales con la economía internacional son difícilmente rompibles y, por otro, la ausencia de una confrontación social exitosa ha dejado vía libre a la imposición de los intereses del capital. De cualquier manera —lo que a su vez demuestra que quien hace las reglas obtiene el principal beneficio de ellas—, la confrontación de Europa de las posiciones norteamericanas no ha tenido mucho éxito en ninguno de esos ámbitos[72].

La configuración de este bloque lo vio con claridad Susan Strange (adelantándose a la caracterización de Hardt y Negri):

> “Lo que está emergiendo, por tanto, es un imperio no-territorial cuya capital imperial está en Washington. Mientras que las capitales imperiales acostumbraban a atraer a cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae a gente al servicio de las empresas exteriores, a grupos minoritarios exteriores, y a grupos de presión organizados globalmente […] Como en Roma, la ciudadanía no se ve limitada a una raza superior, y el imperio contiene una mezcla de ciudadanos con todos los derechos legales y políticos, semiciudadanos y no-ciudadanos, como la población esclava de Roma. Muchos de los semiciudadanos pasean por las calles de Río, Bonn, Londres o Madrid, y se cruzan con la multitud de nociudadanos; nadie puede distinguirlos por su color, raza o vestido. Los semiciudadanos del imperio son muchos y están por todas partes. Viven en su mayoría en las grandes ciudades del mundo no comunista. Entre ellos hay muchos empleados de las grandes corporaciones transnacionales que operan en la estructura de producción transnacional, y sirven, como todos ellos saben muy bien, a un mercado global. También hay que incluir a los empleados de los bancos transnacionales, y con frecuencia a miembros de las fuerzas armadas “nacionales”, los que reciben entrenamiento y armas y dependen de las fuerzas armadas de Estados Unidos, así como a muchos profesionales de la medicina o de las ciencias naturales y sociales, gestores y economistas, que consideran las asociaciones profesionales y las universidades norteamericanas como el grupo de colegas ante el que tienen que brillar y hacer méritos. Está también la gente de la prensa y otros medios de comunicación, a los que la tecnología y el ejemplo de Estados Unidos han mostrado el camino a seguir, alterando sus organizaciones e instituciones establecidas”.[73]

Bastaba que esos sectores fueran alcanzando su propio músculo económico para que entraran a formar parte, de pleno derecho, en ese entramado complejo de la globalización, atreviéndose incluso a dictar nuevas normas. Cuando en 1989 los estadounidenses lanzaron el grito al

cielo por la compra del Rockefeller Center por parte de la japonesa Mitshubisi, las reglas ya estaban participadas por más actores que los Estados Unidos. Hoy los Estados Unidos no están en condiciones de dictar normas económicas a China. Aún más, la salud de los Estados Unidos —que significa la salud económica del mundo— depende ahora mismo del comportamiento del capitalismo en países fuera del territorio norteamericano. Lo que implica que, por muy lejos que se esté, el capitalismo está siempre más cerca de lo que uno cree.

10. IMPERIALISMO, CAPITALISMO, NEOLIBERALISMO

> “Corre, dijo la tortuga, atrévete, dijo el cobarde, estoy de vuelta dijo un tipo que nunca fue a ninguna parte, sálvame, dijo el verdugo, sé que has sido tú, dijo el culpable”
>
> Joaquín Sabina

Siempre que ha habido organización social ha existido economía, entendida como aquella parte de lo social que atiende los aspectos de la reproducción material del grupo. Igualmente, la existencia del mercado es tan antigua como la existencia de grupos humanos que entraban en contacto y ponían en marcha intercambios a través del trueque. Pero el capitalismo, al igual que el mercado competitivo sobre el que se basa —producir mercancías con el estricto fin de incrementar el dinero invertido inicialmente, incluida la transformación de la mano de obra en otra mercancía— no ha existido siempre.

Su origen hay que remontarlo a la Europa de finales del siglo XV, y su imposición siempre encontró resistencias sociales. El capitalismo se acompañó en su viaje del proceso de construcción estatal, tan violento en su desarrollo como la imposición del capitalismo. Ambos, señores feudales que iban incrementando su jurisdicción sobre territorios más amplios, y capitalistas que necesitaban mercados cada vez más vastos, encontraban resistencias a sus deseos, tanto populares como de otros poderosos. En un juego de suma cero, no todos podían ganar. Por eso, la historia de los Estados nacionales es una historia signada por una extrema violencia. El *sistema mundo* resultante, esa mezcla de Estados nacionales, modelo

capitalista y manera de pensar que llamamos *modernidad*, se iba a organizar de manera tal que necesitaba grandes grupos de población malviviendo para que unas minorías gozaran privilegiadamente de la vida social. Toda obra de civilización, expresó Walter Benjamin, es a su vez una obra de barbarie. Sobre la homogeneidad actual de los Estados están los cadáveres de todos los que quisieron hacer valer alguna diferencia.

Cuando gracias al aumento de la productividad el rendimiento del trabajo excede las necesidades del propio sustento, surge la tensión por ver qué se hace con ese producto sobrante. Es ahí donde surge la posibilidad de que surja la división social del trabajo, una mayor especialización, personas dedicadas a tareas diferentes a la mera producción material, pero también que un grupo quiera usar ese excedente para liberarse de trabajar y lograr su propio sustento. Cuando esa apropiación del excedente que realizaban los productores se usurpaba en forma de dinero (y no de producto), hablamos, con Marx, de *plus-valía*. El capitalismo sólo funciona rutinizando ese comportamiento. Compra fuerza de trabajo que produce más de lo que cobra por su salario, obteniendo el capitalista del resultado, descontando gastos, un monto mayor que la inversión realizada. Para garantizar que exista suficiente mano de obra, es necesario que los trabajadores estén dispuestos a vender su fuerza de trabajo. Y para ello, lo único funcional es que no exista ninguna otra forma de supervivencia. Es la separación necesaria en el capitalismo de los trabajadores de los medios de producción. De ahí que el capitalismo se haya generalizado al tiempo que se desmantelaba todo tipo de economía colectiva, fueran prados comunales, redes de solidaridad o formas laborales de ayuda mutua. Al tiempo, se criminalizaba el desempleo e, incluso, la pobreza (era la razón de ser de las leyes de pobres). Cuando estos mecanismos no eran suficientes, se recurría a la mano de obra esclava y a la agresión imperialista.

La necesaria homogeneidad social que garantiza la convivencia de un grupo se ha construido en el liberalismo como igualdad formal, ante la ley y con el mensaje “un hombre, un voto” (igualdad de sufragio). La democracia representativa ha funcionado en muchas ocasiones como un espejismo tras el que se esconde la profunda ausencia de democracia social. Esto no quiere decir que dé lo mismo la existencia de elecciones libres; quiere decir que,

siendo esencial, no es suficiente. El creciente aumento de la abstención —una novedad incorporada al relativamente reciente sufragio universal— va señalando el agotamiento de ese modelo de especialización política. Los esfuerzos de los trabajadores por alcanzar el derecho a voto hoy parecen olvidados. Si bien es cierto que los Parlamentos nacen revolucionariamente, su desarrollo posterior los transforma en sustitutos de la democracia. La parlamentarización de los conflictos sociales a comienzos del siglo XX fue caminando en pos de lo que se llamó *parlamentarismo racionalizado*, es decir, un vaciamiento de competencias del legislativo que terminaban en manos de los Ejecutivos. En la actual globalización, los Ejecutivos echan las culpas a imponderables externos. La conclusión es la sensación enorme de lejanía de la población respecto de los Parlamentos y, aún más, de los partidos políticos que los integran. De ser lugar de "parlamento" y discusión, las Asambleas pasaron a ser lugares de asentimiento, de sanción de decisiones tomadas fuera de sede parlamentaria, vocerías del "pensamiento único" y alternativas desdibujadas por esa carrera generalizada en pos del centro político.[74]

El capitalismo es un sistema económico que se define principalmente por tres rasgos:

1. Todo puede adoptar la forma de mercancía que se ofrece en el mercado (incluidos los seres humanos, la naturaleza, lo que aún no existe o los sentimientos). En especial, la mano de obra se convierte en una forma de mercancía que, aunque no es creada como tal, se convierte en un objeto para ser comprado y vendido.
2. Los precios de los bienes se definen en un mercado guiado exclusivamente por la maximización de la utilidad y la adscripción de capital a donde el mercado informe que hay mayor posibilidad de ganancia. Pero la oferta y la demanda, en cuyo cruce se definen teóricamente las cantidades de producto y sus precios, nunca funcionan en total libertad, de manera que los mercados generan constantemente ineficiencias, monopolios y oligopolios y amaños en los precios.

3. Los principales medios de producción están en manos privadas y al servicio del beneficio inmediato de sus dueños, apoyados por la estructura legal y policial del Estado.

Estas características hacen del capitalismo un sistema muy dinámico, pero también generador de constantes víctimas. La crítica al capitalismo no se basa en que no desarrolle las fuerzas productivas, algo que hace de manera extraordinaria (como bien vieron Marx y Engels en *El manifiesto comunista*), sino el alto precio que cobra por ello. La lógica del capital, que hoy se ha trasladado al mercado mundial, hace que quien no cumpla con sus duros requisitos es necesariamente expulsado y condenado a la exclusión. Es, como veíamos, la "destrucción creadora" de la que hablaba Joseph A. Schumpeter. Lo expresó con contundencia Georges Bataille:

> "Una empresa capitalista crece y destruye lo que se le resiste. Necesita transformar y asimilar todo lo que encuentra en su camino: tarde o temprano la totalidad de la fuerza disponible entrará a formar parte de su mecanismo. La fábrica somete las fuerzas a su medida, proletarios, representantes, administradores, técnicos: pero ignora a los hombres todo lo posible. Ningún afecto comunicativo liga a aquellos que están presos en sus engranajes: una empresa se mueve por una codicia sin pasión, emplea un trabajo sin entusiasmo, no reconoce más dios que su crecimiento. En las épocas de prosperidad, el trabajo no aprovecha para nada el exceso del beneficio. Pero si el beneficio desciende, el empresario abandona al asalariado: a falta de fines gloriosos —exactamente, a falta de fines *humanos*— los hombres no pueden reconocerse solidarios, no subsiste entre los hombres más que la codicia por los bienes, que les separa. La caridad sólo es un remedio paródico para esta separación, no es más que una comedia de solidaridad.
>
> Una sociedad industrial es una muchedumbre *compuesta de existencias aisladas*. El aspecto mismo de la vida cambia completamente: en vez de ciudades orgullosas, que reflejan el cielo y la tierra en su forma, tenemos ciudades anodinas sepultadas en

barrios de una tristeza que parte el corazón. La prosperidad deprimente y la violencia de la pobreza coinciden”.[75]

Por eso el capitalismo, inauditamente ágil y flexible, siempre realiza constantes ajustes en busca de esos beneficios que tienen que ser necesariamente crecientes (o se encarecerá relativamente el precio final del producto que ofrecen y quedarán fuera de juego). El ajuste, como se ha repetido, tiene lugar en el eslabón más débil de la cadena, es decir, allí donde no se oigan quejas o las mismas puedan ser acalladas: trabajadores desorganizados, mujeres, niños, medio ambiente, otros pueblos con menores capacidad militar o económica de protegerse; mercados alejados donde es posible desarrollar formas que la lucha de clases ha imposibilitado en los países del Norte; poblaciones sometidas a fuertes disciplinas militares; etc. O bien, creando un marco de interpretación donde la población asuma el coste del ajuste económico como una necesidad incuestionable. Ha sido la tarea encomendada a lo que se ha llamado “pensamiento único” y a la ridiculización de las alternativas. La diferencia entre el cínico y el irónico es que el cínico saca provecho de su cinismo. **La construcción intelectual de la senda única y necesaria de la economía, legitimada principalmente por la socialdemocracia, ha sido una tarea de cínicos.**

Como han expresado audaces economistas, el capitalismo es un sistema necesariamente miope, atento sólo al corto plazo y que sólo tolera las presiones de los otros capitalistas, que está organizado jerárquicamente sobre la reproducción de la explotación y sujeto a crisis recurrentes que sólo se solventan lanzando al vacío a un número creciente de seres humanos[76]. Las condiciones económicas a que obliga el capitalismo presuponen una antropología peculiar, una *condición humana* adaptada a sus necesidades:

1. El tipo ideal de capitalismo propone individuos que se guían por la maximización de su interés privado. Su método de análisis siempre parte de seres particulares por encima de los cuales no hay ninguna lógica superior moralmente.

2. Exalta el egoísmo, al que pretende transformar en una virtud —la mano invisible de Adam Smith que organiza el fragmentado mercado; los “vicios privados que se convierten en virtudes públicas” en la fábula de Mandeville; el *espíritu comercial* que Kant atribuía al ser humano—; y denigra la solidaridad —uno de los lugares centrales de la crítica de Hayek al socialismo—. El capitalista, cuanto más se desarrolla más necesita, en tanto en cuanto se entiende al capital como relación social referenciada a otros capitales, sin importar que ese desarrollo impida a otros cubrir las necesidades básicas. (La llamada *reproducción ampliada del capital*, verdadero motor del sistema, lleva a dedicar parte de la plusvalía a reinvertirla, mientras que la *reproducción simple* solamente sería utilizada como consumo por el que se la apropia).
3. Conduce a la destrucción de la naturaleza, producto de la vorágine de su obligada ambición, de la misma manera que la guerra es su horizonte necesario debido a la necesidad estructural de crecimiento. Mientras que el ciclo de la naturaleza es largo, el consumo capitalista es inmediato. Solamente las poblaciones que han vivido de cerca el ciclo de la tierra pueden entender estas constricciones (los siglos de creación del petróleo frente a los decenios para su consumo; el descanso de la tierra frente al uso de fertilizantes; las necesidades vitales de agua frente a su encubrimiento a través de su suministro público en las grandes urbes).

En los años 70 el capitalismo entró en una de sus regulares crisis. En esta ocasión, la crisis estaba relacionada, como vimos, con una pluralidad de factores: las dificultades de mantener la productividad al multiplicarse la oferta de bienes; la subida de los precios del petróleo motivada por la guerra del Yom Kippur y la nueva estrategia de la OPEP; la guerra de Vietnam (gasto militar exorbitado para los Estados Unidos); el crecimiento de la economía europea, lo que les permitió emplazar a los Estados Unidos y cuestionar la hegemonía del dólar; la crisis del modelo financiero y monetario de Bretton Woods que había fijado las monedas con precio

estable a la moneda norteamericana, única fuente real de divisa durante tres decenios; fuertes presiones populares exigiendo subidas salariales, cogestión obrera y el fin del imperialismo; las dificultades del keynesianismo para frenar la estanflación; la apertura de las economías, etc. [77]

El régimen económico de Bretton Woods

El modelo de Bretton Woods nace cuando aún no había terminado la Segunda Guerra Mundial, en 1944. A través del impulso de Estados Unidos y Gran Bretaña, se convocó en ese balneario de New Hampshire (EEUU) a 44 países para analizar las causas de la guerra y pensar económicamente la posguerra. Aunque el grueso de lo que después se firmaría había sido acordado previamente por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá —como potencias industriales en situación de dominio—, la puesta en escena era importante para disciplinar el maltrecho orden económico internacional. El modelo debía intentar superar la anarquía del periodo de entreguerras, invitando a todos los países integrantes a cumplir una serie de preceptos, al tiempo que supeditaban parte de su comportamiento a unas nuevas instituciones financieras: el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento —futuro Banco Mundial—, el Fondo Monetario Internacional (ambas creadas en 1944), y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio —el GATT, nacido en 1947 y que se convertiría a partir de 1994 en la Organización Mundial del Comercio—. Con motivo de la Primera Guerra Mundial, los países habían suspendido el patrón oro —Gran Bretaña lo hizo en 1931— y la convertibilidad de la moneda —que exigía referencias fijas—, guiados por una creciente separación entre la economía mundial y la nacional. Como forma de salir de la crisis, se imprimió mucho papel moneda, que al no estar acompañado de un crecimiento de riqueza, se tradujo en inflación y desempleo. El *crash* de 1929 terminó de rematar las economías liberales. Además, el crecimiento que experimentaba la Unión Soviética gracias a sus éxitos

industrializadores y su economía planificada, suponía un ejemplo para los trabajadores que amenazaba a las frágiles democracias europeas. El capitalismo en crisis acentuó el proteccionismo nacional en diferentes formas, que fueron desde depreciaciones competitivas de la moneda hasta la creación de regímenes fascistas.

Todas estas amenazas invitaron a una colaboración económica, impulsada inicialmente por los banqueros que controlaban los bancos centrales de manera independiente. La Segunda Guerra Mundial vino a solventar buena parte de los problemas de las economías capitalistas al otorgar al Estado una tarea de dirección, importada desde su papel como gestor de la guerra, que se trasladó a la política. Pero si el Estado había sido el conductor de la guerra, ahora se trataba de todo lo contrario: crear una red institucional que evitara, gracias al comercio, nuevas confrontaciones bélicas. Sin embargo, lejos de la teoría, la desigualdad política y económica de la posguerra iba a convertir al comercio internacional en una herramienta al servicio de los Estados más poderosos, en especial, de los Estados Unidos, determinado a hacer de Gran Bretaña un "satélite financiero". Al poseer el 75% de todo el oro moneda del mundo, su primacía estaba servida, pues le correspondía al preciado metal ser el referente para la estabilización monetaria. De hecho, la creación del Fondo Internacional de Estabilización (primera denominación del FMI), buscaba, además de organizar el capitalismo, llevar el centro financiero desde Londres a Wall Street.

La clave de poder dentro del FMI estaba en las cuotas que cada país iba a poseer, ya que de estas participaciones derivaba el poder de voto (bien lejos del principio democrático "un país, un voto"). Éstas fueron decididas políticamente —no económicamente— por los EEUU, de manera que se convirtió en la potencia financiera hegemónica. Pese al desacuerdo entre el representante del tesoro norteamericano, Harry Dexter, y el responsable de finanzas británico, John Maynard Keynes, el poder real estadounidense zanjó cualquier discusión. Correspondía a los Estados Unidos un tercio de las cuotas, de manera que tenía capacidad de veto. Esto, añadido a la

función de *policía* monetaria otorgada al FMI, hizo que la Unión Soviética no firmara el acuerdo.

Los principios del modelo, sobre la base de la recuperación de la referencia de las monedas nacionales respecto del oro y del dólar —clave para la hegemonía estadounidense—, fueron los siguientes:

1. control internacional de los tipos de cambio nacionales a través de un sistema de paridad flexible —con variaciones de no más del 1% de la paridad acordada inicialmente respecto del oro;
2. suscripción de todos los países de un fondo en oro y monedas para usar en caso de dificultades con la balanza de pagos (base de la capacidad de voto);
3. tras un periodo de transición de cinco años, todos los países permitirían la libre convertibilidad de las monedas a los tipos de cambio oficiales;
4. en caso de superávit, el FMI podía declarar la escasez de una moneda y exigir al país, entre otras medidas, su venta a cambio de oro;
5. creación de una institución permanente para promover la cooperación monetaria internacional (con una cuota del 27,9% para los EEUU), encargada finalmente de *valorar* el comportamiento de los países para calificarlos como *beneficiarios* de un préstamo del Fondo (en otras palabras, para ejercer una labor de supervisión de las políticas económicas de los países, así como a establecer una capacidad sancionadora). En definitiva "Fue principalmente una invención de Estados Unidos, con la colaboración de Gran Bretaña, destinada de manera intencionada para promover una determinada visión de las relaciones económicas mundiales".

(Véase Richard Peet, *La maldita trinidad. El FMI, el BM y la OMC*, Navarra, Laetoli, 2004).

Se planteó entonces, la “competencia mundializada” de los productores, en la que aquellos países que poseían un desarrollo altamente tecnificado y una amplia capacidad productiva en la relación internacional, iban a tener una situación favorable, pues podrían, gracias a su gran capacidad, invadir cualquier mercado. Si esto no bastara, los Estados nacionales de las casas matrices seguían teniendo recursos para presionar directamente o a través de los mecanismos bajo su control en el Estado transnacional, dando por sentado que las ventajas para las empresas transnacionales se convertirían de alguna manera en ventajas para los propios países. Una presunción que aún está por estudiar[78]. Son bien conocidas las palabras de Thomas Friedmann, el asesor de la Secretaria de Estado norteamericana Madelaine Albraight:

> “la mano invisible del mercado no funcionará jamás sin un puño invisible. McDonald’s no puede extenderse sin McDonnell Douglas, el fabricante del F-15. El puño invisible que garantiza la seguridad mundial de las tecnologías de Silicon Valley es el ejército, la fuerza aérea, la fuerza naval y el cuerpo de marines de los Estados Unidos”.[79]

Mientras, los empresarios pequeños quedan en una posición de minoría, la cual los impulsará a integrarse a ese gran mercado homogeneizado por los grandes productores internacionales, es decir, por las grandes potencias. En consecuencia, los países del mal llamado Tercer Mundo, con un sector productivo poco competitivo, quedan a merced de las grandes trasnacionales —donde hay que incluir de manera creciente a China, en *joint venture* con transnacionales norteamericanas— que invaden sus mercados nacionales con “productos baratos”. Irremediablemente, los sectores productivos nacionales se ven forzados por el corto plazo a cerrar operaciones de suministro financiero, de bienes y de servicios, con la consecuente pérdida de soberanía nacional. Los ciclos electorales, para cerrar el círculo, no permiten planes cuyos resultados no se observen en el lapso de cuatro o cinco años.

Como resultado de todo esto, se sentaron las bases del actual paisaje: los capitales internacionales dominaron las políticas monetarias nacionales, forzando a los Estados a diseñar una arquitectura financiera flexible que permitiera los flujos financieros; la presión de la ganancia empujó los salarios a la baja y las jornadas laborales al alza; se desreguló el comercio interno, especialmente los horarios, golpeando al pequeño comercio y primando las grandes superficies, más capaces de rotar los turnos; la protección social pasó a entenderse como palanca para aumentar la flexibilidad del mercado de trabajo y no como un derecho o como parte de la demanda interna; el sistema educativo se reordenó para ponerlo al servicio de la competitividad de las empresas; se abría paso a la importación desde el Norte de trabajadores cualificados que vaciaba de cerebros a los países que los habían formado; el Estado vendió su patrimonio en condiciones escandalosamente ventajosas a particulares; se desmantelaron las garantías laborales; y se propugnó una apertura de fronteras que dejaba vía libre a los países poderosos, al tiempo que condenaba a los países económicamente débiles a ser piezas subordinadas a las estrategias de los países impulsores del neoliberalismo.

Orígenes y principios del neoliberalismo

El modelo neoliberal es un nuevo contrato social, ampliamente generalizado desde la década de los ochenta del siglo XX, y que se nutre esencialmente de la *falta de alternativas* que él mismo construye. De ahí que su principal éxito sea el discursivo. Su práctica ha dependido de los mimbres económicos, sociales, políticos e incluso militares existentes para frenar sistemas alternativos. La política neoliberal salió de estación en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial como forma de oposición al keynesianismo laborista inglés. Aunque el primer gran referente sea von Mises, crítico de la planificación que desarrolló su trabajo en la Escuela de Austria, su principal teórico fue el también austriaco Friedrich Hayek. Este discípulo de von Mises publicaba en 1944 *Camino de servidumbre*, donde ponía en el mismo platillo de la balanza económica y política al fascismo hitleriano y a lo que se

presentaba como *liberticidio* laborista perpetrado desde un Estado intervencionista. Sin embargo, no sería hasta 1973 que encontraría una versión práctica tras el golpe de Estado en Chile contra Salvador Allende dirigido por Augusto Pinochet y auspiciado por los Estados Unidos. En mitad de la crisis *estanflacionaria*, Hayek recibiría el Premio Nobel de Economía (1974), dejando claro que el *establishment* apostaba por las nuevas recetas. Posteriormente, el neoliberalismo sería exportado al mundo desde la experiencia thatcheriana a partir de 1979, apoyado en grandes *tanques de pensamiento* que a través de becas, fundaciones, revistas, artículos, centros de investigación, promoción de jueces, profesores, periodistas, políticos, la creación de instituciones empresariales, el control de las instancias financieras mundiales, etc., hicieron un gasto descomunal con la intención de construir una nueva hegemonía basada en la sospecha del Estado y de cualquier participación social que rebajase la autonomía del mercado.

El neoliberalismo es, en términos teóricos, la conjunción de cuatro paradigmas: (1) el análisis monetarista de la inflación desarrollado por Milton Friedman (que postula la autorregulación de los mercados y los efectos perversos que tendría la intervención estatal); (2)la teoría de las expectativas racionales (donde los actores individuales son los que mejor optimizarían y racionalizarían las decisiones al margen de las autoridades estatales); (3) la teoría económica de la oferta de Say (según la cual, la oferta crea su propia demanda, presupuesto radicalizado por Arthur Laffer al plantear que las rebajas fiscales a los ricos se financiarían con el aumento de la producción que generaría, algo que resultó falso en la práctica); (4) la teoría de la elección pública (desarrollada, entre otros, por Anthony Downs), donde los políticos son como empresas que buscan maximizar su voto en el mercado electoral, de manera que son tendentes a alimentar procesos inflacionarios) (Mark Blyth, *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002).

En términos concretos, el programa neoliberal buscaba principalmente cinco objetivos: equilibrar las cifras macroeconómicas, especialmente a través del control de los precios (una vez señaladas las variables monetarias como las realmente relevantes); aumentar las ganancias empresariales —bajo el presupuesto de que la "tarta" debía primero crecer para después poder repartirse—; incrementar inicialmente el desempleo —con el fin de lograr una "tasa natural" de paro que debilitase a los sindicatos y forzase a la baja a los salarios—; crear una estructura social desigual que incentivase el esfuerzo y el aumento de la productividad; integrar a las fracciones de clase globales en el modelo mundial de acumulación, utilizando para ello, cuando fuera menester, la guerra o los preparativos para la misma. Las propuestas del llamado *Consenso de Washington* —privatizaciones, liberalización fiscal, apertura de fronteras, reducción del gasto social, desregulación laboral y garantías de la propiedad privada— precisaban de una mutación del Estado que dejase todo el espacio libre posible tanto a un mercado crecientemente inmanejable como a las empresas. Esta transformación estatal es lo que en ocasiones se ha identificado como *crisis del Estado nación* —a menudo naturalizada como devenir necesario por el desarrollo tecnológico propio de la *globalización*— pero que, en realidad, es más correcto entenderlo como **la rearticulación del sistema de dominación a la nueva forma global de acumulación**. Ésta iba a asentarse en la especulación financiera y no en la inversión productiva. Mientras que el Estado mantenía la responsabilidad de garantizar la propiedad privada y el orden social nacionales, crecía un complejo Estado transnacional que respondía a las necesidades de una economía que ya no expresaba los patrones propios de los siglos anteriores. Los cambios en el patrón de acumulación explican que los resultados, lejos de los inicialmente planteados —salvo en el caso de la hiperinflación—, no fueran sino el aumento tanto de la pobreza como de las desigualdades sociales y la consiguiente fragmentación e incremento de la violencia social. Esto no quita que estas políticas

generaran respuestas que, por caminos indirectos, pueden parecer virtuosas. Por ejemplo, las remesas que los inmigrantes de América Latina envían a sus países de origen —datos de la CEPAL de 2005— asciende a 43.000 millones de dólares (eran tan solo 855 millones en 1980). Esta cantidad triplica la inversión extranjera directa y solventa los problemas de 20 millones de familias latinoamericanas. Ahora bien, detrás de esto están los cerca de 30 millones de emigrantes que ha perdido el continente, así como la falta de oportunidades que genera en sus países el cóctel explosivo de pago de la deuda —con la consiguiente deuda social—, falta de eficiencia institucional y la retirada de la inversión productiva de estos países, más rentable en la especulación financiera.

El neoliberalismo, como hoy ya es evidente, es la utopía del capitalismo dejado a su libre articulación[80]. Su desarrollo sin trabas, necesariamente, se conforma como una internacionalización que implica tal grado de coacción que permite entenderlo como una forma peculiar de imperialismo. En ese sueño de los capitales transnacionales se crea un mercado mundial no obligado por ningún principio de responsabilidad social, que devuelve al Estado rasgos de esa condición de *junta que administra los negocios comunes del conjunto de la clase burguesa*. Especialmente en los países pobres. Cuando la OMC prohíbe en Nigeria la existencia de una Oficina Veterinaria Nacional —porque compite con empresas transnacionales dedicadas a esos menesteres— está condenando a la muerte a los pastores que ya no podrán acceder a las vacunas para sus rebaños. Insistimos: el neoliberalismo no se comporta igual en cualquier sitio. Esto confunde su categorización. El Sur necesita sus propios análisis. El sueño neoliberal, cuando acontece, se convierte en la pesadilla de los pueblos con menos defensas. Su ofensiva es tan brutal que termina, parafraseando a Marx, con la victoria total de uno de los dos bandos o la destrucción de todos los contendientes. Generaciones enteras en África, Asia y América forman parte de los devastados. La imposibilidad de extender esa lógica a otros lugares con mayor capacidad de resistencia ha exigido encontrar una rearticulación del modo de regulación social.[81]

Para comprender los **postulados del neoliberalismo**, conviene insistir en algunas de las principales políticas que acompañan a esta ideología:

1. Poca o ninguna intervención del Estado desde una perspectiva redistributiva. Es decir, libertad absoluta de mercados bajo la metafísica economicista del *equilibrio general autorregulado*. El Estado no fija precios ni limita la competencia, de la misma manera que no establece control de cambios ni limitaciones al libre mercado. Pero más allá de esa retórica, interviene en virtud de los intereses del grupo o grupos con capacidad de vincular al Estado en ese momento (así sea para defender los intereses de los capitales transnacionales en el exterior, para promover proteccionismo, para fomentar al sector energético, para apoyar al sector militar-industrial, para subvencionar a la agroindustria, para poner en marcha un rescate bancario, etc.).[82]
2. Mínima inversión social del Estado, es decir, bajas tasas de gasto público en salud, educación, pensiones, empleo, deporte, cultura, etc. El Estado orienta el gasto hacia la competitividad de las empresas y por tanto no invierte en políticas que estimulen la demanda ni en escuelas, hospitales, canchas de deporte, casas de la cultura, misiones sociales, etc. Al contrario, mercantiliza estos sectores o los devuelve al espacio de las familias.
3. Autorización para mercantilizar espacios naturales. Abandono de criterios de sustentabilidad ecológica a favor de criterios de rentabilidad. El destino de las generaciones futuras se fía a desarrollos tecnológicos futuros. Se prioriza la propiedad privada ligada a la extracción de riquezas del subsuelo, se asume el riesgo de la desertización producida por la agroindustria y la minería o el calentamiento del planeta a través de la emisión de dióxido de carbono.
4. Privatización o liquidación de los servicios y monopolios estatales. Es decir, la venta a sectores particulares de las empresas energéticas, las empresas básicas, los hospitales, las escuelas, las carreteras, las empresas de electricidad, el suministro de agua, etc.

5. Congelación de salarios en general (incluido el salario mínimo) bajo el argumento de busca de la competitividad internacional. Fomento de la producción bajo el modelo de maquila y, en consonancia, deslocalización industrial a la búsqueda del ahorro en costes salariales.
6. Aumento de los impuestos indirectos, principalmente sobre el consumo (IVA) y disminución de los directos, así como de los porcentajes impositivos sobre los ingresos altos y las grandes fortunas. En consecuencia, encarecimiento de alimentos, vivienda, medicinas y productos básicos, aumentando la proporción de los más pobres.
7. Promoción del comercio orientado hacia las exportaciones (la producción se concentra para competir en el mercado global). Es decir, dependencia del exterior (economía de puerto) y abandono de la producción orientada a la satisfacción de las necesidades nacionales.
8. Promoción de políticas fiscales atractivas para el capital financiero internacional especulativo. Es decir, reducción o exacción de impuestos para las trasnacionales, junto a ayudas y concesiones fiscales y materiales para atraer inversiones extranjeras. Desregulación que permita inversiones arriesgadas y rescate con dinero público de los resultados negativos de las aventuras financieras.
9. Intervención sobre las variables macroeconómicas desde el lado exclusivo de la oferta, con el fin de evitar el déficit presupuestario y comercial. Esto es, altas reservas internacionales colocadas en los bancos de referencia, altas tasas de interés, bajos sueldos para disminuir la inflación, etc.
10. Descalificación ideológica del Estado social. Es decir, atribución al Estado de toda la responsabilidad frente a los fenómenos de corrupción e ineficiencia. Apología de la transparencia y eficiencia del mercado y de las empresas privadas. Por el contrario, refuerzo de las tareas represivas y militaristas del Estado.
11. Manipulación y fomento de un imaginario consumista, individualista y fragmentado de la población a través de los medios de comunicación. En estos, el mercado y el neoliberalismo reciben un tratamiento acrítico, al tiempo que se descalifican las protestas asociándolas a

formas más o menos suaves de terrorismo. El concepto de *gobernabilidad* (donde la responsabilidad es de los que protestan) se usa para evitar el uso del concepto de *legitimidad* (donde los cuestionados son los gobiernos).

12. Descalificación y ocultamiento de todo pensamiento alternativo, alcanzando la desautorización incluso a sectores capitalistas no neoliberales (por ejemplo, el pensamiento económico postkeynesiano). Paradójicamente, ocultación de la información bajo montañas de información. Descalificación de las propuestas de un mundo diferente (presentándolas, además de como imposibles, arriesgadas y contraproducentes, como *utópicas*, *desfasadas*, *anacrónicas*, *arcaicas*).
13. Construcción elaborada del fragmento desde los aparatos públicos. Es decir, negación a los sectores bajos de la población de la posibilidad real de organización para superar su situación. Cooptación de los partidos políticos y los sindicatos *cartelizados* (aquellos que cumplen con las reglas de juego) y descalificación de las asociaciones críticas, a las que se presenta como enemigas del desarrollo y frenos a la competitividad y la modernización.
14. Articulación intelectual de un sentimiento de derrotismo entre los grupos de izquierda y la población en general. Es decir, proclamación del fin de las ideologías y ensalzamiento del pensamiento único (pragmatismo neoliberal y absurdo de las alternativas). Auge de las ideologías *centristas*, caracterizadas por su renuncia al conflicto (cuanto menor es la reivindicación y la difuminación de los conflictos, mayor es la condición de centrista de quien opera de esa manera).
15. Construcción de paraísos artificiales y promoción del consumo directo y virtual. Es decir, a través de la televisión o internet —como los principales medios de comunicación— se crean falsas necesidades que requieren ser subsanadas por medio de compras compulsivas a satisfacer en grandes centros comerciales o por medio de compras electrónicas.[83]

En definitiva, se trata de un modelo construido para la recuperación de la tasa de ganancia en un marco de regulación social funcional para la lógica capitalista. ¿Ayuda la globalización al neoliberalismo? ¿Son dos expresiones de un mismo proceso? ¿Hay algo más que un discurso detrás de esta nueva rearticulación del capitalismo?

11. EL CAMINO HACIA EL CONSENSO DE WASHINGTON: LA CONDICIÓN IDEOLÓGICA DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

> "No. No hay verdades únicas ni luchas finales, pero aún es posible orientarnos mediante las verdades posibles contra las no verdades evidentes y luchar contra ellas. Se puede ver parte de la verdad y no reconocerla. Pero es imposible contemplar el mal y no reconocerlo. El Bien no existe, pero el Mal me parece, o me temo, que sí".
>
> Manuel Vázquez Montalbán,
> *Panfleto desde el planeta de los simios.*

Como se ha adelantado, han sido los propios Estados nacionales, impulsados por fracciones de las élites que entendían y asumían la nueva lógica transnacional, los que han entregado partes importantes de la razón nacional a la nueva razón global, perdiendo así la estatalidad nacional ajena a esos grupos soberanía y capacidad de maniobra. De hecho, los *lobbies* forman parte de la articulación política cotidiana de los Estados desarrollados, moviéndose con inaudita agilidad en los espacios donde se concentra el poder (los casos emblemáticos son la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y Bruselas, sede de la Unión Europea).

Cada vez que las autoridades de un país asumen compromisos con organismos internacionales, estaban despojándose de una soberanía sometida en cada país al circuito electoral, al tiempo que se debilitaban

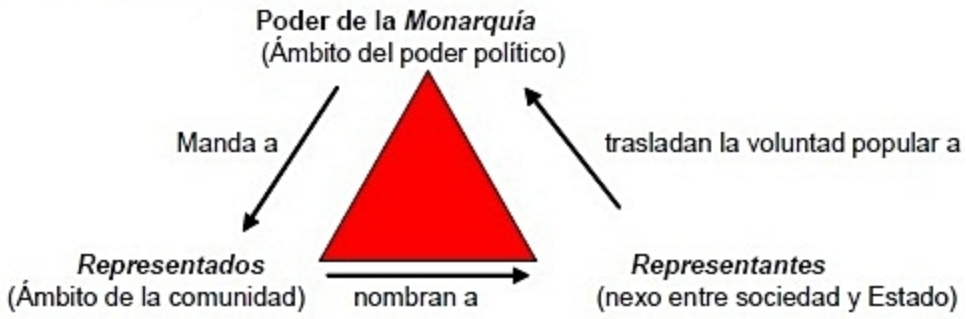
como aparatos ejecutivos para dar respuesta a políticas sociales que implicaran un freno a la actividad de los capitales internacionales (fueran políticas de redistribución de renta, acuerdos corporativos entre el capital y el trabajo nacionales, aseguramiento de un sector nacional estratégico, etc.). Cada asunción de instancias jurídicas supranacionales, acuerdos comerciales, decisiones de la OMC, el FMI o el Banco Mundial, de obligaciones señaladas por mecanismos internacionales de resolución de conflictos, derechos de propiedad validados internacionalmente, normas de calidad de validez global, el mantenimiento de una paridad económica, el derecho sobre las patentes, las calificaciones riesgo-país, la orientación comercial exterior, etc., los Estados nacionales estaban **perdiendo *estatalidad* que iba a parar a Estados extranjeros o manos privadas**.

Conforme el capitalismo se hacía más global —siguiendo su lógica propia tras el paréntesis de capitalismo domesticado de los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial— se iban creando las instancias supranacionales que iban a dirigir esa nueva fase del capitalismo. De hecho, todo el entramado de lo que, como veíamos, William Robinson llama el embrión de ***Estado transnacional***, no es sino la adecuación institucional a las necesidades de acumulación de un capitalismo que ya no podía sobrevivir exclusivamente en la jaula de los Estados nacionales, *corsé* para esos capitales de altos vuelos que necesitaban superar la fase desarrollista o keynesiana. El creciente Estado transnacional implica una arquitectura institucional férrea, desarrollada y generalizada, acompañada incluso por ejércitos supranacionales dispuestos a intervenir cuando las funciones represivas de los Estados nacionales fracasen. Una estructura que se acompaña de un imaginario de inevitabilidad que parece que siempre hayan existido y que, sobre todo, hace difícil imaginar su alternativa o su simple ausencia.[84]

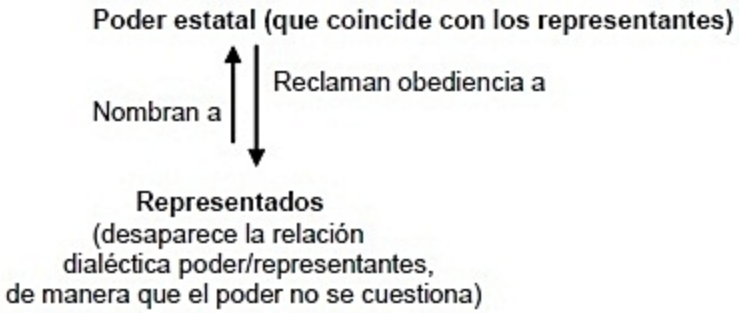
Desde un punto de vista normativo político, la globalización es la culminación de un proceso de vaciamiento de la democracia entendida como participación popular y gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Las presiones elitistas, interesadas en crear democracias de baja intensidad que no frenaran la rearticulación capitalista, encontraron en los procesos globalizadores razones para sacar legalmente fuera del proceso

electoral facetas amplias de la vida pública (por ejemplo, buena parte de la política monetaria). Como se ve en el siguiente cuadro, la capacidad de influencia popular en el poder político ha ido disminuyendo a lo largo de las diferentes fases de construcción de la democrática.

***(1) Democracia participativa* (medieval)**



(2) Democracia liberal-representativa



(3) Democracia globalizada

La sociedad ha perdido la relación dialéctica con el poder (convertido en representantes) y éstos descargan la responsabilidad en instancias globales a las que no se puede controlar.

Primero, al borrarse la diferencia entre el poder y los representantes se invisibiliza el poder y se *olvida* su fiscalización al ser el *poder* político el propio representante del pueblo. Con la globalización, ese poder invisibilizado además se aleja. La capacidad de influir en las instancias globales queda reservada para las élites globalizadas (o sus equipos de *lobby*). De ahí que a las instancias globales les resulte más sencillo atender a los intereses empresariales o de competitividad nacional o regional que a los intereses sociales particulares tales como el empleo, la sanidad, la educación o las pensiones públicas. Si planteábamos que el Estado, en su desarrollo histórico, ha alcanzado una selectividad estratégica que, en ausencia de conflicto, le hace más fácil atender a unos intereses que a otros (lo que llamábamos la *memoria del Estado*), las instancias internacionales tienen también una **selectividad estratégica**, con el añadido de que es muy difícil identificar la *Bastilla* delante de la cual manifestar la protesta.

La colaboración de los Estados nacionales en la construcción de una lógica transnacional hace que hoy se cuente **con la presencia de otros muchos actores** en el ámbito político mundial. Algunos de estos actores han irrumpido con una fuerza inusitada. En no pocos casos, tienen más capacidad financiera, militar, coactiva y simbólica que buena parte de los Estados que forman parte de Naciones Unidas. Los ejércitos de mercenarios contratados por empresas de extracción de diamantes en África o por hacendados en Brasil o Colombia; la capacidad tecnológica de mafias y narcotraficantes; la capacidad educativa de las empresas de medios de comunicación; el poder simbólico de Hollywood; o las redes desagregadas de terrorismo de cualquier tipo superan con diferencia las posibilidades de muchos Estados, incluidos los desarrollados, para poner freno a esos grupos que actúan con lógica global y cuestionan la capacidad de los Estados para definir en qué modelo de sociedad quieren vivir sus ciudadanos. La influencia de los grandes consorcios mediáticos es capaz, además, de poner contra las cuerdas a cualquier gobierno, al igual que existen empresas que,

por su volumen de negocio en comparación con el PIB del país en el que operan, pueden dictar casi cualquier condición bajo su lógica económica.

La lista de nuevos actores que acompañan a los Estados nacionales en la marcha de la globalización incluiría necesariamente a los siguientes: empresas transnacionales; ciudades globales; rearticulaciones regionales orientadas a la exportación y que afectan a diferentes Estados; centros financieros desterritorializados (paraísos fiscales); organismos internacionales omnipresentes (ONU, FMI, BM, OMC); renovadas reclamaciones nacionales/culturales silenciadas durante decenios (naciones sin Estado); nuevas organizaciones internacionales *sui generis* (Foro Social Mundial, redes ciudadanas internacionales, partidos transnacionales); derechos de propiedad validados globalmente (patentes); identidades globales desligadas del tiempo y el espacio (ejecutivos, comunidades virtuales alrededor de Internet, circuitos audio-visuales); redes mundiales de delincuencia; terrorismo sin base estatal; redes mundiales de apoyo médico, solidaridad y ayuda; formadores regionales o mundiales de opinión pública (CNN, Al Yazira, Telesur, empresas de demoscopia).

Como se ve, nada fácilmente encuadrable en una simplista categorización de *buenos y malos*. Los términos de globalización hegemónica y globalización contrahegemónica son más útiles tanto en términos interpretativos como en la clarificación ideológica.

El paisaje solamente es homogéneo visto desde lejos. Conforme uno se acerca, las disparidades se hacen evidentes. La diferenciación establecida por Wallerstein entre centro, periferia y semiperiferia no solamente sigue siendo válida, sino que es obligatoria para no ahormar las *globalizaciones* en un tipo único de globalización que ignora sus diferencias según sea el país, el momento, la correlación social de fuerzas, la pertenencia a un área de influencia, la fuerza de la fracción de clase globalizada, la penetración de nuevos actores globales, etc. Si bien la tendencia es general y responde a las necesidades del capitalismo desde los años setenta, la forma en que se asienta ese modelo en cada país es, como venimos analizando, un capítulo abierto. No puede ser igual la cesión de soberanía en países donde la sociedad civil ha creado al Estado que en países donde el Estado ha creado la sociedad civil; en donde se han construido modelos más o menos

pluralistas tras doscientos años de exitosas luchas obreras, donde el Estado no es simplemente un instrumento de las clases dominantes (aunque sí esté fungiendo como el garante último del capitalismo), que en otros lugares donde la posición subordinada en la división internacional del trabajo, la existencia de dictaduras, la falta histórica de institucionalidad o una férrea represión militar debida a la propia debilidad de la burguesía nacional no ha permitido contar con un aparato estatal legitimado que pudiera pensarse como palanca para la creación de intereses generales.

Ya se ha apuntado que el modelo hegemónico en el mundo es el que se ha construido durante los últimos cinco siglos con el trabajo en paralelo del pensamiento Moderno (el que sustituyó al pensamiento metafísico medieval y puso a la razón y a la ciencia en el centro de la vida), el modo de producción capitalista y el modelo de Estado nacional. La lógica de esta conjunción es la misma en cualquier rincón del globo bajo influencia occidental —la que explica y justifica la acumulación legitimada de capital bajo una lógica lineal de *progreso* en sitios tan distantes—, pero su concreción, como venimos insistiendo, es particular. Esa lógica va a intentar en todos lados, con un comportamiento orientado de una misma manera, garantizar su tasa de beneficio, y para ello buscará ajustarse y obtener el beneficio donde le resulte más sencillo, es decir, por las partes más débiles: trabajadores, medio ambiente, otros países o generaciones futuras (aquí en forma de endeudamiento). Igualmente intentará construir hegemonía para garantizar el dominio y hacerlo más estable. Es con esta responsabilidad donde aparece la transformación de los medios de comunicación como estrechos aliados del neoliberalismo. Y buscará llevar al Estado hacia la lógica transnacional, utilizando para ello explicaciones históricas con algún fundamento —por ejemplo, el fracaso del keynesianismo en la crisis de los setenta—, con interpretaciones antropológicas —el ser humano que no recibe castigo es débil y fomenta un mal comportamiento genético— y en otras ocasiones con meras falacias ideológicas mil veces repetidas. Todo ello intentando siempre, como llave última de su éxito, deslegitimar las alternativas.

El *no hay alternativa* thatcheriano es, a fin de cuentas, el gran legitimador del nuevo modelo de acumulación capitalista. Es por esto por lo

que esa lógica unitaria pone un gran énfasis en acabar con otros modelos que sirvan de ejemplo contrario a esa lógica homogénea. La libertad, como señaló Tocqueville —un autor muy socorrido en estos tiempos eclécticos— es un virus altamente contagioso. Basta un país que se presente al mundo como soberano para que el efecto dominó comience. Es ahí donde hay que entender la virulencia contra Cuba ayer, la virulencia hoy contra la República Bolivariana de Venezuela, contra la Bolivia de Evo Morales, el Brasil de Lula, el Ecuador de Correa o contra organizaciones como el Foro Social Mundial y los movimientos altermundistas que puedan demostrar, en la práctica, que otro mundo es posible. Y no es muy diferente de la demonización del islamismo, equiparando a grupos como Hamas con organizaciones terroristas como Al Qaeda o invalidando la legitimidad de los resultados electorales cuando los candidatos triunfadores no son los recomendados por el Departamento de Estado.

Allí donde en los últimos decenios la acumulación económica se organizó en Estados nacionales más o menos proteccionistas, hoy muestra un impulso global que toma en unos países forma de desmantelamiento del Estado de bienestar —con los consiguientes recortes en los derechos civiles y políticos para acallar las protestas y en otros, directamente, forma de ajuste estructural[85]. En paralelo a esta desarticulación nacional está la señalada articulación transnacional, la construcción de una red institucional global que garantiza esa nueva forma de acumulación frenada, como vimos, por la necesidad de legitimarse que tienen los Estados nacionales en su forma de Estados sociales y democráticos de derecho.

Fracasado durante casi tres décadas el freno a ese impulso, la globalización neoliberal fue imponiéndose como la forma de globalización hegemónica. Es por esto que John Williamson bautizó a finales de los años ochenta al pensamiento único con la eufemística expresión *Consenso de Washington*, trasunto en la economía del *fin de la historia* que propugnó Francis Fukuyama para la política.[86] Y es también por todo esto que la concreción de alternativas se está convirtiendo en un riesgo creciente para el modelo liberal, quien ha abierto una nueva *Guerra Fría* que, en no pocas ocasiones, se calienta con fragores de guerra sin adjetivos. La nueva

alternativa, tras tres décadas de hegemonía neoliberal, se expresa en diferentes perfiles:

1. En forma de Gobiernos con un discurso abiertamente antineoliberal.
2. En integraciones regionales que cuestionan los principios básicos de la competencia neoliberal (es el caso emblemático del ALBA) o en las dificultades que muestra la Unión Europea en sus pretensiones de ahondar en el neoliberalismo y constitucionalizar el fin del modelo socialdemócrata.
3. En articulaciones políticas globales contrahegemónicas —como se ha apuntado, los diferentes capítulos del Foro Social Mundial o las redes altermundistas—.
4. A través de la creación de una opinión pública mundial opuesta al modelo globalizador hegemónico —movimientos contra la guerra, medios de comunicación alternativos, foros académicos, documentales y películas críticas, movimientos sociales interconectados—.
5. Por esa amenaza con urgencias catastróficas que es el calentamiento global, y que se ha convertido en un riesgo creciente para el modelo neoliberal.
6. En los crecientes problemas por los que pasa el sistema en cada nueva crisis (lo que no quiere decir que la siguiente sea la última, sino que las dificultades para salir son cada vez mayores, a un costo más alto y reduciendo más las posibilidades para la siguiente).

Se entenderá, por tanto, por qué el discurso sobre la globalización se ha convertido crecientemente en un campo de batalla. Más allá del incontrovertible hecho del incremento de los flujos sociales, del aumento cuantitativo de las transferencias antaño fijadas territorialmente, el resto va a formar parte de la discusión acerca del futuro nuevo orden mundial. Su resultado, una vez más, dependerá de los conflictos sociales. La última guerra civil europea (la Segunda Guerra Mundial) se zanjó con la victoria de la izquierda sobre la derecha. Es lo que produjo la gran transformación de la que habló Polanyi, esto es, la asunción por parte de un Estado social del rumbo de la economía. La ausencia de conflicto social ha revertido ese

resultado. Si, como decía Shakespeare, la venganza es un plato que se sirve frío, medio siglo después la venganza ha sido ejecutada.

12. OTRA “GRAN TRANSFORMACIÓN”: LA VENGANZA DE LA ECONOMÍA

> “Los orígenes del cataclismo, que conoció su cenit en la Segunda Guerra Mundial, residen en el proyecto utópico del liberalismo económico consistente en crear un sistema de mercado autorregulador. Esta tesis permite, a mi juicio, delimitar y comprender ese sistema de poderes casi míticos que supone, ni más ni menos, el equilibrio entre las potencias, el patrón-oro y el Estado liberal; en suma, esos pilares fundamentales de la civilización del siglo XIX, se erigían todos sobre el mismo basamento, adoptaban, en definitiva, la forma que les proporcionaba una única matriz común: el mercado autorregulador”.
>
> Karl Polanyi
> *La gran transformación* (1944).

La ofensiva ideológica del neoliberalismo, al menos desde el influyente trabajo de Huntington, Crozier y Watanuki *La crisis de las democracias. Informe a la Comisión Trilateral* (1975), concentró sus baterías contra un Estado al que se definía como *sobrecargado* debido a un *exceso de democracia*. Esta sobrecarga estaba, a su vez, motivada por lo que se entendía como *demasiada* participación ciudadana. Para mayor confusión, esa persecución del Estado mínimo se hacia en nombre de la democracia. Una vez más, la academia se prestó para encontrar razones a esa propuesta. Como ocurre con todas las peticiones que provienen de espacios con gran capacidad financiera, las respuestas siempre se multiplican. Es lo que explica por qué hay ámbitos sobreteorizados mientras otros están

subteorizados. Esta sobre teorización lleva, además, a confundir el grano con la paja. La justificación de la puesta en marcha de planes de ajuste en los años ochenta nunca se presentó como una forma indirecta de garantizar las exportaciones de los Estados Unidos, sino como el necesario saneamiento macroeconómico que iba a permitir la inserción internacional de los países en desarrollo. De la misma manera, la reforma del Estado propuesta en los años noventa callaba el interés principal de liberar capitales —por ejemplo, a través de las privatizaciones— que permitieran a los países del Sur pagar la deuda contraída con el Norte en décadas anteriores. La *revolución verde* nunca se presentó como la desertización y proletarización del campo o como la fidelización de los campesinos del Sur a las grandes empresas del *agrobussines*, usando como vehículo para ello el uso de semillas transgénicas por las cuales había que pagar cada año o fertilizantes encadenados a esas semillas y que, a su vez, invalidaban los métodos tradicionales de agricultura. Era ni más ni menos una *revolución* que iba a acabar con el hambre en el mundo. *La crisis de las democracias*, lanzó al mundo la Trilateral (el primer gobierno en la sombra de la globalización), y reclamaba una nueva regulación social y política que frenase las protestas que abrió la crisis del keynesianismo a mediados de los años setenta.

El consenso de Washington

El *Consenso de Washington* es el nombre que el economista norteamericano John Williamson (1990) dio al conjunto de *requisitos* económicos marcados por el Gobierno norteamericano y las instituciones con sede en esa ciudad (FMI, BM, OMC), y que parecían ser compartidos por los principales *think tank*, por los gobiernos de buena parte del mundo (incluidos los del tercer mundo) y por las instituciones financieras. Era el consenso sobre una forma de diagnóstico y terapia de la economía que no admitía crítica que no fuera descalificada con dureza. Este consenso, que se denominaría críticamente como *pensamiento único* por la vehemencia de su implantación, implicaba los siguientes asuntos:

1. equilibrio del presupuesto público reduciendo el déficit fiscal;
2. reconducción del gasto público primando la selección del mercado;
3. reformas fiscales que redujeran los impuestos directos y aumentaran los indirectos;
4. establecimiento de tipos de interés positivos que atrajeran capitales y fomentasen el ahorro interno;
5. tipos de cambio que permitieran orientar la economía hacia el exterior de manera competitiva;
6. liberalización comercial con plena apertura de fronteras;
7. recepción de inversión extranjera directa;
8. privatizaciones del sector público;
9. desregulación en lo referente al mercado laboral, a los controles a las empresas y a los capitales y desaparición de las barreras legales a los movimientos económicos (salvo de mano de obra);
10. garantías a los derechos de propiedad. Este *consenso*, y su puesta en práctica, lo que da pie para hablar de cambios radicales en la política económica occidental.

El debilitamiento de un Estado que en esos momentos era desarrollista o social, en nombre de mayores garantías democráticas implicaba dejar al mercado la solución de todos los ajustes sociales. Las tres funciones por excelencia del Estado moderno —garantizar la reproducción material del sistema, facilitar la confianza entre los ciudadanos y suministrar legitimidad al aparato político—, se debían abandonar como *caducas*, sin que se propusieran alternativas *políticas* que sustituyeran de manera clara la labor estatal y garantizasen sus mismos fines (los consolidados como derechos de ciudadanía). El rearticulador social ni siquiera iba a ser el mercado nacional, sino que le correspondería esa tarea al mercado globalizado. Ahora bien, en ese viaje, la legitimidad estatal y, con ella, el sistema todo, se ponía en peligro:

> “La conversión de hombres en ciudadanos del mundo, sin el establecimiento de los marcos políticos en los que efectivamente pudieran ejercitar y hacer valer esa ciudadanía, para lo único que sirve es para proclamar procaz y falsamente la aparición de una sociedad civil universal sin Estado, como sustitutivo y compensación histórica al alarmante fenómeno de un Estado que se está quedando sin sociedad civil. Lo que significa que nuestra obligada conversión en ciudadanos del mundo a la que, por necesidad, mandato y exigencia del mercado nos vemos sometidos, sólo puede producirse a costa de la renuncia cada vez más pavorosa de nuestra condición de ciudadanos en la órbita política del Estado, dentro de la cual el hombre es, ante todo, portador de unos derechos (*rights holder*) que en todo momento puede hacer valer frente al poder. Difuminada la ciudadanía en una organización planetaria, difícilmente podrá nadie alegar derechos y esgrimir libertades (que es a la postre donde radica la esencia de la ciudadanía), ante unos poderes que sigilosamente ocultan su presencia”.[87]

En otras palabras, y siguiendo la ruta de Gulliver, la globalización dificulta la posibilidad de ser ciudadanos en Liliput —en los medianos o pequeños y más o menos afianzados Estados nacionales—, y condena a no poderlo ser en Brobdingnag, en el país de los gigantes, en la *cosmópolis* completa del planeta. Se pierde la condición de ciudadanos en nombre de fuerzas imponderables o se lesionan los derechos civiles, políticos y sociales en los Estados nacionales *realmente existentes*, mientras que la inexistencia de una esfera pública mundial nos convierte, siguiendo la raíz griega del término *ídion* —que designaba la *carencia* de la perspectiva de la polis—, en necesarios *idiotas*, personas alejadas de unos asuntos públicos que están en verdad demasiado lejos de nuestra posibilidad de seguir y controlar. Recordemos que en el mundo antiguo imperaba una idea de *totalidad* asentada en un modo de producción esclavista que permitía una identidad ciudadana entre lo público y lo privado. La *politeia* griega estaba ligada a un discurso horizontal, que posteriormente sería traducido en el mundo latino como res publica y en el anglosajón con la idea de la

commonwealth, es decir, relacionado con lo que entendemos como “bien público” o “interés general”. De ahí que el desentendimiento de la *cosa pública* cargara con la connotación negativa de *idion* que se ha mantenido en la evolución de la palabra *idiota*. El espacio físico del planeta desborda la capacidad cotidiana de la ciudadanía y, al igual que ocurre con la sobreabundancia de información, el resultado final es una potencial reclusión en ámbitos reducidos, en la atomización social, en el sacrificio de la *sociabilidad* orgánica y cálida. La regulación mundial quedaría, en tanto en cuanto no se defina con claridad quién sustituye a la esfera *internacional*, en manos de un mercado autorregulado o, en su defecto, de comités de técnicos encargados de ofrecer el argumentario mecanicista y necesario del funcionamiento del mercado no intervenido. La referencia a Karl Polanyi es de nuevo inevitable:

> “La idea de un mercado que se regula a sí mismo era una idea puramente utópica. Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto”.[88]

El surgimiento de nuevos actores que compiten con el actor político por excelencia, esto es, el Estado nacional, nos sitúa ante una encrucijada. La sociedad red (Castells) plantea la existencia de un entramado reticular que carecería de centro y que, en su lugar, tendría diferentes *nódulos*. Si bien es real la incorporación de la descentralización en la capacidad de decisión política (lo que incorpora el concepto de *gobernaza*), la idea de red no hace justicia al papel todavía predominante del Estado nacional y a sus responsabilidades, incluso en aquellos lugares que gozan de una mayor integración, como puede ser en la Unión Europea. Además de que lo que podía ser el resultado final de una recuperación ciudadana del poder político, con el debilitamiento de los Estados y el ejercicio del desarrollo y control de las decisiones públicas realizados por ciudadanos organizados en redes y que asumen el control de sus medios políticos y económicos, aquí es resultado de decisiones copulares orientadas por los meros intereses del

sistema capitalista. En síntesis, la oferta de un *comunismo capitalista* que habría que añadir al baúl de oximorones, de antinomias con las que se abunda en la confusión de la época.

Pero no deja de ser cierto que determinados grupos subestatales tales como asociaciones de vecinos, movimientos sociales, grupos de expertos, grupos de afectados, movimientos internacionales con acción local, empresas locales, etc., y grupos supranacionales, como por ejemplo la UE, Mercosur, la ONU, ONGs como Amnistía Internacional o Greenpeace, las empresas transnacionales, entre otros, son actores, nuevos o no, que tienen un papel renovado en la discusión y ejecución de las políticas públicas. Este conjunto de cambios trastoca, al menos potencialmente, los fundamentos del orden de los sistemas políticos occidentales, articulados sobre la idea de representación y legitimidad. Esto es así ya que, por un lado, rompen el principio igualitarista que encerraba la fórmula de Estado social y democrático de derecho; y por otro, deshacen toda la teoría de la representación, que operaba sobre el principio de la *accountability* (sólo los Estados nacionales están sujetos *a rendición política de cuentas*). La necesaria teoría del Estado en la globalización tiene, como uno de sus pilares, una reconsideración de la representación y la participación que acomode lo público a sus nuevos espacios.[89]

La trampa de la gobernanza[90]

> Si la tesis crítica en los años setenta era la *legitimidad* y la antítesis capitalista la *gobernabilidad*, en los años noventa la *gobernanza* se presenta como una falsa síntesis, toda vez que no cuestiona en modo alguno el modelo que generó la protesta. Para Santos se trata de una "matriz" funcional a la crisis del neoliberalismo cuya principal virtud es que silencia el conflicto propio del discurso de la legitimidad. Una vez fracasado el momento álgido del neoliberalismo, donde la consigna era el desmantelamiento del Estado social y su conversión en un aparato al servicio de la acumulación capitalista, se trataba ahora de asumir la tesis de la "reforma del Estado" compensando las exageraciones

creadas por la arrogancia de esa fase anterior (que en la América Latina del ajuste y las *terapias de choque* crearon, junto a un *lumpen-Estado*, mafias, pobreza y desarticulación social). La condición de falsa síntesis de la gobernanza se identifica en la sustitución de conceptos que problematizan el orden social por otros que no son sino *conceptos trampa*: "resolución de problemas" en vez de "transformaciones sociales"; "participación de los interesados" en vez de "participación popular"; "auto-regulación" en vez de "contrato social"; "juego de suma positiva" y "políticas compensatorias" en vez de "justicia social"; en vez de "relaciones de poder", "coordinación". En definitiva, "cohesión social y estabilidad" donde ayer se primaba la idea de "conflicto social".[91]

La *gobernabilidad* se tornará gobernanza en el discurso de la ciencia social cuando los efectos negativos de aquellas políticas, caracterizadas precisamente por la llamada *ausencia de lo político* (en realidad, hegemonía del mercado y ausencia de lineamientos colectivos participados por la ciudadanía directamente o a través del Estado nacional), exigieron una reconceptualización que evitara la vinculación negativa que implicaba la palabra gobernabilidad y abriera la vía para nuevas regulaciones sociales. Demasiados estragos no solamente habían gastado el concepto, sino que reclamaban nuevas maneras de operar para garantizar el éxito (algo similar ocurriría posteriormente con la *responsabilidad social empresarial*, un intento de recuperar la confianza en las empresas perdida en las décadas depredadoras).

Su adjetivación posterior como *"buena"* gobernanza o gobernanza "democrática" sugiere dos reflexiones: la connotación negativa que el sustantivo gobernanza traía consigo (necesitado de refuerzo con un adjetivo amable), y el carácter impositivo que implicaban los conceptos (quien no cumpliera con los protocolos del mismo, se alejaría de esas buenas prácticas). En el *Informe al Club de Roma* de 1993, que recibía el título de *La capacidad de gobernar* se recogía esta idea al afirmarse:

"Se suele hablar equivocadamente de “ingobernabilidad” cuando lo que habría que hacer es afrontar el problema real: la *incapacidad de gobernar*. El uso del término “ingobernabilidad” es con frecuencia incorrecto y también peligroso. Es incorrecto porque lo que se entiende por ingobernabilidad de la sociedad, suele ser el resultado del fracaso de los gobiernos para ajustarse a las cambiantes condiciones. Y es peligroso porque proporciona una coartada para las torpezas del gobierno, que a su vez echará la culpa a la sociedad (…) Es verdad que hay sociedades muy difíciles de gobernar, por excelente que sea su gobierno. Pero teniendo en cuenta las serias flaquezas de todos los gobiernos contemporáneos, habría que concentrar los esfuerzos en desarrollar la capacidad de gobernar y no en inculpar a las sociedades tachándolas de “ingobernables”.[92]

La *gobernanza* como concepto de las ciencias sociales nació en el ámbito de la economía neoclásica y hacía referencia a la eficacia y rentabilidad dentro de las empresas como lugares donde se ahorraban costes. Esa circulación interna implicaba que no hacía falta adquirirlos en el mercado pues se suministraban desde dentro de la organización. Un artículo de Ronald Coase de 1937 marcaría la pauta, generalizándose el concepto a partir de los años setenta a través de la obra de Oliver Williamson (no confundir con John Williamson, el conceptualizador del Consenso de Washington).[93]

Pronto pasaría al vocabulario de las relaciones internacionales, participando del mismo error, esto es, negar la posibilidad de construir los intereses colectivos desde las instancias estatales nacionales. Como apuntó Susan Strange, la *gobernanza mundial* pretende la existencia de “una especie de alternativa al sistema de estados”, sin que ello suponga realmente un gobierno mundial.[94] En ese caso, las labores de armonización global se habrían trasladado a organismos internacionales eminentemente financieros o comerciales (FMI, BM, OMC). La idea de gobernanza da carta de naturaleza a la transformación política que sustituye la soberanía popular por formas no estatales y jerárquicas de gobierno

acompañadas de instancias intermedias que justifican la participación perdida de la sociedad civil.

En la misma dirección apunta Carlo Donolo en su análisis sobre formas de gobierno que se adapten a lo que denomina sociedad postmoderna:

> "en la época posmoderna (…) a las instituciones del gobierno, políticas o no, sólo les quedan la posibilidad de un *gobierno débil del cambio social*, es decir, la vía de la *governance*. Toda fórmula de gobierno fuerte (o sea, directo, soberano, de arriba hacia abajo, del centro hacia las periferias) es pretencioso y poco realista".[95]

Sin embargo, los más escrupulosos analistas son conscientes de que la solución aportada por la gobernanza trae también consigo otros problemas. En expresión de Renate Mayntz, mientras que "por definición, la gobernanza trata de la solución de problemas colectivos y del logro del bienestar público", no deja de recordar que "allí donde se desarrollan redes de políticas, el gobierno deja de ser el centro director de la sociedad". La falta de centro de la red no se entiende aquí de manera simplista como una ventaja. Es un ejemplo claro de la lucha abierta acerca del significado del concepto gobernanza, donde, por un lado, se quiere dar a entender la conveniencia de la desaparición del gobierno nacido de la soberanía popular, y con él la voluntad de construcción de un orden social equitativo, y por otro, las dificultades de reconstrucción de una justicia social colectiva, de manera que le correspondería esa tarea a la única instancia armonizadora que resta: el mercado. Al igual que el retroceso en el campo laboral ha supuesto recortes en la negociación colectiva, siendo sustituida por desequilibradas formas bilaterales "empresario-trabajador", la gobernanza nivela horizontalmente a todos los actores y hurta el papel predominante del Estado reformista de posguerra.[96]

Pero lo realmente relevante es que la *gobernanza* deja en un segundo plano el que hemos señalado como el gran logro ciudadano tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial: el Estado social y democrático de derecho. Por el contrario, pasa principalmente a ocuparse de formas de *gobierno* que den mayor prioridad al mercado, a los organismos internacionales, a algunos Estados hegemónicos y a partes de la sociedad civil organizada a las que se les atribuye una representación que no pueden ejercer.[97] La "lucha por este concepto" se libra en la delimitación de si su uso supone la transformación del Estado hacia formas de democracia participativa, la asunción de funciones diferentes (por ejemplo, como empresario, como guerrero o mero supervisor de los contratos privados), su desaparición (algo sólo enunciable conceptualmente pero irrealizable en los próximos decenios) o la complejización que implica a su vez la irrupción de nuevos actores y problemas.

Pero no puede olvidarse que la idea de *buen gobierno*, de *gobernanza* y de *gobernanza global*, tienen en su génesis los embates neoliberales contra el contrato social de posguerra. Y, por tanto, no puede ignorarse el cuestionamiento que incorpora la idea de gobernanza respecto de la construcción política institucional vinculada al Estado de bienestar. De lo contrario, el riesgo de justificar lo que no es sino una opción ideológica se incorpora necesariamente con su uso. La hegeliana *astucia de la razón* (el peso de la época sobre la condición social) obligaría precisamente a los movimientos sociales a ser los portadores, cada vez que usaran este concepto, de su propia negación como tales movimientos sociales transformadores. El concepto de *gobernanza*, como el de *gobernabilidad*, como el de *mundo libre*, el de *globalización*, el de *Estado canalla*, el de *modernización* surgen para defender un modelo social, político y económico concreto. Darles la vuelta es un buen ejercicio de reversión. Pero sin olvidar que los conceptos, a diferencia de lo que ocurría con la poesía en *El cartero de Neruda*, la novela de Antonio Skármeta, sirven a quien los inventa y no a quien los necesita.

Cuando la Unión Europea hace suya la idea de *Gobernanza europea*, definiéndola como "las normas, procesos y comportamientos que influyen en el ejercicio de los poderes a nivel europeo, especialmente desde el punto de vista de la apertura, la responsabilidad, la eficacia y la coherencia"; cuando se crea la *Comisión de la Gobernanza Global* en 1995; cuando el Comité de las regiones incorpora el concepto de gobernanza; en el momento en que el Banco Mundial le da carta de naturaleza al concepto denominándolo "el modo como se ejerce el poder en la gestión económica de un territorio y de los recursos para su desarrollo"; en definitiva, cada vez que la academia sanciona esta palabra, se está implícitamente autorizando una aventura ideológica que ha logrado sustituir un concepto de transformación —el de *legitimidad*— por otro nacido para disciplinar a la ciudadanía crítica —*gobernabilidad* y luego el de *gobernanza*—. Por mucho que ésta se adjetive como buena, pretendiéndole una bondad que originariamente no tenía.

En la misma línea, apunta Aguilera que la gobernanza otorga a la gobernabilidad la "arista del matiz democrático" que necesitan las sociedades neoliberales para no encontrar un oposición frontal.[98] En el descrédito general de lo político que acompaña a la hegemonía del mercado, la gobernanza puede ser un sucedáneo funcional que, como le correspondía al bufón en las monarquías absolutas, sirva de coartada, desarme la crítica transformadora y evite que cuajen las alternativas. En ese viaje, van a acompañarle, como en otras incursiones, propagandistas y académicos. Y también no pocos movimientos sociales asimilados, coro silencioso que refuerza funcionalmente esa aventura ideológica. En una reciente publicación de Intermón-Oxfam puede leerse:

"La gobernanza moderna, que por definición tiene que ver con la resolución colectiva de problemas, requiere que instituciones estatales y no estatales, actores públicos y privados, participen y cooperen en la formulación y aplicación de políticas tanto a escala nacional como a escala mundial. Ello no menoscaba el protagonismo e influencia de los Estados soberanos, en los que

> formalmente se sigue dividiendo el mundo, pero sí que afecta a su poder absoluto y transforma su manera de actuar”.[99]
>
> ¿Es gratuito quitarle esa autoridad a los Estados nacionales y hacerla compartida? ¿Se generan acaso riesgos ligados a la nueva hegemonía neoliberal? ¿Es un aumento de democracia o un subterfugio para debilitarla? ¿En qué condiciones un concepto nacido para debilitar la transformación puede convertirse en palanca de la transformación? ¿Es posible desbordar el concepto para convertirlo en una palanca de democratización y emancipación social? La capacidad comunicativa de quienes buscan una gobernanza compatible con el modelo neoliberal no parece dejar mucho espacio para el optimismo.

Esto no quiere decir, como venía siendo el caso en las críticas marxistas, que la enésima crisis del sistema esté al caer (en los años noventa se pudo entender que los países realmente aquejados de serios *problemas de legitimidad* eran los del bloque soviético), pero sí permite alumbrar la ruptura tendencial de los elementos que han otorgado legitimidad a los sistemas políticos occidentales. En especial, la quiebra del principio redistributivo vuelve a situar en el centro de la escena la contradicción clásica de las sociedades de clase: mientras que la riqueza se genera socialmente, se reparte individualmente. La tensión entre las funciones de legitimación y las de acumulación apuntadas en los años sesenta pueden regresar a un primer plano (la crisis argentina en 2001-2002 o la boliviana en 2003 y 2004 fueron claras advertencia en esa dirección). Pero la labor de los nuevos medios de socialización, especialmente audiovisuales, abren un territorio incierto sobre el que falta todavía evidencia empírica aunque no evidencia lógica. De esta manera, aun agravándose las desigualdades y debilitándose las bases usuales de la obediencia, no puede afirmarse que traigan consigo transformaciones que cumplan siquiera los criterios procedimentales de justicia social. Elementos extremos de politización, como una nueva Guerra Fría, esta vez contra un enemigo interno (el terrorismo internacional), cumplirían esa misión disuasoria. La última gran

crisis del capitalismo lo que trajo a Europa no fue el socialismo sino el fascismo.

El segundo tercio del siglo XX será recordado como el del "cenit del Estado" (Therborn), el momento en el que esta forma de organización política alcanzó su más alta sofisticación, encaminada a una gran actividad de control, regulación, planificación y unificación nacionales desconocidas hasta la fecha. La interpretación que se extrajo de las consecuencias de un siglo de hegemonía liberal, cuyos sucesos más luctuosos fueron la Segunda Guerra Mundial, la barbarie fascista y la fiereza colonial e imperial, operó un gran cambio en las ideas y en las prácticas políticas que duraría hasta la crisis de los años setenta y el renacer de los planteamientos en favor del mercado capitalista, ahora conceptualizados como neoliberalismo.

La relectura del trabajo clásico de Karl Polanyi *La gran transformación*, publicado originariamente en 1944 nos sirve como laboratorio del pasado en donde rastrear preguntas absolutamente pertinentes. Al igual que en el periodo de entreguerras (con las salvedades que vimos sobre las comparaciones con el pasado), de nuevo ahora nos encontramos con que en nombre de intereses económicos desprovistos de su *condición humana*, se sacrifica la *preservación de la sociabilidad*. Organizaciones humanas donde se opta por el *progreso* económico *al precio de la dislocación social*.

En ese trabajo, este judío vienés de origen húngaro dio cuenta de los cambios que experimentó el mundo hegemónico occidental en el primer tercio del siglo XX, cuando las cuatros instituciones sobre las que se asentaba dieron sus últimos estertores y se terminaron los "cien años de paz" comprendidos entre 1815 y 1914[100]. Los años treinta serían los de "la transformación radical de una civilización", donde al fracaso de la autorregulación se le contrapuso la necesidad de organizar el capitalismo mundial y nacional más allá de la ilusión malintencionada o utópica de un mercado autorregulado al servicio exclusivo de la ganancia privada. Fue la época de la *clausura política* del liberalismo, que se encarna en los planes quinquenales soviéticos, el *New Deal* norteamericano, los fascismos en Italia y Alemania, los inicios del Estado social en la España pre republicana o, en el continente latinoamericano, la preparación del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones.

Las cuatro instituciones que habían garantizado la marcha pacífica del mundo (en comparación con otras épocas) fueron: un sistema de equilibrio entre las grandes potencias; la organización de la economía mundial sobre la base del patrón oro; el funcionamiento de un mercado autorregulado; y la existencia de Estados nacionales liberales. Las transformaciones fueron de carácter planetario, y pese a que su resultado más terrible y visible fueron las guerras, la chispa que conduciría a la Segunda Guerra Mundial —tras el amargo trago de los fascismos—, fue el desplome del patrón oro, razón de ser de las otras tres instituciones y estabilizador de la economía mundial. Sin embargo, Polanyi recuerda que la "fuente y matriz" de ese sistema era el mercado autorregulador, siendo el patrón oro

> "pura y simplemente una tentativa para extender al ámbito internacional el sistema del mercado interior; el sistema de equilibrio entre las potencias fue a su vez una superestructura edificada sobre el patrón oro que funcionaba, en parte, gracias a él; y el Estado liberal fue, por su parte, una creación del mercado autorregulador. La clave del sistema institucional del siglo XIX se encuentra, pues, en las leyes que gobiernan la economía de mercado".[101]

Llama la atención que lo que para Polanyi era, como antropólogo, algo obvio haya sido olvidado por las sociedades de finales del XX y comienzos del XXI en una reedición de la ideología liberal que tan funestas consecuencias causara apenas hace medio siglo. La subordinación de la política a la economía capitalista satisfacía las necesidades de ambas, reposando en el interés económico general el interés por salvaguardar el equilibrio político. La ausencia de concertación política internacional en el XIX fue sustituida por la labor de la *haute finance*. Estas altas finanzas, cuyo móvil era la ganancia, fueron las constructoras del equilibrio entre los Estados y los mercados tanto en su vertiente nacional como internacional. El *partido de la paz* europea era el partido de los grandes financieros (el sistema monetario internacional exigía la paz para su funcionamiento). La

nueva economía rearticuló el equilibrio entre las potencias y evitó guerras devastadoras. La grasa del mecanismo estaba en la obligación de respetar los requerimientos del patrón oro (mantener la paridad de la moneda con el oro, de manera que se obtuviera estabilidad monetaria interna, una referencia real de valor respecto de las otras monedas y credibilidad externa, clave para los intercambios comerciales). De ahí que los gobiernos representativos, responsables ante la población, eran quienes mejor podían garantizar ese comportamiento monetario *virtuoso*. En definitiva,

> "la organización de la paz descansaba fundamentalmente en la organización económica (…) Presupuestos y armamentos, comercio exterior y aprovisionamiento de materias primas, independencia y soberanía nacionales se encontraban ahora subordinadas a la moneda y al crédito (…) Solo un insensato podría poner en duda el hecho de que el sistema económico internacional constituía el eje de la existencia material del género humano (…) Eliminado este sistema, desaparecería la causa que suscitaba semejante interés y la posibilidad misma de salvaguardar la paz".[102]

Todos los teóricos *clásicos* del Estado a partir de Jellinek —quien a su vez tiene una base hegeliana fuerte— enseñan que la organización política es una intercambio donde ciudadanos y gobernantes entran en una relación de reciprocidad que no puede ser ocultada simplemente con ideologías (que terminan por consumir el cemento social). "El *protego ergo obligo* —escribe Carl Schmitt— es el *cogito ergo sum* del Estado" (la obligación que genera la protección es el "pienso luego existo" del Estado, es decir, su punto de partida), parafraseando la frase de Descartes con la que supuestamente se iniciaba la filosofía moderna. Incluso en sus casos más extremos —bajo riesgo de guerra o en un conflicto abierto—, el Estado debe garantizar la seguridad integral a los ciudadanos. En periodo de paz, la ciudadanía incrementa sus exigencias y si no son satisfechas expresará su malestar o su protesta (algo que pretende canalizar el proceso electoral). **La legitimidad del Estado está ligada a su justificación**, y las justificaciones se ligan a la satisfacción de las expectativas. La legitimidad de un sistema

de organización política —que siempre es un sistema de dominación— depende del cumplimiento de lo que en ese momento sean las demandas ciudadanas. Como se ha dicho, sólo durante un lapso de tiempo puede enmascararse la desvirtuación de la búsqueda de lo que se tiene como intereses colectivos. Es lo que ocurre en zonas cada vez más amplias de las periferias de los países ricos; es lo que lleva mucho tiempo ocurriendo en partes amplias en los países pobres. Marginalidad, violencia, desestructuración social coinciden allí donde no existe Estado o se pretende reducir éste a su función represora. La sociedad siempre se rebela frente a lo que considera es una lesión de sus intereses. La respuesta en los años treinta es conocida:

> "Inevitablemente la sociedad adoptó medidas para protegerse, pero todas ellas comprometían la autorregulación del mercado, desorganizaban la vida industrial y exponían así a la sociedad a otros peligros. Justamente este dilema obligó al sistema de mercado a seguir en su desarrollo un determinado rumbo y acabó por romper la organización social que estaba basada en él".[103]

La necesaria descomposición de la sociedad internacional sostenida sobre la idea de un mercado autorregulado no devino en ninguna reordenación inteligente de la sociedad. Muy al contrario, desembocó trágicamente en una especie de ley del péndulo. Si la separación de lo político y lo económico habría significado, como sostiene Polanyi, una exaltación de la libertad a costa de la justicia y la seguridad, con el añadido, mientras duró, de la paz, la respuesta del fascismo fue una respuesta extremada a la negación liberal de la regulación estatal que, además, desembocó en la guerra. La paradoja, terrible, es que los instrumentos que los liberales denunciaban como enemigos de la libertad (la planificación, la regulación, la intervención administrativa) terminaron dando credibilidad a aquellos que los utilizarían para acabar realmente, bajo el fascismo y el estalinismo, con todo vestigio de libertad. El uso inteligente y democrático de lo político (la definición y articulación de metas colectivas *obligatorias* dentro de una sociedad) fue expulsado del debate. La dicotomía establecida

por la cerrazón liberal frente a lo político situó al mundo en un dilema de conocidas consecuencias que sólo sería roto, después del desastre de la Segunda Guerra Mundial, con la incorporación de las ideas de reciprocidad y redistribución en los Estados sociales:

> "La privación total de libertad en el fascismo es, hablando con propiedad, el resultado fatal de la filosofía liberal que pretende que el poder y la coacción constituyen el mal, y la libertad exige que no tengan cabida en la comunidad humana. Pero esto no es posible, como se pone claramente de manifiesto en una sociedad compleja. Aparentemente sólo existen dos posibilidades: continuar siendo fieles a una idea ilusoria de libertad y negar la realidad de la sociedad, o bien aceptar esta realidad y rechazar la idea de libertad. La primera solución es la de los defensores del liberalismo económico; la segunda la del fascismo".[104]

Sin embargo, la globalización y la desregulación no significan que desaparezca el orden y la previsibilidad en el gobierno de las relaciones económicas internacionales. Una vez más es la teoría del Estado quien viene a recordarnos que la construcción de los Estados de derecho está íntimamente vinculados a las necesidades de garantizar la propiedad privada y los contratos, aspectos ambos que siguen reclamando su privilegiado lugar en el ámbito internacional. Recordemos que es aquí donde aparece ese potencial *Estado transnacional* que se atribuye la estatalidad abandonada por el Estado nacional. Lo llamativo es que esas funciones de control se articulan principalmente como formas de arbitrio de conflictos entre Estados que operan como empresas y empresas con estricto carácter privado (considérese el caso de las agencias de calificación de riesgo-país, de las principales auditorías de implantación mundial o de las instancias de arbitraje internacional).

Son, en conclusión, progresivamente hurtadas al control democrático nacional alejándose, por tanto, de la exigencia de que estén al servicio del cuidado de los intereses generales. Se transforman, por tanto, en agencias *privadas* de justicia, de lo que Rosenau ha llamado "gobernación sin

gobierno”.[105] En enero de 2002 estallaba en los Estados Unidos el *caso Enron*, la quiebra fraudulenta de la principal compañía eléctrica norteamericana, que salpicaba a la Casa Blanca al haber sido la principal suministradora de fondos para la campaña electoral de George W. Bush. La auditora encargada de evaluar la empresa, Arthur Andersen, destruyó buena parte de los documentos tres días después de saberse que el gobierno estaba investigando a la empresa. Su disolución posterior no vino acompañada de responsabilidad política alguna. Aún más, en noviembre de ese mismo año el Partido Republicano, rompiendo un comportamiento recurrente (quien gobierna pierde las elecciones intermedias) ganó la mayoría absoluta en el Congreso. George W. Bush volvería a ganar las elecciones en 2004.

Los riesgos no son pequeños y el avance exponencial de tales riesgos en los últimos veinte años va otorgando mayor plausibilidad a la apuesta por los *frenos de emergencia* que a los análisis optimistas en donde no quedan claros ni los actores del futuro ni las estructuras políticas, económicas, culturales y normativas que sostengan la sociedad. El escenario del primer siglo XXI se asienta sobre una, aunque golpeada, hegemonía neoliberal, alimentada aún por la desaparición de la referencia política alternativa del Este de Europa y una escasa conflictividad social con la excepción sorprendente de América Latina. La participación y el conflicto se presentan como los rearticuladores posibles de la política nacional y mundial, cuando se constata un alejamiento progresivo de la idea participativa real en la arena política institucional.

Globalización y mundo del trabajo

El traslado de la responsabilidad de la calidad y creación de empleo a los mercados internacionales es algo que, pese a no ser siempre cierto, ha influido en los imaginarios sociales bajo la fórmula de «amenaza de deslocalización». La posibilidad efectiva de trasladar la producción a países con estándares salariales más bajos —donde se pagan sueldos menores, las jornadas son más amplias, se tolera el trabajo de menores, hay una ausencia general de derechos laborales, no existen sindicatos con capacidad de influir,

etc.— ha actuado como un disciplinador de los trabajadores. El deterioro del mundo del trabajo hay que completarlo con otros factores, tales como: el ahorro de mano de obra que generan los nuevos procesos productivos altamente tecnologizados; el auge de la economía del conocimiento y el uso de las tecnologías de la información —lo que segmenta a la clase obrera entre trabajadores cualificados y no cualificados—; la emigración selectiva con vistas a generar mano de obra semi-esclava; la retirada ideológica de la izquierda; y la debilidad sindical motivada por el desempleo.

De ahí que la globalización venga acompañada de un incremento de la economía informal, de la economía sumergida, la subcontratación, múltiples escalas salariales para el mismo trabajo, violencia laboral, precarización, acoso sexual e incremento de accidentes y muertos en el desempeño del trabajo. En la otra cara, cuando operan estándares altos de defensa de los trabajadores y de respeto medioambiental, gracias a una legislación social y a la presencia de sindicatos y partidos de izquierda, la respuesta de los mercados es el incremento de las tasas de desempleo. La pérdida de control nacional de las variables económicas tiene, como principales damnificados, los trabajadores, bien como desempleados, bien como *pobretariado*, destacando un incremento creciente de la feminización de la pobreza. No hay que olvidar tampoco que la globalización ha generado la posibilidad legal, a través de *contabilidades creativas* o paraísos fiscales, de que las empresas globalizadas no paguen impuestos, con lo que las arcas del Estado se debilitan y los seguros de desempleo y pensiones, pilares de los Estados sociales, caen bajo la presión del discurso de su quiebra.

Las apuestas alternativas apuntan a un incremento de los controles globales —eficaces, vía consumidores, para evitar por ejemplo el trabajo infantil—, a una renacionalización de la economía —lo que no hay que confundir con ninguna forma de autarquía, sino de recuperación de la soberanía económica respetando las condiciones reales del mundo actual—; y a un incremento de la educación y la investigación, que creen amplias

capas de trabajadores con capacidad de trabajar con nuevas tecnologías y adaptarse a sus innovaciones.

La regionalización, como respuesta obligatoria desde una globalización alternativa, también tiene sentido desde el mundo del trabajo. Estos nuevos procesos de regionalización oscilan entre tres grandes opciones: el proyecto desmantelador de los Estados de bienestar signado por la Constitución Europea (donde el "derecho al trabajo" era sustituido por el "derecho a buscar trabajo") y que busca una adaptación *europea* del modelo estadounidense; el norteamericano, que pretende solventar sus problemas internos a través de Tratados de Libre Comercio claramente ventajosos para la acumulación interna (pero que no impide la marginalización de sectores amplios de su propia población); y uno alternativo, aún en ciernes, que no quiere cargar ni sobre los trabajadores ni sobre otros pueblos el precio del desarrollo (es el que quiere inventar el ALBA impulsado por Venezuela). En cualquier caso, las propuestas que incorporan algunas variaciones, sea la del ALBA o la europea —en crisis tras el fracaso del referéndum constitucional en Francia y Holanda en 2005— se construyen acompañadas del respeto medioambiental, una protección social pública y un apoyo experimental del Estado a fórmulas laborales nacidas desde abajo que puedan servir de apoyo durante la fase de reacomodo a la nueva situación alternativa.[106]

En definitiva, se trata de constatar que frente a élites crecientemente globales hay masas de población condenadas a una versión degradada de lo local, así como saber que el mundo sin fronteras opera para bienes, servicios y capitales pero no para los trabajadores, salvo cuando éstos se ponen al servicio de formas de empleo igualmente precarizadas.

La globalización existe y frente a sus consecuencias no deseadas corresponde encontrar *la nueva escala humana*. Liliput —los Estados nacionales— ya no sirve sin más para construir el orden social y político del siglo XXI; Brobdingnag —un mercado sin fronteras— debe dejar de

amenazar con sus fauces inquietantes. Devolver el máximo poder posible a los niveles más desagregados y construir alianzas regionales que reinventen una forma política supranacional que recupera la democracia son los dos principales retos en una globalización alternativa. La imagen del *planeta azul* fotografiada desde el espacio es un recordatorio de que la nave Tierra es una y su rearticulación política implica una responsabilidad que es global. Se trata, pues, de reinventar políticas que pongan el ingenio al servicio de nuevos lugares de encuentro entre las diferentes formas de gobierno y las poblaciones. Desde lo municipal y regional a lo global, pasando por lo estatal nacional, y donde las poblaciones aprendan, paso a paso, la idea de una *ciudadanía transnacional*. La relación entre los diferentes niveles políticos debiera articularse desde el principio de **subsidiariedad**, bajo el principio de que toda la actividad social se ejecute desde el nivel más desagregado que la garantice (repetimos: que la garantice). Pensar local y actual global, pero también pensar global y actuar local. Seguir pensando que algún orden metafísico va a ordenar una sociedad global guiada por los principios de un capitalismo que ha colonizado la política y el pensamiento es ingenuo o perverso:

> "antes de que la humanidad se ahogue (o se deleite) en las mazmorras (o en el paraíso) de un imperio-mundo postcapitalista o en una sociedad de mercado postcapitalista mundial, puede muy bien abrasarse en los horrores (o las glorias) de la intensificación de la violencia que ha acompañado la liquidación del orden mundial de la Guerra Fría. En este caso, la historia capitalista concluirá instalándose permanentemente en el caos sistémico en el que se originó hace seiscientos años y que se ha reproducido a una escala cada vez mayor en cada una de sus transiciones. Resulta impredecible decir si esto significaría únicamente el fin del capitalismo o el de toda la humanidad".[107]

Se trata de entender un escenario que no quiere alumbrar mesianismos milenaristas que paralizan con su declaración de horrores venideros, pero que reclama con urgencia, como piedra de bóveda para la construcción de

los nuevos escenarios políticos del siglo que se inicia, una comunicación democrática horizontal que ha permanecido hurtada a los ciudadanos en nombre de la imparable lógica de un mercado para el que los seres humanos, de nuevo, han pasado a tener la consideración de obstáculos. Una comunicación que permita alumbrar formas de ciudadanía global, nacional y local en una síntesis cooperativa y realista que respete la diversidad y que garantice los derechos que pretende profundizar. Una comunicación que sitúe en una lógica social y democrática (lo que implica un compromiso también con las generaciones futuras) la satisfacción de necesidades, la sostenibilidad medio-ambiental (que implica decrecimiento), las relaciones de convivencia. Y que cuide de los mecanismos internacionales como última *ratio* para la solución pacífica y duradera de conflictos. En suma, una comunicación que alce su voz, articule redes ciudadanas con capacidad de expresar el conflicto y revierta la situación denunciada por García Canclini en donde unos pocos ejercían de "consumidores del siglo XXI" y la mayoría del planeta de "ciudadanos del siglo XIX".

Sobre el Estado, lo colectivo y la responsabilidad: *idiotas* en el país de los gigantes[108]

El Estado referencia lo colectivo y, por definición, tiene una relación dialéctica con el individuo. La contraposición "Estado-sociedad" es mentirosa. En cambio, la contraposición colectivo-individuo tiene mucha más entidad. En esa dirección, cabe preguntar: ¿existen los derechos colectivos? Pese a una insistencia liberal en negarlos, planteándose que no se trata sino de ensoñaciones metafísicas construidas sobre la agregación de los individuos —que sería lo único realmente existente—, lo colectivo es parte integrante, consustancial e indivisible de los individuos. ¿Acaso el lenguaje que nos constituye y nos permite pensarnos como individuos no es una construcción colectiva? Cuando Juan Ramón Jiménez usa la jota como grafía sustitutiva de la "ge" está intentando individualizarse al tiempo que asume la referencia común del uso del castellano (diferenciar entre la g y la jota), pues

de lo contrario su gesto no tendría ningún significado. El personaje de la *Trilogía de Nueva York* de Paul Auster que pretende inventarse un idioma propio enloquece (si acaso no lo estaba ya cuando empezó la descabellada aventura que lo obligaba a meterse más y más dentro del idioma con el que pensaba la posibilidad de otro idioma). Al igual que con el lenguaje viene una gramática y con la justicia un código, el Estado viene con una *razón de Estado* (que como en una dieta impuesta, se convierte en una ración obligada de Estado). No hay grandes soluciones a esta relación y la dialéctica será eterna hasta que desaparezca la política, es decir, hasta que desaparezca el conflicto, es decir, cuando los seres humanos sean ángeles (o mujeres y hombres nuevos).

Mientras, deberemos prestar más atención a lo colectivo, para evitar que su abandono, enmascarado en supuestas responsabilidades individuales, deje de entender lógicas estructurales que van más allá de las decisiones que toman las personas que encarnan la máxima autoridad en cuestión (hablamos de un Estado, pero también del FMI, del Banco Mundial, de la OMC, de la Unión Europea o del MERCOSUR; hablamos de las reglas no escritas de las finanzas internacionales, pero también del Holocausto o del asesinato de un árabe por el Estado de Israel como represalia por un acto cometido por otros árabes contra judíos (en ambos casos se castiga a individuos en nombre de pueblos). Es un hecho que un plan de ajuste del FMI obliga a todos los miembros de un país, que una represalia hace “objetivos de guerra” a los miembros de una raza, que la invasión a un pueblo o el robo de sus riquezas beneficia a los ciudadanos del pueblo invasor igual que perjudica al pueblo invadido, o que un bloqueo perjudica a todos los ciudadanos de un país, o que quienes tienen las cuentas bancarias en determinadas firmas están colaborando al beneficio o castigo de los movimientos especulativos (por mucho que no quieran saber cómo mueven su dinero). Quienes toman las decisiones, las toman en nombre de los colectivos y con efectos para el colectivo (de ahí la enorme diferencia a la hora de imputar responsabilidades en una dictadura o

en una democracia). Si hay dificultades para entender la responsabilidad colectiva —a quién se le imputa el hecho— de resultados como el hambre en el mundo o la devastación medioambiental, quizá resulte más sencillo entender que hay una profunda ***irresponsabilidad colectiva***. Tan evidente es que no se puede responsabilizar a cada persona concreta de lo que pasa en un país —por ejemplo, de la conducta imperial norteamericana o de la aprobación de la Directiva de retorno por parte de la Unión Europea — como de que todos los miembros de un país tienen responsabilidad de lo que pasa —sea la invasión de Iraq o del maltrato a los inmigrantes—. En definitiva, creemos que hay sujetos colectivos (con una razón colectiva y una voluntad colectiva) y que, por tanto, hay responsabilidades colectivas[109]. No es gratuito que hasta la Revolución francesa todas las utopías fueran estatistas, mientras que a partir de la misma —con toda su carga— las utopías pasaran a ser antiestatistas (algo comprensible visto el poder alcanzado por los Estados y su capacidad de destrucción)[110]. Si los individuos tienen razón y voluntad pero el colectivo no responde a esa suma de razón y voluntad implica que algo se ha roto en la agregación social de la razón y la voluntad. De ahí el necesario control del Estado por parte de una ciudadanía que no olvide que todas las decisiones colectivas le obligan. Cuando menos, es necesaria la posibilidad de, ante una medida colectiva, salvar el voto, es decir, poner en marcha alguna forma de *desobediencia civil* (que no niega el marco total sino una decisión concreta, que no usa la violencia y que asume las responsabilidades de la desobediencia), sin pretender heroísmos trágicos pero haciendo de la disidencia una herramienta esencial de la democracia. No hay que olvidar, como insistió Foucault, que el poder estatal tiene como misión principal, domesticar. El fin siempre son los individuos, esto es, todos los individuos. No cabe ni esconderse ni ser sacrificado.

¿Significa esa asunción de responsabilidad colectiva regresar a la Edad Media cuando la Iglesia podía excomulgar a una ciudad entera? ¿o significa una llamada de atención sobre la base de que

ignorar no es un derecho? ¿Es volver al tiempo de las tribus el reconocer responsabilidades colectivas o es asumir un ámbito descuidado por el auge del derecho liberal? ¿No hay detrás del olvido de la corresponsabilidad individual en los resultados de la vida colectiva una asunción implícita y ni siquiera reflexionada del principio liberal de limitar la responsabilidad individual al cumplimiento de las leyes y el pago de impuestos, para "dejar la política a los políticos" (es decir, a los representantes elegidos a través de los partidos)? Pero por otro lado, si la presión del grupo es mayor que la posibilidad del individuo de autodeterminarse, de salirse de esa norma colectiva ¿cómo imputarle responsabilidad? ¿Qué hacemos con la responsabilidad de los alemanes en el nazismo, si la posibilidad de disentir era prácticamente inexistente? Intuitivamente vemos que hay escalas en todo esto. Precisamente, las escalas que construyen la relación dialéctica entre el individuo y el colectivo (siendo la expresión máxima del colectivo la humanidad). Hay responsabilidades individuales y también colectivas. Huir de una u de otra o superponerlas implica abandonar al individuo a su suerte o a su egoísmo (por tanto, limitar al ser humano) o cercenar el ámbito de su libertad personal y, por tanto, frenar su desarrollo como persona concreta (que es donde reposa la dignidad humana al entender que cada uno de nosotros y nosotras somos irrepetibles e irremplazables). Una vez más, corresponde a un diálogo sostenido por principios de igualdad reales —es decir, donde siempre las minorías tengan espacio para convertirse en mayorías— donde se asentarán las reglas del comportamiento individual y colectivo. Nada de lo humano puede sernos ajeno (como recordó Nietzsche) o, contradiciendo al Antiguo Testamento, todos somos guardianes de nuestros hermanos. El Estado tiene una profunda responsabilidad, pero el Estado no es sino una relación social cristalizada en instituciones y protocolos de comportamiento y con capacidad de movilizar recursos materiales para efectuar los fines que la sociedad marca o consiente. Esa relación social debe incorporar un procedimiento que permita una articulación de las

voluntades individuales que permita la imputación de responsabilidades colectivas íntimamente ligadas a las voluntades individuales. Es decir, en expresión de Boaventura de Sousa Santos, un Estado que se comporte como un “novísimo movimiento social”. Un Estado que *represente* a un colectivo que se expresa a través del diálogo y la participación y que, por tanto, no es suplantado ni por elecciones donde el resultado depende invariablemente de los recursos que se usan para ganarlas (no significa que con más recursos Hillary Clinton perdiera frente a Barack Obama, sino que ninguno hubiera tenido la mínima oportunidad sin contar con ingentes cantidades de dinero). Y tampoco por ese concepto abstracto de la *opinión pública* que no es sino la representación construida por empresas de demoscopia y, sobre todo, empresas de medios de comunicación. No en vano, Marx pensaba la sociedad socialista, una forma de organización más humana, era aquella en donde la libertad de cada uno era la condición de la libertad de todos.

13. EL ESTADO COMO PODER DESTITUYENTE: EL CANSANCIO DEMOCRÁTICO DEL LEVIATÁN

> "A menudo uno enferma gravemente para convertirse en otra persona, y, decepcionado, sana".
>
> Elias Canetti,
> *El suplicio de las moscas.*

Las perspectivas *hiperglobalizadoras* (en expresión de Giddens) son aquellas que ponen en la globalización cosas que no están, de manera que la presentan desde un optimismo mágico[111]. Con la globalización, sostienen, vendría el incremento de las oportunidades, un desarrollo tecnológico exponencial, la incorporación al primer mundo de zonas del mundo tradicionalmente retrasadas, una reducción de la proporción mundial de pobres y analfabetos, el fin del hambre y la enfermedad o el crecimiento del número de países formalmente democráticos. Sin embargo, esos enfoques no permiten alzar mucho la voz cuando, como se ha hecho anteriormente, se repasa la situación actual del mundo en su zona de sombra y se traen noticias del *frente de batalla*: despolitización, monopolización del conocimiento, crecimiento de las desigualdades, hambrunas, encarecimiento de alimentos por especulación o su uso para carburantes, pandemias, desplazamientos, guerras por los recursos, terrorismo (de Estado y particular), narcotráfico, generalización de asociaciones mafiosas, paro, precarización laboral, cambio climático, deforestación, reducción de la biodiversidad, agotamiento del agua, privatización de medios tradicionales de vida, apropiación empresarial de saberes tradicionales, soledad, depresión, suicidios, violencia urbana… Como ocurre siempre con

las teorías normativas (y el liberalismo lo es), no explican la realidad, sino que proponen cómo debe ser. Por eso, con igual frecuencia, el modelo teórico nunca coincide con lo que sucede en el mundo real.

Pero, paradójicamente, los que se detienen en la crítica del modelo insisten en las zonas de luz que ha creado la devastación neoliberal. Con Hölderlin, recuerdan que "allí donde está el peligro crece también la salvación". Por eso, afirman, nunca como ahora hubo un cuerpo social crítico tan abigarrado como el que muestra el movimiento de "justicia global". Susan George, Vicepresidenta de ATTAC, comparó incluso la articulación de la actual protesta de ese movimiento (mal llamado *movimiento antiglobalización*) con un nuevo mayo del 68 que tendría capacidad de variar el rumbo del barco mundial. Quizá fue una afirmación exagerada, y apenas cinco años después el movimiento muestra un gran reflujo. La *nube de mosquitos* de la que hablaba Naomi Klein sirve para molestar e, incluso, para tumbar gobiernos impopulares, pero no basta para rearticular nuevas formas políticas. Pero no es menos importante saber que sin la conciencia que han generado esos movimientos no sería posible pensar en ningún acceso al poder útil para la emancipación popular. No son épocas de *despotismos ilustrados* (todo para el pueblo sin el pueblo). Muy al contrario, la certeza política, social y teórica apunta a que las nuevas formas de gobierno deberán caer en formas compartidas donde se reelabore la relación "Estado, mercado-comunidad" a favor de esta última. El acceso paulatino de Gobiernos de nueva izquierda en América Latina es, indudablemente, otro rasgo de este cambio que está otorgando una visión renovada acerca del uso alternativo de los Estados en esta fase global neoliberal[112].

Más allá de alientos y pesares en cualquier dirección, es indudable que una mirada serena al panorama político que ha heredado el nuevo milenio no permite un balance complaciente (alerta que incorporan incluso los globalistas optimistas). Como alguien planteó con más consternación que ironía, la puerta por la que hemos salido del siglo XX era giratoria, de manera que estamos desandando parte del camino avanzado durante el medio siglo pasado. Con el agravante de que nunca se puede regresar al pasado. Se regresa en verdad a un presente deteriorado. El carácter

democrático de los Estados construidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, referenciados por la idea de derechos humanos defendida por Naciones Unidas, ha mostrado, como señalamos, síntomas claros de cansancio. El esfuerzo por hacer del Leviatán un Estado de derecho, un Estado social, un Estado democrático y un Estado donde quepan diferentes identidades perdió en buena parte del planeta su voluntad en algún momento de los años setenta, agotado por los problemas de crecimiento, la crisis energética, las presiones obreras, la ofensiva intelectual del neoliberalismo, la falta de rendimiento del capital financiero, las guerras coloniales, la *revuelta* de las clases medias, las protestas sociales, las dificultades de los partidos políticos, etc., sin olvidar el dato esencial de que existían grupos y países que necesitaban superar el marco del Estado nacional proteccionista para garantizar la acumulación económica de sus grupos de poder.[113]

Los Estados nacionales, venidos del concurso histórico de la coerción y del capital, tardarían entre tres y cuatros siglos en llegar a adjetivarse como sociales y democráticos de derecho, siglos atravesados de múltiples conflictos sociales, que irían, en el ámbito occidental, de la Revolución inglesa a la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, pasando, sin ánimo exhaustivo, por la Revolución norteamericana, la Francesa, las guerras de independencia latinoamericanas, las revoluciones de 1830 y 1848, la Comuna de París, el colonialismo, la Revolución mexicana, la Primera Guerra Mundial —o Primera Guerra Interimperialista—, la Revolución rusa, la descolonización y el mayo del 68. Sin embargo, ese modelo de bienestar cobró a su vez un enorme precio por la *comodidad* que construyó dentro de sus fronteras. Éste fue el de la explotación del Sur, la esquilmación de la naturaleza, la hipoteca a las generaciones futuras, la exclusión de las mujeres, el paternalismo, la homogeneización cultural y el entronizamiento de una ciencia entendida como pura mercancía, por citar sólo algunas de las más analizadas. Esta contradicción entre los beneficiarios del modelo estatal nacional y sus *condenados* necesariamente acompañará a la discusión política en el siglo XXI. Es por eso que la solución a los problemas que crea la mundialización no podrá ser sin más

una mera vuelta hacia atrás. No hay arrepentimiento sin resarcimiento, no hay cierre de heridas sin compensación.

Aunque el primer país del mundo que constitucionalizó los derechos sociales fue el México de la revolución de 1910 (expresados en la Constitución de Querétaro de 1917), la Europa occidental fue su cuna, fuertemente vinculado a la organización de la numerosa clase obrera. Pese a ello, aún hoy muestra grandes desigualdades. Los países centrales y del Norte fueron los primeros en llegar al bienestar debido al éxito de las luchas de los trabajadores y a los procesos históricos que lo permitieron (entre ellos, el saqueo colonial y la posición neocolonial posterior). La acumulación histórica no es algo a desdeñar. Los países que se incorporaron a la democracia y el bienestar en los años 70 y 80 del siglo XX todavía no han podido alcanzar esos niveles. Al tiempo que se pretendían generalizar esos derechos se hacía hegemónica la ideología neoliberal, que actuaba como freno cuando aún no existían bases sólidas para la redistribución de la renta. La incorporación tardía de Grecia, Portugal o España a la Europa comunitaria da buena cuenta de las diferentes garantías sociales en estos países, algo que se agrava con las posteriores incorporaciones de los países del Este y que explica el alejamiento que existe en Europa respecto de una integración impulsada por criterios de inserción económica en la globalización y cada vez menos en principios políticos que construyan una estatalidad democrática en el ámbito supranacional.

Algo similar es lo que ha ocurrido en América Latina. Este continente nunca pudo poner realmente en marcha los derechos integrales de ciudadanía (civiles, políticos, sociales y culturales). Su principal deuda social es la falta de inclusión, las inmensas mayorías que no tienen derechos de ciudadanía reales (y a menudo tampoco formales, pues la invisibilidad se traducía incluso en falta de cedulación). Recordemos que el siglo XX estuvo marcado, desde el Río Bravo hasta Tierra de fuego, por golpes militares alentados y sostenidos en su gran mayoría por los Estados Unidos, en alianza con las élites del Sur, encargados de frenar cualquier cambio estructural que hiciera real la democracia. Los países que intentaron a finales del siglo XX incluir al grueso de la población a los derechos de ciudadanía —principalmente en la asignatura pendiente de los derechos

sociales— se encontraron con que ese proceso ya iba de reflujo, hasta el punto que aún hoy, cuando las acusaciones de *populismo* no parecen suficientes, se pueden oír imputaciones que tachan de *comunistizantes* a aquellas políticas públicas inclusivas. Buena parte de la malditización de las alternativas por parte del *establishment* económico e ideológico mundial cargan sus baterías contra la América Latina en transformación. Venezuela, un pequeño país petrolero, famoso antaño en el mundo solamente por las mises, las telenovelas y el dispendio basado en el petróleo de sus élites, ha pasado a ocupar un lugar desproporcionado en el concierto mundial. Esta importancia ha estado motivada por el peligro de *contagio* que, como se ha visto posteriormente, iba a ejercer una política estatal y alternativa al servicio de las mayorías. Esa diferente voluntad política de Hugo Chávez (multiplicada por su regreso tras el golpe de Estado gracias al apoyo popular) ha significado que hoy Venezuela es conocida en el mundo por haber devuelto el socialismo al debate (bajo la etiqueta abierta de *socialismo del siglo XXI*), ha enseñado a otros países el camino de la insumisión frente a los Estados Unidos, desatando una irreverencia hacia el gendarme americano insólita en el continente (con la salvedad histórica de Cuba), ha propiciado un efecto dominó que ha llevado a cambiar el signo político de la práctica mayoría de los países sudamericanos, y ha desatado un impulso integracionista alternativo que ha devuelto el ánimo a un continente que desde los años ochenta había perdido la autoestima.

El análisis del Estado que hemos desarrollado afecta principalmente al ámbito occidental. De cualquier manera, detengámonos a trazar un par de rápidas pinceladas sobre otros espacios geográficos. En el continente africano, donde las fronteras de los Estados fueron trazadas desde una arrogancia genocida (líneas rectas que pretendían separar políticamente a pueblos que llevaban siglos perteneciéndose), la construcción política siguió una senda particular, condenada por el colonialismo y neocolonialismo occidentales, así como un desarraigo que multiplica por tres los cien años de soledad latinoamericana. África es el continente desechado por la globalización. China ha emprendido una carrera peculiar que tiene el riesgo de aunar lo peor del capitalismo —la explotación, la alienación, las desigualdades sociales y la devastación de la naturaleza— y

lo peor del comunismo del siglo XX —la falta de libertad y la represión—. Como decía con cinismo Deng Xiao Pin, “China es un lugar donde si practicas el capitalismo te enriqueces, pero si hablas de él te fusilan”. Más allá de que no es sencillo organizar un país de casi 1.400 millones de habitantes que apenas hace un siglo vivía en el feudalismo, la vía china será una vía particular donde el papel del Estado (como en prácticamente todos los dragones asiáticos) es esencial para su inserción en el mundo global. India, el otro gran gigante, es igualmente él solo un continente, con 1.100 millones de habitantes. Destacan las experiencias de intervención estatal exitosas —como las de la región de Kerala o el esfuerzo público en nuevas tecnologías—, capaces de superar el fuerte colonialismo y neocolonialismo heredado y lograr hacer de la India un país puntero en desarrollo de *software* o en mantener una referencia cultural propia (como la industria cinematográfica de Bombay, *Bollywood*).[114]

¿A quién escucha el Estado? Definir el Estado para entender la globalización

Cuando Maquiavelo usó el novedoso concepto *Stato* en *El príncipe* (1513) estaba innovando en la teoría (aunque no en la práctica, pues simplemente estaba recogiendo una expresión de uso común ya en la Florencia de finales del siglo XV). Necesitaba un nombre nuevo para definir una forma igualmente novedosa de organización política. De lo contrario, hubiera seguido usando el concepto de *res pública* o, incluso, de *polis* para referirse a la organización política que se empezaba a vislumbrar en la Europa de su época.

Tres rasgos apuntaban a esa idea de novedad: la mayor especialización del poder, la mayor concentración del mismo y la voluntad explícita de permanencia en un marco de reconocimiento internacional. El poder se **especializaba** en la medida en que la gestión de los asuntos comunes se hacía más compleja (pensemos en los diferentes tipos de policía que hoy existen o en los diferentes departamentos ministeriales dedicados a muy concretos asuntos). **La**

concentración de poder estaba directamente vinculada (que no determinada, pues la realidad social es más compleja) a la identidad entre el naciente Estado nacional moderno y el naciente mercado nacional, de manera que sólo con la defensa de ese mercado se garantizaba la independencia política. No olvidemos que es el Estado el que se inventa a la nación (y no al revés, como puede pensar una interpretación romántica basada en la importancia alcanzada por la dimensión lingüística de la identidad). Cuando el mercado se hizo imperial (con una sociedad que se beneficiaba de ese imperialismo), el Estado amplió su alcance, de la misma manera que se replegó cuando se reforzó la condición nacional de la acumulación en el keynesianismo (para lo cual fue determinante la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial, con la consiguiente hegemonía norteamericana que permeó todo el planeta con mayor o menor intensidad). Lo mismo que explica su regreso a una lógica transnacional con la globalización neoliberal. La **estabilidad** era igualmente una garantía de orden válida para rebajar incertidumbre (una constante de la vida humana) y para permitir el desarrollo económico impulsado por la burguesía en ascenso (tanto para garantizar la propiedad privada y la reproducción de la fuerza de trabajo, como para compensar los fallos del mercado que, de lo contrario, terminarían por disolver la sociedad y con ella la economía).

Como su nombre indica, el Estado es algo que *está*, que tiene lógica de permanencia. No se trata de una organización política fugaz sino que, al contrario, ha establecido o busca establecer protocolos con pretensión de validez en el tiempo (la raíz *"st"* de Estado es la misma que la de estar, institución, estabilidad, estatua o estructura). Para ello, y como requisito para su existencia tiene que garantizar la paz interna y externa, poniendo fin a la guerra civil y defendiendo las fronteras. Al tiempo —garantía de esa paz interna— debe construir un orden de dominación que cumpla los requisitos económicos, políticos, normativos y culturales que espera esa colectividad, es decir, que sean el decantado asentado de las siempre

conflictivas relaciones sociales. Éstas no son eternas y ahistóricas, sino que terminarán variando según se vea afectado ese decantado y se sustituya por otro, movido por los desajustes sociales permanentes y el impulso de emulación que caracteriza a los seres humanos. Ese decantado, sujeto a la perseverancia de lo que ya existe, toma cuerpo en las instituciones, que ejercen una fuerte impronta en el corto plazo. El Estado es movimiento histórico congelado en estructuras.

El Estado que quiera tener éxito, por tanto, necesita, encontrar obediencia a sus mandatos, por lo que tiene que estar dotado de algún tipo de legitimidad asumida por los **individuos** (como insistió Max WEBER). Ahora bien, en su desarrollo histórico, esta forma de organización ha servido como instrumento de dominación al servicio del desarrollo hegemónico capitalista, opción triunfadora, *urbi et orbe*, en los últimos siglos, en unos conflictos que sólo pueden explicarse hasta hoy en términos de intereses sociales no individuales sino principalmente de clase (como insistió Karl MARX). El Estado podía haber sido otra cosa, pero ha sido lo que es. Entender que podía haber tenido otros desarrollos nos permite entender que puede ser hoy un instrumento para la emancipación. Entender que se ha desarrollado de la manera que lo ha hecho y no de otra, nos permite entender que la memoria que trae consigo es una memoria de clase metida en los tuétanos de sus engranajes.

El Estado es tan relevante porque es la máquina más perfecta de conseguir obediencia. Y la pregunta más relevante de la ciencia política es **¿Por qué obedecemos?** Es el problema clásico de la obediencia política, ya planteado por Platón con su diálogo con el torpe Trasimaco quien pensaba que basta la mera fuerza, la violencia, para conseguir obediencia. La respuesta a las razones de la **obediencia política** tiene que ver con cuatro elementos:

1. la **coacción**;
2. la creencia en la **legitimidad** del poder (legitimidad que, vista en tipos ideales, puede ser *tradicional* —referida a un orden

que viene del pasado—, *carismática* —referida a una cualidad extra ordinaria que se atribuye a quien manda— o *legal-racional* —que cumple con los procedimientos para poder mandar—;

3. por formar parte de la **inclusión** y acceder a las ventajas de la vida social —tener derechos civiles, políticos, sociales y de identidad—;
4. por mera rutina (es decir, no hay en el honrizonte alternativas factibles y con un costo asumible).

Una sociedad ordenada sobre estos principios opera con lo que Gramsci llamó un **bloque histórico**, la suma de reproducción económica, superestructura jurídica, simbólica y estatal, y una conciencia compartida.

Por todo esto, y más allá de debates superados, no puede reducirse el Estado a su cuerpo administrativo, pero tampoco puede ignorarse su condición institucional capaz de estructurar y administrar vastos territorios. De la misma forma, no puede dejarse de lado su condición de organización dirigida por personas, que se articula en una sociedad concreta con la que interactúa constantemente y se influye mutuamente. Diferenciamos para entender, pero la realidad está muy trabada como para hacer reales las diferenciaciones de la teoría. En el ámbito del Estado tenemos que considerar a la nación —como discurso cultural colectivo, vinculado a la tierra y que porta la historia compartida y otorga la idea de continuidad y trascendencia o permanencia—; los parlamentos; la burocracia; el Gobierno; los jueces; los militares. Y todas las relaciones que estos espacios, personas, lógicas tienen con la sociedad en la que actúan.

Esa constelación de estructuras, lógicas, instituciones y objetivos que llamamos Estado está constantemente *escuchando* para tomar decisiones. Para no caer en mecanicismos que paralizan o confunden, conviene hacer un fugaz repaso, sin orden de importancia y con múltiples variaciones y relaciones entre sí, a las

siguientes lógicas y actores que influyen en las decisiones que afectan al Estado. No hay que olvidar que es al Gobierno a quien le corresponde dirigir en cada lapso de tiempo la capacidad coactiva del Estado, del mismo modo que el Estado con frecuencia no deja espacio para que el Gobierno tome determinadas decisiones (al contrario, encadena al Gobierno). El Gobierno de Hitler fue capaz de cambiar al Estado alemán, de la misma manera, aunque en otra dirección, que el Gobierno laborista de Lloyd George cambió al Estado británico. Pero también vemos que cualquier Estado actual obliga al Gobierno correspondiente a pagar la nómina de los funcionarios públicos, principal partida presupuestaria que consume buena parte de la capacidad de gasto (a los militares no les gusta que no les paguen la nómina y, a diferencia de otros funcionarios, tienen armas). Al mismo tiempo que un Gobierno puede aprobar el rescate bancario con dinero público y endurecer los requisitos para acceder a una pensión, otro puede cambiar las leyes para aumentar las ayudas públicas en vivienda o educación. Al igual que un Gobierno puede cambiar una Constitución para eliminar la autorización judicial de las escuchas telefónicas, endurecer los requisitos para obtener la nacionalidad y eliminar derechos sociales, otro puede impulsar políticas públicas redistributivas participadas popularmente, vincular al Estado a unas formas u otras de integración regional o renacionalizar servicios públicos antaño privatizados también por un Gobierno. Separar al Estado de la sociedad, autonomizándolo, sólo sirve para someterse con impotencia a los mandatos de quienes deciden sus movimientos; ignorar que el Estado tiene su selección estratégica, su memoria vinculada a su trayectoria, sus intereses propios, sólo sirve para caer en la confusión de pensar que basta alcanzar el Gobierno para controlar el poder.

Vistas estas complejidades, veamos a quién escucha el Estado (insistiendo en su compleja condición de relación social y sin presuponer un orden de importancia que depende de cada coyuntura):

1. A los que tienen la capacidad de declarar, en expresión de Carl Schmitt, el Estado de excepción, es decir, a los *poderes fácticos* que tienen capacidad de emplear de manera generalizada la violencia física no necesariamente legítima (ejército nacional o extranjero, banqueros y sector financiero, patronal, líderes carismáticos con capacidad de movilización, entramados mediáticos…).
2. A la Constitución y las leyes vigentes; a las leyes internacionales.
3. A las estructuras administrativas con sus reglamentos, prácticas habituales, instancias, etc. (que tienen la fuerza añadida de la costumbre y la tradición y que, incluso después de una revolución, *siguen estando ahí*);
4. a los intereses particulares organizados o con capacidad de ejercer presión, con especial relevancia a la fusión de intereses económicos y mediáticos, que unen a su propia capacidad la de influir en la ciudadanía (no se trata de su capacidad de forzar una situación sino de impedir que se organicen intereses contrarios);
5. a las presiones regionales o locales.
6. A la ciudadanía organizada que reclama cuestiones de interés general (donde las voces cobran fuerza si se repiten como un eco multiplicado);
7. a la opinión pública, expresada bien a través de formas directas (huelgas, manifestaciones, formas propias de comunicación) o indirectas (encuestas, medios de comunicación);
8. a referentes morales asentados (iglesias, asociaciones, personalidades de prestigio, intelectuales), a los paradigmas científicos y a los discursos hegemónicos que pretenden reconciliar el Estado con el bienestar colectivo (esto es, que presuponen al Estado un papel de conciliación ética de la sociedad).

9. A la propia subsistencia del aparato estatal, esto es, de las personas que lo integran y que tienen en la administración su *modus vivendi* —lo que no implica una reificación/cosificación del Estado como si éste fuera un *ente* abstracto con existencia por sí mismo y al que está adscrito simbólicamente el interés general—. Este aparato estatal funciona con una lógica sistémica referenciada teóricamente con la imparcialidad y el interés colectivo, pues necesariamente tiene que pensar, para permanecer, en garantizar el orden sostenido en el sistema de dominación. Esto hace que el Estado juegue siempre más allá del corto plazo (la no inmediatez de la administración de justicia es ejemplo claro de esto) y le preocupe asegurar la legitimidad del orden (obviamente con variaciones en cada país según sea la construcción histórica del Estado);
10. a los partidos, especialmente a los que sostienen el Gobierno;
11. a los sindicatos cuando tienen capacidad de huelga.
12. A las presiones internacionales, bien de otros gobiernos, bien de las instancias supranacionales;
13. a las necesidades inmediatas de financiación y, de ahí, a los mercados internacionales, tanto de bienes y servicios como de capitales.
14. a las peculiaridades de las élites que lo dirigen en sus diferentes ámbitos (que pueden estar formadas fuertemente en alguna ideología, tener firmes convicciones religiosas o puede tomar decisiones consultando a astrólogos, videntes o quiromantes, como ocurre con frecuencia).

En definitiva, en el centro de toda la reflexión aparece la **política**, esto es, la definición y articulación —por uno, varios o todos—, de los comportamientos colectivos de obligado cumplimiento en una comunidad. No es sólo la economía —por supuesto, de radical relevancia—, ni los valores —que están detrás también de muchos comportamientos—, ni los presupuestos

jurídicos —igualmente esenciales—. Se trata de la política, como *arte de la polis*, a quien le corresponde la obligación de **integrar todos los elementos a la búsqueda de una síntesis funcional para la marcha de la sociedad**.

El Estado siempre es reflejo de un proceso histórico. Como realidad empírica, concreta, su funcionamiento responderá a los intereses de los que hayan ganado en el conflicto social, a los que mejor se hayan situado en ese momento (sean unos pocos o sea el conjunto de la sociedad) y a la memoria que porte y la influencia que ejerza esa memoria sobre el comportamiento estatal. Eso permite pensar, al menos en el corto plazo, en la posibilidad de enfrentarnos en el ámbito occidental con Estados capitalistas, Estado despóticos y también con Estados socialistas. Es importante insistir que el Estado real, el concreto de cada país, es selectivo en sus políticas, tiene **predisposición** a inclinarse, por esa herencia anclada en sus estructuras, a defender lo que ya existe, a escuchar más a unos intereses que otros, a reproducir más una lógica que otra (selectividad estratégica la denomina Jessop; selectividad estructural Claus Offe). Históricamente, los intereses más escuchados no han sido los de las masas sino los de las clases minoritarias que, sin embargo, lograron hacerse con la hegemonía social y hacer pasar sus intereses particulares como intereses generales (lograron construir la obediencia con una mezcla de los cuatro elementos señalados). Pero no está escrito que eso no pueda variar. Lo que haga el Estado dependerá siempre del resultado de los conflictos sociales y de su capacidad de hacer del instrumento estatal un instrumento para la organización social. Si bien es verdad, como venimos insistiendo, que hay predisposición en el Estado, no hay por el contrario **ninguna predeterminación "necesaria"** para que se comporte en una dirección u otra. El Estado no puede hacer lo que quiera. Tiene la autonomía que le marcan las luchas sociales. La autonomía de trabajar para aquellos que consigan hacerse hegemónicos en una sociedad. Cuando la sociedad se relaja, la estructura estatal, como cualquier estructura, puede dedicar más

tiempo y recursos a su propia reproducción. Pero eso sólo será señal de esa relajación social. No es posible, como plantea el liberalismo, que sean los representantes los que se encarguen de la cosa pública sin que se vean lesionados, tarde o temprano, los intereses de la mayoría. Votar cada cuatro o cinco años no es suficiente. Un Estado independizado del control de la sociedad termina teniendo comportamientos privados. Algo que se agrava cuando el Estado, como ocurre en la globalización, atiende a aspectos cuya complejidad y oscuridad —muchas veces intencionada reclama un conocimiento que no es de fácil acceso. Al final, funciona el aserto "vota y no te metas en política", de manera que en el reparto de papeles los políticos se encargan de la cosa pública y la ciudadanía se dedica al consumo y al entretenimiento. De los tres rasgos que poseen los seres humanos —intereses, razón y pasiones— son los intereses los que florecen en ausencia de argumentos alternativos —la razón— y recordatorios del grupo de la necesidad de la reciprocidad y de la empatía —las pasiones—.

Los cambios que se reflejan en los nuevos Estados con Gobiernos de izquierda en América Latina son un claro ejemplo de la recuperación de la conciencia y la presión social subsiguiente. El cambio radical que está viviendo la República Bolivariana de Venezuela, Bolivia o Ecuador (como los más emblemáticos) ha seguido la progresión:

Descontento social → activismo popular en la calle → cambio en las ideas hegemónicas → conquista del Estado → incremento del empoderamiento popular desde el Estado.

En conclusión, siguiendo la senda de Weber, incorporando una perspectiva relacional, y situando el conflicto social apuntado por Marx como el elemento esencial, podemos definir al Estado como **una forma de organización *política*, dotada de un orden jurídico y administrativo estable, propio de una comunidad identificada con un territorio determinado, que se caracteriza por la reclamación con éxito por parte del cuerpo administrativo —a través de premios y castigos materiales o simbólicos—, de la**

obediencia ciudadana, en tanto en cuanto satisfaga su compromiso con lo que los conflictos y consensos sociales han establecido que son los intereses compartidos de esa comunidad.

El cansancio democrático del Leviatán (que algunos han confundido con la desaparición de los Estados nacionales) ha provocado la devolución al mercado de muchos de los servicios que había asumido como derechos colectivos. La utopía neoliberal no se ocupa sólo de plantear el funcionamiento de un mercado libre de toda restricción, sino de generalizar la transformación en mercancías de todos los bienes y servicios. Es por eso por lo que conforme se debilita la mano izquierda del Estado, la mano *femenina*, y se abandona a las fuerzas del mercado la tarea de cuidar, alimentar, enseñar y confortar, necesariamente tiene que reforzarse la mano derecha del Estado, la mano *masculina* que guerrea, amenaza, encarcela, juzga y castiga en una pelea competitiva descarnada.[115]

Susan Strange ha resumido los cambios que ha experimentado el Estado nacional con la globalización neoliberal, señalando cómo las diez principales responsabilidades tradicionales del Estado nacional se han visto transformadas. Pero transformadas no implica, insistimos, asumir ningún tipo de determinismo que imposibilite la puesta en marcha de alternativas. El discurso *hiperglobalista* reconoce a la globalización neoliberal victorias que aún no son tales. Esas diez transformaciones (sujetas a la dirección que marquen los conflictos sociales) se verían en los siguientes ámbitos:

1. El derecho a sacrificar las vidas de los ciudadanos. Morir y matar por la defensa del territorio ha perdido relevancia al no vincularse ya territorio y prosperidad, algo que está más vinculado a la cuota de mercado que se posea. Las diferencias son claras dependiendo de los países. Mientras que en Estados Unidos el ejército lo conforma crecientemente gente sin recursos y mercenarios subcontratados, otros pueblos siguen estando dispuestos a defender su territorio (basta observar lo ocurrido en el Iraq ocupado o el conflicto entre Georgia, Rusia y los territorios independentistas de Abjazia y Osetia del Sur).

2. Dificultades para el mantenimiento del valor de la moneda, a lo que habría que sumar que la inflación y su mecanismo de redistribución regresiva de la riqueza también se importa.
3. En la elección de la forma apropiada de desarrollo capitalista, nivelando la intervención del Estado según el propio interés (con grandes dificultades en lo que respecta a una política monetaria soberana).
4. Para el establecimiento de políticas públicas anticíclicas (dificultado también por la necesidad de mantener las cifras macroeconómicas equilibradas para evitar el *castigo de los mercados* y de los organismos financieros internacionales).
5. La provisión de una red de seguridad para los más necesitados (abandonado con el recorte del Estado social y las insuficiencias presupuestarias).
6. La menguante recaudación de impuestos (que comparte con otras organizaciones, como la mafia, además de que existen paraísos fiscales que atentan contra esta capacidad).
7. El control sobre el comercio exterior, especialmente sobre las importaciones (determinado, especialmente para los países más pequeños, por la OMC).
8. El carácter inclusivo de las fronteras territoriales, que marcan la jurisdicción (transformado por la mayor movilidad de las personas o por la incapacidad de ejercer la soberanía ante realidades globales tales como las ondas radioeléctricas, satélites, pandemias o migraciones).
9. La defensa de la competitividad en el mercado mundial (limitado por las exigencias internacionales de *defensa de la competencia*, uno de los principales bastiones neoliberales insertados en el corazón de los procesos —y que afecta poderosamente, en el caso de la Unión Europea, pero también con los TLC o en el MERCOSUR para la puesta en marcha de políticas económicas alternativas—).
10. La reclamación del monopolio fáctico de la violencia legítima (replanteado tanto por el crecimiento de la seguridad privada como por la existencia de parcelas de ineficacia del Estado, tanto dentro del

territorio como en la defensa de sus fronteras, lo que le dificulta para cumplir su parte del contrato social).[116]

Vemos que estas debilidades que plantea Strange se ven relativizadas o agravadas en virtud del Estado en cuestión al que se apliquen. Es cierto que forman parte del papel que el neoliberalismo le ha asignado a los Estados nacionales (no simplemente como una conspiración para que así sea, sino porque su propia lógica de acumulación y el desarrollo de los conflictos sociales lo ha situado en ese lugar). Pero en cada uno de esos aspectos hay una voluntad política para que así sea o para que, en nombre de una soberanía nacional (o más fácilmente regional) se revierta el proceso y se recuperen esos espacios de lo público que se han perdido a favor de particulares.

Karl Polanyi alertó acerca de los cambios profundos en las estructuras de lo social, recordándonos que sólo la ceguera economicista era capaz de poner velos a la visión de estos aspectos:

> "La causa de la degradación no es, pues, como muchas veces se supone, la explotación económica, sino la desintegración del entorno cultural de las víctimas. El proceso económico puede, por supuesto, servir de vehículo a la destrucción y, casi siempre, la inferioridad económica hará ceder al más débil, pero la causa directa de su derrota no es tanto de naturaleza económica cuanto causada por una herida mortal infligida a las instituciones en las que se encarna su existencia social. El resultado es siempre el mismo, ya se trate de un pueblo o de una clase, se pierde todo el amor propio y se destruyen los criterios morales hasta que el proceso desemboca en lo que se denomina "conflicto cultural" o el cambio de posición de una clase en el seno de una sociedad determinada" (1949: 257).

Con la expresión *cansancio democrático del Leviatán* se quiere señalar la ruptura de un modelo de Estado comprometido políticamente con la democratización social, política y económica. Esto no significa que el periodo llamado *fordista*, keynesiano o socialdemócrata fuera una

experiencia positiva, ni siquiera en los países que se beneficiaron de su puesta en marcha. Ni mucho menos. La explotación, la alienación, el machismo, el autoritarismo, el colonialismo, la depredación ecológica, la relajación moral son todos aspectos mil veces criticados de ese modelo. Pero su pretensión de justicia social estaba recogida en todas las Constituciones, formaba parte de los discursos políticos y orientó las prácticas, dependiendo los resultados del éxito de los diferentes sectores sociales. Hoy, el pacto de posguerra está derribando aquellos contornos, sin que la pérdida creciente de derechos haya servido para generar un movimiento social que cuestione el modelo. Los cambios operan en la conciencia o no son eficaces o carecen de permanencia. Por eso que volvamos a la pregunta: ¿Quién define hoy los nuevos perfiles de lo social? Una parte importante de la realidad es *representativa*.[117] Todo lo que no es necesidad biológica —e incluso también buena parte de ella— es cultura, consenso verbal entre los grupos sociales. De ahí que el monopolio del pensamiento, curiosamente en el momento de la historia en donde más canales de comunicación han existido, deja abierta la posibilidad de que los nombres que definan lo que existe paralice el cambio social por un tiempo indeterminado. Ya vimos que cada crisis del capitalismo estrecha más su margen de respuesta. La réplica a la crisis de los años treinta fue la intervención del Estado, la producción masiva y estandarizada basada en la cadena de montaje, la conversión del salario en un componente del consumo. De cualquier manera, se levantó sobre los escombros de la Segunda Guerra Mundial. La crisis que explota en los años setenta (y en la que aún estamos enredados) recuperó la tasa de acumulación extremando la explotación al Sur, endureciendo las condiciones laborales y rebajando las prestaciones sociales en el Norte, devastando la naturaleza y exportando el problema al futuro (endeudamiento). El nuevo estrangulamiento no permite pensar en nuevas formas de regulación que recuperen la tasa de beneficio capitalista que no causen muchas víctimas. De cada nuevo intento se multiplican los cadáveres (el capitalismo popular de las punto-com, el *boom* inmobiliario, la explotación *in situ* de los trabajadores del sur inmigrados, la invasión de Iraq). Hay posiciones optimistas que esperan que las respuestas a las nuevas constricciones abran una nueva etapa de desarrollo (por

ejemplo, con una revolución ecológico-tecnológica). Pero la inercia del capitalismo y la cultura consumista no dejan muchos huecos por donde pensar un apoyo popular a las transformaciones. Las respuestas siguen siendo variaciones de la misma lógica. La búsqueda de soluciones dentro del modelo repite escenarios terribles de los años treinta.

14. TRAS EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001: LA MILITARIZACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

> "¿Acaso, hoy casi como ayer, no se está utilizando el cansancio democrático, la náusea ante la nada, el desconcierto ante el desorden como aval de una nueva situación histórica de excepción que requiere un nuevo autoritarismo persuasivo, unificador de la ciudadanía en clientes y consumidores de un sistema, un mercado, una represión centralizada?".
>
> Manuel Vázquez Montalbán
> *Panfleto desde el planeta de los simios.*

La globalización viene con un nuevo Contrato Social que devuelve al estado de naturaleza amplias zonas de nuestras sociedades al limitar las obligaciones democráticas del Estado. La existencia de *potestas* sin *auctoritas* (fuerza bruta que renuncia a la legitimación asentada en valores discutidos y consensuados) genera desestructuración social. De ahí que el orden que se disuelve se intente suplir con la mera fuerza (guerras exteriores o refuerzo de la represión interna, crecimiento de labores de vigilancia, encarcelamiento y represión y, como ratio última, la disolución de las garantías jurídicas mínimas que expresan ejemplos como la cárcel de Guantánamo, la autorización de la tortura como método de obtención legal de información o la relajación de los derechos civiles en nombre de la lucha antiterrorista —vigilancia sin autorización judicial, presunción de la sospecha y no de la inocencia, restricción de movimientos, etc.[118]

Son los mismos Estados nacionales que argumentan dificultades para poner en marcha políticas de seguridad social, pero que no encuentran

problemas para poner a sus países en pie de guerra y dirigir costosísimas operaciones de incierto beneficio general (en marzo de 2008 el Nobel de economía Stiglitz calculaba el costo de la guerra de Irak en 6 billones de dólares, repartidos al 50% entre los Estados Unidos y el resto del mundo —treinta veces el PIB venezolano—.[119] Son los mismos Estados los que tienen a la mitad de su población bajo los niveles de pobreza pero dedican ingentes recursos públicos a costear los errores particulares de los bancos. Los mismos Estados los que usan los préstamos externos para el enriquecimiento particular y la represión popular y los que cargan a los pueblos la devolución del dinero prestado. Son los mismos Estados que no plantean severas objeciones para pagar la deuda externa, beneficiar a las grandes empresas energéticas transnacionales, reflotar el sistema bancario privado, incrementar el gasto militar o reducir los impuestos a los sectores más acaudalados, los que recitan su impotencia a la hora de legislar condiciones dignas de trabajo, incrementar el gasto social, salvar a empresas públicas o dedicar ayudas a sectores desfavorecidos.[120]

Los confusos y cada vez más sospechosos atentados terroristas del 11 de septiembre contra el World Trade Center y el Ministerio de Defensa, muy al contrario de ser un punto de inflexión en el proceso de globalización supusieron una aceleración del aspecto central de este proceso y del que se derivan el grueso de los cambios que observamos: la desarticulación, ahora *justificada*, de la forma de organización política *Estado social y democrático de derecho* que ha acompañado al modelo de desarrollo capitalista occidental desde la década de los cincuenta. Como vimos, esta transformación ha sido posibilitada por los desarrollos tecnológicos, el incremento de la diferenciación o complejización social, así como por la voluntad política de invalidar las fronteras para permitir el proceso de acumulación que exige el sistema capitalista en esta nueva fase. El papel hegemónico estadounidense hace que su modelo político presione con fuerza para hacerse igualmente hegemónico, al menos en las formas. Después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, esa tendencia se ha radicalizado, definiéndose un modelo de *guerra permanente global* con las siguientes características:[121]

1. Se puso en marcha un programa de compras de guerra que no había podido articularse con el inicial proyecto de “escudo de las galaxias”, dejándose claro que el mismo Estado que había tenido dificultades para financiar los programas sanitarios durante el mandato de Clinton no encontraba ahora problemas para iniciar una guerra que costaba un millón de dólares diarios (en diciembre de 2002, el nuevo escudo de las galaxias obtendría la luz verde inicialmente negada). En este programa, los grandes beneficiados se corresponden con las fracciones empresariales ligadas al Gobierno de Bush.
2. Se replanteó el lugar que le va a corresponder a Asia central en el nuevo orden geoestratégico mundial, reubicando el papel de Rusia y China en la economía globalizada, y reestructurando el dominio sobre las reservas petroleras (lo que explica el apoyo estadounidense al intento de golpe de Estado en Venezuela en abril de 2002, y el apoyo a gobiernos antirusos como el de Georgia).
3. Se lanzaba una seria advertencia a los movimientos antiglobalización que en Génova, en 2002, habían presionado al G-8 hasta el punto de obligarles a buscar lugares de reunión inaccesibles para la protesta (Qatar).
4. Se encontraba una línea argumental para limitar derechos ciudadanos básicos, tales como el *habeas corpus*, la inviolabilidad de las comunicaciones o la autorización judicial de las escuchas telefónicas, sin olvidar las oleadas de despidos que se ejecutaron al calor de la conmoción por el espectacular ataque a las torres gemelas. Al tiempo, Estados Unidos encontraba justificación a su voluntad de no suscribir o rescindir determinados tratados internacionales (ABM, Kyoto, Tribunal Penal Internacional, minas antipersonales, racismo y responsabilidad histórica occidental, paraísos fiscales, etc.) y, finalmente, legalizar incluso la tortura.
5. Se encontraba un foro *globalizado* con una fuerza mayor que los organismos de Naciones Unidas, en forma de alianza *antiterrorista*, que dejaba clara la preeminencia estadounidense en el nuevo orden

internacional. Pensemos que la superación de las fronteras supera igualmente un principio de identificación de la dominación política;

6. Se respaldaban políticas de corte claramente ilegal, como las realizadas por Ariel Sharon en Israel.

El miedo global

Los que trabajan tienen miedo de perder el trabajo.

Los que no trabajan tienen miedo de no encontrar nunca trabajo.

Quien no tiene miedo al hambre, tiene miedo a la comida.

Los automovilistas tienen miedo de caminar y los peatones tienen miedo de ser atropellados.

La democracia tiene miedo de recordar y el lenguaje miedo de decir.

Los civiles tienen miedo a los militares, los militares tienen miedo a la falta de armas, las armas tienen miedo a la falta de guerras.

Es el tiempo del miedo.

Miedo de la mujer a la violencia del hombre y miedo del hombre a la mujer sin miedo.

Miedo a los ladrones, miedo a la policía.

Miedo a la puerta sin cerradura, al tiempo sin relojes, al niño sin televisión, miedo a la noche sin pastillas para dormir y miedo al día sin pastillas para despertar.

Miedo a la multitud, miedo a la soledad, miedo a lo que fue y a lo que puede ser, miedo de morir, miedo de vivir…

Eduardo Galeano
Patas arriba. La escuela del mundo al revés

En definitiva, a partir del 11 de septiembre Estados Unidos, con un presidente que solventaba con la guerra los problemas de legitimidad con los que había iniciado su mandato debido a los problemas del escrutinio en Florida (donde otra decisión judicial podría haber entregado la presidencia al candidato demócrata Al Gore), reconducía la marcha del mundo en un

escenario de recesión económica, con una nueva ronda de la Organización Mundial del Comercio que incorporaba a China y sus, entonces, más de mil trescientos millones de consumidores a la economía global, y en un impulso de rearticulación global roto por la unilateralidad de determinadas decisiones estadounidenses tomadas antes del 11 de septiembre (los señalados protocolos internacionales no suscritos). La nueva situación mundial, con la necesidad de rearticular alianzas para enfrentar la guerra contra Irak y otros países, y el discurso ideológico que hablaba de la necesidad de una *nueva Guerra Fría*, ahora contra el terrorismo, trazaban renovadas alianzas, que ahondan en la disolución de fronteras que implica el proceso de globalización.

Recordando una apreciación sutil de Guillermo O'Donnell, podemos afirmar que la lucha contra el terrorismo internacional ha recuperado la "gigantesca paranoia antisubversiva" de los setenta que,

> "petrifica a la sociedad" y crea "las condiciones políticas para que los "técnicos" de la economía —quienes nada creen tener que ver con esto porque se limitan a aplicar una universal racionalidad económica— manejen su bisturí; así la pasión del antisubversivo regala al tecnócrata su autoimagen aséptica".[122]

El proceso de desmantelamiento del Estado social y democrático de derecho no ha hecho sino ahondarse desde el fatídico y ambiguo atentado contra el símbolo del comercio mundial, las Torres del World Trade Center, inspirado por el antiguo colaborador de la CIA durante la guerra contra la invasión soviética de Afganistán, Ossama Bin Laden[123]. El 20 Septiembre de 2002, a un año vista de los atentados en Nueva York y Washington, George W. Bush daba a conocer el documento titulado *La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos*, donde se planteaba un principio que no tenía explicitación teórica oficial (aunque sí desarrollo práctico) desde los fascismos de los años treinta: la doctrina de la "guerra preventiva" (*preventive War*).

La relevancia estadounidense en el proceso de mundialización neoliberal continúa la relevancia adquirida a finales de la Segunda Guerra

Mundial. Como apuntamos, el elemento central de la reorganización del capitalismo en Bretton Woods, en 1944, no fue la creación del FMI y el Banco Mundial (entonces BIRD), sino la consolidación del dólar, y por tanto de Estados Unidos, como gestor de la política económica mundial. La fijación del oro como reserva internacional, la necesidad de que cada moneda estuviera referenciada en oro y la obligación de convertibilidad de las monedas en el metal precioso, hacían de los Estados Unidos, que controlaba dos tercios de las reservas mundiales de oro, el *dueño* de la única moneda con capacidad de circulación internacional. A partir de ese momento, le correspondía la gestión y expansión de la liquidez internacional, base a su vez del comercio mundial. Eso generó una incompatibilidad entre la función del dólar como moneda *global* y, al tiempo, el compromiso de acumular reservas de oro en la misma cantidad de la emisión de moneda. El asunto se solventó renunciando los Estados Unidos a acumular el oro que se correspondía con la moneda emitida. Esto le confirió un poder omnímodo —en definitiva, cambiaba en el mundo papeles de color verde por bienes—. En 1970 se juntó el cansancio europeo, especialmente francés, de seguir financiando la aventura militar estadounidense en Vietnam, con presiones de capitales que empezaban a estar transnacionalizados y aprovecharon el déficit comercial estadounidense para iniciar un ataque especulativo. El resultado fue la ruptura de los acuerdos de Bretton Woods y el inicio de la globalización financiera, al tiempo que Estados Unidos recuperaba su capacidad exportadora. Los capitales financieros, quizá el rasgo más relevante, tenían vía libre para generar el esquema de la deuda externa, que se iba a convertir en uno de los principales negocios del siglo XX.[124]

El mundo globalizado presenta a los Estados Unidos, incuestionable única potencia mundial (su gasto militar es la mitad del total planetario), sumido en una tensión incómoda. Por un lado, observa cómo los capitales de otros países tienen la capacidad de doblar en ocasiones su brazo, obligado a respetar las reglas generales de ese *Estado transnacional* encargado de hacer valer las normas de la economía global. Por otro lado, su condición imperial le lleva a asumir decisiones unilaterales que le alejan del resto de países: el establecimiento unilateral de aranceles a las

importaciones de acero; la negativa a suscribir, mantener o avanzar en acuerdos internacionales sobre medio ambiente y desarme; las manifestaciones de desprecio respecto de la ONU; las presiones para conseguir inmunidad para los soldados y funcionarios estadounidenses en el Tribunal Penal Internacional; la autorización de sobornos a periodistas extranjeros; la legalización del asesinato de ciudadanos extranjeros fuera de los Estados Unidos; la abolición del derecho de *habeas corpus*; la autorización de las torturas para obtener información; la decisión de poner en marcha una guerra contra otro país al margen de Naciones Unidas; el veto a otros países para vender armas o material militar a quien ellos decidan (caso de España con Venezuela). Es muy revelador escuchar a Samuel Huntington, uno de los principales orientadores de la política exterior norteamericana:

> "En los últimos años Estados Unidos ha intentado (o ha dado la impresión de intentar) más o menos unilateralmente, entre otras cosas, las siguientes: ejercer presión para que otros países adoptaran los criterios y las prácticas norteamericanas con respecto a los derechos humanos y la democracia; impedir que otros países adquirieran recursos militares que pudieran contrarrestar la superioridad convencional de Estados Unidos; aplicar extraterritorialmente en otras sociedades la ley estadounidense; clasificar a los demás países según su adhesión a las normas norteamericanas sobre derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear, proliferación de misiles, y ahora también libertad religiosa; aplicar sanciones contra países que no satisfacen las normas estadounidenses sobre esas cuestiones; promover los intereses de las corporaciones norteamericanas amparándose en la defensa del libre comercio y los mercados abiertos; configurar la política del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, de forma que sirviera a esos mismos intereses; intervenir en conflictos locales en los que tenía intereses directos relativamente menores; intimidar a otros países para que adoptaran políticas económicas y sociales que beneficiaran a los intereses económicos

estadounidenses; fomentar la venta de armas norteamericanas en el extranjero, al tiempo que procuraba impedir ventas similares de otros países; forzar la renuncia de un secretario general de la ONU y dictar el nombramiento de su sucesor; expandir la OTAN incluyendo en ella a Polonia, Hungría y la República Checa, y no a otros países aspirantes; emprender acciones militares contra Iraq y mantener después duras sanciones económicas contra su régimen; y clasificar a ciertos países como "Estados indeseables", excluyéndolos de las instituciones globales porque se niegan a humillarse ante los deseos estadounidenses".[125]

Mientras los Estados Unidos preparaban el ataque contra Irak, que coincidía en el tiempo con la desestabilización política de Venezuela y con el incremento de la represión israelí sobre los palestinos, algunos autores, con distancia irónica, señalaban la cercanía de la nueva estrategia norteamericana con el "principio de legitimación imperial", vinculado en su día al papado y negado desde el siglo XVII en nombre de la soberanía nacional instaurado por la paz de Westfalia. Ese principio había sido por segunda vez condenado como crimen de guerra en los juicios de Nüremberg, una vez derrotado el nazismo. Pese a la evidencia del enorme paso atrás que este principio creaba, la nueva doctrina estratégica se impuso, poniendo en cuestión la frágil legalidad internacional y volviendo a "inyectar la anarquía a las relaciones internacionales y estratégicas" El siglo XXI venía, pues, cargado de desmemoria.[126]

Una lectura conservadora de la globalización

A raíz de los atentados del 11 de septiembre, comenzó un ataque sistemático contra la disidencia a la mundialización neoliberal. Lorenzo Bernaldo de Quirós, Presidente de *Freemarket International Consulting* escribía en un libro para la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (vinculada al conservador Partido Popular de España, entonces validado como referente de la derecha europea y latinoamericana):

> “el apoyo a la libertad de circulación de bienes, servicios, personas y capitales se ha debilitado de manera sustancial en los últimos tiempos. Los organismos internacionales (OMC, FMI, BM) que deberían ser uno de sus baluartes han comenzado a reconocer los supuestos costes de la misma bajo la presión de una extravagante coalición de la que forman parte desde sindicatos y verdes hasta asociaciones *gays*, pasando por anarcos, agraristas y un sin fin más de grupos articulados alrededor del Movimiento de Resistencia Global, con sus compañeros de viaje, los sindicatos y las denominadas Organizaciones No Gubernamentales, y apoyados por un sector de la *intelligentsia* mediática y académica hostil a la economía de mercado: su lectura de la globalización es muy sencilla: Favorece a las grandes multinacionales, al capitalismo financiero a expensas del empleo, del entorno, de los niños del Tercer Mundo y de un catálogo inacabable de víctimas del imperialismo capitalista (…) En el plano táctico, la condena de los anti-globalizadores a esos hechos era imprescindible si deseaban mantener su peso en la opinión y en la escena política. En la práctica existe una confluencia no buscada pero evidente entre sus intereses y los de al-Qaeda (…) El mundo no necesita menos integración, sino más. Para ello es imprescindible eliminar las barreras proteccionistas que existen en la agricultura, en los textiles, en el transporte, en los servicios, las levantadas por los procedimientos *anti-dumping*, las ilegales restricciones voluntarias a las importaciones… (…)
>
> En todo caso, lo más grave del movimiento contra la globalización es su carácter anti-sistema, su naturaleza nihilista dirigida a destruir el capitalismo democrático sin ofrecer otra alternativa que el caos (…) La mayoría de las ONGs (…) en la práctica llevan camino de convertirse en un gobierno mundial paralelo, eso sí, sin someterse a ningún proceso electoral”.[127]

En una sociedad mediática, la disputa en torno a los nombres tenía que afectar de plano a la globalización. La referencia a la ciudadanía crítica

calificándola como *globalofóbica* o *antiglobalizadora* no pretende sino insistir en su condena previa, rechazando una enseñanza politológica esencial: sin *polemos*, sin conflicto, no hay profundización en la democracia. La idea de *resistencia civil*, un concepto politológico esencial en los años setenta, hoy está estigmatizado como si fuera partícipe de la violencia con que se descalifica a la disidencia. De ahí que, sólo contestando a las acusaciones, sólo enfrentado las *estrategias de demonización* será posible la rearticulación política que reclama el desordenado mundo señalado. De qué lado caiga finalmente la acusación de *terrorismo* —si de los Estados agresores, de minorías violentas o de los pueblos a la defensiva— zanjará desde el campo práctico esta discusión. La globalización, como venimos defendiendo, es un concepto en lucha. Habrá globalización, sin duda sin respaldo popular. Lo que está abierto es si será hegemónica o contrahegemónica.

15. REGLOBALIZACIÓN O BARBARIE: LA RESPUESTA CONTRAHEGEMÓNICA DEL SUR

“Aun así, solo podemos confesar nuestra confusión y nuestra impotencia, nuestra ira y nuestras opiniones, con palabras. Con palabras nombramos aun nuestras pérdidas y nuestra resistencia porque no tenemos otro recurso, porque los hombres están indefectiblemente abiertos a la palabra y porque poco a poco son ellas las que moldean nuestro juicio. Nuestro juicio, temido a menudo por quienes detentan el poder, se moldea lentamente, como el cauce de un río, por medio de corrientes de palabras. Pero las palabras solo producen corrientes cuando resultan profundamente creíbles”.

John Berger,
Cada vez que decimos adiós.

Dicen en las montañas de este país los hombres más viejos y las mujeres, que es necesario que la noche termine, que hay que destrenzar el pelo, que hay que hurgar en las arrugas y que hay que hablar ahora del buen sueño, que es necesario ya que acabe la noche del engaño que nos vendieron y que vuelva a amanecer y que el día esté cabal, despierto cuando le toca y dormido cuando le toca.

Dicen que si esto no ocurre la larga noche será definitiva y no habrá más tierra que poseer, tierra que cuidar ni tierra que querer. Dicen que si no despertamos de la pesadilla del engaño que nos vendieron, no habrá ya por qué luchar.

Subcomandante Marcos,

La caja del sueño

La propuesta que el Presidente de Bolivia Evo Morales hizo a los máximos responsables de la Comunidad Suramericana de Naciones en noviembre de 2006 recogía, sobre la base de los diferentes llamamientos realizados desde el Foro Social Mundial a los movimientos sociales del mundo, los principales elementos para la reconstrucción de una globalización alternativa. Participación popular real, respeto a la diversidad social y cultural, preservación del medio ambiente, fórmulas institucionales nuevas, superación de las asimetrías, lucha contra la inequidad social y complementariedad económica constituyen los pilares de esa propuesta. Una propuesta que, necesariamente, tiene que superar los marcos del capitalismo (depredador), del estatismo (autoritario y castrador) y de la Modernidad (lineal, colonialista, patriarcal, productivista) sustituyendo estas grandes vías por nuevos caminos que desborden sus lógicas excluyentes. La globalización contrahegemónica, esa necesaria remundialización que asume que el mundo está y va a estar interconectado pero que necesita hacerlo de otra manera, es otra forma de entender ese nuevo socialismo que puede alumbrar en el siglo XXI.[128]

Una de las más importantes conclusiones del siglo XX es que la simplificación no puede ser la respuesta a la complejidad. En *La cenicienta* de los hermanos Grimm, para que encaje el deseado y pequeño zapato de cristal en los pies de las odiosas hermanastras, una decide cortarse el talón y otra el dedo gordo. La sangre asustará al príncipe y rechazará a las candidatas mentirosas. El mercado capitalista autorregulado, orientado por la búsqueda liberada y alentada de la mayor rentabilidad inmediata, es una respuesta simplificadora a las exigencias ciudadanas de cumplimiento de los derechos humanos, donde el primero y más importante es el derecho de toda persona a alimentarse. El cuerpo social, sometido a la bota del mercado capitalista omnímodo, se fuerza y sangra por la violencia del cometido. La respuesta emancipadora a la complejidad en una sociedad democrática consiste en complejizar (esto es, multiplicar democráticamente las respuestas), no en simplificar. El mercado es una enorme simplificación disfrazada de la supuesta libertad de los contratos y de la igual libertad que

cualquiera tiene para dormir en la calle o no comer. Una simplificación tan grande que necesita con frecuencia recurrir a la violencia para *complejizar* su imposición.

El ex asesor de Margareth Thatcher, John Gray escribió un libro tras caerse del caballo liberal sobre el que había trotado. En sus páginas pretendió conjurar lo que significaba la utopía liberal:

> "el libre mercado operó como una tenaza que apretó a las clases medias, enriqueció a una pequeña minoría y aumentó el tamaño de las subclases de excluidos, infligió serios daños a los vehículos políticos a través de los cuales fue aplicado, usó los poderes del Estado sin escrúpulos, pero corrompió y en alguna manera deslegitimó las instituciones estatales, disolvió o destruyó la coalición política que inicialmente le dio apoyo, dividió a las sociedades y sus secuelas marcaron los términos dentro de los cuales los partidos de la oposición fueron obligados a operar".[129]

La nueva *gran transformación* operada por el neoliberalismo en el último cuarto del siglo XX rompió el orden existente y desencadenó los fantasmas que había encadenado el acuerdo social de posguerra. "El casino se ha vuelto loco", expresaba Susan Strange a finales de los noventa, mostrando su perplejidad ante un mundo sin horizontes claros. La "era de la vulnerabilidad", como ha definido Luis Enrique Alonso el ocaso del modo de regulación posfordista, genera obligatoriamente respuestas políticas ciudadanas, pues sólo desde una concepción restrictiva de los seres humanos puede imaginarse que la dominación sea asumida acríticamente por los colectivos sociales[130]. No otra cosa es lo que, en forma de dominó, primero en soledad, y luego, crecientemente, como proyecto compartido, empezó a atravesar a los Gobiernos de América Latina, siendo elegidos por los ciudadanos y ciudadanas nuevos gobiernos caracterizados por la necesidad de redefinir desde los propios países unos objetivos que hasta la fecha se marcaban desde los países más ricos, especialmente los Estados Unidos.

Esa perspectiva de recuperación de soberanía es la que lleva a entender la necesidad de **establecer fronteras conscientes de la globalización**, pues, de lo contrario, surgirán límites —toda sociedad los presupone— aunque no definidos desde los intereses colectivos. La idea de *regulación* con vistas a mantener un proyecto de ciudadanía igualitario se convierte en una exigencia, si bien esto no implica que exista una receta de validez general para todos los países. Por eso son necesarias nuevas fórmulas institucionales (desde los niveles locales a la Organización de Naciones Unidas, desde procesos de empoderamiento popular a nuevas actividades supervisadas por el Estado donde la administración sea un acompañante maternal, no paternal, de las iniciativas sociales). No es igualmente casualidad que el Nóbel de economía Joseph Stiglitz lanzara, para asombro de la comunidad económica oficial, una voz crítica sobre la marcha de la globalización. Como le ocurriera al Keynes de 1936, vio que el capitalismo se devora a sí mismo cuando deja de estar tutelado. E igualmente no es casualidad que haya sido el propio Stiglitz quien haya prologado la nueva edición en castellano del clásico de Karl Polanyi de 1944 aparecida en 2003.

La reflexión de Karl Polanyi acerca de la utopía destructiva del mercado autorregulado que condujo a las guerras mundiales, reaparece en la discusión acerca de la globalización. Cuando Polanyi publicó en las vísperas del fin de la Segunda Guerra Mundial, se marcó luchar contra dos *enemigos*:

> “Aparentemente sólo existen dos posibilidades: continuar siendo fieles a una idea ilusoria de libertad y negar la realidad de la sociedad, o bien aceptar esta realidad y rechazar la idea de libertad. La primera solución es la de los defensores del liberalismo económico; la segunda la del fascismo”.

Un capitalismo institucionalizado, como el que en esos momentos se estaba cuajando en Bretton Woods, debiera evitar, como así fue, ese incómodo lecho de terribles resultados. **Pero el capitalismo con rostro amable apenas retrasa los problemas**. No se trata, como hemos

planteado, de dificultades en el modelo, que se pueden resolver con una gestión diferente, sino de un problema *del* modelo. Bastó que regresaran los problemas cíclicos de acumulación para que la fase neoliberal del capitalismo volviera a mostrar con toda crudeza el rostro amenazante del capitalismo. Igual que el "conservadurismo compasivo" de la campaña electoral de George W. Bush era en verdad conservadurismo y nada compasivo, el capitalismo popular demostró ser capitalismo y nada popular. Muy al contrario, la recuperación de la tasa de beneficio se planteó sobre los hombros de los trabajadores.

"Sólo de lo negado canta el hombre / sólo de lo perdido", recordaba el poema de Agustín García Calvo. Desde la pérdida, cualquier pasado parece más hermoso. El medio siglo que va entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la caída del muro de Berlín no fue, especialmente para los países que quedaban fuera del arreglo keynesiano, un panglossiano mundo excelente que, como repetía el preceptor de *Cándido* en la novela de Voltaire, fuera "el mejor de los mundos posibles". Pero sí debe asumirse que fue capaz de incorporar la experiencia del primer tercio de siglo, poniendo en marcha algunos mecanismos de acuerdo internacional que evitaron las aventuras bélicas globales o las involuciones fascistas (aun al precio también señalado de exportar las guerras a las periferias, ahondar las diferencias entre el Norte y el Sur, acelerar el deterioro ecológico o crear franjas de exclusión).[131]

El fin del sistema de Bretton Woods y su régimen de acumulación trae de nuevo a escena la idea de un *capitalismo desorganizado* que condena al ser humano al peor de sus castigos: el desarraigo. En su esquela mortuoria dice que fue sepultado por un variado séquito de enterradores donde estaban, en primer lugar, las exigencias económicas estadounidenses; también la necesidad del sistema de acumulación —que afectaba a todos los países sometidos a ese régimen de reproducción económica— de superar el cuello de botella de la regulación keynesiana; igualmente la voluntad política de una época, donde los sectores populares, satisfechos y poco conscientes, perdieron su capacidad de incidencia política; y siempre acompañados por un desarrollo tecnológico exponencial que permitía atrever muchas cosas. Llama la atención que en 1998, en el 150 aniversario

del *Manifiesto Comunista*, se expresara una actualidad de ese texto que no tenía cincuenta años atrás cuando el sistema capitalista estaba *embridado*. La quiebra o abandono del modo keynesiano de regulación y la justificación del desmantelamiento del Estado social incluso en países que habían sido vanguardia del mismo, explican la hegemonía de la explicación económica en el análisis de la globalización. Los argumentos que pretendían dar cuenta de la reducción de las políticas sociales insistían en imponderables de la economía internacional, y si bien la voluntad política reclamaba también su cuota de explicación, el arsenal formal económico operaba como *nueva forma de brujería* y brindaba, forzando el análisis, el grueso de la explicación del proceso.

¿Es factible la reconstrucción de un orden mundial estable? ¿Pueden los Estados nacionales recuperar y, desde ahí, ir más allá de su condición de Estados sociales y democráticos de derecho lesionada bajo la *noche de la globalización*? ¿Es factible una reconstrucción de un patrón político democrático capaz de regular los intercambios económicos internacionales? Parece que la globalización nos obliga a movernos entre la señalada ciudadanía de *Liliput*, atada a los Estados nacionales, y la *idiotez* descomprometida de la cosmópolis de Brobdingnag, el amenazador país de los gigantes. ¿Podemos encontrar una nueva síntesis donde la condición ciudadana en un barrio de cualquier ciudad del mundo esté referenciada por la ciudadanía universal a la que obliga un mundo interconectado y que discurre en la misma nave Tierra?

Hoy sabemos —e ignorarlo es suicida— que hay un aspecto que obliga a activar los *frenos de emergencia* de los que habló Walter Benjamin: el espectáculo dantesco que está prometiendo **la crisis ecológica**. Los estudios de la huella ecológica ya demuestran que hemos superado la capacidad de recuperación del planeta en un 40%. El cambio climático, una realidad contrastada, descansa en la actividad humana de los decenios. Y aún hay grandes zonas del planeta, como China e India, que aún no se han incorporado al nivel de consumo occidental. Se trata de proyecciones acerca del derretimiento de los casquetes polares, del calentamiento de la Tierra, del crecimiento inmediato de los mares, del cambio de las corrientes submarinas, del trastorno climático con lluvias, tifones y huracanes, de la

desertización, de enormes desplazamientos vinculados a los trastornos de la Tierra… De continuos desastres reales, en preparación y ya sucedidos que son una clara señal de un mundo al que la modernidad, el capitalismo y la política estatocéntrica han llevado a las puertas de la catástrofe. Se trata de incorporar nuevos indicadores (sociales, ecológicos, de género, culturales y multiculturales, pacifistas…) que demuestren la irracionalidad de una organización económica vinculada estrictamente al beneficio material de algunos sectores cada vez más pequeños.

La puerta abierta por la globalización neoliberal da al vacío. Lo que hay detrás de cada catástrofe climática refleja la posición política de la globalización neoliberal: opacidad empresarial y rapiña reforzada por el desarraigo; falta de regulación del comercio internacional; impunidad de las empresas energéticas transnacionales; desmantelamiento de los recursos políticos estatales e incapacidad administrativa para enfrentar los problemas medioambientales; vinculaciones entre la política institucional y el mundo empresarial; abandono por parte del ejército de las tareas de protección civil; falta de reflejos de la administración; sustitución de las obligaciones estatales por la tarea de voluntarios y donaciones de los particulares. Es decir, retirada del Estado y entrega al mercado de la reparación de lo que él mismo ha roto. La zorra al cuidado del gallinero.

Con motivo de la Cumbre sobre Mediombiente en el verano de 2002, el *lobby* petrolero escribía a George Bush:

> "(…) la Cumbre de Johannesburgo proporcionará ante los medios de comunicación una plataforma mundial para los agentes más irresponsables y destructivos involucrados en aspectos vitales de la economía y el medio ambiente internacionales. Tu presencia sólo ayudaría a dar más publicidad y hacer más creíbles las agendas de sus diversas agendas contra la libertad, antipopulares, antiglobalización y antioccidentales (…) Apoyamos enérgicamente tu negativa a firmar nuevos tratados internacionales sobre el medio ambiente o a crear nuevas organizaciones internacionales medioambientales (…). El tema medioambiental mundial menos importante es el potencial cambio climático, y esperamos que tus

negociadores en Johannesburgo puedan dejarlo fuera de la atención de la opinión pública y de la mesa de discusión".

La agresión contra Afganistán, preparación de la posterior invasión de Irak, el refuerzo de la política genocida de Israel o la constante agresión a Venezuela, también tuvieron detrás las razones del petróleo, dentro de un modelo de desarrollo que necesita precios bajos del combustible. Y el agotamiento de los recursos fósiles, con el incremento escalado de su precio, situará de nuevo a la energía nuclear en el centro del debate, con los factores añadidos de su uso militar. Ni China ni India forman parte del Protocolo de Kyoto. La urgencia de medidas que solamente puede ser globales es máxima. Pero no hay actor global, fuera de esa estatalidad funcional a la acumulación capitalista, que realmente lo sea, y tampoco perspectivas inmediatas de que pueda construirse esa referencia. Las articulaciones regionales, estatales pero también ciudadanas, parecen el paso intermedio más plausible para reinventar el orden mundial.

Después de una etapa de construcción teórica del fragmento, es momento de teorizar los comportamientos globales. Va siendo tiempo de volver a construir explicaciones que tendrán que funcionar como **grandes mosaicos de pequeños relatos** donde puedan trenzarse, a la búsqueda de un sentido que permita orientarnos, las micro causalidades múltiples que expliquen el mundo complejo en que vivimos. No una gran teoría que ahogue las otras, sino un esfuerzo intelectual que permita tejer la red del mundo y entender la *trama de la vida*. Mientras ese esfuerzo intelectual toma cuerpo, queda el deseo ciudadano de que cada error creado por un sistema inhumano (catástrofes ecológicas, violencia estatal, guerras, terrorismo, hambrunas, desarraigo, miseria, tristeza y enfermedades) se traduzcan en peldaños en el edificio de la razón. El proceso de transterritorialización ha permeado muchos ámbitos de lo social. No se trata, por tanto, de dar marcha atrás (ejercicio vano) sino de entender que estamos en un nuevo proceso de bifurcación del desarrollo emancipador. Una bifurcación que sabemos está en marcha, aunque no pertenece a la ciencia social predecir su resultado. Será una tarea para la ciudadanía comprometida.

Una nota sobre el Estado socialista

Desde la Revolución francesa las utopías dejaron de ser estatistas para pasar a ser antiestatistas. El aparato del Estado, lejos de servir a la emancipación, se convirtió en una gran amenaza belicista y que actuaba como el principal garante de la desigualdad social en sociedades divididas en clases. Pero mientras haya conflicto habrá política. El Estado es la condensación de la política en cada momento histórico. El Estado moderno es esa condensación de un proceso que se inicia a finales del siglo XV. En la balanza de resultados, los pueblos no parecen haber resultado muy beneficiados. Basta con que el *libro negro* de los últimos quinientos años, que coincide con el *libro negro del capitalismo*, sume la conquista de América y África, la depauperización de los campesinos despojados por los cercamientos de tierras, el colonialismo militar y el neocolonialismo económico, y las guerras mundiales para dejar claros los números. A cada acción, siempre le llegó una reacción. Toda Revolución trajo su *Termidor*.

Con su clarividencia, sería Tocqueville quien, en *La democracia en América* (1835), viera en el Estado el freno necesario a la marea revolucionaria. Marx, superando el análisis abstracto y ahistórico del Estado de Hegel se posicionó contra el Estado, afirmando que "El poder estatal moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa" (si bien más tarde le reconocería una autonomía relativa respecto de las clases sociales). Aunque no hay una clara teoría del Estado en Marx, queda claro en su obra que Estado moderno burgués y capitalismo eran dos brazos de un mismo esquema de sujeción. El Estado, como aparato de dominación, no dejaba huecos para la "libre asociación" de individuos no mediados en su desarrollo por ningún poder económico ni político. El Estado siempre obliga. Está en su lógica, aunque se haya enmascarado durante su desarrollo bajo el capitalismo. Siempre ha existido *razón de Estado* (someter a las partes al interés —real o supuesto del todo). Bajo el capitalismo, la razón de Estado coincide con la valoración del capital, con la

reproducción de la tasa de beneficio. La razón de Estado se confunde con el imperativo mercantil. En términos absolutos, Estado y democracia son incompatibles. Pero vivimos en mundos reales, no en absolutos teóricos. Pueden medirse grados de democracia en la relación con el Estado. A menor control social del Estado, menor democracia. No olvidemos que el Estado es una relación social. En el esquema capitalista, donde la lógica es la del capital, Estado y democracia son incompatibles, ahora no en términos teóricos, sino en términos reales. Unas veces será más evidente —como ahora con el neoliberalismo—, otras menos —como bajo el modo de regulación fordista o keynesiano—, pero la incompatibilidad es estructural.

Como se vio en la Unión Soviética o ahora en China, la razón de Estado comunista no fue menos dañina, aun con fines diferentes y con la presunción de que la explotación había terminado. Siempre que hay conflicto hay política. Al ser el Estado "política condensada", su mera existencia demuestra que aún hay conflicto. En su crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Marx planteó que la república democrática sería "la verdadera democracia donde el *Estado político* desaparece". En otras palabras, la Comuna de hombres y mujeres libres.

Pero la práctica, como ha demostrado la historia, es infinitamente más compleja que una teoría demasiado cargada de idealismo. Si en las sociedades capitalistas *realmente existentes* el Estado es el garante último de su reproducción ¿qué significa que el Estado sería el garante último de una sociedad socialista? En términos teóricos clásicos, como hemos visto, eso no sería posible; pero sí en términos prácticos. El trabajo de Lenin fue un constante actualizar la teoría con las nuevas prácticas. Una sociedad global reclama una estatalidad global. Le correspondería a un Estado socialista ser el garante último del socialismo, es decir, de un sistema donde la propia sociedad se autoorganizaría al margen de cualquier sistema de dominación. La única garantía estatal de que eso fuera así sería desapareciendo, utilizando su propia fuerza para

devolverle todo el poder a una sociedad que, seguramente, si fuera en verdad socialista, ya lo habría reclamado. El Estado socialista sólo puede ser un Estado que esté sentando las bases para la transición al socialismo, esto es, para devolver a la ciudadanía el control de todos los medios de su existencia. ¿Factible?

El Estado, en su realidad histórica, no pertenece a la sociedad socialista. Pero el Socialismo (con mayúsculas) es un fin, una meta. Lo relevante es el proceso, los socialismos que va construyendo en el camino. De lo contrario, al socialismo le ocurriría como a Dios: sería una causa demasiado grande para un resultado tan mediocre. La realidad devuelve al análisis el problema práctico de la transición al socialismo. Ahí se ve que los plazos son más lentos que los que consideró la teoría revolucionaria clásica. Y así se evita la falsa discusión de si ya se está en el socialismo o si negociar con los límites de la realidad es una traición a la emancipación. Cuando lo que orienta es un horizonte que siempre está igual de lejos (de lo contrario, la sociedad se volvería complaciente), el nivel de discusión es otro. Al igual que renunciar a la revolución y a la rebeldía ahogan la transformación social democrática, renunciar a espacios de reformismo —de negociación con el lugar del que se parte— conduce al fracaso, pues comete el mismo error que creer que los unicornios existen porque existen caballos y cuernos. Reformismo es usar al Estado para poner en marcha procesos de seguridad social en el marco de sociedades capitalistas. Reformismo es fomentar el cooperativismo, sacar del mercado la educación, la sanidad, las pensiones, financiándolos con dinero proveniente de los impuestos. Reformista es el capitalismo de Estado que vende bienes en el mercado y usa los fondos para el amejoramiento de la vida de la ciudadanía. Revolucionaria es la propiedad pública de los medios de producción cogestionada con los trabajadores y guiada por el valor de uso y no por el valor de cambio. Revolucionaria es la reforma agraria que entrega a los campesinos el uso de una tierra recuperada para la nación y que, igualmente, permite alimentar a la población sobre la base de relaciones no mercantiles.

Revolucionario es el control estatal de los sectores centrales de la economía y su puesta al servicio de la provisión de bienes públicos. Rebelde es la creación de comunas autogestionadas que se relacionan flexiblemente con el mercado, con el Estado y con otras comunidades. Rebelde es la creación de relaciones de intercambio no guiadas por relaciones sociales desiguales. Rebelde es la creación de nuevas dimensiones de leer la realidad para utilizar el propio impulso del capitalismo, del Estatismo y de la modernidad para desbordarlo de manera imaginativa, sin violencia y al servicio de un nuevo sentido común.

Es evidente que el Estado socialista, aún como tipo ideal, debe ser *otra cosa*. Para entender esto hay que hacer una pregunta previa no respondida: ¿es la sociedad socialista la que construye el Estado socialista o es el Estado el que impulsa el socialismo en la sociedad? La evidencia histórica nos dice que, salvo lo ocurrido en pequeños espacios locales, siempre ha sido el aparato estatal, ocupado por personas con ideas socialistas, el que ha intentado construir el socialismo. Con escaso éxito, habría que añadir. Hoy sabemos, por la experiencia soviética, que lo que es válido para la teoría, luego puede fácilmente torcerse en la práctica. Pensar que el Estado puede crear el socialismo en una sociedad que no es socialista es ingenuo. Es esencial, por tanto, **entender los tiempos de las transformaciones**. Es más fácil que una vanguardia concienciada se haga con el poder del Estado —a través de vías revolucionarias o por el agotamiento político de las élites tradicionales— que una sociedad cambie los valores y los interiorice antes de una generación. Esa tarea le corresponde a la propia sociedad, aunque ayudada por las estructuras estatales que deben empezar de inmediato la fase de **transición al socialismo**. Por eso creemos en la convivencia de comportamientos reformistas, revolucionarios y rebeldes dentro de un mismo impulso de transformación social. **Uno marca lo posible, otro lo urgente, otro lo diferente**.

La fase de transición, claramente subteorizada, deberá avanzar con ciertas dosis de ensayo y error, subsanando la principal

evidencia del fracaso del socialismo realmente existente: la falta de confianza en la población. Pero incluso en ese escenario de transición socialista, la administración colectiva de los intereses conjuntos va a reclamar, al menos en el corto y mediano plazo, estructuras estatales que caerán más cerca de las formas tradicionales que de las socialistas. Si es evidente que el socialismo no se decreta, no debe serlo menos que tampoco se decreta la disolución del Estado y su sustitución por una organización política "celestial", algo fácil de decir e imposible de hacer mientras no exista un cuerpo administrativo capacitado y comprometido con el nuevo modelo. De ahí que sea de estricta relevancia que la sociedad vaya construyendo un Estado que, a su vez, propicie formas de organización políticas experimentales que vayan alcanzando eficiencia y eficacia dentro de los nuevos parámetros de emancipación, logrando así *desbordar* las formas estatales tradicionales. Antes de decretarse la disolución del Estado debieran existir formas políticas organizativas que demuestren que otra gestión de los asuntos públicos no solamente es posible sino que es claramente superior para los fines de la emancipación (incluyéndose aquí la satisfacción de las necesidades colectivas).

Volvemos de nuevo a la propuesta de *desbordar* las tres grandes autopistas que nos han traído a este mundo poco amable.

1. Desbordar el **capitalismo** satisfaciendo las necesidades sociales de manera que se demuestre que el modo de producción capitalista es comparativamente ineficiente —con la ayuda de nuevos indicadores— respecto del sistema socialista. Pero usando la enseñanza que nos brinda el desarrollo de las fuerzas productivas que ha alcanzado este modo de producción basado en la propiedad privada y el mercado.
2. Desbordar la **Modernidad**, demostrando su carga de dolor por su arrogancia lineal, productivista, machista y colonial. Pero usando la enseñanza que nos brinda el uso de la razón como

una forma de pensamiento y un método de enfrentar la vida individual y social superior a la superstición o el irracionalismo.

3. Desbordar el **Estado**, logrando formas de organización que demuestren que es posible alcanzar un orden político menos castrador, autoritario, empequeñecedor, paternalista, terrible y angustiante. Pero usando la enseñanza que nos brindan las ventajas de una referencia política común que se encarga de los intereses comunes y de la planificación de los asuntos colectivos.

Todo esto nos lleva, necesariamente, a una definición de qué debe entenderse por socialismo. El socialismo es un sistema de organización social, política, normativa, económica y cultural que busca la libertad y la justicia, armonizando para ello los recursos materiales, institucionales e intelectuales de la sociedad, con el objeto de conseguir la igualdad de capacidades personales, la libertad de individuos y colectivos, la solidaridad entre los miembros de la comunidad, el respeto medioambiental, la paz entre las naciones y la defensa de la identidad de los pueblos.

Hablamos de “igualdad de capacidades” entendiéndola como una fórmula superior a la igualdad de oportunidades —que no garantiza el resultado— o a la igualdad de resultados —que, o bien es una entelequia pues no es realizable o supondría una homogeneización que robaría la libertad individual y no contemplaría la necesaria corresponsabilidad de las personas en su destino—. La igualdad de capacidades es una fórmula superior al “a cada cual según sus necesidades y de cada cuál según sus posibilidades” por, al menos, dos razones. En primer lugar, es menos autoritaria —de cada cual según sus posibilidades implica una exigencia, un hecho de fuerza al margen de la voluntad de los individuos—; por otro lado, el “a cada cual según sus necesidades” desresponsabiliza y, con ello, roba dignidad a las personas.

Estamos ante una definición de socialismo que reclama para su existencia un cambio profundo de conciencia. Si el hombre nuevo no es sino el hombre viejo en nuevas circunstancias, le corresponde al Estado socialista permitir esas nuevas circunstancias. Aquí la imaginación que se reclama es infinita. No basta dar un subsidio o entregar una vivienda a una persona sin recursos para crear consciencia socialista. Al contrario, es posible que se cree una consciencia de propietario celoso de su nueva riqueza, que pretende cerrar la puerta tras de sí. El socialismo sólo puede ser participado, pues de lo contrario se convierte en un marco clientelar que, en caso de alguna dificultad, será abandonado por aquellos que se beneficiaron del esfuerzo colectivo (como demuestra la experiencia europea). El socialismo no va a evitar la necesidad de trabajar, las envidias, los celos, la angustia ante la muerte. Se trata de que siente las bases para otra relación con una naturaleza humana que no es ni de ángel ni de demonio.

En esa siembra estatal de las nuevas circunstancias, hay un rasgo muy importante: el suministro colectivo de bienestar debe generar una conciencia de lo público. Es en la cola de un hospital público —o de un colegio, un auditorio, un Ministerio— donde se construye conciencia de lo que pertenece al conjunto. Por el contrario, en el mercado, la lucha de todos contra todos, el triunfo del más exitoso a la hora de conseguir dinero, espacio, bienes o cargos, genera una conciencia privatista. Se trata de que en el suministro de lo público no se pierda la corresponsabilidad. Es la conciencia que hay en el metro en Alemania, donde el usuario se encarga de sacar su propio boleto sin que nadie lo fiscalice. Basta saber que si todos dejan de pagar, el metro no podría sostenerse. Es la consciencia de los cooperativistas que al jubilarse o abandonar la cooperativa no se llevan ninguna acción con ellos —obviamente, sí los derechos adquiridos—, pues entienden que la cooperativa no es una propiedad particular, sino un espacio de trabajo que pertenece a los que la trabajan. Es la consciencia que acompaña al trabajo voluntario que armó las misiones en Venezuela o que sostuvo la

amenazada revolución cubana con el ejemplo de honestidad de Ernesto Che Guevara.

Una mirada atenta a la construcción del socialismo que no se detenga en la teoría, entenderá que nunca se parte de una situación homogénea, de manera que es importante atender las expectativas de todos los sectores que conforman la sociedad. El socialismo no puede ser solamente para las clases bajas, si bien el máximo esfuerzo debe ir dirigido hacia ellas. Castigar a los sectores medios fue un error, repetido durante el siglo XX, que en muy poco ayudó a los más necesitados. Además de que convierte en enemigos a los que son un referente. ¿O acaso no busca el socialismo ir elevando el nivel de vida de la ciudadanía? Esa manera de pensar es la que lleva a que cualquier avance en la escala social haga mirar a los recién llegados con suspicacia hacia su situación anterior (fueron las clases medias creadas por la socialdemocracia las que votaron por la derecha en los ochenta). No tiene sentido que el socialismo mejore la vida de la gente para luego criticar a los que han mejorado, logrando el efecto perverso de que esos sectores se alejen del socialismo y desprecien el lugar de donde vienen. Igual que es absurdo exigir a la ciudadanía sacrificios que convierten cada día en una aventura ardua. El socialismo debe mejorar el día a día de la ciudadanía, no estropeárselo con un presente gris en nombre de un futuro luminoso. Los que piden a los pueblos que coman socialismo, revolución, coraje y compromiso, por lo general pertenecen a sectores pudientes que hace mucho que no se preocupan por si hay comida en la despensa. Esos discursos han hecho y hacen mucho daño al socialismo. Hace falta un poco más de imaginación y amabilidad para inventar la emancipación. La meta está claramente vinculada a los de abajo. El camino debe guiarse por la luminosidad colorida de la vida y no por el “árbol gris de la teoría”.

El Estado socialista se la juega en la creación de conciencia socialista. El nuevo marco normativo, social, cultural, laboral, tecnológico, económico, internacional, que facilite una manera diferente de entender el mundo y la vida, debe convertirse en un

nuevo sentido común, de manera que la solidaridad y la fraternidad sean tan evidentes como ayudar a un niño caído.

Como demuestra el desarrollo de los derechos de ciudadanía, sólo con el conflicto social vino el reconocimiento del derecho a "compartir la herencia social, lo que, a su vez, significa exigir un puesto como miembros de pleno derecho de la sociedad, es decir, como ciudadanos"[132]. Pero la emancipación social ya no está en exclusiva en los que fueron los *recipientes* por excelencia de antiguas bifurcaciones, los partidos políticos y los sindicatos, en su viaje de construcción de los derechos civiles, políticos y sociales. En el campo de las transformaciones sociales tendrán que coincidir los tres alientos de la emancipación, escindidos a lo largo del siglo pasado y que ahora reclaman una nueva relación dialéctica. Esa transformación social beberá necesariamente de las fuentes del reformismo (que gestionen los logros alcanzados), de la revolución (que radicalicen los logros aún pendientes) y de la rebeldía (que se atreva a inventar logros que no están en la agenda), no vislumbrándose ahora mismo la posibilidad de que ninguna de ellas se oriente por actitudes violentas.

Detrás de esta posición disponemos de una propuesta de acción clave, orientada por el funcionamiento del Foro Social Mundial. No se trata simplemente del momento de la protesta, de negar las tres lógicas apuntadas que han conducido a la globalización (el pensamiento moderno, el desarrollo del capitalismo y la construcción estatal), sino de ejercer la propuesta para *desbordarlas*, para superarlas no desde la negación sino poniendo en su lugar sustitutos que sean superiores desde la ética de la emancipación. Es decir, que satisfagan los requisitos sociales de la reproducción pero que lo hagan desde un ángulo que prime el retorno social de la vida en común. Se trata, desde la perspectiva de la filosofía política, de aunar los tres principales fundamentos de la convivencia: la base moral igualitaria del cristianismo, que asienta la posibilidad de cambios en una transformación de la conciencia (rebeldía); los aportes del liberalismo igualitario, que entiende que la emancipación es obra de instituciones virtuosas (Rawls) y del pensamiento marxista clásico, que sabe que sólo a través de los conflictos sociales —de la lucha de clases— será posible el

advenimiento de la sociedad democrática, es decir, de la sociedad socialista. [133]

La actitud reformista gestiona los avances alcanzados en momentos de transformación anteriores. Basta recordar que el voto fue una conquista revolucionaria que después hubo que gestionar. El reformismo defiende los cambios que no cuestionan el modelo en su desarrollo cotidiano, y si bien está amenazado por la rutina y el conservadurismo, es la garantía de un funcionamiento real de las sociedades complejas que entienden que es imposible romper de manera total y tajante con el pasado. El reformismo es el diálogo mínimo con lo que existe, cuya desaparición no se logra, como decíamos, con decretarla. Esto evita además la melancolía de la impotencia y también la hipocresía de mantener un discurso y hacer lo contrario (que es una forma de corrupción). La actitud revolucionaria actual, por el contrario, plantea el "todo y ahora" de las reclamaciones tradicionales del mundo del trabajo. Cuestiona la explotación, confía en la gestión del aparato estatal —por tanto, también en los partidos— y otorga un faro (una estrategia) a la gestión de lo existente. La revolución tiene su referencia en la promesa incumplida de igualdad que hizo la Ilustración. La actitud rebelde, por su parte, es reversiva, novedosa, espontánea, ajena a jerarquías, plantea nuevas formas y nuevos horizontes asumiendo el cambio de paradigma social en el que estamos incursos. Tiene más que ver con la libertad y la fraternidad, y su contenido libertario le ha hecho desconfiar históricamente del reformismo y de la disciplina jerárquica de toda revolución.

Pero ninguna de ellas se basta en exclusiva. La postura reformista que carezca del programa de máximos que marca el corpus revolucionario corre el riesgo de cristalizarse y perder su condición progresista. El reformismo que tan sólo gestiona lo existente termina siendo el conservadurismo más mentiroso. La revolucionaria que no entienda que el reformismo gestiona conflictos sociales anteriores, e, incluso, el resultado de revoluciones anteriores, cae en una incoherencia de fondo, además de que está condenada a no ser nunca hegemónica por no poder arrastrar detrás de sí a personas que tienen algo más que perder que sus cadenas. La rebelde que no entiende que el mundo del que provenimos no pertenece todavía —¡ni mucho menos!— al pasado, y corre el riesgo de creer que las transformaciones

sociales sólo están referenciadas en aquellos aspectos de los que se preocupa, desemboca en heroismos trágicos o en cansancios prematuros. Es cierto que el cuerpo rebelde (marcado por el zapatismo, por los nuevos movimientos sociales, por los barrios organizados, y también por la apertura de nuevas formas de organizar el Estado que discuten no sólo con los partidos sino también con la sociedad organizada) tiene las ventajas —y los inconvenientes— de lo que marca la nueva tendencia. Pero una brecha en la pared no hace brecha de la pared entera. Rebeldía tiene que entender que la ausencia de estructuras es más funcional en la propuesta que en la protesta y, hasta ahora, no ha encontrado formas de respuesta a la complejidad que no sean salidas individuales o de muy pequeña escala. Por su parte, si el reformismo o la revolución no entienden esa novedosa mirada —la brecha —, la amenaza de continuar la senda del desentendimiento político se ahondará, especialmente con las nuevas generaciones. Hasta que la pared, después de haber sido muro de cárcel, se desplome y los cascotes caigan encima de los de siempre.

Como se ha planteado desde el principio, estamos inmersos en un momento de replanteamiento de las miradas. De ahí que sea tan necesaria la reflexión politológica que recupere los grandes temas. Rescribiendo el lema de Hölderlin, podríamos decir que “allí donde crece el peligro, nace también la esperanza”. Lo expresa con otras palabras Boaventura de Sousa Santos (1998: 424):

> “Después de siglos de modernidad, el vacío del futuro no puede ser llenado ni por el pasado ni por el presente. El vacío del futuro es tan sólo un futuro vacío.
>
> Pienso pues que frente a esto sólo hay una salida: reinventar el futuro, abrir un nuevo horizonte de posibilidades cartografiado por alternativas radicales. Con esto se asume que estamos entrando en una fase de crisis paradigmática y por lo tanto, de transición entre paradigmas epistemológicos, sociales, políticos y culturales. Se asume también que no basta continuar criticando el paradigma aún dominante, lo que, por lo demás se ha hecho ya hasta la saciedad. Es necesario, además, definir el paradigma emergente

(…) ¿Cómo proceder frente a esto? Pienso que sólo hay una solución: la utopía”.[134]

Desde el optimismo de la voluntad y tras el pesimismo de la inteligencia un viejo lema unificador se renueva. Nos alerta de los peligros en los que está sumida una democracia que no ha incorporado las nuevas bifurcaciones de libertad existentes (la rebeldía) pero que está perdiendo logros de bifurcaciones anteriores (las reformistas y las revolucionarias). Un lema añejo pero no rancio que invita, renovado desde el análisis que pretenden estas páginas, a un imperativo que reinventa el escenario social y político, que tiene la voluntad de hacerse hegemónico especialmente en un momento donde la lógica guerrera, tan vinculada al modelo de globalización neoliberal, amenaza con desordenar radicalmente las relaciones políticas en cada rincón del planeta. Un lema que incorpora los tres cuerpos de la emancipación y que, en definitiva, pide, como alternativa que no puede ignorarse, a riesgo de pagarse un alto precio, *reglobalización o barbarie*. Un momento previo de transición al necesario socialismo que aleje la barbarie del presente y del pasado. No negar la realidad, sino conocerla acertadamente para superarla. No negar la globalización sino oponerle una globalización contrahegemónica. No sacrificar el presente sino empezar ya a construir el futuro. Precisamente lo que están proponiendo los pueblos de Suramérica en la nueva fase abierta tras las victorias electorales y ciudadanas de la izquierda que han teñido de esperanza una política que se daba por perdida y que ahora ha regresado con la fuerza acumulada de tantos decenios y siglos de silencio.

ANEXO

CONSTRUYAMOS CON NUESTROS PUEBLOS UNA VERDADERA COMUNIDAD SUDAMERICANA DE NACIONES PARA “VIVIR BIEN”

La Paz, 2 de octubre de 2006

Hermanos Presidentes y Pueblos de Sudamérica:

En diciembre del 2004, en Cuzco, los presidentes de Sudamérica asumieron el compromiso de “desarrollar un espacio sudamericano integrado en lo político, social, económico, ambiental y de infraestructura” y afirmaron que “la integración sudamericana es y debe ser una integración de los pueblos”. En la Declaración de Ayacucho destacaron que los principios de libertad, igualdad, solidaridad, justicia social, tolerancia, respeto al medio ambiente son los pilares fundamentales para que esta Comunidad logre un desarrollo sostenible económico y social “que tome en cuenta las urgentes necesidades de los más pobres, así como los especiales requerimientos de las economías pequeñas y vulnerables de América del Sur.”

En Septiembre del 2.005, durante la Primera Reunión de Jefes de Estado de la Comunidad Sudamericana de Naciones realizada en Brasil, se aprobó una Agenda Prioritaria que incluye, entre otros, los temas del diálogo político, las asimetrías, la integración física, el medio ambiente, la integración energética, los mecanismos financieros, la convergencia

económico comercial y la promoción de la integración social y la justicia social.

En diciembre de ese mismo año, en una Reunión Extraordinaria realizada en Montevideo, se conformó la Comisión Estratégica de Reflexión sobre el Proceso de Integración Sudamericano para que elabore "propuestas destinadas a impulsar el proceso de integración sudamericano, en todos sus aspectos (político, económico, comercial social, cultural, energía e infraestructura, entre otros)".

Ahora en la II Cumbre de Jefes de Estado debemos profundizar este proceso de integración desde arriba y desde abajo. Con nuestros pueblos, con nuestros movimientos sociales, con nuestros empresarios productivos, con nuestros ministros, técnicos y representantes. Por eso, en la próxima Cumbre de Presidentes a realizarse en diciembre en Bolivia estamos también impulsando una Cumbre Social para dialogar y construir de manera mancomunada una verdadera integración con participación social de nuestros pueblos. Después de años de haber sido víctimas de las políticas del mal llamado "desarrollo" hoy nuestros pueblos deben ser los actores de las soluciones a los graves problemas de salud, educación, empleo, distribución inequitativa de los recursos, discriminación, migración, ejercicio de la democracia, preservación del medio ambiente y respeto a la diversidad cultural.

Estoy convencido que en nuestra próxima cita en Bolivia hay que pasar de las declaraciones a los hechos. Creo que debemos avanzar hacia un tratado que haga de la Comunidad Sudamericana de Naciones un verdadero bloque sudamericano a nivel político, económico, social y cultural. Estoy seguro que nuestros pueblos están más próximos que nuestras diplomacias. Creo, con todo respeto, que nosotros los presidentes debemos dar un sacudón a nuestras Cancillerías para que se desempolven de la rutina y enfrentemos este gran desafío.

Soy consciente de que las naciones en Sudamérica tienen diferentes procesos y ritmos. Por eso propongo un proceso de integración de diferentes velocidades. Que nos tracemos una hoja de ruta ambiciosa pero flexible. Que permita a todos ser parte, posibilitando que cada país vaya asumiendo los compromisos que puede asumir y permitiendo que aquellos

que desean acelerar el paso lo hagan hacia la conformación de un verdadero bloque político, económico, social y cultural. Así se han desarrollado otros procesos de integración en el mundo y el camino más adecuado es avanzar en la adopción de instrumentos de supranacionalidad respetando los tiempos y la soberanía de cada país.

Nuestra integración es y debe ser una integración de y para los pueblos. El comercio, la integración energética, la infraestructura, y el financiamiento deben estar en función de resolver los más grandes problemas de la pobreza y la destrucción de la naturaleza en nuestra región. No podemos reducir la Comunidad Sudamericana a una asociación para hacer proyectos de autopistas o créditos que acaban favoreciendo esencialmente a los sectores vinculados al mercado mundial. Nuestra meta debe ser forjar una verdadera integración para “vivir bien”.

Decimos “vivir bien” porque no aspiramos a vivir mejor que los otros. Nosotros no creemos en la línea del progreso y el desarrollo ilimitado a costa del otro y la naturaleza. Tenemos que complementarnos y no competir. Debemos compartir y no aprovecharnos del vecino. “Vivir bien” es pensar no sólo en términos de ingreso percápita sino de identidad cultural, de comunidad, de armonía entre nosotros y con nuestra madre tierra.

Para avanzar por este camino propongo:

A nivel social y cultural

1. Liberemos Sudamérica del analfabetismo, la desnutrición, el paludismo y otros flagelos de la extrema pobreza. Establezcamos metas claras y un mecanismo de seguimiento, apoyo y cumplimiento de estos objetivos que son el piso mínimo para empezar a construir una integración al servicio del ser humano.

2. Construyamos un sistema público y social sudamericano para garantizar el acceso de toda la población a los servicios de educación, salud y agua potable. Uniendo nuestros recursos, capacidades y experiencias estaremos en mejores condiciones de garantizar estos derechos humanos fundamentales.

3. Más empleo en Sudamérica y menos migración. Lo más valioso que tenemos es nuestra gente y la estamos perdiendo por falta de empleo en nuestros países. La flexibilización laboral y el achicamiento del Estado no han traído más empleo como prometieron hace dos décadas. Los gobiernos tenemos que intervenir coordinadamente con políticas públicas para generar empleos sostenibles y productivos

4. Mecanismos para disminuir la desigualdad y la inequidad social. Respetando la soberanía de todos los países tenemos que comprometernos a adoptar medidas y proyectos que reduzcan la brecha entre ricos y pobres. La riqueza tiene y debe ser distribuida de manera más equitativa en la región. Para ello debemos aplicar diversos mecanismos de tipo fiscal, regulatorio y redistributivo.

5. Lucha continental contra la corrupción y las mafias. Uno de los más grandes males que enfrentan nuestras sociedades es la corrupción y el establecimiento de mafias que van perforando el Estado y destruyendo el tejido social de nuestras comunidades. Creemos un mecanismo de transparencia a nivel sudamericano y una Comisión de lucha contra la corrupción y la impunidad que, sin vulnerar la soberanía jurisdiccional de las naciones, haga un seguimiento a casos graves de corrupción y enriquecimiento ilícito.

6. Coordinación sudamericana con participación social para derrotar al narcotráfico. Desarrollemos un sistema sudamericano con participación de nuestros Estados y nuestras sociedades civiles para apoyarnos, articular y desterrar al narcotráfico de nuestra región. La única forma de vencer a este cáncer es con la participación de nuestros pueblos y con la adopción de medidas transparentes y coordinadas entre nuestros países para enfrentar la distribución de drogas, el lavado de dinero, el tráfico de precursores, la fabricación y la producción de cultivos que se desvían para estos fines. Este sistema debe certificar el avance en nuestra lucha con el narcotráfico superando los exámenes y “recomendaciones” de quienes han fracasado hasta ahora en la lucha contra las drogas.

7. Defensa e impulso a la diversidad cultural. La más grande riqueza de la humanidad es su diversidad cultural. La uniformización y mercantilización con fines de lucro o de dominación es un atentado a la

humanidad. A nivel de la educación, la comunicación, la administración de justicia, el ejercicio de la democracia, el ordenamiento territorial y la gestión de los recursos naturales debemos preservar y promocionar esa diversidad cultural de nuestros pueblos indígenas, mestizos y todas las poblaciones que migraron a nuestro continente. Así mismo debemos respetar y promover la diversidad económica que comprende formas de propiedad privada, pública y social-colectiva.

8. Despenalización de la hoja de coca y su industrialización en Sudamérica. Así como el combate al alcoholismo no nos puede llevar a penalizar la cebada, ni la lucha contra los estupefacientes nos debe conducir a destruir el amazonas en busca de plantas psicotrópicas, tenemos que acabar con la persecución a la hoja de coca que es un componente esencial de la cultura de los pueblos indígenas andinos, y promover su industrialización con fines benéficos.

9. Avancemos hacia una ciudadanía sudamericana. Aceleremos las medidas que facilitan la migración entre nuestros países, garantizando la plena vigencia de los derechos humanos y laborales y enfrentando a los traficantes de todo tipo, hasta lograr el establecimiento de una ciudadanía sudamericana.

A nivel económico

10. Complementariedad y no competencia desleal entre nuestras economías. Lejos de seguir por el camino de la privatización debemos apoyarnos y complementarnos para desarrollar y potenciar nuestras empresas estatales. Juntos podemos forjar una aerolínea estatal sudamericana, un servicio público de telecomunicaciones, una red estatal de electricidad, una industria sudamericana de medicamentos genéricos, un complejo minero-metalúrgico en síntesis un aparato productivo que sea capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de nuestra población y fortalecer nuestra posición en la economía mundial.

11. Comercio justo al servicio de los pueblos de Sudamérica. Al interior de la Comunidad Sudamericana debe primar el comercio justo en beneficio de todos los sectores y en particular de las pequeñas empresas, las comunidades, los artesanos, las organizaciones económicas campesinas y

las asociaciones de productores. Tenemos que ir hacia una convergencia de la CAN y el MERCOSUR bajo nuevos principios de solidaridad y complementariedad que superen los preceptos de liberalismo comercial que han beneficiado fundamentalmente a las transnacionales y a algunos sectores exportadores.

12. Medidas efectivas para superar las asimetrías entre países. En Sudamérica tenemos en un extremo países con un Producto Interno Bruto por habitante de 4.000 a 7.000 dólares por año y en el otro extremo países que apenas alcanzan los 1.000 dólares por habitante. Para encarar este grave problema tenemos que cumplir efectivamente todas las disposiciones ya aprobadas en la CAN y el MERCOSUR a favor de los países de menor desarrollo y, asumir un conjunto de nuevas medidas que promuevan procesos de industrialización en estos países, incentiven la exportación con valor agregado y mejoren los términos de intercambio y precios a favor de las economías más pequeñas.

13. Un Banco del Sur para el cambio. Si en la Comunidad Sudamericana creamos un Banco de Desarrollo en base al 10% de las reservas internacionales de los países de Sudamérica estaríamos partiendo de un fondo de 16.000 millones de dólares que nos permitiría efectivamente atender proyectos de desarrollo productivo e integración bajo criterios de recuperación financiera y con contenido social. Así mismo este Banco del Sur se podría fortalecer con un mecanismo de garantía basado en el valor actualizado de las materias primas que tenemos en nuestros países. Nuestro “Banco del Sur” tiene que superar los problemas de otros Bancos de “fomento” que cobran tasas de intereses comerciales, que financian proyectos esencialmente “rentables”, que condicionan el acceso a los créditos a una serie de indicadores macroeconómicos o a la contratación de determinadas empresas proveedoras y ejecutoras.

14. Un fondo de compensación para la deuda social y las asimetrías. Debemos asumir mecanismos innovadores de financiamiento como la creación de impuestos sobre los pasajes de avión, las ventas de tabaco, el comercio de armas, las transacciones financieras de las grandes transnacionales que operan en Sudamérica para crear un fondo de compensación que nos permita resolver los graves problemas de la región.

15. Integración Física para nuestros pueblos y no sólo para exportar. Tenemos que desarrollar la infraestructura vial, las hidrovías, y corredores, no solo ni tanto, para exportar más al mundo, sino sobre todo para comunicarnos entre los pueblos de Sudamérica respetando el medioambiente y reduciendo las asimetrías. En este marco debemos revisar la Iniciativa de Integración Regional Sudamericana (IIRSA), para tomar en cuenta las preocupaciones de la gente que quiere ver carreteras en el marco de polos de desarrollo y no autopistas por las que pasan contenedores para la exportación en medio de corredores de miseria y un incremento del endeudamiento externo.

16. Integración Energética entre consumidores y productores de la región. Conformemos una Comisión Energética de Sudamérica para: (a) Garantizar el abastecimiento a cada uno de los países privilegiando el consumo de los recursos existentes en la región; (b) asegurar, a través del financiamiento común, el desarrollo de las infraestructuras necesarias para que los recursos energéticos de los países productores lleguen a toda Sudamérica; (c) definir precios justos que combinen los parámetros de precios internacionales con criterios solidarios hacia la región de Sudamérica y de redistribución a favor de las economías menos desarrolladas; (d) Certificar nuestras reservas y dejar de depender de las manipulaciones de las transnacionales; (e) fortalecer la integración y complementariedad entre nuestras empresas estatales de gas e hidrocarburos.

A nivel del medio ambiente y la naturaleza

17. Políticas públicas con participación social para preservar el medio ambiente. Somos una de las regiones más privilegiadas en el mundo a nivel del medio ambiente, el agua y la biodiversidad. Esto nos obliga a ser extremadamente responsables con estos recursos naturales que no pueden ser tratados como una mercancía más olvidándonos que de ella depende la vida y la propia existencia del planeta. Estamos en la obligación de concebir un manejo alternativo y sostenible de los recursos naturales recuperando las prácticas armónicas de convivencia con la naturaleza de nuestros pueblos indígenas y garantizando la participación social de las comunidades.

18. Junta Sudamericana del Medioambiente para elaborar normas estrictas e imponer sanciones a las grandes empresas que no respetan dichas reglas. Los intereses políticos, locales y coyunturales no pueden anteponerse a la necesidad de garantizar el respeto a la naturaleza por eso propongo la creación de una instancia supranacional que tenga la capacidad de dictar y hacer cumplir la normativa ambiental.

19. Convención Sudamericana por el derecho humano y el acceso de todos los seres vivientes al Agua. Como región favorecida con un 27% del agua dulce en el mundo tenemos que discutir y aprobar una Convención Sudamericana del Agua que garantice el acceso de todo ser viviente a este recurso vital. Debemos preservar al agua, en sus diferentes usos, de los procesos de privatización y de la lógica mercantil que imponen los acuerdos comerciales. Estoy convencido que este tratado sudamericano del Agua será un paso decisivo hacia una Convención Mundial del Agua.

20. Protección de nuestra biodiversidad. No podemos permitir el patentamiento de las plantas, animales y la materia viva. En la Comunidad Sudamericana tenemos que aplicar un sistema de protección que por un lado evite la piratería de nuestra biodiversidad y por otro lado garantice el dominio de nuestros países sobre estos recursos genéticos y los conocimientos colectivos tradicionales.

A nivel político institucional

21. Profundicemos nuestras democracias con mayor participación social. Sólo una mayor apertura, transparencia y participación de nuestros pueblos en la toma de decisiones puede garantizar que nuestra Comunidad Sudamericana de Naciones avance y progrese por el buen camino.

22. Fortalezcamos nuestra soberanía y nuestra voz común. La Comunidad Sudamericana de Naciones puede ser una gran palanca para defender y afirmar nuestra soberanía en un mundo globalizado y unipolar. Individualmente como países aislados algunos pueden ser más fácilmente susceptibles de presiones y condicionamientos externos. Juntos tenemos más posibilidades de desarrollar nuestras propias opciones en diferentes escenarios internacionales.

23. Una Comisión de Convergencia Permanente para elaborar el tratado de la CSN y garantizar la implementación de los acuerdos. Necesitamos una institucionalidad ágil, transparente, no burocrática, con participación social y que tome en cuenta las asimetrías existentes. Para avanzar efectivamente debemos crear una Comisión de Convergencia Permanente compuesta por representantes de los 12 países para que, hasta la III Cumbre de Jefes de Estado, elaboren el proyecto de tratado de la Comunidad Sudamericana de Naciones tomando en cuenta las particularidades y ritmos de las distintas naciones. Así mismo, esta Comisión de Convergencia Permanente, a través de grupos y comisiones, debería coordinar y trabajar conjuntamente con la CAN, el MERCOSUR, la ALADI, OTCA y diferentes iniciativas subregionales para evitar duplicar esfuerzos, y garantizar la aplicación de los compromisos que asumamos.

Esperando que esta carta fortalezca la reflexión y la construcción de propuestas para una efectiva y positiva II Cumbre de Jefes de Estado de la Comunidad Sudamericana de Naciones, me despido reiterándoles mi invitación para nuestra cita el 8 y 9 de Diciembre en Cochabamba, Bolivia.

Atentamente,

Evo Morales Ayma
Presidente de la República de Bolivia

BIBLIOGRAFÍA

(Sólo aparecen aquí referidas las obras directamente citadas, no todo el material consultado para este trabajo).

ADDA, Jacques, *Globalización de la economía*, Madrid, Sequitur, 1999.

AGUILERA GARCÍA, Luis, "Gobernabilidad y gobernanza: cinco tesis a la luz del capitalismo neoliberal del siglo XXI", en: www.nodo50.org.

ALTVATER, Elmar y Brigitt MAHNKOPF, *Die Grenzen der Globalisierung*, Opladen, Westliches Dampfboot, 1997.

APPADURAI, Arjun, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, FCE, 2001.

ARRIGHI, Giovanni, *El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999.

BATAILLE, Georges, *El límite de lo útil*, Madrid, Losada, 2006, p. 50.

BECK, Ulrich *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998.

BECK, Ulrich y Elisabeth BECK-GERNSHEIM, *Individualization*, Londres, Sage, 2002.

BERNALDO DE QUIRÓS, Lorenzo (2002), "La globalización después del 11-S ¿un proceso con freno y marcha atrás?, en Fernando Serra (coord.), *La globalización*, Madrid, FAES.

BHAGWATI, Jagdish, *En defensa de la globalización*, Madrid, Debate, 2005.

BORON, Atilio, "Entrevista", en Enriqueta UBIETA, *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2000.

BORON, Atilio, *Imperio & imperialismo*, Buenos Aires, CLACSO, 2002.

BOURDIEU, Pierre y Louis WACQUANT, “On the Cunning of Imperialist Reason”, *Theory, Culture & Society*, vol. 16, núm. 1, 1999.
BROWN, John, “De la gobernanza o la constitución política del neoliberalismo”, www.iubelgica.org, 2001.
BRZEZINSKI, Zbigniew, *El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, 1998.
BURDEAU, Georges, *L’État*. Editions du Seuil. París, 1970.
CARBONELL, Eduald y Robert SALA, *Planeta humano*, Barcelona, Planeta, 2000.
CASTELLS, Manuel, *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*, Chile, FCE, 2006.
COHEN, Gerald, *Si eres igualitarista ¿cómo es que eres tan rico?*; Barcelona, Paidós, 2001.
COPPOLA, Soffia, *Lost in traslation* (2003).
DE VEGA, Pedro, “Mundialización y derecho constitucional: la crisis del principio democrático en el constitucionalismo actual”, en *Revista de Estudios políticos*, núm. 100, 1998.
DONOLO, Carlo, *¿Cómo gobernar mañana?*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, p. 139.
DROR, Yehezkel, *La capacidad de gobernar*. Informe al Club de Roma, Madrid, Galaxia Gutemberg/Círculo de lectores, 1994, p. 39.
EL TROUDI, Haiman y Juan Carlos MONEDERO, *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2007.
FRIEDMAN, Thomas, *The Lexus and the Olive Tree*, Nueva York, Anchor Books, 1999.
GALBRAITH, John Kenneth, *La cultura de la satisfacción*, Barcelona, Ariel, 2000.
GARCÍA LINERA, Álvaro, en *Revista Osal*, CLACSO, núm. 22, 2007. Disponible en: maristellasvampa.net.
GARTON ASH, Timothy, *Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Madrid, Tusquets, 2005.
GASCÓ HERNÁNDEZ, Milá, *El gobierno de un mundo global. Hacia un nuevo orden internacional*, Intermón Oxfam, Barcelona, 2004.

GRAY, John, *Las dos caras del liberalismo*, Barcelona, Paidós, 2001.
GUATTARI, Félix y Gilles DELEUZE, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1988.
HELD, David y Anthony MCGREW (eds.), *The Global Transformations Reader: an Introduction to the Globalization Debate*, Malden, Polity Press, 2000.
HELD, David, *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997.
HOLLOWAY, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramientas, 2002.
HOLLOWAY, John, "Prólogo: Chávez, Lula, Kirchner", en *Keynesianismo: una peligrosa ilusión. Un aporte al debate de la teoría del cambio social*, Buenos Aires, Herramienta, 2003, p. 13.
HUDSON, Michael, "El fondo político de la actual crisis económica. Entrevista", en www.sinpermiso.org, 6 de julio de 2008.
HUNTINGTON, Samuel, *El orden político en las sociedades en cambio*, Madrid, Paidós, 1997 (1968).
HUNTINGTON, Samuel, "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, 78:2, 1999, p. 48, cit. en Leo PANITCH, *El nuevo Estado imperial*, New Left Review, ed. en castellano, marzo-abril, 2002.
JESSOP, Bob, *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata, 2008.
JONAS, Hans, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Madrid, Herder, 2004 (1979).
KATZ, Richard y Peter Mair, "Changing models of Party Organization and Party Democracy. The emergence of the Cartel Party", en *Party Politics*, vol. 1, núm. 1, 1995.
KLEIN, Naomi, "Respuesta ante los desastres, para los elegidos", en: www.jornada.unam.mx
KLEIN, Naomi, *La doctrina del caos*, Madrid, Paidós, 2008.
LEBOWITZ, Michael, *Construyámoslo ahora. El socialismo para el siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2007.
LÓPEZ CALERA, Nicolás, *Los nuevos Leviatanes. Teoría de los sujetos colectivos*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
MANN, Michael, *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza, 1991.

MANN, Michael, “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, en *Zona Abierta*, num. 57/58, 1991.
MARSHALL, Thomas H., *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza, 1998 (1949).
MARTIN, Hans Peter y Harold SCHUMANN, *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus, 1998.
MAYNTZ, Renate, *El Estado y la sociedad civil en la gobernanza moderna*, Revista del CLAD, N.º 21, Caracas, 2001.
MIGDAL, Joel S., *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
MILANOVIC, Branco, *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema, 2006.
MONEDERO, Juan Carlos y Haiman EL TROUDI, *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2007.
MONEDERO, Juan Carlos, *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política*, México, FCE, 2009.
MONEDERO, Juan Carlos (ed.), *La Constitución destituyente de Europa*, Madrid, Catarata, 2006.
NACIONES UNIDAS, *Objetivos de desarrollo del milenio*. Informe de 2005, 2006, 2007, 2008, PNUD, New York.
NEGRI, Antonio y Michael HARDT, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
O’DONNELL, Guillermo, *Contrapuntos, Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.
OFFE, Claus, “¿La democracia contra el Estado del bienestar? Fundamentos estructurales de oportunidades políticas neoconservadoras”, en Claus OFFE, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Madrid, Alianza, 1990, p. 175.
PANITCH, Leo, “The Impoverishment of State Theory”, en Stanley ARONOWITZ y Meter BRATSIS (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 2002.
PIERSON, Paul, *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

POLANYI, Karl, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989.
PORTINARO, Pier Paolo, *Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
PROYECTO NACIONAL SIMÓN BOLÍVAR. Desarrollo económico y social de la nación 2007-2013.
QUIJANO, Aníbal, "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina", en S. CASTRO, O. GUARDIOLA y C. MILLÁN (eds.), *Pensar en los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, CEJA/Pensar, 1999
REICH, Simon, "What is Globalization? Four Possible Answer", en *Working Paper* 261, Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1998.
REINHARD, Wolfgang, "Introducción: Las élites del poder, los funcionarios del Estado, las clases gobernantes y el crecimiento del poder del Estado", en Wolfgang REINHARD, (coord.), *Las élites del poder y la construcción del Estado*, México, FCE, 1997
ROBINSON, William I. (1996), "Nueve tesis sobre nuestra época", en el número 163 de la Revista Latinoamericana de Teología. Disponible también en: www.servicioskoinonia.org.
ROBINSON, William, "Social theory and globalization: The rise of a transnational state", en *Theory & Society*, vol. 30, num. 2, Abril de 1991.
ROBINSON, William, *A theory of Global Capitalism. Production, Class, and State in a Transnacional World*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2004.
ROMA, Pepa, *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos*, Barcelona, Grijalbo, 2001.
ROSENAU, James y Ernst-Otto CZEMPIEL (eds.), *Governance without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
SANTOS, Boaventura de Sousa, *A gramatica do tempo*, Porto, Afrontamento, 2006.
SANTOS, Boaventura de Sousa, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, Trotta, 2005.
SANTOS, Boaventura de Sousa, *Crítica de la razón indolente*, Bilbao, Desclée de Brower, 2003.

SANTOS, Boaventura de Sousa y Leonardo AVRITZER (org.), *Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002.
SANTOS, Boaventura de Sousa, *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*, Santa Fé de Bogotá, Ediciones Uniandes, 1995.
SAXE-FERNÁNDEZ, John (coord.), *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM/Plaza y Janés, 1999.
SAXE-FERNÁNDEZ, John, "Estados Unidos: autodefensa anticipatoria", en *La jornada*, 17 de octubre de 2002.
SCHOLTE, Jan Aart, *Globalization. A critical introduction*, Nueva York, Palgrave, 2000.
SCHULZE, Hagen, *Estado y nación en Europ*a, Barcelona, Crítica, 2003.
SHAW, Martin, *Theory of the Global State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
SILVA, Ludovico, "Sobre el método en Marx", en *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme, 2006.
SOROS, George, *Globalización*, Madrid, Planeta, 2002.
STIGLITZ, Joseph, "Hagan lo que nosotros hicimos, no lo que nosotros decimos", en: www.project-syndicate.org
STIGLITZ, Joseph, "La guerra de los tres billones de dólares", disponible en: www.elpais.com
STIGLITZ, Joseph, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002.
STRANGE, Susan, "Towards a Theory of Transnational Empire", en E.-O. CZEMPIEL y J. ROSENAU (eds.), *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington, 1989, p. 167, cit. en Leo PANITCH, "El Nuevo Estado imperial", en *New Left Review*, edición en castellano, num. marzo-abril, 2000.
STRANGE, Susan, *La retirada del Estado*, Barcelona, Icaria, 2001.
SWEEZY, Paul, John BELLAMY FOSTER, Peter GOZAN, Henry MAGDOFF y Samir AMIN en *Neoimperialismo en la era de la globalización*, Barcelona, Hacer editorial, 2004.

THERBORN, Göran, “Globalizations. Dimensions, Historical Waves, Regional Effects, Normative Governance”, en *International Sociology*, núm. 2, vol. 15, 2000.
TILLY, Charles, *Coerción, capital y los estados europeos 1990-1990*. Madrid: Alianza, 1992.
VALLESPÍN, Fernando, *El futuro de la política*, Madrid, Taurus, 2000.
VIRILIO, Paul, *The Information Bomb*, Londres y Nueva York, Verso, 2000.
WALLERSTEIN, Emmanuel, *Unthinking Social Science*, Philadelphia, Temple University Press. Philadelphia, 2001.
ZIEGLER, Jean, “entrevista” en: www.ipit.biz

Notas

[1] El concepto de *fascismo social* lo desarrolla Boaventura de Sousa SANTOS en “La reinvención del Estado”, en *El milenio huérfano*, Madrid, Trotta, 2005. Con él no quiere caer en falsas comparaciones con lo ocurrido en los años treinta, sino alertar de la repetición de formas de exclusión que no son menos terribles que las que implicaron aquellos regímenes de terror. Un uso similar lo encontramos en Umberto Eco y Jean Ziegler. <<

[2] No es extraño que el gran defensor del institucionalismo político sea Samuel Huntington, el teórico de la Trilateral y del choque de civilizaciones y una de las personas más influyentes en la política internacional norteamericana. Para este discípulo de Brzezinski (a su vez el maquinador del uso en los ochenta de los muyaidines en Afganistán contra la Unión Soviética), la estabilidad política que sirve al interés general sólo llega cuando el nivel de institucionalización supera el nivel de la participación. Las instituciones serían virtuosas sólo cuando no fueran molestadas por la participación ciudadana. Samuel HUNTINGTON, *El orden político en las sociedades en cambio*, Madrid, Paidós, 1997 (edición original de 1968). <<

[3] Michael HUDSON, “El fondo político de la actual crisis económica. Entrevista”, en www.sinpermiso.org, 6 de julio de 2008 (bajada el 15 de julio de 2008). <<

[4] El conocido libro de Zbigniew BRZEZINSKI; *El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*; Ed. Paidós, 1998, marca las grandes líneas del poderío mundial estadounidense que desembocan en la invasión de Irak. Interpelado Brzezinski por el intelectual argentino Atilio Borón acerca de la ausencia de América Latina en el libro, éste recibió como respuesta “Es que Latinoamérica se trata de un asunto doméstico”. <<

[5] Los vínculos entre el gobierno de Georg W. Bush y el mundo de la economía global (finanzas, armas y petróleo) se empezaron a hacer algo más que evidentes con la guerra de Irak y sucesos como la quiebra de ENRON y Arthur Andersen. El trasvase desde la política a la economía se ha hecho enormemente fluido, algo sólo enmascarado porque los medios de comunicación —que forman ya parte del entramado económico— ocultan o minimizan el salto de los políticos a empresas favorecidas durante sus mandatos. <<

[6] Georges BURDEAU, *L'État*. Editions du Seuil. París, 1970, p. 13. <<

[7] Leo PANITCH, “The Impoverishment of State Theory”, en Stanley ARONOWITZ y Meter BRATSIS (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 2002, pp. 89-104. <<

[8] Me he ocupado de estos procesos en Juan Carlos MONEDERO, *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política*, México, FCE, 2009. <<

[9] Aunque más adelante ofreceremos una propuesta de definición de Estado, estos rasgos apuntan a los desarrollos de Michael MANN, *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza, 1991; Charles TILLY, *Coerción, capital y los estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza, 1992; Bob JESSOP, *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata, 2008, todos ellos comprometidos con esa renovación de la teoría del Estado que incorpore, junto a otros muchos desarrollos, a las dos principales cabezas de la ciencia social, Carlos Marx y Max Weber. <<

[10] Ulrich BECK y Elisabeth BECK-GERNSHEIM, *Individualization*, Londres, Sage, 2002. <<

[11] Los Estados suelen realizar una selección estratégica a la hora de recortar el bienestar. La derecha y la izquierda no compartieron inicialmente los sectores perjudicados, atendiendo a sus graneros electorales (recordemos los conflictos con los mineros del primer gobierno de Margaret Thatcher). Pero poco a poco fueron acompasando esa selección al compartir las estructuras bipartidistas los electores. Incluso, como ocurrió en España, fue la socialdemocracia la encargada de poner en marcha ese recorte, al resultarle más sencillo frenar las protestas obreras. En la actualidad, tanto la socialdemocracia como la derecha (denomínese liberal, democristiana o *centrista*) coinciden en cargar el peso sobre inmigrantes, obreros poco cualificados, mujeres y jóvenes. <<

[12] De alguna manera puede ejemplificarse con la frase, aunque anterior a este periodo, de Henry Ford: “Todo el mundo puede tener un Ford T del color que desee, siempre y cuando sea negro”. <<

[13] Bob JESSOP, *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata, 2008, especialmente el capítulo 3. <<

[14] Pier Paolo PORTINARO, *Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 11. <<

[15] Paul PIERSON, *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994. <<

[16] Citado por Ludovico SILVA, “Sobre el método en Marx”, en *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme, 2006. <<

[17] Es la apuesta de Boaventura de Sousa SANTOS, *A gramatica do tempo*, Porto, Afrontamento, 2006. <<

[18] Karl POLANYI, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989. <<

[19] John HOLLOWAY, “Prólogo: Chávez, Lula, Kirchner”, en *Keynesianismo: una peligrosa ilusión. Un aporte al debate de la teoría del cambio social*, Buenos Aires, Herramienta, 2003, p. 13. Insiste en este prólogo en algunas de las ideas planteadas en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramientas, 2002. Pero ahora para relativizar las victorias de la izquierda latinoamericana en la primera década del siglo XXI si éstas basan su Gobierno en el aparato del Estado. Celebra sus victorias como señales del deseo popular de cambio, pero duda de cualquier vía que se implique con el aparato estatal. Como alternativa ofrece la autoorganización popular (como en los Caracoles mexicanos o las asambleas barriales argentinas): “Olvidemos al Estado y construyamos nuestra propia sociedad (…) Todo Estado y todo presidente ataca a la humanidad, nuestra tarea es construirla” (p. 15). Como veremos más adelante, no dudamos que cualquier Estado es un instrumento de dominación. Ahora bien, para librarse del Estado hace falta el Estado —como bien entendió el neoliberalismo en una dirección inversa—, además de que queda pendiente cómo es la organización política en toda la fase de la transición hacia ese mundo ideal sin dominación. <<

[20] La diferencia entre poder despótico (mera fuerza) y poder *infraestructural* (normativo y reglado) la desarrolla Michael Mann en su obra ya clásica *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Editorial, 1991. <<

[21] Ese es el título del libro de Joel S. Migdal, *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001. <<

[22] Es el nombre del libro de Hans Jonas, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Madrid, Herder, 2004 (1979). <<

[23] Es cierto que cuando se inventaron las pistolas, que permitían matar al enemigo a distancia, hubo estrategas militares que pronosticaron el fin de las guerras. Han pasado varios siglos y no parece que fuera un buen análisis. Sin embargo, hoy estamos ante bombas que, por vez primera en la historia, pueden acabar con el planeta. La acumulación general con la que hemos entrado en el siglo XXI no permite fáciles comparaciones con el pasado (en la capacidad bélica, en el arte, en la población, en el agotamiento del agua o de la biodiversidad, etc.). Esa vertiginosidad hace que también la filosofía renuncie a la generalidad y apueste por las circunstancias, por los momentos concretos y los mil cruces que suceden en cada instante, algo que contrasta fuertemente con el plácido discurrir de otras eras que podían atreverse a grandes relatos omniexplicativos. Véase Félix GUATTARI y Gilles DELEUZE, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1988. <<

[24] *Mundialización y globalización* los entendemos como sinónimos, aunque el término correcto en castellano sería el de mundialización. Al no existir consenso alguno sobre los conceptos, es obligatorio clarificar en las ciencias sociales qué se quiere significar con su uso, siendo conscientes de que una misma palabra puede significar cosas muy diferentes según cada época y según cada autor. Esto, que no pasa en otras ciencias, lastra el desarrollo científico de la politología y la sitúa en el corazón de la discusión ideológica. Más adelante regresaremos a esta idea. <<

[25] Una de estas falacias muy ligada a la globalización es pensar que los Estados nacionales —la mezcla política de Estado y cultural de nación— siempre han existido, cuando lo cierto es que son realidades que, en el más maduro de los casos, apenas tienen doscientos años. Ni Alemania ni Italia ni Inglaterra ni España ni Francia (supuestas cunas del Estado nacional) eran mucho más que una noción geográfica a comienzos del siglo XIX. Aún menos las actuales naciones de América, África o Asia. <<

[26] Aníbal QUIJANO, “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”, en S. CASTRO, O. GUARDIOLA y C. MILLÁN (eds.), *Pensar en los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, CEJA/Pensar, 1999, pp. 99-110. <<

[27] Véanse los trabajos compilados en John SAXE-FERNANDEZ (coord.), *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM/Plaza y Janés, 1999. <<

[28] Boaventura de Sousa SANTOS y Leonardo AVRITZER (org.), *Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002. <<

[29] La entrevista a Jean Ziegler, relator de Naciones Unidas para el derecho a la alimentación entre 2000 y 2008, fue realizada en diciembre de 2005. Puede consultarse en: www.rebelion.org (bajado en julio de 2008). <<

[30] Los datos pueden consultarse en Naciones Unidas, *Objetivos de desarrollo del milenio. Informe de 2005* (también disponibles, en una dirección similar, 2006, 2007, 2008). Desgraciadamente, los datos que ofrece la evolución de los informes no muestran resultados esperanzadores, pese a las afirmaciones en 2007 del Secretario General de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon, de que las Metas del Milenio pueden ser cumplidas en 2015. Aún si bien se avanza en las reducciones en la proporción de gente en condiciones de pobreza absoluta —personas que viven con un dólar al día —, los agravamientos en otros rubros, como la sostenibilidad medioambiental o el aumento de las desigualdades, podrían llevar a afirmar sin paliativos la inviabilidad del modelo. Pero Naciones Unidas no saca las conclusiones políticas correctas ni en lo que respecta al aumento brutal de la brecha entre pobres y ricos ni sobre el agotamiento del planeta, pese a que en 2008 el informe se consagró al calentamiento del planeta. El Panel de Naciones Unidas sobre cambio climático, en sus conclusiones de 2007, no dejó dudas al señalar que si en el plazo de diez años no se toman soluciones radicales, el daño medioambiental —deshielos, corrientes marítimas cambiadas, calentamiento global, trastornos climáticos violentos, etc.— no será reparable y afectará principalmente a las naciones más pobres. En julio de 2008 se reunía el G8 en Japón. Su compromiso fue reducir a la mitad la emisión de CO_2 ¡en 2050! <<

[31] Pueden consultarse los datos del Reporte Anual de Riqueza Global que hace Merril Lynch y Capgemini para 2008 en: www.es.capgemini.com. Para la crítica desde las Ong: www.aporrea.org (bajado en agosto de 2008). <<

[32] Branco Milanovic ha hecho uno de los estudios académicos más completos demostrando que la globalización ha incrementado las desigualdades en el mundo. En su análisis es muy relevante tomar como dato la renta disponible y no el PIB per cápita. Si bien es cierto que China e India han mejorado su renta como países, no es menos cierto que hay chinos e indios pobres que quedaban ocultos en las mediciones tradicionales. Véase Branco Milanovic, *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema, 2006. <<

[33] Un trabajo que presenta los problemas de pobreza como efecto de *poca globalización*, es el de Jagdish Bhagwati, *En defensa de la globalización*, Madrid, Debate, 2005. Para esta interpretación, lo que diferenciaría especialmente a esta globalización de otras anteriores es el volumen de los intercambios y, relacionado con esto, la pérdida de capacidad estatal para la regulación, incapacitado el Estado para dar respuestas políticas. Esta interpretación es consistente con el recetario neoliberal, aunque silencian que quieren un Estado "a su medida", y no la desaparición del Estado. Nótese que una de las principales diferencias entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo es, concretamente, el diferente papel que se atribuye al Estado, reducido a su mínima expresión coercitiva como garante de las fronteras, de la seguridad interna y de la propiedad privada globalizada del neoliberalismo. <<

[34] Es, como vimos, lo que plantea John Holloway en su libro, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramientas, 2002. Para un análisis de la gobernanza, véase más adelante el capítulo XII. <<

[35] Los procesos que llevan a que algún aspecto social se globalice son múltiples y pertenecen a una de las asignaturas pendientes de la investigación empírica: cómo se universaliza un procedimiento médico, un descubrimiento científico, las finanzas, un modelo de gestión económica, el cine y la literatura, las rutas turísticas, la información, las pautas de consumo, los equipos económicos, las *pensiones* privadas o las religiones. Pero aunque estos procesos de globalización tienen varios caminos, podemos afirmar que siempre tienen detrás decisiones políticas —por acción u omisión— que antes o después han sido pensadas por la academia o centros de pensamiento y, finalmente, son normalizados por los medios de comunicación. Estos procesos son las que permitieron que lo que acontecía dentro de las fronteras nacionales fuera paulatinamente pasando a ser referido a instancias transnacionales. <<

[36] Para la crisis del Estado social y sus limitaciones de raíz, véase Claus OFFE, “¿La democracia contra el Estado del bienestar? Fundamentos estructurales de oportunidades políticas neoconservadoras”, en Claus OFFE, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Madrid, Alianza, 1990, p. 175 y ss. <<

[37] William ROBINSON, “Social theory and globalization: The rise of a transnational state”, en *Theory & Society*, vol. 30, num. 2, Abril de 1991, p. 166. <<

[38] En el caso del libro de Castells, sus recomendaciones para el Estado chileno son idénticas a las que una consultora daría a una empresa multinacional, con lo que no solamente no se solventan los problemas del gobierno mundial, sino que se multiplicarían al quedar fuera de juego los perdedores de esa carrera en pos de la competitividad informacional. Así, criticar la globalización pero recomendar dosis altas de globalización para insertarse en la economía internacional es, cuando menos, contradictorio. Véase Manuel CASTELLS, *Globalización, desarrollo y democracia*: Chile en el contexto mundial, Chile, FCE, 2006. También George SOROS, *Globalización*, Madrid, Planeta, 2002, y Joseph STIGLITZ, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002. <<

[39] Bob JESSOP, *El futuro del Estado capitalista*, *op. cit.* especialmente el cap. 1. <<

[40] Véase el artículo de esta profesora de la London School de Londres “Respuesta ante los desastres, para los elegidos”, en: www.jornada.unam.mx <<

[41] En noviembre de 2006, el Primer Ministro británico, Tony Blair, sorprendió al mundo con un informe acerca de la inminente catástrofe que implica el cambio climático. El ex candidato norteamericano Al Gore recuperó igualmente notoriedad con un documental, *Una verdad incómoda*, que alertaba de los peligros de la emisión de CO_2 a la atmósfera. Igualmente, Naciones Unidas anunciaba su informe, sobre la base del trabajo de 4000 expertos, que asumía la interpretación acerca de responsabilidad humana en el cambio climático y mostraba los peligros ligados al aumento del nivel del mar. Es clarificador entender que en esta discusión, tan cruzada de opiniones contradictorias, se ha incorporado, como actor determinante, la opinión de las aseguradoras. El riesgo que estas empresas consideran tal, deja de ser una mera suposición y se convierte en un factor de influencia en la asunción de medidas. <<

[42] Pierre BOURDIEU y Louis WACQUANT, “On the Cunning of Imperialist Reason”, *Theory, Culture & Society*, vol. 16, núm. 1, 1999, p. 42. <<

[43] Fernando Vallespín, *El futuro de la política*, Madrid, Taurus, 2000, p. 64. <<

[44] Ésa es la experiencia histórica. De ahí que una señal de enorme madurez política la muestran los países de América Latina que, al tiempo que están reclamando soberanía nacional y enfrentando las posiciones colonialistas, neocolonialista o imperialistas del Norte, están articulando formas alternativas de integración regional, es decir, están construyendo una globalización contrahegemónica. A día de hoy, el ALBA —como TELESUR, como Petrosurson las amenazas más fuertes al modelo que marcan los TLC, los tratados con la Unión Europea, la OMC, la CNN, todos impulsados desde países desarrollados. <<

[45] El original alemán reza: “Alles Ständische und Stehende verdampft”, si bien la expresión más popular, aunque alejada del original, es la inglesa “todo lo sólido se disuelve en el aire”. <<

[46] Guillermo O'Donnell, *Contrapuntos, Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 114. <<

[47] Uno de los principales cometidos iniciales de Margareth Thatcher fue replantear el lugar de los sindicatos en un nuevo modelo de sociedad. Esa voluntad alcanzaría posteriormente también a la socialdemocracia (Giddens sería el ideólogo de la misma en su propuesta de la *tercera vía*). El pulso mantenido por el gobierno del PSOE en 1988 con los sindicatos españoles, a raíz de la convocatoria de la primera huelga general de la democracia, tuvo similitudes con el caso británico, marcando una ruptura que duraría años entre la UGT —el sindicato socialista—, y el partido en el Gobierno, sólo recompuesta cuando el PSOE pasó a la oposición (Curiosamente, buena parte de los intelectuales de la izquierda, que terminarían directa o indirectamente trabajando para los gobiernos del PSOE, descargaron sus baterías contra los sindicatos llegando, incluso, a plantear su necesaria disolución). <<

[48] David HELD y Anthony MCGREW, *The global transformations reader*, Polity Press, Cambridge, 2000. <<

[49] Por eso firmes defensores del capitalismo como Joseph Stiglitz, Jeremy Rifkin, John Gray o George Soros son no menos firmes opositores de la lógica actual de la globalización. <<

[50] Martin Shaw, como vimos, ha presentado la existencia de un “Estado global occidental”, que definiría las reglas de juego de la globalización. Robinson ha dado un paso más allá en una dirección crítica. Para éste, el desarrollo de un potencial Estado transnacional —una organización tipo Estado que opera por encima de las fronteras nacionales— va de la mano de una clase capitalista transnacional —que impulsa ese Estado que refleja y articula sus intereses—. Véase Martin SHAW, *Theory of the global-State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. Igualmente, William ROBINSON, *A theory of Global Capitalism. Production, Class, and State in a Transnacional World*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2004. <<

[51] Boaventura de Sousa SANTOS, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, Trotta, 2005. <<

[52] Ulrich BECK, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998. Otros autores han llamado mundialización a la generalización de patrones culturales, globalización a los aspectos económicos y universalización o cosmopolitismo a los políticos. Para evitar confusiones y, sobre todo, para no hacer análisis parciales que hagan caer en el error de que hay *globalizaciones* aisladas del resto del comportamiento social, preferimos hablar de globalización económica, cultural, política, etc. <<

[53] Nadia Yassin afirmaba al respecto de esta manifestación: “No tenemos confianza en nada que haya sido apadrinado por las instituciones internacionales y mucho menos cuando esas tesis están siendo adoptadas por la monarquía marroquí para revestirse de una pátina de modernidad e igualdad ficticia (…) Mientras las gentes se entretienen en la disputa entre hombres y mujeres por quién se lleva la peor parte de la pobreza, las multinacionales se instalan en Marruecos y comparten con las fortunas locales la gestión de los grandes contratos y las inversiones, perpetuando uno de los regímenes más corruptos del mundo árabe”, Véase “Fieles y traidoras”, en Pepa ROMA, *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos*, Barcelona, Grijalbo, 2001, pp. 109-116. <<

[54] Cabe señalar una salvedad: el turismo sexual que practican, principalmente, los países del Norte. Los contactos sexuales con niños y niñas, duramente perseguidos dentro de los países desarrollados, gozan de grandes facilidades en los países del Sur gracias a la falta de impedimentos de las autoridades (o a su facilitación al estar muy ligado al turismo), a la labor de las agencias de viajes especializadas en esta peculiar forma de conocer otros países y, principalmente, por los problemas económicos de las familias que impulsan o toleran estos comportamientos. <<

[55] David Held, David, *La democracia y el orden global*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 400. <<

[56] Es importante entender que el consenso socialdemócrata de posguerra fue principalmente electoral, pasado un primer momento de confrontación laboral y auge huelguístico. Fue el laborismo inglés el que consolidó una sociedad de clases medias en Inglaterra. Esas mismas clases medias fueron las que decidieron cerrar la puerta detrás de ellas, votando en 1979 a Margareth Thatcher. No hay espacio para una regulación social de la economía si no va a acompañada de procesos educativos que comprometan y corresponsabilicen a la ciudadanía con esos logros. Uno de los errores del teórico de la ciudadanía, Thomas H. Marshall, fue creer que los derechos ciudadanos no son reversibles. <<

[57] Emmanuel WALLERSTEIN, *Unthinking Social Science*, Philadelphia, Temple University Press. Philadelphia, 2001. <<

[58] Boaventura de Sousa SANTOS, *Crítica de la razón indolente*, Bilbao, Desclée de Brower, 2003. <<

[59] Göran THERBORN, “Globalizations. Dimensions, Historical Waves, Regional Effects, Normative Governance”, en *International Sociology*, núm. 2, vol. 15, 2000. <<

[60] Desde el Pleistoceno medio (hace medio millón de años), y con el *Homo heidelbergiensis* y su manipulación técnica de la madera para construir nuevos instrumentos de caza, queda manifiesto cómo el desarrollo tecnológico y su utilización transforman el resto de la organización social. Consúltese Eduald CARBONELL y Robert SALA, *Planeta humano*, Barcelona, Planeta, 2000. <<

[61] Jan Aart SCHOLTE, *Globalization. A critical introduction*, Nueva York, Palgrave, 2000, p. 55. He incorporado aquí nuevos rasgos y categorias para complementar este análisis. <<

[62] Elmar ALTVATER y Brigitt MAHNKOPF, *Die Grenzen der Globalisierung*, Opladen, Westliches Dampfboot, 1997. <<

[63] Pueden consultarse los trabajos de Paul SWEEZY, John BELLAMY FOSTER, Peter GOZAN, Henry MAGDOFF y Samir AMIN en *Neoimperialismo en la era de la globalización*, Barcelona, Hacer editorial, 2004. <<

[64] Bob JESSOP ha planteado esa novedad en términos analíticos, al señalar que estamos ante procesos multicéntricos, multiescalares, multitemporales, multiformes y multicausales. La globalización sería *multi-céntrica* porque surge de las actividades realizadas en muchos lugares y no en un solo centro. Es *multi-escalar*, primero porque nace de las acciones en muchas escalas que ya no son muñecas rusas contenidas unas dentro de otras. Este proceso también podría ser descrito en otros términos y desde otros puntos de vista escalares, por ejemplo, como internacionalización de los espacios económicos nacionales, como triadización (Europa, Estados Unidos, Asia), como formación de bloques económicos regionales y las relaciones entre ellos, como creación de redes de ciudades globales, como formación de regiones transfronterizas que puentean el nivel nacional, como localización internacional, esto es, como globalización propiamente dicha que implica la pérdida de base territorial local, como glurbanización o transnacionalización. Igualmente, la globalización sería *multi-temporal* porque implica una reestructuración y una rearticulación cada vez más compleja de las temporalidades y horizontes temporales. Por otro lado, es claramente *multi-causal* porque resulta de la interacción contingente y compleja de muchos procesos causales diferentes. Por último, es también multiforme porque asume diferentes formas en cada diferentes contextos y puede ponerse en práctica siguiendo diferentes estrategias, siendo la neoliberal sólo una de ellas. Bob JESSOP, *El futuro del Estado capitalista*, *op. cit.*, cap. 5. <<

[65] Appadurai señala que hay cinco paisajes (*scapes*) globalizados: el étnico, el mediático, el tecnológico, el financiero y el ideológico. Arjun APPADURAI, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 46. <<

[66] El libro de Richard SENNET, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000, es meridiano a la hora de explicar cómo los cambios en el mundo laboral cambian la subjetividad y las cosmovisiones. En este libro compara la vida de un joven ejecutivo global, hijo de un panadero italiano emigrado en los Estados Unidos y sobre el que había hecho un estudio veinte años antes. Al padre, los vecinos podían construirle la biografía y él mismo sabía lo que buscaba en la vida. El hijo, con el que se encuentra el autor en un aeropuerto en uno más de sus muchos viajes como empleado global, aparenta mayor libertad pero también tiene menos certezas y una cierta desazón apática. La vecindad tampoco es ya una variable real. Es el mismo retrato de perplejidad que trazan la directora Soffia COPPOLA y el actor Bill Murray en la oscarizada película *Lost in traslation* (2003), donde la vida se contempla con la impotencia con que un insomne deja pasar la noche <<

[67] Es importante tener claro que existen 45 millones de norteamericanos sin cobertura sanitaria alguna, que más de 30 millones son sin techo, que su mortalidad infantil es el doble que la de Suecia, que su esperanza de vida es menor que la de la Unión Europea, que un 20% de su población es pobre, que el 2% de la población activa está en la cárcel… Si embargo, Estados Unidos, con el 5% de la población son responsables del 25% de la emisión mundial de CO_2. Esos contrastes, que se expresaban como brasileñización de la economía, son ya un rasgo de las economías globalizadas. Al igual que hay un Norte en el Sur, hay un Sur en el Norte. <<

[68] Simon REICH, “What is Globalization? Four Possible Answer”, en Working Paper 261, Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1998. <<

[69] Antonio NEGRI y Michael HARDT, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 13. Los principales cuestionamientos a este trabajo han venido de América Latina, donde más se ha sentido la bota estadounidense. Atilio Borón ha criticado con pasión y dureza esta posición que diluiría, en su opinión, el imperialismo en el imperio y debilitaría la caracterización de los Estados Unidos como la mayor amenaza para los países del Sur. Pero la concentración en esas críticas deja fuera de foco otros muchos aspectos. Hay novedades que reclaman nuevas categorías (como él mismo se ve obligado a asumir en lo que se refiere a los mecanismos ideológicos del "actual imperialismo"). Entre ellos, no repara en la creación de lo que desde la izquierda radical Robinson llama el "Estado transnacional" o desde la socialdemocracia de Martin Shaw conocimos como "bloque estatal global occidental". Incluso, declaraciones que reconocen la condición imperial estadounidense por parte de personajes como Huntington o Brzezinski no serían, en mi opinión, sino una señal de que algo va mal en su condición imperial única. Al final, según Borón, habría una línea que llevaría del Imperio romano al actual. Un trazo demasiado grueso que, una vez más, vale para el necesario activismo político pero no ayuda mucho en la comprensión profunda de los problemas. Véase Atilio BORON, *Imperio & imperialismo*, Buenos Aires, CLACSO, 2002. Igualmente la entrevista que le realizó González Patricio en octubre de 2003, en Enriqueta UBIETA, *Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2007. <<

[70] Antonio NEGRI y Michael HARDT, *op. cit.*, p. 15. <<

[71] Martin Shaw se refiere a ese “bloque estatal global occidental” como la tendencia que marca la globalización, al punto de afirmar que el poder global es, en una buena parte, poder occidental. Véase Martin SHAW, *Theory of the Global State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. <<

[72] Este paso de un Estado de bienestar a un Estado afín a la posición competitiva de las empresas en el mercado capitalista global ha sido teorizado en forma de tipos ideales como “Estado de competición” (Cerny, 1986), como “Estado schumpeteriano de trabajo” —*Workfare*— (Jessop, 1993), como “Estado nacional de competición” (Hirsch, 1995), y, más recientemente, como “Estado de mercado” (Bobbit, 2002). <<

[73] Susan STRANGE, “Towards a Theory of Transnational Empire”, en E.-O. CZEMPIEL y J. ROSENAU (eds.), *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington, 1989, p. 167, cit. en Leo PANITCH, *“El Nuevo Estado imperial”*, en *New Left Review*, edición en castellano, num. marzo-abril, 2000. <<

[74] Los trabajos sobre la crisis del parlamentarismo son muchos, desde el clásico de Johannes Agnoli y Peter Brückner, *Las transformaciones de la democracia*, México, Siglo XXI, 1971 (original de 1967) al más actual de Bernard Manin, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998. Por su parte, Katz y Mair han establecido el concepto de "cartelización del sistema de partidos", donde los partidos ya no son un instrumento de la ciudadanía sino del Estado. Según este modelo, hay unas reglas inflexibles que quien nos las cumple queda fuera de la "democracia", de manera que, al final, todos los partidos transigen pues ninguno queda fuera de las prebendas del Estado. Katz, Richard y Mair, Peter (1995), "Changing models of Party Organization and Party Democracy. The emergence of the Cartel Party", en *Party Politics*, vol. 1, núm. 1. (Hay versión en castellano en el número 108-109 de la revista Zona Abierta). <<

[75] Georges BATAILLE, *El límite de lo útil*, Madrid, Losada, 2006, p. 50. <<

[76] John Kenneth GALBRAITH, *La cultura de la satisfacción*, Barcelona, Ariel, 2000. <<

[77] Que la globalización neoliberal es consecuencia más que causa de la crisis del Estado de bienestar se ha analizado en el capítulo 2. <<

[78] El trabajo de Hans Peter MARTIN y Harald SCHUMANN, *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus, 1998, demostraba cómo incluso en Alemania —un país de una enorme disciplina fiscal— las grandes empresas transnacionales de matriz alemana habían dejado de pagar impuestos escudadas en contabilidades "imaginativas" intra-empresas y el recurso a paraísos fiscales. <<

[79] Aparecidas en un artículo en el *New York Times*, luego las reprodujo en *El Lexus y el olivo*, su libro sobre la globalización. Véase *The Lexus and the Olive Tree*, Nueva York, Anchor Books, 1999. <<

[80] Pedro DE VEGA, “Mundialización y derecho constitucional: la crisis del principio democrático en el constitucionalismo actual”, en *Revista de Estudios políticos*, núm. 100, 1998. <<

[81] Es difícil encontrar en los liberales clásicos como Adam Smith o David Ricardo una desconsideración de los lazos sociales como la que se defiende hoy en su nombre por parte de los paladines neoliberales (FMI, BM). El liberalismo clásico siempre fue más cauto y sosegado en su defensa de las ventajas del libre cambio, y nunca se le olvidó que o las ventajas económicas se compartían o la sociedad se disolvía. <<

[82] Es muy expresivo el título de un artículo de STIGLITZ publicado en 2003 y que tuvo impacto mundial: “Hagan lo que nosotros hicimos, no lo que nosotros decimos”, donde recomendaba a los países del Sur políticas proteccionistas de sus mercados. Puede consultarse en: www.project-syndicate.org (bajado en julio de 2008) <<

[83] Haiman EL TROUDI y Juan Carlos MONEDERO, *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del Siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2007. <<

[84] Repárese que más que de un Estado transnacional (que nos llevaría a pensar que cumple las funciones que ha cumplido el Estado nacional), conviene hablar de un Estado embrionario o incluso de un paraestado (como lo es en algunas zonas de Italia la mafia, o la guerrilla, los paramilitares o el narcotráfico en zonas de Colombia), es decir, de una estructura que sustituye en algunos aspectos o complementa a los Estados nacionales, a quienes, de cualquier forma, siempre les competerán funciones generales de acumulación y garantía de la propiedad privada (represión), de aseguramiento de la confianza social y de búsqueda de legitimación (sin las cuales, se derribaría todo el sistema por la inestabilidad que generaría). <<

[85] Es importante diferenciar entre las políticas asistenciales de lo que se llama el Estado social, del presupuesto de transformación del modelo económico y social que implicaría la fórmula Estado del bienestar. Mientras el primero funciona de manera paliativa y se desempeñó como una primera etapa, el segundo tenía como objetivo crear mayor igualdad social y mayor libertad, en una fusión que superaría el conflicto entre justicia y libertad propio de los siglos XIX y XX. La derecha siempre ha insistido en ese componente paliativo del libre mercado, mientras la socialdemocracia, antes de asumir las tesis liberales, operaba desde el presupuesto de la transformación social a través del cambio de las relaciones de clase. De ahí que su principal herramienta fuera el pleno empleo, que a su vez garantizaba sindicatos fuertes y una clase obrera menos sujeta a procesos de disciplina laboral o social. <<

[86] En el capítulo siguiente se analiza este consenso en profundidad. <<

[87] Pedro de Vega, “Mundialización y derecho constitucional: la crisis del principio democrático en el constitucionalismo actual”, *Revista de Estadios Políticos*, núm. 100, 1998, p. 17. <<

[88] Karl Polanyi, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989 (1944), p. 26. <<

[89] La crisis de la democracia representativa, surgida de sus promesas incumplidas, del incremento de la complejidad social y de la ruptura espacial de la globalización, ha dejado camino abierto a la democracia participativa. Ahora bien, esa participación no afecta a los fundamentos del sistema. Incluso en los ámbitos más desarrollados, como es en los presupuestos participativos, las decisiones populares propuestas apenas afectan a una pequeña parte del gasto público. Un real empoderamiento popular situaría a la sociedad en la fase de transición al socialismo, al menos en lo político, lo que no está considerado en las propuestas participativas hasta ahora recogidas. <<

[90] Juan Carlos MONEDERO, *El gobierno de las palabras. Crítica y reconstrucción de la política*, México, FCE, 2008. Aquí continuaba reflexiones iniciadas en Juan Carlos MONEDERO, *La trampa de la gobernanza. Nuevas formas de participación política*, Cámara de Diputados, México, 2003. <<

[91] Boaventura de Sousa SANTOS, *A gramatica do tempo*, Porto, Afrontamento, 2006, p. 377. <<

[92] Yehezkel DROR, *La capacidad de gobernar. Informe al Club de Roma*, Madrid, Galaxia Gutemberg / Círculo de lectores, 1994, p. 39. <<

[93] John BROWN, “De la gobernanza o la constitución política del neoliberalismo”, www.iubelgica.org, 2001. <<

[94] Susan STRANGE, *La retirada del Estado*, Barcelona, Icaria, 2001. <<

[95] Carlo DONOLO *¿Cómo gobernar mañana?*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, p. 139. <<

[96] Renate MAYNTZ, *El Estado y la sociedad civil en la gobernanza moderna*, Revista del CLAD, N.º 21, Caracas, 2001. <<

[97] El ejercicio de crítica y autocrítica de las ONG ya ha empezado, si bien cabe esperar un ahondamiento del mismo en los próximos años conforme se vaya estudiando el papel a veces cosmético, a veces directamente activo de ONG en la implantación de ese modelo. <<

[98] Luis AGUILERA GARCÍA, “Gobernabilidad y gobernanza: cinco tesis a la luz del capitalismo neoliberal del siglo XXI”, en: www.nodo50.org. <<

[99] Milá GASCÓ HERNÁNDEZ, *El gobierno de un mundo global. Hacia un nuevo orden internacional*, Intermón Oxfam, Barcelona, 2004, p. 72. <<

[100] Es cierto que desde el siglo XXI ese discurso parece muy orientado por la perspectiva occidental. Aún faltaba algún tiempo para que el punto de vista del Sur se incorporara al análisis. Entonces, podríamos entender que ese Sur nunca tuvo cien años de paz. <<

[101] *Ibídem*, p. 26. <<

[102] *Ibídem*, pp. 46-47. <<

[103] *Ibídem*, p. 26. <<

[104] *Ibídem*, p. 401. <<

[105] James ROSENAU y Ernst-Otto CZEMPIEL (eds.), *Governance without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992. <<

[106] Garton Ash señaló seis posibles diferencias entre el ámbito europeo y el norteamericano, que nos pueden orientar acerca de dos posibles direcciones: separación de la política y la religión; la creación de un Estado con capacidad y responsabilidad para corregir los fallos del mercado; comprensión de las instancias intermedias, especialmente los partidos políticos y los sindicatos, como moldeadores del impulso emancipador de la Ilustración; diferente sensibilidad ante las desigualdades sociales; apoyo u oposición a la pena de muerte; comprensiones alternativas de la relación Estado y sociedad civil tanto nacional como internacional. Estas diferencias a la interna —nótese que no hay diferencias en lo que se refiere a la esfera internacional—, más que a la realidad remiten a dos modelos diferentes de organización social que están ahora mismo en liza. Véase Timothy GARTON ASH, *Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Madrid, Tusquets, 2005. <<

[107] Giovanni ARRIGHI, *El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999, p. 429. <<

[108] En la Grecia clásica, en nombre de la *isonomía* todos tenían los mismos derechos (nomos) en la polis, y en nombre de la *isegoría* todos tenían el mismo derecho a defender sus posiciones en el agora. La libertad del individuo sólo se concebía en la plaza pública (en el ágora), a diferencia de la libertad moderna (burguesa) que se refugia en los asuntos privados. En el mundo de la polis, el *idiotes* —como vimos— era el enfermo de *idion*, esto es, aquella persona desinteresada por la cosa pública. De ahí deriva el actual idiota que, en consonancia, sería aquella persona inmersa en el desentendimiento de los asuntos colectivos, algo prácticamente obligatorio en la cosmópolis, en el planeta entero convertido en un enorme mercado sin fronteras que imagina la globalización neoliberal. <<

[109] Para la responsabilidad colectiva seguimos a Nicolás LÓPEZ CALERA, *Los nuevos Leviatanes. Teoría de los sujetos colectivos*, Madrid, Marcial Pons, 2007, especialmente pp. 112-130. <<

[110] Reinhard explica esta evolución: “Al comienzo, el gobernante tenía únicamente servidores y seguidores personales y no contaba con profesionales para ejecutar su voluntad; al final, una gran parte de la población se ha convertido en funcionarios profesionales del Estado (…). En el comienzo, el Estado no poseía el mando exclusivo de los hombres armados; al final, los Estados sostienen gigantescas fuerzas armadas ante la eventualidad de una guerra y son capaces de movilizar a sus poblaciones completas. Al comienzo, un príncipe tenía que vivir y financiar sus actividades ‘con sus propios recursos’, es decir, con su heredad; al final, el Estado dispone de la parte del león del producto nacional (…). Al comienzo, un súbdito no esperaba mucho de su gobernante, para bien o para mal; al final, el aniquilamiento administrativo del súbdito por el Estado ha llegado a ser no ya una posibilidad, sino una realidad”. Wolfgang REINHARD, “Introducción: Las élites del poder, los funcionarios del Estado, las clases gobernantes y el crecimiento del poder del Estado”, en Wolfgang REINHARD, (coord.), *Las élites del poder y la construcción del Estado*, México, FCE, 1997, pp. 15-16. <<

[111] Held y McGrew diferencian entre los globalistas, quienes creen que el proceso de globalización es pura novedad y, además, bondadosa, y los escépticos que establecen que no es sino la repetición del proceso de desarrollo capitalista arrancado en 1870 y que insiste en causar similares problemas. David HELD y Anthony MCGREW (eds.), *The Global Transformations Reader: an Introduction to the Globalization Debate*, Malden, Polity Press, 2000. Por nuestra parte sostenemos que hay que seguir complejizando más allá de estas posiciones. <<

[112] Destaca el despertar del “sueño dogmático” antiestatista del teórico y activista político Álvaro García Linera, Vicepresidente Boliviano con Evo Morales. Con cierta autocrítica reflexionó desde el Gobierno acerca de su particular recuperación del Estado como un instrumento eficaz en el que no había podido pensar desde fuera del mismo, cuando apostaba por posiciones autonomistas radicalmente desconfiadas de cualquier potencia positiva del aparato estatal. Igualmente, son repetidas las veces en que el Presidente Hugo Chávez refiere el papel central del Estado en el empoderamiento popular y la creación de las condiciones para el tránsito al socialismo. Véase la entrevista a Álvaro GARCÍA LINERA en Osal, CLACSO, núm. 22, 2007. Disponible en: maristellasvampa.net. Para el papel del Estado en la República Bolivariana de Venezuela, Proyecto Nacional Simón Bolívar. Desarrollo económico y social de la nación 2007-2013. <<

[113] Nicolás López Calera apunta que la conversión de los Estados Unidos en un gendarme mundial, en un *legibus solutus*, haría más conveniente referir, en vez de un cansancio del Leviatán, un renacimiento del Leviatán, en este caso, un "Leviatán universal". Nicolás LÓPEZ CALERA, *Los nuevos Leviatanes. Teoría de los sujetos colectivos*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 22. La pérdida de democracia que acompaña la reestructuración de los Estados occidentales y la recomposición de los procesos de acumulación que privilegian la economía por encima de cualesquiera otros aspectos, obliga a insistir en que el cansancio quiere hacer referencia a su músculo democrático, al debilitamiento de los logros alcanzados tras dos siglos de conflicto colectivo, principalmente obrero, en las sociedades occidentales. De ahí que convengamos en que el monstruo bíblico de la metáfora de Hobbes, liberado de sus ataduras democratizadoras, está recuperando hoy a pasos agigantados su aspecto amenazante en el mundo europeo y atlántico (cabe dejar abierto qué ocurrirá con los procesos abiertos en América Latina y sus intentos de reinventar un Estado diferente). <<

[114] Conviene recordar las palabras de Cecil Rhodes en 1877 sobre el papel colonial de Inglaterra: “Yo afirmo que somos la primera raza del mundo, y que cuantas más grandes partes del mundo habitemos, mayor es el beneficio para la humanidad (…) Puesto que Dios ha formado evidentemente la raza de lengua inglesa como su instrumento elegido, mediante el que quiere instaurar un Estado de la sociedad basado en la justicia, la libertad y la paz, debe también ajustarse a Su deseo que yo haga cuanto esté en mi poder para proporcionar a esta raza tanto espacio y poder como sea posible. Si hay un Dios, pienso, quiere que yo haga algo: pintar del rojo británico tanto del mapa británico como me sea posible”, cit. En Hagen SCHULZE, *Estado y nación en Europa*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 214. <<

[115] Pierre BOURDIEU, *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1999 <<

[116] Susan STRANGE, *La retirada del Estado*, Barcelona, Icaria, 2002. <<

[117] Los nombres crean realidad. Por esto una buena parte de la misma es representativa. Si afirmamos que la Tierra es plana se convierte en plana para el hecho de la navegación. Lo que la gente tiene por real se convierte en real en sus implicaciones sociales. <<

[118] Estos aspectos se comparten tanto por Estados Unidos como por sus aliados de Europa, América o Asia, que no han establecido ninguna presión diplomática para frenar esa involución. <<

[119] Joseph STIGLITZ, “La guerra de los tres billones de dólares”, disponible en: www.elpais.com (bajado en julio de 2008). <<

[120] Valga como ejemplo extremo la veintena de medidas aprobadas en noviembre de 2002 en los Estados Unidos. Aprovechando la mayoría recientemente conseguida en la Cámara de Representantes, y con la consternación social tras el 11-S, el Presidente Bush legislaba en beneficio de las aseguradoras (haciéndose cargo el gobierno de una parte importante de los daños causados por el terrorismo, pese a que registraban en el primer semestre del año un incremento del beneficio del 66,4%) y de las empresas químicas (entre otras cosas, impidiendo, con carácter retroactivo, demandas contra ellas). El mismo George W. Bush que no dispuso de recursos para los damnificados del Katrina en 2005. Del mismo modo pueden recordarse las medidas de salvamento de bancos en las crisis latinoamericanas de los años noventa, claro traspaso de fondos públicos a manos privadas, o las reducciones constantes del impuesto de grandes fortunas en los países europeos (incluyendo, en 2006, la España gobernada por el Partido Socialista de Zapatero, celebrado como reserva política de la maltrecha izquierda europea). <<

[121] Ya vimos cómo, para Naomi Klein, la “doctrina de schock” es una estrategia del capitalismo desde la década de los cuarenta. <<

[122] Guillermo O’Donnell, Contrapuntos, p. 109. En la misma dirección, Martin Shaw se refería a la guerra contra el terrorismo como una “guerra imaginaria” que, al igual que había ocurrido con la Guerra Fría, servía como coartada ideológica para extender los intereses norteamericanos. Ahora bien, dos grandes diferencias hacían a esta guerra “imaginaria” algo bien real. Por un lado, la disciplina a la que obliga la actual guerra va más allá al afectar a “todos” los países, movimientos y pueblos (incluidos los de la antigua órbita soviética y los No Alineados). Por otro lado, la guerra no es fría, sino caliente y real, como demuestra Afganistán, Irak, Palestina y la creciente presión sobre Irán. Martin Shaw, “Theory of the Global State. Introduction to the Italian edition”, en www.martinshaw.org. <<

[123] Decimos “ambiguo” porque la cantidad de interrogantes sobre su autoría crecen día a día, señalándose algunas responsabilidades de la administración Bush que, de aplicarse el adagio latino a quién beneficia, servirían para completar las acusaciones de acción interna que se están lanzando desde muchos espacios y que llevaron en 2006 a una cincuentena de científicos norteamericanos a exigir pruebas de lo que para ellos es hoy “improbable”, esto es, el hundimiento de las torres debido a la acción de los aviones. <<

[124] Véase Jacques ADDA, *Globalización de la economía*, Madrid, Sequitur, 1999. <<

[125] Samuel HUNTINGTON, “The Lonely Superpower”, *Foreign Affairs*, 78:2, 1999, p. 48, cit. en Leo PANITCH, El nuevo Estado imperial, op. cit. <<

[126] John SAXE-FERNÁNDEZ, “Estados Unidos: autodefensa anticipatoria”, en *La jornada*, 17 de octubre de 2002. Hasta 2007 no se iba a saber que los Estados Unidos no tenían la capacidad de mantener más de una guerra al tiempo. El empantanamiento en Irak es una parte que explica que el cambio de signo político que ha experimentado América Latina no haya supuesto alguna respuesta bélica (descontando los ingentes esfuerzos desplegados contra la Venezuela bolivariana). De hecho, una de las quejas imputadas a Bush desde filas republicanas y demócratas ha sido el de sacrificar el patio trasero por una guerra lejana que, pese a tener detrás el control del petróleo, ha alejado a Estados Unidos de sus intereses geoestratégicos más cercanos. <<

[127] Bernaldo de Quirós, Lorenzo (2002), “La globalización después del 11-S ¿un proceso con freno y marcha atrás?”, en Fernando Serra (coord.), *La globalización*, Madrid, FAES. <<

[128] En el anexo se puede consultar la Propuesta del Presidente boliviano. <<

[129] John Gray, *Las dos caras del liberalismo*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 73. <<

[130] El posfordismo hace referencia a la superación de las sociedades fordistas, esto es, sociedades de pleno empleo, con regulación social y laboral, niveles de consumo generalizados, acuerdos corporativos e intervención estatal tanto en el modo de producción como en el modo de regulación social que lo acompaña. <<

[131] Robin Williamson es contundente al afirmar que detrás de la globalización capitalista hay también una guerra mundial soterrada, librada por las fracciones de clase globalizadas de los países del Norte y que terminaron captando a los países del Sur. Una guerra no menos cruel que las anteriores y que, incluso, compara con “las depredaciones coloniales de siglos pasados”. No en vano, entre 1945 y 1990 se registraron 160 guerras —sólo 3 interestatales— en el mundo. Véase William I. Robinson (1996), “Nueve tesis sobre nuestra época”, en el número 163 de la Revista Latinoamericana de Teología. Disponible también en: www.servicioskoinonia.org. <<

[132] Thomas H. Marshall (1998), *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza, 1998 [1949], p. 20. Posteriormente, la declaración universal de los derechos humanos recogería este punto como el derecho de todos a beneficiarse con la mejora social. <<

[133] Gerald Cohen, *Si eres igualitarista ¿cómo es que eres tan rico?*; Barcelona, Paidós, 2001. Para la obra de John Rawls, véase su *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1986, (1971). <<

[134] Boaventura de Sousa SANTOS, *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*, Santa Fe de Bogotá, Ediciones Uniandes, 1995, p. 424. <<